

Kale borroka

(Fragmentos de una autopsia)

© Enrique Páez

v.20 — 13/09/2021

*A mis padres y hermanos,
tan autistas como yo,
y a Bea, que me salva la vida
todos los días.*

00

Tus padres han muerto. Los dos. Primero tu madre, Aurora, taladrada por una escara de treinta centímetros que arrasó todos los órganos que encontró a su paso. Una herida nacida en la espalda, en algún pliegue de la piel acartonada después de noventa años, una guerra y diez partos. La grieta creció por dentro semana tras semana como una lenta puñalada invadiendo su cuerpo, hasta que asomó su boca infecta en mitad de la espalda, cerca de la columna. El doctor Sandino os dijo que ya no había nada que hacer, tan solo esperar su muerte por asfixia, o desangrada, o por infección masiva. Murió deshidratada un tres de noviembre, con la morfina derramándose por el embozo de las sábanas, tras cinco días desconectada de todas las sondas y al borde del coma. Una agonía innecesaria, dilatada con crueldad gracias a los avances de la medicina occidental, capaz de alargar la enfermedad terminal de los moribundos durante meses de agotamiento y dolor. Para ello no se necesita más que tener un cuadro de médicos beatos poseedores de una ética confusa que les impone prolongar el sufrimiento, y racanear con los analgésicos y los sedantes para que los pacientes no se acostumbren.

Durante su última semana, haciendo turnos para dormir junto a ella, te sentaste a la orilla de la cama y oíste a tu madre gritar de dolor en la cama del hospital de Valdecilla, y cada vez que la escuchabas te entraban unas ganas furiosas de asaltar la farmacia a punta de pistola y llevarte toda la morfina para calmar el sufrimiento inútil.

Es que si se duerme no lucha.

Es que a lo mejor la provocamos una adicción a las drogas.

Piensa que a lo mejor no le duele tanto como parece, porque la gente mayor es muy quejica.

Es que la dosis la dicta el médico, y él no pasa revisión hasta mañana al mediodía.

Es que es bueno que le duela un poco y esté despierta para que nos diga dónde le duele y así poder tratarla.

No eres violento, incluso te negaste a hacer la mili, y por fortuna no tienes ni quieres tener un arma de fuego. Menos mal, porque si no quizá la hubieras usado. Primero contra el médico y las enfermeras, por torturadores, después contra tu madre para terminar con su agonía, y por último contra ti, para evitar pudrirte una eternidad en la cárcel.

La agonía se ceba en los viejos y en los enfermos. Los nuevos verdugos tienen títulos universitarios y están a sueldo de la Seguridad Social. Los nuevos sótanos de tortura reciben el nombre de hospitales. Tu madre murió con dolor, y eso no lo puedes

perdonar. Un dolor intermitente y largo, dilatado meses eternos, un navajazo incesante que le taladraba un milímetro cada día. Los calmantes se los administraban *a posteriori*, cuando los gritos de dolor despertaban al internista del sopor de la siesta.

Cuidado, no vaya a ser que la moribunda de la 703 se convierta en drogadicta.

El resultado es que sufrió. Su piel fue adelgazando hasta llegar a ser tan fina como un papel de arroz japonés, y guardaba en sus mejillas la huella de cada beso durante algunos segundos. Murió entre bofetadas de dolor, mitigada algunas veces por la calderilla de analgésicos del médico de guardia, temeroso siempre de excederse en la dosis.

Dos semanas después le siguió tu padre, Alfredo, perdido en el vértigo del Alzheimer, nublado por las cataratas y agarrotado en una silla de ruedas entre pañales húmedos de incontinencia. Cuando solo le faltaba un día para morir, las fuerzas le fallaron hasta el punto de que dejó de parpadear mientras miraba hacia ninguna parte. Tu hermano Jaime, que lo observaba de cerca, se acercaba hasta la silla en la que permanecía sentado, y le cerraba y abría los párpados varias veces para que los ojos no se le resecaran. Había adelgazado tanto que incluso se le caía el anillo de casado que llevaba en su dedo anular desde hacía setenta años. Nunca supo que tu madre se había muerto quince días antes. O sí lo supo, de algún modo secreto, y se dejó morir en un susurro. Dejó de respirar, sin un balbuceo, a las tres de la tarde, mientras Tito y Jaime le velaban su respiración minúscula. Sin siquiera fuerzas para el último parpadeo.

Tu padre, ese guerrero indestructible, ese gigante de manos calientes y piernas largas, ese roble inmortal que te ayudó a cruzar todas las calles con la ayuda apenas de dos dedos de su mano, ese volcán que dejó preñada diez veces a tu madre con un solo orgasmo incontenible, murió sin hacer ruido ni presentar resistencia, con solo hacer un último esfuerzo para cerrar los labios y dejar de respirar.

Te dicen que es ley de vida, aunque sea ley de muerte, porque los dos habían cumplido noventa años.

Qué historia de amor tan bonita, un ejemplo para todos, setenta años compartiendo una vida plena, ¿verdad?

Eso te repiten con voz empalagosa los adoradores de los tópicos en el funeral.

Unidos en la vida y en la muerte, como dos tortolitos. Seguro que tu padre lo sabía, supo que Aurora había abandonado este mundo, aunque nadie se lo dijera, y se ha dejado morir para unirse a tu madre en reino de los justos.

Eso no lo sabes. No estás seguro, aunque tiene sentido que después de setenta años tuviera una conexión subterránea, una percepción extrasensorial que le advirtiera que el otro había dejado de respirar. En todo caso su historia común no te pertenece. Te han convertido en un huérfano tardío. Un huérfano con demasiados años. Ya te

tocaba, lo sabes, no te quejes, pero te asusta que la cadena trófica haya dado un salto y te haya colocado en primera línea del frente. Tú serás el próximo. Acabas de ver en qué consiste morir, y te entran arcadas al tiempo que una cuchilla de afeitarse te recorre las pupilas. Mírate al espejo: No eres más que un espantapájaros enterrando a tus padres delante de tu propio hijo, para que aprenda, para que sepa cómo te tiene que enterrar a ti en la próxima vuelta de campana.

Aún recuerdas ese día en que te asomaste a los ojos moribundos de tus padres, primero a los de uno y luego a los del otro, y presenciaste el miedo que sentían al borde del abismo. En sus ojos leíste que sabían que estaban a punto de caer. Y deberías saber que ese miedo no se va con ellos, no se lo llevan, no les acompaña al otro mundo: te lo dejan como herencia, y ahora es todo tuyo y para siempre, hasta que tus pulmones también dejen de bombear aire.

Desde una esquina del sofá observas a tus hermanos, espejos deformantes de ti mismo. Tienen rastros de tu voz, hasta el punto de que a veces os confunden por teléfono. Descubres muletillas y gestos que tú también repites, y no sabes si son ellos los que te imitan, si eres tú el que les copia a ellos, o si son tus padres los que se multiplican como un virus a través de sus variaciones. Les quieres, has aprendido a quererlos, pero te dan miedo. Están asilvestrados. Cuando se reúnen, cuando os reunís, se transforman en hordas de Atila, en una *Kale borroka* descerebrada, y crees que serían capaces de abrirte y abrirse el pecho a través del esternón por una apuesta, en un exceso de testosterona. Sabes que tú también harías lo mismo, y que provocas en ellos el mismo miedo. La ley de la selva en las familias numerosas es pura supervivencia.

Ahora son hombres y mujeres crecidos y vencedores en mil combates, Tito, Javier, pero no es preciso hacer muchos esfuerzos para ver que están heridos, Coke, Nacho, se tapan el boquete que sangra con una mano, Jorge, la Nena, y hablan de viajes, Jaime, Peancha, tratando de no saber cuál es el alcance de la herida.

Pero es una herida mortal, y no se curará jamás. Tal vez, con el tiempo, dentro de algunos años, cicatrice, y deje bajo la piel enrojecida un termómetro sensible a las lluvias y a las tormentas.

Las cenizas de tu padre se quedaron durante un tiempo en una repisa del salón en casa de Coke, dentro de una pequeña urna de madera oscura del tamaño de una caja de zapatos, recubierta con una funda de plástico impermeable negro con cremallera. Es idéntica a la de tu madre, y solo se distinguen si lees las iniciales grabadas en una diminuta placa de metal clavada en el frontal. Es todo lo que quedaba de ellos: puras cenizas grises, que más que al polvo se asemejan a escamas de sal gruesa.

—¿Se les va a guardar en el nicho con la funda o sin la funda? —preguntó Jorge de camino al cementerio.

Y de pronto hay un silencio. ¿Qué será mejor? La funda es un poco fea para el viaje eterno, le da a la urna un aspecto frívolo de bolsa de maquillaje o caja de herramientas, pero también protegerá a la urna de la humedad y el frío en el columbario de Santander. Decidís dejar la funda puesta.

—Además —añadió Javier con mucho sentido—. ¿Qué hacemos después con la funda en casa? No la puedes tirar a la basura, porque ha sido el último transporte de los padres, y a ver quién tiene huevos de usarla como almacén de cedés, o para guardar un *tupper* con comida.

Os reís. El humor negro es un tatuaje para machos y valientes, y vosotros tenéis de sobra. El último, Nenaza. Tus padres habrían sonreído. Ellos no tenían mucho sentido del humor, pero celebraban el vuestro.

El día del entierro hacía frío, noviembre cántabro, y unas nubes gordas amenazaban lluvia. Vosotros también, curtidos piratas, amenazabais lágrimas. Esperasteis dos días para que Nacho llegara desde Brasil antes de enterrarlos juntos. El sendero de grava del cementerio os condujo a través de un mar de tumbas que parecían barcos a la deriva. Las lápidas más antiguas escoraban a babor y estribor, hundiendo unas veces la proa y otras la popa en vaivenes de olas de mar. Sepulcros a la deriva, sin timón, donde la tierra blanda había cedido, convirtiéndolos en veleros próximos al hundimiento. Te parece una metáfora extraña y hermosa al mismo tiempo: un cementerio junto al mar que imita los naufragios, poblado de barcos piratas con los huesos de las banderas almacenados en la bodega.

Seguís en comitiva al albañil del cementerio. Jaime no pudo evitar hacer un comentario profesional chistoso:

—Ahí va el albañil, prestigiando su oficio al encabezar un cortejo de veinte títulos universitarios.

Sois todos vosotros, los nuevos huérfanos de Alfredo y Aurora, a los que se suman cuñadas y nietos. La familia estricta, y ya sois muchos. El albañil rompe con una maceta y un cincel el sello de cemento del nicho donde están las cenizas de tu madre desde hace apenas dos semanas, recoge los fragmentos y se hace a un lado con respeto. Tito hunde los brazos en el interior del hueco, extrae la urna con las cenizas de tu madre y se la pasa a Nacho. Nacho sopesa y acuna la urna un rato, y te la pasa a ti. Pesa poco y duele mucho.

Hubo un tiempo necesario en que tus padres eran Dios. Un dios bicéfalo indestructible, capaz de protegerte más allá del sueño y de la noche. Cuando mueren tus padres muere Dios, muere el paraguas protector, muere la eternidad y la invulnerabilidad. Dios murió dos veces ese noviembre: se llamaba Aurora y Alfredo, y de ellos solo restan cenizas.

En el cementerio la Nena lee la carta que le escribiste a tu madre cuando cumplió ochenta años, y Peancha la que le escribiste a tu padre. Tú no puedes hablar, y te asombra que a ellas les alcance la voz hasta la garganta. Es el largo aprendizaje de la alexitimia, asignatura obligada para todas las familias numerosas. Colocáis de nuevo las dos urnas al fondo del nicho, una junto a la otra, protegidas por las fundas, y el albañil tapia el nicho y lo sella con una masa de yeso negro.

—¿Le grabo las iniciales en el cemento? —pregunta.

—No hace falta. Ya lo hacemos nosotros —dice Jaime.

Tu hermano Coke fabrica un punzón con una rama seca, y escribe con caligrafía hermosa los nombres de tus padres en la diminuta pared de cemento que sella su tumba, Aurora Mañá y Alfredo Páez, y después todos vosotros, de mayor a menor, apretáis la huella de vuestro pulgar en el cemento fresco. Patty estampa la suya en nombre de su padre Zalo, enterrado cincuenta metros más al sur desde hace diecisiete años. Diez huellas huérfanas en un espejo de arena que ya no os refleja. También vosotros, y vuestras huellas, estáis enterrados en Santander, muy cerca de la tumba de Zalo. Salís del cementerio con dos cadáveres a cuestras inyectados por debajo de la piel, en lo más profundo del hueso. Hace frío, y antes de llegar a los coches se desata un vendaval de lluvia y nieve que recorre toda la península, pero vosotros ya lo tenéis dentro, como una garrapata congelada, una costra de hielo por debajo del abrigo.

Sientes la amputación de un cuerpo que no es el tuyo, y así será hasta que te acostumbres a estar un poco muerto, y a caminar con la espalda vencida por el peso de los cadáveres, el tiempo y los espejos.

Tu madre esperó solo dos semanas para llamar a tu padre a capítulo. *¡Alfredo, ven aquí, no hagas que me enfade!* Y tu padre fue, como un corderito. Las hermanas de tu madre siempre dijeron que era un poco calzonazos, para qué negarlo. Eso contaba Chitín, que le conoció en los bombardeos de la guerra civil, allá por 1937 a lo más tardar.

Hay una foto de Caracas que siempre te fascinó: tu madre con vestido largo, de fiesta, flanqueada por tus cuatro hermanos mayores, dos a cada lado, vestidos de esmoquin. Una mujer radiante, con cuarenta y siete años y aparentando diez menos, rodeada de una guardia pretoriana de jóvenes tiburones: sus hijos/novios. Que tu madre fuera la gran puta de Babilonia solo pertenece al imaginario edípico común, pero el empeño de no dejar nunca de ser objeto de deseo llegó al extremo de hacerse una liposucción con ochenta años cumplidos. A ti te tocó sufrir su intento de alargar la eterna juventud cuando a los doce años, al regreso de Caracas donde todos los niños llevaban pantalón largo, tu madre te obligó a ponerte un pantalón corto. ¿Qué hacías tú con pantalón corto después de tres años llevándolo largo? ¿Por qué ese empecinamiento de tu madre en que Jaime y tú os pusierais el pantalón corto antes de aterrizar en Madrid?

Para ti era incomprensible. Ni siquiera tenías pantalones cortos en tu armario, y te veías ridículo y añorado con doce años y los muslos y las rodillas al aire. Jaime y Peancha pagaban solo medio billete de avión, pero a ti te tuvieron que sacar el billete completo, como un adulto. Durante el mes anterior al viaje de regreso estuvisteis discutiendo tu madre y tú, sin que pudieras convencerla de que el ridículo te atormentaba. Ninguno de tus amigos de tu misma edad llevaba pantalón corto, así que ¿por qué tu madre te obligaba a ponértelo? La respuesta jamás te la dio tu madre, sino el psicoanálisis, treinta años más tarde: tu madre solo quería seguir siendo una mujer joven, una madre reciente con hijos que aún llevaban pantalón corto. Tú ibas a ser la demostración de que tu madre no envejecía, tus pantalones cortos tenían que demostrar que ella era una mujer de parto reciente, una mujer con cuatro hijos/novios, pero en edad de criar hijos pequeños, una mujer deseable, y no una menopaúsica con el vientre flácido. Así pues embarcaste en el avión de Maiquetía con pantalón largo, y descendiste en Barajas con pantalón corto. A mitad de vuelo tu madre te obligó a cambiarte de pantalón en el servicio del avión.

Tu padre tampoco quiso envejecer, y su manera de luchar contra lo evidente fue retrasar su jubilación hasta que por decreto tuvo que renunciar a sus clases. Fue el primer profesor emérito de la Universidad de Santander, un título obligado para poder seguir ejerciendo después de los setenta años. Cuando cumplió los ochenta, prácticamente ciego y con un comienzo de Alzheimer aún no detectado, el gobierno tuvo que sacar un nuevo decreto en el que limitaba a los ochenta años el tope de edad para que los profesores eméritos siguieran dando clase. Tu padre amenazaba ser el profesor eterno, la estatua de mármol del departamento, la cátedra milenaria de hormigón armado.

Tus padres jamás envejecieron *motu proprio*, y muy pronto descubristeis que el síndrome de Peter Pan era hereditario. Tito no quería jubilarse, aunque ya le había llegado la edad; Javier se quitaba quince años en el currículum; Coke tuvo otro hijo con cincuenta y tantos años; Nacho resoplaba cuando sus dos nietas le llamaban abuelo; la Nena se apuntó al único club de moteros que admitía socias de más de sesenta años; Jaime frecuenta los mismos bares que sus hijos; Zalo prefirió morir antes que envejecer; y tú escribes literatura infantil y juvenil por pura identificación con los personajes. Qué quieres. Tal vez el virus que aletarga el crecimiento estaba en los dos únicos trajes de primera comunión que compartisteis todos vosotros, con sandalias de charol blanco y misalito Regina de nácar incluido. Cuando te llegó a ti, el traje sabía mucho más que tú de ceremonias religiosas y meriendas a orillas del río Jarama, y sus cuatro sietes en las perneras del pantalón lo confirmaban.

Algunas veces te miras en el espejo y te preguntas cómo lograste sobrevivir a tus hermanos. No fue fácil. Tú eras de los pequeños, pero no el más pequeño. El octavo. Estabas un poco escondido allí, detrás de la Nena y antes de Jaime. Aprendiste a ser invisible.

Pero con diez aprendices de verdugos no es fácil esconderse. Cuando Tito recibía una bofetada, había un eco por el pasillo, y todos recibíais la vuestra en una cascada de fichas de dominó. Peancha se quedaba siempre con el último guantazo, porque detrás de ella no había ni siquiera un perro al que darle una patada. Tú eras solo una pieza intermedia, un eslabón de la cadena de transmisión de bofetadas.

¿Y cuando Tito recibía un beso de tu padre? Mentira. ¿De cuándo acá Tito recibió un beso de tu padre? Eso es cosa de maricones, y los ingenieros de caminos no tienen debilidades homosexuales. Hasta ahí podíamos llegar. Los ingenieros de caminos, como tu padre, tienen la polla de hormigón, diluyen su sangre con cemento Portland, y no mueven los labios si no es para dictar una conferencia sobre las cúpulas pretensadas de Brasilia. No están fabricados para dar besos, y eso viene de serie. Cuando naciste, los nombres de chicos ya se habían agotado en el estrecho imaginario de tu padre, así que el día que tu madre le preguntó por el nombre con el que quería bautizar a su octavo hijo, el séptimo de los varones, él siguió enfrascado en el proyecto marino que le habían encargado desde Lisboa, y que en esos momentos estaba acabando de rotular.

—Alfredo, que te he preguntado que qué nombre le vamos a poner al nuevo — insistió tu madre empezando a perder la paciencia.

—Don Enrique, el navegante —dijo tu padre subrayando el nombre del proyecto con el tiralíneas cargado de tinta china negra.

—¿Enrique? —tu madre dudó solo un instante—. Bueno, vale, no está mal —y cerró la puerta con un nuevo nombre para su vientre abultado.

Que tus padres no tenían sentido del humor lo sabe hasta el arzobispo de Toledo. Ser ingeniero y esposa de ingeniero no es algo que se pueda tomar a guasa. Y aún así recuerdas que una vez tu padre le gastó una broma a uno de tus hermanos. Una broma didáctica, qué remedio, pero broma a fin de cuentas. Al terminar el Preu, Coke le confesó en mitad de la comida del domingo que quería estudiar Arquitectura.

—¿Arquitectura? —se extrañó tu padre. Para tu padre todo aquel que no estudiara ingeniería de Caminos era un ser de difícil comprensión.

—Sí, Arquitectura —dijo Coke orgulloso—. ¿Qué te parece?

—Sabes la definición de arquitecto, ¿verdad? —dijo tu padre sin mostrar emoción.

—No —reconoció Coke.

Todos dejasteis la cuchara detenida en el aire, esperando las palabras de tu padre. Sin saberlo tú estabas aprendiendo a construir el suspense.

—Un arquitecto es alguien que no es lo bastante macho como para estudiar Caminos, ni lo bastante mariquita como para ser decorador.

Luego quizá le dio un abrazo, pero sin mariconadas.

Algunas veces has tratado de imaginar cómo fue la infancia de Tito, Javier o Coke. Tú no estabas allí, no naciste hasta once años más tarde, y cuando llegaste ya había siete camas en casa, además de la de Salud, la de Blasa, y la de tus padres. Aquello era una residencia. O un orfanato, porque tu padre se atrincheraba en el despacho, y ya podían caer bombas que él de allí no salía. Tu madre montaba una barricada en el pasillo para que ninguno se acercara al *Sancta Sanctorum*. Algunas veces te escondías en el despacho bajo la mesa de caoba, buscando protección, y te quedabas dormido allí hasta que tu madre te sacaba a escobazos. Te tocó la décima parte de un padre ausente. ¿Por qué no decir que fuiste huérfano? Tu madre tampoco estuvo allí siempre contigo. Es imposible. Las cuentas no cuadran. Sus tetas estaban secas después de tanto mamón hambriento que te precedía. A la cama sin cenar. Por eso te preguntas cómo serían tus padres jóvenes cuando aún no habían cumplido los treinta años y tenían como mucho uno, o dos o tres hijos; Tito, Javier y Coke. Cuando se sumaron Nacho, Jorge, Zalo y la Nena, tú aprendiste a esconderte bajo la mesa.

Tu hermano Tito, el mayor, el *hereu*, se quedó viudo tres años antes de casarse, en el 64, con veinte años recién cumplidos, cuando le prometió a Emilia que le pediría la mano el día en que regresarais de Venezuela. El novio viudo. Tito siempre quiso ser piloto de aviones, y en Caracas se compró una avioneta de juguete con un micromotor de gasolina que giraba a su alrededor tensado por una cuerda. La avioneta se movía, hacía ruido, olía a combustible, daba vueltas sin parar, pero jamás podía alejarse más allá de los cuatro metros de cuerda que la conectaba con la mano de Tito. Una avioneta cautiva, un avión/cometa, la metáfora exacta de su vida. Emilia, aragonesa de Calamocha, compartía piso en Madrid con una numeraria del Opus Dei, y esperó tres años cantando la copla *La niña de la estación*, hasta que Tito regresó y ella le exigió el cumplimiento de la promesa. Tito pertenece a esa estirpe de varones sometidos a mujeres dominantes, copias edípicas de tu madre, y aún tuvo que esperar otros veintitrés años para regresar a su estado natural al enviudar de nuevo, cuando Emilia ya le estaba pidiendo el divorcio. Una vez cumplido el ciclo reproductivo, vendió la casa, se sacó el título de piloto, se compró dos aviones idénticos, y se arrinconó en la cama nido del despacho de tu padre durante años de penitencia. Dos aviones para jugar a escapar, para no moverse. Si buscas la parálisis, cómprate un avión. O dos, para estar bien seguro.

Para ti la infancia es un territorio enemigo, poblado de hermanos gigantes apostados en las esquinas, un cuartel de infantería en el que te tocó ser el penúltimo recluta. Qué suerte, diez hermanos. Aprendiste a sobrevivir en la selva escarbando por

debajo del manglar de brazos que crecía en las orillas de la mesa para robar galletas María untadas de mantequilla y azúcar. Zalo era tu hermano mayor, el referente próximo, el tutor invisible, pero Zalo también era el enfermo del corazón, la promesa de la muerte. ¿Y qué hay después de la muerte? Tú estás después, Enrique, bobo de Coria, tú eres el zombi, el que sobrevive a los muertos,

Que sí, que tu mamá te quiere y te cuida desde el más allá, te guarda un sitio a su lado, muy cerca de las once mil vírgenes (¿o eran las once mil vergas?), e incluso está haciendo presión en los círculos de Dios para que te conceda un sillón eterno y acelere los trámites del purgatorio de forma que no pases allí más de cinco o seis millones de años. ¿Qué es eso comparado con la vida eterna? *Peccata minuta*. Incluso está dispuesta a venir a buscarte si tardas mucho. Se comprende que tú no tengas prisa, y que en todo caso le pidas a tus hermanos mayores, a Tito, a Javier, a Coke, que abran paso y te cuenten qué tal les va en su viaje a la muerte, y su reencuentro con tu madre y tu padre. Tu madre es como tu novia. Un Edipo como un piano. Aunque tu caso no es tan extremo como el de Coke, el ojito derecho de tu madre, que estaba llamado a ser el cura, el hijo sacerdote. ¿Cuántas veces recuerdas de niño rezar el rosario en el mes de mayo, *mater amantissima, ora pro nobis, Kyrie Eleison, Christe Eleison*, y finalizar con el ruego de tu madre, a quien corresponda, de obtener la gracia de un hijo sacerdote? Después, a empujones por el pasillo, vosotros tratábais de quitaros el muerto de encima.

—A mí déjame en paz, que yo no quiero la gracia de ser cura. Que lo sea Coke, que es el bueno.

Coke a lo más que llegó en su camino a la santidad eclesiástica fue a recorrer el camino de Santiago dos veces, una a pie y otra en bicicleta, para redimirse a los ojos de tu madre. Eso, y mantener una amistad indestructible con Aúpo, el dominico compañero de pupitre en la Escuela de Arquitectura. Así que, a pesar de las rabietas de tu madre, Coke se casó dos veces. Sólo al morir tus padres Coke recuperó los dos anillos nupciales de los dedos de tus padres, y ahora por fin él lleva puesta la alianza de tu padre, con el nombre de tu madre grabado en su interior, mientras Lucía lleva el anillo de tu madre, por fin casada con su hijo Coke.

Javier también dejó una novia en TorreloDONEs. La primera novia del último verano antes de vuestro traslado a Caracas. Se llamaba Esperanza, y era la hija de los guardeses de la casa. Una descarada. La vergüenza de la familia. Según tu madre, esa golfa quería enredar a Javier para infiltrarse dentro de una estirpe con posibles. Sería por eso, porque el dinero no abundaba en tu casa. Ni en la tuya ni en la de casi nadie, a decir verdad. Había que moverse rápido antes de que Esperanza se abriera de piernas y anunciara estar embarazada. Según tus hermanos mayores esa fue una de las razones que

motivaron el traslado de Madrid a Caracas: un coño hambriento, un coño castrador, como se pudo ver en la continuación de la historia sexual de tu hermano.

Javier no solo se quedó sin follar ese verano de sus dieciocho años, sino que fue virgen hasta los treinta y cinco. Es complicado de entender, porque se casó a los veinticinco, pero no perdió la virginidad hasta después de haberse divorciado. Su ex mujer, Betty, la hija menor de unos amigos de tus padres, Carlos y Rosa, del Movimiento Familiar Cristiano de Caracas, está cerca de cumplir los setenta, y es la primera divorciada virgen de la que jamás hayas tenido noticia. Se casaron con prisas, porque Javier tenía unas ganas locas de arrancarle las bragas. Betty, la ninfa, era menor que Javier. Mucho menor. Tan menor que tuvieron incluso que esperar a que a Betty tuviera la primera regla para que sus padres aceptaran el noviazgo. El padre de Betty, el dentista Carlos, no veía con buenos ojos que su hija tuviera un novio antes de abandonar la infancia biológica. Sus prevenciones tenían sentido, porque Javier no pudo jamás consumir el matrimonio. Impotencia psicológica. Una agonía en la que gastó años de psiquiatras, blasfemias y plegarias. A partir de entonces se hizo comunista. Tu padre se lo llevó de putas, a ver si las barraganas lo curaban con sus caricias sabias y sus coños amaestrados, pero no hubo manera. Betty y Javier intentaron follar en tres continentes, y al final Javier devolvió intacta a su mujer a casa de sus padres. Ya no habría nietos en casa de los Chirinos. Desde entonces Betty vivió con su madre a la sombra del Pico Bolívar, en San Pablo de los Andes, preguntándose con rabia cómo ha sido posible que saltara de la primera regla a la menopausia, con matrimonio y divorcio incluido, y todavía sea virgen.

Después de cinco años de matrimonio blanco, pactaron el divorcio y Javier regresó a Madrid. Abandonó su puesto de profesor en la Universidad Simón Bolívar, cerró dando un portazo su apartamento de Las Mercedes, en Caracas, sacó un billete de avión, y sin despedirse de nadie se instaló casi un año en el hotel Riverside de Nueva York. Allí tuvo que ir a buscarlo y rescatarlo Coke, cuando su economía ya no le permitía pagarse ni un billete de autobús, y se lo llevó a rastras hasta Madrid.

Una vez instalado en una corrala de la calle Mesón de Paredes, Javier volvió a hacer lo único que le aliviaba el dolor: ser otro a través del teatro. Durante los cuatro años siguientes hizo monólogos, cabaret, teatro ambulante y agitación callejera, hasta que se acopló a Teatro Cero, heredero de *Los goliardos*, para representar *Amor de Don Perlimplín con Belisa en su jardín* por toda Andalucía. Fue ese verano, a los 35 años, con cinco porros bien cargados de marihuana, cuando después de la función entró en la camioneta una de las espectadoras, Carmen, la sevillana. La obra le había encantado. Se pasó con Javier a la parte de atrás, se puso en pelotas, y consiguió lo que ni su mujer, ni la psiquiatra, ni la enfermera tetona de la psiquiatra, ni las veinte putas de las Torres del Silencio habían conseguido hasta ese momento: echar un polvo, mondo y lirondo.

Él dice que no lo recuerda, pero hubo testigos de lo que ocurrió esa noche, porque los otros cuatro miembros de Teatro Cero estaban también dentro de la camioneta tratando de dormir sin conseguirlo. Javier tenía un atraso de orgasmos notable, y no dejó salir a Carmen de la furgoneta hasta que la polla le empezó a escocer de tanto empujar. Vaya descubrimiento, en pleno destape y auge de la movida madrileña, a finales de los años setenta. Muerto el dictador, se acabó la rabia. Javier se llevó a Carmen en la maleta de regreso a Madrid, sin dejar de follar en Despeñaperros, a la sombra de las tinajas de vino de Valdepeñas y en la estación de trenes de Alcázar de San Juan. Luego, en la casa corrala de Mesón de Paredes, se atrincheraron durante quince días monotemáticos, en los que solo hubo tiempo para fornicar, telefonar a Telepizza, y dormir de tanto en tanto. Jorge compartía piso con Javier, y aún recuerda el maratón del desquite. Roto el tapón, llegó la fiesta: hizo tríos con la hermana pequeña de Carmen, se afilió al POE (Partido del Orgasmo Esmerado), se zambulló en orgías de peyote y sexo en casa de Daniel Ossenbach, y acabó ejecutando el primer show erótico de la democracia en la calle San Mateo con entrada exclusiva para las mujeres: *Solo para ti, encanto*. Sobre el escenario de *Lady Pepa*, los primeros actores porno del momento hacían juegos malabares con la polla antes de sodomizar espectadoras.

Frente a la mesa del despacho de tu padre había un arcón castellano, y sobre el arcón, un quijote de metal a galope sobre una peana de mármol. El quijote era tu padre, ¿quién si no?, y dentro del arcón habitaba El Libro.

—¿Dónde está papá? —preguntabais a veces, para confirmar que aún seguía vivo.

—Está en el despacho. No le molestes, que está escribiendo El Libro —decía tu madre.

Y regresabais a jugar con la flota de barcos de papel, a torturar insectos, o a disparar garbanzos con el tirachinas.

El Libro de tu padre era la promesa de inmortalidad. Cuando acabara el Libro, se habría terminado por fin la trilogía del Universo, y a partir de ese momento existiría El Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, y el Testamento de Hormigón, que los incluye y los domina a todos. Si Dios hubiese utilizado hormigón en lugar de tierra y agua, el mundo habría sido un lugar mucho más seguro.

Tú eras muy pequeño cuando un sábado por la tarde Javier os hizo una demostración de cómo funcionan los paracaídas atando a las patas delanteras del gato Bartolo una bolsa de plástico de Simago. Después lo tiró por el balcón. Y funcionó perfectamente. Más difícil fue capturar de nuevo al gato, que no tenía ganas de volver a casa. Una hora después tu madre llegó a tiempo para rescatar a Nacho del mismo balcón al que se había encaramado mientras se agarraba con todas sus fuerzas al mango del paraguas abierto de tu padre. Si el gato había podido, él no iba a ser menos.

El tranvía 47 pasaba por delante de vuestra casa. Era divertido poner chapas de botellas en los raíles, y esperar a que el tranvía las transformara en delgadas láminas de hierro. Si alguno tenía una moneda de cinco céntimos, también podía duplicar su tamaño y su valor al ser prensada por el tranvía. Pero lo que te resultaba más emocionante era depositar insectos en las vías, a pesar de que el resultado final nunca fuera visible. Necesitabas paciencia y buen pulso para arrancarle las alas y las patitas a la mosca, una a una, utilizando las pinzas de depilar de tu madre. Después colocabas la mosca viva sobre el riel de la vía y esperabas a que pasara el tranvía. Era importante, eso sí, que la mosca estuviera mirando en la dirección en la que llegaba el tranvía, para que pudiera verlo bien cuando se acercaba. Tú te quedabas observando a la mosca inmóvil que miraba al tranvía, y tratabas de descifrar la cara que ponía. La misma que se te ponía a ti cuando, jugando a fútbol, el azar colocaba el balón a tus pies y veías a tus hermanos corriendo hacia ti para quitártelo.

Desde hace sesenta años todos los niños han crecido viendo dibujos animados por televisión. Tú no. Y no es que la televisión no existiera cuando eras pequeño, sino que tus padres, en un ataque de fundamentalismo cultural, decidieron que ver televisión era malo para la educación y la salud de los niños, porque dejaban de leer, de jugar y de imaginar. Así que tomaron una decisión drástica: no comprar ninguna televisión hasta que el más pequeño de sus hijos, tu hermana Peancha, fuera mayor de edad. Y lo cumplieron. Aún no sabes si hicieron bien. No es que se lo reproches, pero años después no tuviste huevos para negársela a tu hijo.

Así que tuviste una infancia desconectada. Pero como erais diez hermanos, la diversión en casa estaba garantizada. Los sábados por la tarde os dedicabais a montar las vías del tren por toda la casa: pasos a nivel, puentes, cruces, desvíos, túneles, vías muertas, estaciones y viajeros a la espera del convoy. No sabes qué cantidad de metros recorrían aquellos trenes, pero era una obra de ingeniería que necesitaba el concurso de los diez hermanos, y la asesoría, cada media hora, de un ingeniero de caminos: tu padre.

Al llegar la noche os acostabais exhaustos. Sólo tenías fuerzas para sintonizar la radio, y escuchar embobado las historias de *El gato con botas*, *Los siete cabritillos*, o *El sastrecillo valiente* en Radio Nacional.

—¡Garbancito! ¿Dónde estás? —llamaban sus padres a voz en grito.

—¡Aquí estoy! ¡En la tripita del buey, donde ni nieva ni llueve!

Después de saltar de cama en cama y reventar los muelles de algún colchón, tu madre os metía con dos azotes bajo las sábanas, apagaba la luz y os dejaba, a los pequeños, cautivos en las manos de tus hermanos mayores, especialistas en cuentos de terror nocturno.

Al día siguiente, tras abrir de par en par las ventanas y tender los hules para diluir el olor a amoníaco de ocho varones enuréticos, empezabais a jugar con el tren.

La merienda con galletas, chocolate *Elgorriaga* y miel de la Alcarria. El domingo por la tarde teníais que desmontar el tren, un país completo, con ríos, pueblos y montañas, cosido por una red ferroviaria construida y desmontada por vosotros, los huérfanos del televisor. Las vías rectas con las rectas, las curvas con las curvas, las montañas de corcho del belén, a las cajas. Y todo ello, con vagones, puentes, soldados, los *dinkytoys* de Coke, los indios de Zalo, y el fuerte vaquero de Jorge, al altillo. Hasta el sábado siguiente.

En Caracas, a mediados de los años sesenta, vivía un millón de personas dentro de la ciudad, y novecientos mil desheredados en los ranchitos de las afueras, a partir de Petare, y por debajo de la cota mil, en las faldas del Ávila. Los adecos, con Raúl Leoni al frente, habían vuelto a ganar la presidencia frente a los copeyanos. Por las noches, desde las colinas de Bello Monte, tú veías cómo se encendían las ventanitas del hotel Humboldt que coronaba la cumbre, y soñabas con subir en teleférico hasta su azotea, para tener el valle de Caracas a tus pies. En el patio del colegio jugabas a las adivinanzas:

—¿A que no te sabes el nombre de dos animales que tengan las cinco vocales dentro de su nombre?

—Yo me sé uno: murciélago.

—Vale, ¿y el otro?

—No lo sé.

—Pues yo sí: Raúl Leoni.

El que perdía le tenía que dar al otro un cachito, una corteza de no sé qué planta en forma de ameba, entre garra, media luna y lágrima, que nosotros pulíamos durante horas, y después abrillantábamos y oscurecíamos con aceite, para hacernos colgantes y llaveros.

Hacía tanto calor, que vuestra casa tenía un salón con solo tres paredes; la cuarta estaba abierta al jardín, al cerro del Ávila, y a la cumbre de los edificios que sobresalían más allá de Chacaíto. Uno, en especial, refrescaba cada noche nuestra imaginación, y no porque el edificio tuviera nada de especial, sino porque sobre el tejado de aquel rascacielos había un anuncio luminoso de helados que parpadeaba sin cesar: “Fiesta empieza con Efe”. Un helado, por favor, un polo, un raspado, lo que sea. A media tarde pasaba por la puerta de la quinta Loló, en la avenida Casiquiare, el carrito de helados y raspados cuya música aún recuerdas. Por un medicito podías tomarte un cucurucho de hielo regado con sirope de frutas. Tus raspados preferidos eran los de tamarindo, grosella, y fresa con leche. De mango no, porque teníais cuatro árboles de mangos en casa, y regalabais sacos a todo el que pasara por la calle.

Fue en Caracas donde descubriste la televisión. Mientras en España, en 1964, solo emitía TVE algunas breves horas de la tarde (la segunda, el UHF, aún ni siquiera existía), en casa de tus vecinos podían ver el canal 5, Venevisión, el Canal 8, Radio Caracas Televisión, y el Canal 11. Suena extraño visto desde ahora, pero Venezuela en 1965 era un país mucho más avanzado que España, que se ufanaba de ser un país *en vías de desarrollo*. Diez años antes de morir Franco, tus hermanos y tú viajasteis en el túnel del tiempo a bordo de un DC-8, y durante tres años convivisteis con los partidos políticos, la libertad religiosa, el divorcio, la libertad de información, la pluralidad televisiva y las playas del Caribe.

El 1 de enero de 1961, en el salón de casa de tus tías, a las cero horas y quince minutos, dos locutores de televisión, tal vez José Luis Pécker e Isabel Bauzá, mostraron a todos los españoles que tuvieran televisor (que no eran tantos), que el año que se iniciaba, el de 1961, se podía leer del mismo modo al derecho y al revés. Y para demostrarlo, frente a la cámara de televisión pusieron patas arriba al tarjetón en el que habían escrito los números 1961, y chan-ta-ta-chán, efectivamente, volvía a poner 1961. Eso sí, a condición de que los dos números uno fueran palotes simples, sin cabeza y sin pie. Tú ni siquiera habías cumplido los seis años, pero ya conocías los números a la perfección, y aquel truco de magia matemática te pareció tan asombroso, que se lo repetiste a todos tus hermanos, que eran muchos y no te hacían mucho caso, hasta que te metieron en la boca un calcetín usado de Zalo para que te callaras. Pero del truco aún te acuerdas, porque aquellos locutores dijeron que eso no volvería a suceder hasta cuatro mil años después, en el año 6009. No es el recuerdo más antiguo que tienes, pero sí el mejor fechado.

Más antigua es la memoria que guardas de cuando eras un bebé, memoria sensorial en la que te descubres braceando en la cuna, llorando, hundido en una sima con barrotes verticales, en un charco de sabanitas blancas donde, a veces, encontrabas un sonajero, un chupete perdido, o el dedo de un pie que aún no reconocías como propio. Ese recuerdo solo apareció con los ojos cerrados, tumbado en el diván del doctor Blanco, después de un mes de sesiones tormentosas. Crees que llegaste a llamar a tu madre, mamá, mamá, con vocativos de angustia. No te dolía nada, no estabas mojado, no tenías hambre, pero un vacío estallaba ante ti y unos bracitos carnosos pasaban de cuando en cuando por delante de tus ojos. Aunque eran tus brazos, tú no lo sabías. Te faltaba algo, y no eran brazos: era tu madre, su vientre, la cueva, el calor, la protección final, el nirvana, el placer total. Tú no querías estar en esa cuna. ¿Dónde estaba tu placenta? Sesenta y cinco años después sigues durmiendo acurrucado, apretado bajo un edredón que no palpita, añorando el regreso.

Bea te lee, y frunce el ceño preocupada:

—¿Te trato mal? ¿Echas de menos a tu madre?

Le dices que no, que tu madre era como todas las madres, o sea, una pesada y una lianta.

Zalo estaba cansado. No quería seguir viviendo. El corazón ya no le daba para más operaciones. Ya llevaba tres encima, con la válvula aórtica y la válvula mitral, una de platino y la otra de corazón de cerdo.

—Un cerdo. Eso era. Se merecía tener no solo una válvula, sino todo el corazón de un cerdo.

El corazón de cerdo es el más parecido al del hombre. Por algo será. Puede que todos los hombres tengáis corazón de cerdo, porque no van a ser los cerdos los que tengan corazón humano. Vale: Zalo tenía válvulas de corazón de cerdo, y estaba en las listas de trasplantes.

Te pidió que le acompañaras a Londres para visitar al doctor Ross, el primero que le había operado, veintitrés años antes, cuanto Zalo apenas tenía dieciocho años y tú quince. En esa primera operación también estuviste en Londres con él. En su primer viaje a Londres por el corazón, y también en el último. En Londres, en el primer viaje, agosto de 1970, hacía un calor espléndido. Mientras Zalo estaba convaleciente, tú recorriste el mercado de Petticoat Lane, Regents Park, Carnaby Street (principios de los años setenta, en plena explosión hippy), Hyde Park y el Museo de Madame Tussseau. Te compraste el *Let it be* de los Beatles que aún no se había editado en España, y una camisa hippy gigantesca con mil colores dibujando un corazón. Fue tu sotana contestataria durante tres años, hasta que los colores se desdibujaron por las lavadoras intensivas de Salud.

En el último viaje, en 1992, Londres era una ciudad invernal, azotada por la lluvia. Zalo te engañó, y por la mañana, cuando os encontrasteis en la sala de desayunos de aquel *Bed and Breakfast* cerca de Victoria Station, te dijo que él se había levantado muy temprano, y había acudido a la consulta del doctor Ross para que le revisara y le pusiera en la lista de los trasplantes. Y que Ross le había dicho que sí, y que muy pronto podría hacerle el trasplante. Se te atragantó el desayuno por el embuste. Zalo no se atrevió a mirarte a los ojos.

Mentía. Estás seguro de que te mentía. Ni Zalo dominaba tan bien el inglés, ni era madrugador, ni le había dado tiempo, ni tenía sentido ir solo al hospital y hacer todas esas gestiones rápido, antes de desayunar. Zalo mentía, y en ese momento supiste que había decidido dejarse morir sin pelear. Que estaba preparando su muerte. Estabas en Londres con el cadáver de tu hermano caminando a tu lado por Oxford Street, por el Soho, y junto a los titiriteros de Covent Garden. Nunca una ciudad te pareció más triste. La misma ciudad que veintitrés años antes te había abierto los ojos a otros mundos,

ahora se llevaba a tu hermano mayor, tu hermano espejo, tu referente, que te mentía para no decirte que ya estaba muerto.

Trataste de convencerle durante los dos últimos meses. Que se fuera a la República Dominicana, que abriera una clínica en Madrid, que se dedicara al contrabando. Lo que fuera menos morir. Pero no quiso. Zalo quería morir. Firmó unas cuantas pólizas de vida después de regresar de Londres. Le salieron carísimas, pero más caro lo pagó la aseguradora. Todo previsto. Zalo incluso redactó el testamento manuscrito antes de salir de casa, y se lo dejó a su abogado crápula, ¿cómo se llamaba? Chano, Chavo, Chucho, Chochi, ya no te acuerdas, pero era algo así, un nombre pijo.

No quieres culpar a nadie de su muerte, pero necesitas echarle la culpa a alguien. Hay un hermano que no ha vuelto a estar contigo en ninguna fiesta más. Hay un hermano muerto, y no sirven otros, da lo mismo que haya ocho más, como si hay doscientos. Porque él no era un hermano, sino tu hermano, el hermano mayor, el único que se llamaba Zalo, y el único al que le hacías confianzas. Ya no está, y a ti te gustaría que estuviera ahí al lado, da igual cómo, callado o protestando, te da lo mismo, haciendo negocios con tu madre, o timando a una agencia de viajes con cheques de viaje duplicados. Tú ya no eres nadie para juzgar, y de él aprendiste una frase que has repetido mil veces después:

—No tengo por qué ser objetivo con mi hermano.

Eso no te toca a ti. Que lo sean todos los demás, los otros seis mil millones de seres humanos, pero tú no. Él nunca necesitó tu justicia, sino tu apoyo sin condiciones.

Desde entonces has visto cómo todos tus hermanos, los que quedaban vivos, de pronto estaban heridos de muerte. Heridos por la muerte. Los diez hermanos erais como el misterio de la Trinidad: un dios que es uno y trino, un cuerpo que es uno y diez, con veinte brazos, veinte piernas, dos coños, ocho pichas y doscientos dedos. La amputación de dos piernas, dos brazos, veinte dedos y una picha no es una espinilla que revienta y que cicatriza. En absoluto. Es un navajazo que nunca cesa, un brazo que se gangrena en el costado sin que puedas extirparlo, un vacío que jamás se llena. Es la muerte, tu propia muerte, que está ahí adelantándose un puñado de años para joderte bien mientras estás vivo. Ahora mismo de Zalo solo queda ceniza de huesos sumergidos en el mar, y una válvula de platino indestructible, la válvula mitral, que le sobrevivirá a él y a ti mil años más, cuando no quede ni el polvo lejano de los huesos de los nietos que aún están por nacer.

Zalo te dejó un agujero, un desfase arrítmico en el corazón. Has heredado su corazón perforado y sus hipoglucemias, sobre todo ahora que no está, ahora que ni siquiera quedan gusanos rebañándole los huesos. Zalo era bajito y calvo, pero con labios importados de Marruecos. El moro Páez tuvo mucho trabajo en Melilla. Crees que, de

hecho, Zalo era el que más se parecía a tu abuelo militar, el patriarca republicano, mal que le pese a tu padre.

Jaime te dijo que en cierta ocasión Zalo se fue de putas en Buenos Aires. Una pesadilla, según Jaime, porque la puta no quería separarse de Zalo, le ofrecía los servicios gratis, le llamaba a todas horas.

—¿Pero qué coño les das, con lo feo que eres? —le pregunté con envidia mal disimulada.

—Ya ves. Mi palmito. A veces les preparo la cena —decía misterioso.

Después de muerto, Asunción te dio una de las claves. Asunción era una compañera de colegio de la Nena, y amiga tuya. Zalo acabó acostándose con ella y con su madre, no las dos al mismo tiempo, no consiguió mezclarlas.

—Tenía una atracción animal. Sobre todo, y eso los chicos no lo podréis entender jamás, tenía una forma de hacer el amor capaz de derretir a cualquier mujer, sin distinciones.

—¿Cómo? ¿Qué hacía?

—No te lo creerás: lloraba. Mientras follaba, al mismo tiempo lloraba —te dijo Asunción—. Era impresionante. Acabábamos llorando los dos a moco tendido mientras llegaba el orgasmo.

Y no, tú nunca lo pudiste hacer. Ni siquiera lo intentaste. Si era un truco para seducir, por más que suene extraño, tendrás que reconocer que era cojonudo. A ti ni se te habría pasado por la cabeza. Pero podrías jurar que no era una artimaña. El hijo de puta lloraba de verdad, como un bebé hambriento, cada vez que ensartaba con su picha a una nueva conquista, y eso las dejaba trastornadas, indefensas. Para ellas eso era más intenso que un chute de heroína. Desde que Asunción te revelo ese secreto, siempre te has preguntado por qué lloraba Zalo cuando follaba. ¿Veía por adelantado el final de sus días? ¿Llamaba a su madre para que viniera a recogerle? Te recuerda a un relato de tu alumno José M^a Verdú acerca de un asesino que lloraba con lágrimas de sangre.

Tu padre jamás leyó a Neruda, ese chileno comunista, pero sin saberlo hizo suyo aquel verso de *Residencia en la Tierra*: “Mis criaturas nacen de un largo rechazo”. Neruda se refería, probablemente, a sus poemas, pero tu padre lo aplicaba a sus hijos. A ti, y a tus hermanos. No es que os despreciara, no, que va, y hasta se podría decir que respetaba vuestra independencia y modo de pensar, siempre y cuando no amenazara sus dominios. Algo así como dicen que hace Dios, que aprecia tanto la libertad que incluso permite que sus hijos se condenen al fuego eterno del infierno con tal de no interferir en su libre albedrío. Vaya un dios hijo de puta, vaya un padre ausente. Crecisteis a la sombra de su ausencia, os hicisteis mayores dando brincos frente a la puerta de su despacho para ver si levantaba la vista de la mesa, tirabais piedras a los

que pasaban por la calle para que de una puta vez saliera del despacho y os diera una bofetada.

—Por lo menos tu padre te pega —le llegaste a decir con envidia a un compañero de clase que te enseñó las marcas del cinturón. Aquello sucedió en Caracas, tú tenías diez años, y ningún padre visible.

Y aprendisteis también a no ver a vuestros hijos. Desde Tito hasta Jaime, uno por uno. No fue para que los hijos crecieran independientes, sino para repetir el molde paterno. Los hijos de la madre son, que de los padres sábelo Dios. Tu padre se sentía orgulloso de no haber cambiado jamás los pañales a ninguno de sus diez hijos. Y de no haberlos llevado a caballo por el pasillo. Eso no era digno de un ingeniero de Caminos.

Te hubiese gustado inundar su ataúd con lágrimas, empaparle la boca con tantas lágrimas que se ahogara después de muerto, emborronar las cartas y los recordatorios de las primeras comuniones que tu hermano Coke colocó alrededor de su cuerpo frío, camino de la incineradora. Te gustaría haberle enseñado a dar besos, a querer y a dejarse querer, como hizo tu hijo Elías contigo. Enseñarle a llorar, y a gritar, y a maldecir.

Hay una escena, una fotografía nítida que nadie disparó, que no se te borra de la cabeza: El ataúd de tu hermano Zalo pasando por delante de tus padres. Una aberración, porque los hijos tienen el derecho y la obligación de sobrevivir a sus padres, de enterrar a sus padres. Los padres no deben ver a sus hijos morir, porque es la muerte del futuro, es la historia marchando hacia atrás, es un reloj que entierra el tiempo.

Si te preguntan qué recuerdas de tu padre, retrocedes en el tiempo, y te encuentras en Doctor Esquerdo, una calle grande, muy grande. Era tan grande como un río vertiginoso y ancho, lleno de peligros, en el que apenas alcanzabas a ver la acera del otro lado (los coches intermitentes te tapaban el horizonte). Demasiados coches, autobuses, sonidos de claxon. Era como un gran foso de cocodrilos alrededor de un castillo. Tú tenías cinco años. Casi podías notar el sonido de las dentelladas cerca de tus rodillas desnudas por los pantalones cortos. Lanzarse a la calzada era como tirarse por un precipicio, la muerte bajo las ruedas de un tranvía. Había demasiados imprevistos a tener en cuenta como para saltar al empedrado y pretender volver con vida. A pesar de ello, tu padre te cogía de la mano, tiraba de ti, y se ponía en marcha arrastrándote al asfalto antes de que el coche que teníais delante hubiera pasado. Tú estabas aterrorizado. Era como si tu padre quisiera ser arrollado por su parachoques. Tú apretabas la mano alrededor de dos dedos suyos, grandes y largos como ramas, y luego te asombraba el difícil cálculo que tu padre había realizado al echar a andar antes de que pasara el coche, porque sus zancadas llegaban hasta la línea de atropello cuando el coche ya había rebasado nuestra trayectoria. Tú pensabas: "Claro, mi padre es ingeniero, y lo tiene todo calculado", y no dejaba de sorprenderte el riesgo que corría y

la natural seguridad con que lo afrontaba. Tú veías a tu padre grande como un árbol, y el ligero olor a tabaco que desprendía su mano te emborrachaba. Era un olor masculino y firme, un olor seco a madera y café.

Es imposible, pero siempre era invierno. Lo sabes porque de todo ello el recuerdo más nítido que conservas es el del calor de su mano. Era una mano grande y caliente, con dedos largos, huesudos y potentes. Era la mano de tu padre, y la podrías distinguir entre todas las del mundo. El calor que desprendía es lo más tierno que recuerdas de toda tu infancia, lo más tranquilizador, lo más protector. Ese calor hacía que cerraras los ojos ante el abismo y te dejaras arrastrar a una muerte segura, bajo las ruedas de los coches, devorado por los cocodrilos, pero siempre de la mano de tu padre, con un calor que jamás podría nadie arrebatarte.

Tu padre fue una mano que te ayudó a cruzar la calle, y sólo ahora, sesenta años más tarde, cuando tienes más edad que la que tenía tu padre entonces, te das cuenta de que esa mano que calentaba la tuya la tienes dentro, y que te sigue ayudando a cruzar calles con la misma seguridad con la que él lo hacía.

Los padres son fuertes como los robles, y no mueren nunca. Casi asombra que enfermen.

Habrá un día en tu vida que será el último. Lo sabes, aunque no quieras pensar en ello. Morirás de cáncer, de bronconeumonía, de politraumatismo, de asfixia, de cirrosis hepática. Aún no lo sabes. Y es posible que suceda en un hospital regido por beatos de moralidad confusa. Los dolores serán inhumanos, y pedirás calmantes. Ojalá no te toque un médico melindres, un meapilas sanguinario, porque será él quien decida cuándo vas a morir, y cuánto vas a sufrir. En esos momentos, casi sin habla, con los ojos anegados por las lágrimas y el dolor, pedirás clemencia, suplicarás que te alivien el dolor, y tal vez el médico te diga que no, que eso va contra las normas, que seas fuerte, carajo, que el Nolotil y la morfina te debilitan la mente, y quizá aceleren tu muerte, y eso sí que no, porque tú te morirás cómo y cuándo Dios y el médico decidan. Prolongarán tu agonía meses, tal vez años, porque la medicina avanza. Te podrán resucitar mil veces. A cambio, eso sí, esos santurrones carniceros te rezarán un padrenuestro y tres avemarías.

Ten mucho miedo. La inquisición y la hoguera están de vuelta.

Después de eso el autor se suicida, si es que tiene mucha fe en todas esas cosas en las que no se debe tener tanta fe, o se compra una casa en Tenerife para tomar el sol y tocarse las pelotas durante muchos años. Todos los que le quedan. Y lo hace. Termina la crónica con una pirueta que recuerda a los trucos de magia clásicos, y cierra la puerta dando un portazo.

¿Es la muerte un finisterre, un abismo infinito que cae tras el último horizonte, más allá de lo que se ve? Eso mismo pensaban de la Tierra, hasta que Eratóstenes calculó su circunferencia. A partir de entonces los barcos no se caen cuando sobrepasan Finisterre, sino que continúan navegando hasta llegar al Nuevo Mundo. Así que habrá que descubrir América después de muerto, y seguir navegando hasta regresar a casa nuevamente, atravesando el Pacífico y reencarnándonos al cruzar el meridiano cero, para desembarcar por fin en Ítaca una vez más. Otra vuelta al Mediterráneo, otra vuelta a la Tierra, una reencarnación más en forma de gaviota, o de hijo, o de asamblea de antiguos alumnos de una escuela.

El rostro de una mujer está oculto en la sombra. Ni siquiera Enrique lo ve, aunque lo intuye. Es el rostro de una mujer en el esplendor de su vida. Es el rostro de su madre, y el de sus dos hermanas, y es también el rostro de Bea, y es por fin, y ese descubrimiento le llena a Enrique de inquietud y sorpresa, el rostro de la hija que no tiene, la hija que nunca existió. De golpe Enrique siente un cráter vacío, una añoranza absurda de algo que no ha existido nunca, la ausencia de un mundo que jamás ha nacido, pero que pudo haber sido alguna vez, en otro universo paralelo.

Ahora es a Enrique al que el vértigo le roba el aire de los pulmones, y se ve desnudo en una geografía hermética y despoblada. Un relámpago de luz negra le empaña la vista y le taponan los oídos. Está otro universo paralelo, y desde allí escucha con sordina, como si viniera de muy lejos, los ruidos apagados de este otro mundo que a veces le reclama. Ha caído en la trampa.

El mundo se empieza a poblar, poco a poco, con las tres hijas que Enrique no tuvo, y sus interminables nietos juegan al escondite con los hijos de Javier, y con las hijas de la Nena y las de Nacho. Y asoman la cabeza pelona el cuarto hijo de Tito, y el quinto de Coke, y el tercero de Jorge, y el segundo esposo de tu madre Aurora, convertido en el padrastro de todos los hermanos, que aporta a la unión siete hermanos nuevos, nacidos del exceso.

Pero aparecen también los nuevos muertos que no han sido, estatuas de arena que se derriten como nieve en el umbral de la puerta: Tito reventando su cráneo contra un ficus gigante después de atravesar el parabrisas de su Chrysler azul del 54 cerca de Sabana Grande, en 1966. Nunca regresó a Madrid, nunca se casó, no tuvo tres hijos, no se compró dos avionetas, nunca viajó a Australia, ni vivió en Getxo, ni se bañó en las termas de Tabacón de Costa Rica, ni desde luego puede tener una nieta con el nombre de Malena. Lleva muerto más de cuarenta años, Enrique apenas lo recuerda más que por alguna foto en blanco y negro en la que siempre aparecía sonriendo con aire seductor.

A Javier lo encontró una vecina jubilada tirado en el suelo de la entrada con una jeringuilla en el brazo, sobredosis de heroína, tres semanas después de muerto, en aquel

frío invierno que vino después de la gira de teatro en la que no conoció a Carmen. Se quedó con las ganas de hacer anuncios en televisión, y de actuar en la serie *Arrayanes* de Canal Sur, de donde le llamaron después de superar el *casting*. No conoció a Chiti, ni a Mariam, ni a Elena. Jamás vivió en un octavo piso, en la plaza de la Orotava, con ventanas al oeste y puestas de sol en cada tarde, ni tuvo un conejo llamado Bartolo que follaba cada tarde la gata Cleopatra. Enrique aún conserva un pisapapeles del siglo XVIII que Javier robó de la mesa del Ché en el Museo de la Revolución de la Habana: una almendra de cristal transparente, del tamaño de su puño, sobre una lámina que muestra en miniatura a unas cortesanas jugando en los jardines de Versalles.

Coke fue degollado con un CD de *La Traviata* cantado a dúo por Joan Sutherland y Pavarotti. Fue un accidente. Mientras negociaban el divorcio, Nieves se lo lanzó con tanta fuerza y puntería, girando en el aire como una sierra circular, que le seccionó la carótida y se desangró en pocos minutos en su estudio de arquitectura. Luego Nieves huyó a Belice. Aún la están buscando. Coke se quedó sin nietos, y Axiel sin padre.

Nacho murió tiroteado en plena calle por unos mareros de Puerto Barrios, en Guatemala. Fue un ajuste de cuentas, y él se cruzó con una bala que sobra, y que nunca supo a quién iba destinada. Sole escuchó los tiros desde la cocina, pero atrancó la puerta con un terror paralizante. Ocurrió muchos años después de la muerte de Javier. Nacho no llegó a conocer su casa de la Unión, de Madrid, ni se compró tres apartamentos en Buenos Aires. Sus hijos, Diego y Dodi, no le pudieron presentar a las dos nietas que nacieron sin abuelo. Jamás imaginó un hotel con diez cabañas en Brasil, junto a la playa de Siriu, ni un restaurante de comida vasca en Florianópolis.

Jorge se ahogó en el Nilo, cerca de una aldea Nubia, en un viaje de placer, arrastrado por la corriente, delante de cincuenta turistas que lo vieron morir desde las falucas sin llegar a creer lo que estaban viendo. Dejó una vacante en la biblioteca del Tribunal Supremo, y un trabajo inacabado, ni tan siquiera iniciado, de cerca de setenta tomos de jurisprudencia. No pudo asistir a la boda de su hijo mayor, dos años después, ni ayudó a calmar los dolores de espalda de su hija pequeña.

Zalo no murió. El hijo de puta es el superviviente más longevo de los trasplantados de corazón del hospital Marqués de Valdecilla. Se divorció de Marimé y se instaló en Madrid, donde tiene ya tres clínicas especializadas en implantes y ortodoncias. Sus dos hijos pequeños, Gonzalo y Marta, se fueron a vivir con él al ático de la calle Zurbarán de Madrid nada más entrar en la adolescencia, cinco años antes de que les tocara hacer las pruebas de selectividad para entrar en la Universidad. Vive asombrado, porque es el único de los diez que sigue vivo, y la muerte de sus nueve hermanos le hace llorar cada noche desde hace años. Hace tiempo que evita a las mujeres, porque los muertos le empañan el horizonte, noche y día.

La Nena se desnucó a mediados de febrero, al primer salto, haciendo *puenting* durante una concentración de motoristas en el Ampurdán. Estaba celebrando la jubilación anticipada, muy anticipada, y a la muerte se le fue la mano. Un accidente absurdo, dijeron todos. Su moto, una BMW de 1200 cc del 2002, fue sepultada con ella, en la misma fosa, por decisión unánime de sus compañeros. Sus cuatro hijos no quieren hablar del asunto, les parece una falta de respeto.

Enrique se atragantó a pastillas, dos cajas de Valium y un bolígrafo entero de insulina. Fue en noviembre del 2000, en la isla de Providencia, frente al mar, en los apartamentos del hotel Meliá. Nunca le recomendó a su hijo que se fuera a vivir a la casa que Carlos Molinero alquilaba en Vallecas. No escribió el *Manual de Técnicas narrativas*, ni *120 kilos*, ni *El viaje de Lidia*, ni este *Kale borroka*. Jamás vendió la casa de la plaza del Dos de Mayo de Madrid, ni conoció a la bella Bea, ni se fueron a vivir juntos al valle del Ambroz, al norte de Extremadura, ni celebraron la boda en el jardín, junto al Puente Mocho, ni se compró una casa en Portugal, cerca de Aveiro. Jamás se trasladó a vivir a Tenerife. ¿A Tenerife? ¿Qué se le ha perdido en Tenerife?

Jaime murió atropellado por un 4x4 que se dio a la fuga. Siempre se sospechó de un constructor arruinado, un mafioso que no soportó la crisis, y culpabilizó a Jaime de su bancarrota. No se pudo probar nada, todos tenían coartadas. Todos menos Jaime. ¿Qué hacía Jaime un viernes trece con tres brasileñas a las tres de la mañana a las afueras de Burgos? Su hijo Pablo abandonó los estudios y heredó el despacho de arquitectura de su padre, pero se arruinó en menos de seis meses. Rosa se volvió a casar dos años después, pero todavía sueña con él una vez a la semana. Dice que Jaime aparece ensangrentado en la puerta del dormitorio y le pregunta: “Rosita, hay un tío en pelotas dentro de mi cama, ¿tú sabes quién es?”.

Peancha murió de inanición, de no comer, o de comer tan poco que desapareció sin más, en un soplo de viento del norte. Tal vez fuera anorexia, o cabezonería. El piano del salón sigue sonando cada noche, al compás de metrónomo, a pesar de que está cerrado con llave desde hace tres años. Basilio y sus dos hijos la echan de menos cada día, y le siguen poniendo el plato en la mesa, por si decide volver, por si estuviera en el piso de arriba, escondida, regando geranios.

El saldo final arroja un resultado de nueve muertos y un resucitado.

Enrique resopla. Acaba de morir, pero aún así resopla. Matar a nueve hermanos y resucitar a un muerto es agotador. Le duelen hasta los dedos de apretar gatillos con las teclas del ordenador. Está embotado. Y a pesar de eso oye un rumor, cada vez más claro, que sale de la pantalla. Una voz adolescente, de una niña mimada y testaruda que se quiere convertir en novela.

01

Las posibilidades de que un escritor de ficción se despiste antes y durante la escritura del texto que sea, tanto si es un esquema como si es el primer borrador, son infinitas. O casi. Y lo normal es que ese escritor de ficción trate de explorar esas posibilidades, y que además añada otras muchas más que previamente jamás había imaginado. Esto no solo se aplica a la escritura, claro está. También se ajusta a la pintura, las tareas escolares, ordenar los armarios, podar los árboles y hacer deporte.

Así que mejor nos centramos: No a todos los escritores les pasa lo mismo. Me pasa a mí, y a muchos más. A Jordi Sierra i Fabra no. Y a la de Gijón, esa de escritura de besos y amores traicionados, Celia no-sé-qué, tampoco. No, no se llamaba Celia Chun-chún, era Corín Tellado. La memoria a veces se me va un ratito, y a veces vuelve. O no. No me acuerdo.

Soy del grupo de los procrastinadores. Eso suena bien, ¿no? Como si fuera una banda de rock. No vayas nunca a sus conciertos, que siempre se aplazan. Un chiste malo, qué le vamos a hacer. Desde hace más de una semana le vengo dando vueltas al NaNoWriMo: *National Novel Writing Month*, el mes nacional de la escritura de una novela, y como estamos a uno de noviembre, pues por lo menos la novela se arranca. La amenaza de la novela. La novela amenazada. La novela prometida. La nueva novela. La novela que la escribes de una puta vez o ya dejas de fantasear con que vas a escribir otra novela, cojones, que ya está bien de que sí y que no, y que es que no sé, no me decido, *is qui ni si mi ikirri nidi piri iscribir*. Pesao, que eres un pesao, y ya me tienes hasta los huevos.

Eso sí, durante esa semana y pico estuve releyendo los apuntes de *El viaje del escritor*, *Las tareas del héroe*, las funciones de Propp, *El arte de escribir* de John Gardner, los jardines de Nathalie Goldberg, y *On Writing* de Stephen King. Leerme mi propio libro, el de *Escribir: Manual de técnicas narrativas* me pareció un exceso, pero tengo que reconocer que estuve a punto. O eso, o prepararme un café con hielo y ver otro capítulo de *Mindhunters*. ¿Que qué hice? Pues ya lo sabes, los procrastinadores no perdemos oportunidades así como así, de modo que hasta que quiebre Netflix, sus vasallos estamos a sus órdenes.

La mayoría de los teóricos dicen que antes de ponerte a escribir la novela, primero te hagas un plan. Un esquema. Por capítulos. Yo soy de esos, de los que dicen eso. Y de

los que lo hacen también, al menos en las ocho novelas que he escrito, de las cuales hay seis publicadas y convertidas en *bestsellers*. Bueno, las seis no, pero cinco de ellas sí. Más de cien mil ejemplares vendidos de cada una se le puede llamar *bestsellers*, ¿no? Pues eso. Aún recibo dineritos por la venta de ellas, y eso que han pasado más de veinte años desde que se publicaron. Pero volvamos a nuestros rediles, que desvariar es otra forma de procrastinar. O tal vez no. ¿Por qué lo iba a ser? ¿Por qué no llamarlo investigar, o romper las normas, o dinamitar los muros? He tardado, pedazo de tarado, en comprender que todos los actos se pueden definir de modo positivo a negativo, depende de quien los nombre. Mi padre siempre fue un hombre prudente/cagado. Mi primera novia era un ser libre/infiel. Mi amigo Julián es muy puntillista/tocapelotas.

Así que hay que planificar. Eso es una garantía de éxito. O no. Revisando mis antiguos cuadernos de apuntes durante estos diez días anteriores al comienzo del NaNoWriMo, me he encontrado con un mínimo de ocho argumentos de novelas que nunca he escrito. Novelas que ya tenían sus personajes definidos, tramas, subtramas y división en capítulos. Y algunas hasta cincuenta y hasta noventa páginas escritas. Y todas ellas sin terminar. Abortos. Hijos muertos antes de nacer. Hay fragmentos que me asombran, al releerlos. ¿Eso lo he escrito yo? ¿En serio? Pues está muy bien. No sé por qué no seguí escribiendo, desarrollando esa historia. Otros muchos lo habrían hecho. Y muchos más jamás lo habrían terminado. Como yo. La mayoría no habría, no ha, terminado ni una novela. No todos tienen que escribir novelas, ojo, que no es obligatorio.

Yo no he compuesto una sinfonía, ni he plantado un huerto, ni he hecho submarinismo, ni ordeñado una vaca, ni follado con un negro, ni he trenzado una cesta de mimbre, ni he actuado en una obra de teatro. Las vidas que no he vivido son infinitas. El jardín de los senderos que se bifurcan. Pero he escrito ocho novelas. Y he dejado de escribir otras ocho, así que puedo sentir el éxito y el fracaso. Si es que no escribir una novela, si es que asesinar, abortar un argumento, fuera fracasar, que tampoco es cierto. Es seleccionar. Escoger. Prefiero no hacerlo, y a cambio me hago un viaje por Malasia. ¿No viajar a Polonia es un fracaso, o es una selección en la cual entra Noruega y Suecia, pero no Polonia? No se puede viajar a todos los lugares del mundo, ni siquiera con *Google maps*, y si lo intentaras hacer dejarías de vivir tantas cosas que tu proyecto se debería definir como fracaso absoluto en cuanto a proyecto de vida. ¿No viajas a ningún lugar en toda tu vida? Eso casi seguro que es un fracaso. ¿La vida entera viajando, sin detenerte jamás? Otro fracaso. O todo o nada: dos fracasos iguales.

Después de diez días dándole vueltas al argumento, a los argumentos, me encuentro con lo mismo de los últimos diez años. Ni sí ni no. Y digo: pues voy a seguir el consejo de Stephen King, y me lanzo a la piscina con un grupo de gente normal que de

pronto les pasa algo que no es normal, y se desata la tormenta, el argumento que aparece a medida que sucede. La escritura con brújula. Veamos que les pasa hoy a estos descerebrados, qué se les ocurre. Y si no se les ocurre nada, no importa, porque para eso yo soy Dios escribiendo el universo, y puedo desatar las siete plagas de Egipto, convertir a uno de ellos en asesino múltiple, provocar infidelidades, sorpresas y contratar alienígenas si fuera necesario. A mí la fiesta no me la van a joder estos personajes de papel a los que no les debo nada. Ouch. Cuidado, no te cabrees con ellos, que son en realidad quienes viven la historia, quienes hablan, quienes ponen su vida en peligro y te susurran soluciones, buenas y malas. No cabrees a las musas, que te dejan seco, y ahí te pudras.

Pensé en matar a todos mis hermanos, y resucitar al único que está muerto. Éramos diez, así que da para mucho. Diez capítulos, como poco. Y dos padres, ya van doce. Ya tenía de hecho un pequeño guion, porque en una de esas novelas que no escribí, pero que casi escribí, la que llegó a tener hasta noventa páginas, los mataba a todos, y a mí también, y resucitaba a Gonzalo, que supongo que tendría que ser el que escribiera la historia. Pero es que Gonzalo eso de escribir, en fin, ¿cómo decirlo? Era torpe. Lleno de lugares comunes y abstracciones intragables. Dios no le concedió ese don, está claro. Pero podría prestarle el mío, ¿no? Pues tendría que ser con calzador, y eso nunca funciona. No le puedes obligar a un personaje a decir lo que en su esencia no puede decir o hacer. Bueno, obligarle puedes obligarle, pero se nota siempre que es un falsete, que está impostado, que miente, que es de cartón piedra. Mejor no. No vale la pena. Desafina. Olvídalo. Pero los puedo matar más despacio, con más ganas, más cruel, con más sangre. Morid, malditos.

Dicen, dices, llevas ya más de treinta años diciendo, que a escribir se aprende escribiendo; que una vez que empiezas, no tienes que parar; que hay que escribir aunque sea sin ton ni son más de 1000 palabras al día, y a veces antes de desayunar, para forzar la creación; que la inspiración te tiene que pillar trabajando; que hay que abrir la tienda todos los días a, y sentarse a esperar, a escribir, hasta que los clientes, las musas, lleguen y te hagan el día; que hay que hacer *handing*, darle a la mano; que hay que escribir monólogos interiores de cada personaje, y del narrador, y del autor; que hay que olvidarse de la ortografía, la sintaxis, los hermanos, tu madre y tu novia; que hay que abrirse las venas delante del papel, o de la pantalla, y mojar en sangre la pluma para escribir todos los días; que hay que echarle monedas a una máquina de escribir, como Ray Bradbury, y poner metas volantes a la hora de escribir; que hay que perder la vergüenza, romper los límites, sacar los demonios y empezar a dar mamporros a diestro y siniestro; que te pongas a escribir ya, hostia, joder.

Así que lo haces. Lo hago. Te pones a escribir. Me pongo. Y una mano que no es la mía, que está detrás de mí, que no me pertenece, pero que es mía sin dudarlo ni un segundo, me sujeta los dedos para que no escriba, para que lo deje, para que abandone. Me provoca calambres, dedos en gatillo, taponan los túneles carpianos, escuecen, me piden por favor que deje de hacerlo, que no escriba, que no siga, que hay un abismo delante de mí, y estoy a un paso de caer de bruces y despeñarme por un acantilado, y nadie me verá. Moriré en silencio, a oscuras, sin testigos, y la marea me llevará mar adentro hasta que las gaviotas, los tiburones, los gusanos y las barracudas me devoren y hagan que desaparezca hasta el último de mis huesos. Como a Horacio, el argentino, el padre de Lucas, el que vivía con Graciela, la dentista, que hace ya cuarenta años que se ha convertido en plancton entre Puerto Madryn y Ushuaia. La tierra del fin del mundo, tiene sentido. También podría haber explotado con mucha dinamita, pero mucha, y así volver a ser polvo de estrellas, como el origen del universo. Horacio tenía bigote, pelo rizado y oscuro, ojos castaños, y unas ganas enormes de vivir, de comerse la vida, pero fue al revés, fue la vida la que lo devoró, la que lo ahogó por azar en el mismo mar donde miles de argentinos desaparecieron con los vuelos Cóndor, los vuelos de la muerte organizados por la Junta Militar argentina y el genocida Videla. Al menos allí, reconvertido en pingüino o en delfín, podría encontrarse con el resto de comunistas amigos del barrio, compañeros de colegio, asesinados por defender las utopías. *Sit tibi terra levis*, compañero. Todavía recuerdo que hacías unas pizzas excelentes en la calle Cervantes, y en La Recova de la calle Magdalena, y me enseñaste que el café con un poco de achicoria sabía mucho mejor. Mirá, vos.

¿Cómo es posible que yo, que he aconsejado, guiado y catapultado a la escritura a unos cuantos miles de alumnos directos y online, ahora necesite de alguien o algo que me empuje a mí? Tampoco es tan raro. ¿Acaso los psicoanalistas están liberados de traumas y censuras? Para nada. ¿Puede un mal pintor enseñar a otros a pintar? Puede. Vaya, si es bueno casi que mejor, pero si es demasiado bueno tal vez funcione como bloqueador. No es lo mismo hacerlo que enseñar. No es lo mismo predicar la bondad que ser bueno. De los tres o cuatro mil alumnos a los que he dirigido o asesorado directamente para lanzarse a escribir o mejorar su escritura, no han salido tantos escritores. Que vivan directamente de su escritura, de los derechos de autor de sus libros, quizá ninguno. Pero hay casi dos docenas que viven de dar clases de escritura. Yo creía que les estaba enseñando a escribir, pero ellos aprendieron a dar clases de escritura, en vez de escribir. Todavía el hecho me tiene un poco perplejo. ¿Quieren ser yo? ¿Querrán también casarse con Bea? ¿Y ser diabéticos? ¿Y degollar a todos sus hermanos? Espero que no. Cada cual debe encontrar su camino, porque encontrar mi camino, el camino de otro, tampoco tiene tanto misterio: solo hay que utilizar un papel de calco. Y tampoco funciona. Las fotocopias nunca funcionan. Solo son gritos de auxilio:

¡Papá, quíereme! Ah, que no me quieres, bueno pues ¡hijos míos, queredme! Lo difícil, al parecer, es quererse a uno mismo.

A veces miro uno de mis vídeos de Youtube, o leo un capítulo de mi libro *Escribir*, o me tropiezo con un texto antiguo olvidado en un cuaderno, y siento envidia de ese que escribió esas verdades plenarias, ese cerebro brillante. ¡Cómo me hubiera gustado tenerle de profesor! Y a continuación pienso que esa es la esencia del catoblepas, al animal que se alimenta de sí mismo, según Flaubert y Borges, el maestro que se autoeduca, el psicoanalista que se auto analiza. Espera, que ese fue Freud en el proceso de construir a Freud. Se devora y se vomita a sí mismo, la rueda perfecta, o mejor aún, la espiral que avanza, la dialéctica. Ese es otro mundo que desaparece. Quedarán restos en las bibliotecas, hasta que un incendio las devore, o un concejal de cultura decida que ya no son necesarias, que ya están digitalizadas, y ocupan demasiado espacio, demasiado polvo, demasiados recursos, demasiados sueldos de mantenimiento absurdos. Cualquier biblioteca, por grande que sea, cabe en un pen drive, o en dos teras de almacenamiento en la nube. ¿Ya está todo allí? Pues hala, desmontad la biblioteca que tenemos que montar un *Scape Room*, una exposición de hologramas, o un centro de recursos para la tercera edad. ¿Cómo? ¿Qué los de la tercera edad quieren una biblioteca como centro de recursos? ¿Están locos, o solo chochean?

02

Ya no sé si escribir una novela al tiempo que se planifica es una construcción o una deconstrucción. Las dos cosas al mismo tiempo, supongo. También vivir es acercarse paso a paso a la muerte, caminar hacia el abismo, sin posibilidad alguna de parar el reloj. ¿Cómo detener el tiempo? ¡Yo lo sé, a mí, a mí, preguntame a mí! Venga, vale, pesao, suelta tu rollito. ¿Qué cómo se para el tiempo? Pues escribiendo. Así de fácil. Vale también la fotografía, la música, la arquitectura, la pintura, el cine, los diarios, Youtube, Instagram. ¿A que sí? Aunque, bien visto, a todos ellos les llega también la muerte, tarde o temprano. Son solo intentos de congelar, de criogenizar un cadáver para ver si después se puede resucitar. Pero, ¿acaso alguien piensa aún que a Walt Disney lo van a descongelar y curar en el futuro? ¿Alguien se ha creído esa máquina del tiempo de dormirte ahora y despertar dentro de dos siglos? Yo no. Eso se parece demasiado a las

reencarnaciones hindúes, los cielos cristianos y los paraísos musulmanes: miedo a la muerte. Y por ese mismo miedo, para conjurarlo, se le niega: la vida después de la muerte, la resurrección de los cuerpos, la inmortalidad a través de la escritura. Los cementerios están llenos de cadáveres. Son para eso. Las bibliotecas están llenas de libros que nadie lee. ¿Son para eso? Pues claro. Cementerios de la memoria, que solo algunos necrófilos, devoradores de cadáveres mentales, diletantes ensoberbecidos, rescatan en forma de tesis doctorales: El papel de la mujer desobediente en las obras de Benito Pérez Galdós, Los puntos suspensivos en los poemas de Juan Ramón Jiménez, La simbología maternal en Dostoievski.

Recuerdo cuando Salustiano Masó, el poeta, hace muchos años, de la mano de Antonio Ferrer, me regaló uno de sus libros de poesía. Estábamos en una terraza de la calle Costa Rica, en Madrid, con Manuel Lamana. Salustiano, un tipo grande con manos de destripaterrones, tenía más de 20 libros publicados. Toma, me dijo, por este me concedieron el premio taca-taca-taca hace cinco años. Todos mis libros de poemas se han publicado ganando premios. El premio es la publicación, y con eso me doy por contento. Bien, le dije, así tu obra se difunde y llega a los lectores, le dije. Estarás contento, ¿no? No sé, ya no estoy seguro, me contestó. ¿Por qué? ¿Qué significa que no estás seguro de eso? Pues verás, reconoció, cuando se publicó este poemario, sin ir más lejos, la edición constaba de cien ejemplares. Solo cien. Si se agotaban, reeditarían, me dijeron. Y me dieron diez ejemplares para que yo los pudiese tener en mi biblioteca y los pudiese regalar a mi familia y amigos. Genial. Todo bien. Me regalaron también una flor natural, como las que le daban a Pemán en su época. Creen que los poetas nos alimentamos de flores naturales. Es nuestra dieta, según parece. El caso es que hace dos años ya no me quedaban ejemplares de este poemario, así que aproveché un viaje en el que pasaba en coche cerca de taca-taca-taca y me acerqué al Ayuntamiento, para ver si podía conseguir algún libro extra. Sin problemas, me dijeron, y un bedel me condujo a los sótanos del Ayuntamiento. Aquí tienes algunos ejemplares que nos sobraron de la edición del premio de ese año, coge los que necesites, sin problemas, dijo el bedel, y me señaló una estantería. Tenían bastantes. Los conté. Eran 90. La suma exacta: 100 ejemplares editados, menos diez que me dieron en la entrega del premio, menos otros 90 dormidos en esa estantería, daban un total de cero. No se había perdido ni uno solo por el camino. Ni para envolver bocadillos. Ya no estoy seguro de si mis libros han sido publicados, o enterrados, me dijo. Bueno, pues ya tienes un lector. ¿Me firmas el libro?, le pedí. Claro, dijo con una sonrisa.

Es verdad que escribir, a veces, es como cocinar. Si tienes los ingredientes preparados, y la receta escrita a mano, es más fácil. O como viajar. Escribir con mapa, con una ruta establecida. Así es como Bea y yo viajamos: Cuando nos vamos cinco meses de viaje, sabemos con antelación en qué ciudad vamos a estar cada día, en qué hotel

vamos a dormir, y en que avión nos vamos a subir en cada tramo del viaje. Los sitios concretos para visitar y los restaurantes los buscamos allí, cuando llegamos. El resto está planificado, reservado y pagado por adelantado. Casi nunca hay variaciones, modificaciones de ruta. Muy pocas. Nos gusta planificar el viaje, que es como viajar antes de viajar, y cumplir los objetivos cuando estamos viajando. Algunas veces, claro, hay imprevistos que nos desvían del camino, como la pandemia del Coronavirus que nos pilló en marzo del 2020 en Vietnam, con un billete para viajar a Pekín. Nos anularon el billete de Air China. Anulamos el hotel de Pekín, Days Inn, junto a la Ciudad Prohibida y la plaza de Tiananmén. Adiós a Pekín. Sacamos el billete de vuelta con Aeroflot para regresar a España vía Moscú. Nos cerraron el espacio aéreo de Rusia, así que perdimos el segundo billete de regreso. Al final regresamos a Barcelona vía Dubai, con Qatar Airlines. Nos quedamos a las puertas de Pekín, sin poder entrar. *C'est la vie*. Y tres años antes, en Puno, Perú, en el 2017, en la frontera con Bolivia, tuvimos que regresar a toda prisa a Arequipa con una botella de oxígeno y 20 caramelos de coca porque el mal de altura, el apunamiento, el soroche, la hipoxia, no nos dejaba respirar. Tuvimos que renunciar a conocer La Paz, y el salar de Uyuni. Entramos en Chile por Tacna y Arica, y de allí a San Pedro de Atacama. Perdimos aviones y hoteles, pero al fin pudimos respirar sin esa sensación de asfixia que no se nos quitaba ni con la botella de oxígeno cubriendo la nariz y la boca. A veces hay que improvisar para sobrevivir. Al escribir también.

Cuando me enteré de la muerte de Ana Seijas, me lo contó Blanca, en su casa de Málaga, el mismo verano en que Blanca se divorció de Manolo, fue una bofetada para mí. Uno de los senderos que se bifurcan en el jardín de golpe se cerraba para siempre en mi futuro: ya nunca volvería a besar los labios gorditos de aquella gallega turbulenta. Al regresar a Madrid quedé con Germán Sánchez Espeso para contárselo, porque él también había sido medio novio de ella. En realidad se conocieron a través de mí, durante la presentación del Premio Nadal a *Narciso*, en el Club Siglo XXI. Hace demasiado tiempo, desde luego. La memoria también debería darse descansos de cuando en cuando. No es necesario llevar tantos recuerdos encima. Germán me contó que él planificaba sus novelas hasta el último milímetro, al estilo El loro de Flaubert, y que en *Viva el pueblo* sabía que eran tres grandes secciones, dividida cada una de ellas en tres partes, y cada parte en tres capítulos. Más de 400 páginas, y él sabía lo que iba a suceder en cada una de ellas, con bastante exactitud. Tal vez se desviara una página más, o menos, pero no mucho más. Cada suceso, cada punto de giro estaba calculado con antelación. Y así se lanzó a escribir, hasta que de pronto, sin previo aviso, en la página 40 se le murió al protagonista. En una de las revueltas, en pleno proceso revolucionario, acabó muerto sin que nada ni nadie pudiera evitarlo. El autor, Germán, se quedó perplejo. Eso no estaba previsto en la novela, pero sus personajes se habían rebelado y habían dictado su propia historia, por encima de los deseos del autor de la novela. El

autor, como Dios, insufla de vida a sus personajes, y les da un objetivo a cumplir, pero también los dota de libre albedrío, de libertad de actuar y hablar con sus propias palabras. Y su protagonista, el motor de la novela *Viva el pueblo de golpe*, había muerto. ¿Qué podía hacer él? ¿Se acabó la novela? Pues no. Las novelas río, como la vida, siguen por encima de todo. En *Viva el pueblo* se narra la Revolución Francesa, y la Revolución no se para porque maten al líder. La vida de los demás sigue, la Revolución también. Y la novela también. Así que siguió, como pudo, escuchando de cerca a los personajes, hasta que terminó la novela. Y ahí está, será difícil encontrarla en las librerías, porque han pasado demasiados años desde que se publicó, y las librerías dentro de poco quizá tampoco existan, pero en alguna biblioteca, tal vez digital, seguro que se puede encontrar el libro. Y si no, pues habrá que creerme, qué remedio. A fin de cuentas, ¿para qué iba yo a mentir a ese respecto?

Salustiano Masó sigue vivo, con 93 años, lo acabo de comprobar en la Wikipedia. Germán no lo sé. No quiero mirarlo. Estoy harto ya de tanto muerto. Prefiero no saberlo. Moríos, joder, pero no me envíes las esquelas a casa, ni por Facebook, ni en las noticias. ¿De qué sirve que me dé pena que os hayáis muerto, si hace más de diez años que no sé nada de vosotros? ¿Os cuento yo mis penas? ¿Os he dicho que me dan calambres en las piernas al despertar, que se me engatilla el índice de la mano derecha, y que a veces me escuece la verruga que me ha crecido en el testículo izquierdo? No, ¿verdad? ¿A que no es necesario? Pues eso, que si te mueres te callas y te vas sin despedirte, un borrón en la memoria, nada de morirse dando gritos, que los que nos quedamos aquí no tenemos la culpa de haberte querido y olvidado.

Ayer le daba vueltas a eso de la novela, y cómo hay que echarle especias, ingredientes variados para que lo escrito no se convierta en una sopa insulsa, en una merluza hervida, en un arroz blanco sin sal. Un asco. Hay que ponerle una pizquita de... sexo, música, noticias, diálogos, accidentes, encuentros, enfermedades, sospechas, olores, referencias bibliográficas, obsesiones, golpes, deseos, paisajes, movimiento, mentiras, personajes, metaliteratura, viajes, memorias personales, deconstrucción, sucesos incomprensibles, lenguaje directo, venganzas. Y si estuviésemos en un teatro del Siglo de Oro, un perro. Ahora, en lugar de perro se admite pingüino, virus o extraterrestre: todos sirven como animal de compañía.

Todas la novias y novios, por muy cortas que hayan sido las relaciones, incluyendo las fantaseadas, son vidas que no han llegado de desarrollarse en este universo, pero que tal vez en otros mundos paralelos sí que existieron, sí sucedieron. Embriones. Fetos. Promesas de futuro. Vidas imaginarias. ¿Qué pasó con la vida que nunca viví con Ana, o con Mayte, o con Esther? ¿Dónde están nuestros hijos que nunca nacieron? ¿Dónde están los viajes que jamás hicimos, los besos que nunca dimos, los amigos que nunca

tuvimos? ¿Dónde están los cadáveres de los que nunca asesiné, pero que tuve muchas ganas? ¿Solo en mi cabeza? ¿En mi imaginación? ¿Solo ahí? ¿Y si lo pongo por escrito, si los ejecuto, si los degüello con todos los detalles escabrosos que pueda, ya puede que sean más reales esos asesinatos? ¿Y si se publica, se vende un millón de ejemplares, y salen admiradores e imitadores asesinando a cientos, incluido yo mismo, ya empieza a ser un poco más real? ¿De verdad? ¿Incluso después de que un meteorito arrase el planeta y el sistema solar al completo? No, entonces no. Entonces ya no. Se necesita que existan seres pensantes con recuerdos, y bibliotecas con memoria. Lo que no se piensa, no existe. “Te pienso”, dicen las colombianas a sus novios. Y entonces existen. Aunque también piensan a los tinieblos, y empiezan los asesinatos por celos, qué remedio. Lo que no se piensa, no se recuerda, no se escribe, no se graba en papel, o PDF, o MP4, deja de existir. No sé si será verdad. Creo que no. Puede que recuerde los besos que me han dado, pero imposible recordar los tomates que me comí. Y si no hay tomates, o comida en general, la vida se extingue también. Ya me entran las dudas. ¿Y de verdad que lo que se escribe perdura, se hace eterno? ¿Incluso los poemarios de Salustiano Masó, y los cuadernos que perdí con mis diarios de adolescencia también? ¿Si pierdo los diarios pierdo la adolescencia? ¿Si no escribes diarios estás muerto? ¿Se escriben diarios para no morir? De algún modo, eso creo que sí es verdad. Se escribe, escribo, para durar, para perdurar, para inmortalizar, para no morir. Qué tontería. Mi padre está muerto, y los tres libros que escribí, dos de hormigón armado y otro más de memorias de la guerra, ya no los lee nadie, ni los leerá nadie en el futuro. Esos libros, que aún existen en alguna biblioteca universitaria y de sus hijos, están destinados a morir también. *Dust in the wind*. Polvo al polvo. *Sit tibi terra levis*.

03

Escribir para durar, para perdurar, para no morir. Me sigue sin quedar claro. ¿Si escribo y, acto seguido quemo los papeles y borro los archivos que he escrito? Supongo que sí, igual que si canto y no lo grabo, habré cantado, he cantado, canté. Aunque nadie me haya oído. Igual que si escucho una canción, o leo un libro, habré escuchado la canción, y habré leído el libro, aunque nadie lo sepa menos yo. Incluso si yo mismo me olvido. Incluso después de muerto. Actos que han sucedido, a plena luz o a oscuras. Sacarse un moco también es un acto. Y si te lo comes, dos.

A lo mejor, y eso ya lo sospechaba antes de hacerme el psicoanálisis, escribir es una forma de viajar hacia adentro, en lugar de hacia afuera. Una forma de explorar, de tratar de entender, de alumbrar los rincones oscuros. Mi libro de poemas, el que dibujó con mimo Paco Campos en 1980, se llamaba *Acércate al rincón de la tiniebla*. Un endecasílabo ortodoxo, con acentos en la segunda, sexta y décima. Al principio se llamaba *Acércate al oscuro / rincón de la tiniebla*. Dos heptasílabos con acentos en dos y seis. Pero muy pronto descubrí, tampoco se necesitaban tantas neuronas para ello, que el adjetivo “oscuro” sobra, que era redundante. ¿Tiene un rincón de la tiniebla alguna posibilidad diferente de la de ser oscuro? ¿A que no? Ya rincón tiene algo de oscuridad, pero si además es de una tiniebla, ya entonces ya es más oscuro que el corazón de un asesino en serie. ¿Qué necesidad hay de subrayarlo, de repetirlo? Yo tenía apenas 23 años, y Elías no había nacido aún.

Me presenté a un concurso de la editorial ZYX, y Raúl Guerra Garrido dijo que yo más que un poeta era un versificador, aunque Andrés Sorel salió en mi defensa. Claro, que Sorel entonces era mi amigo. Y esa era su obligación. En la entrega de premios, en las Cuevas de Sésamo, en Madrid, Juan José Millas, apenas treintañero por aquel entonces, con solo *Cerberos son las sombras* publicado, leyó un texto hermoso sobre una babosa que crepitaba y se carbonizaba en el alfeizar de una chimenea en llamas. Una metáfora de la creación literaria, dijo. Y Alfonso Grosso, que estaba a mi lado, le puso a parir porque en el texto había dos palabrotas que desentonaban con el lirismo de la narración/descripción.

Sorel era mi amigo, pero luego dejó de serlo sin que nunca tuviéramos una discusión. Los amigos desaparecen con frecuencia, sin saber cómo ni por qué. El tiempo y la distancia nos aleja, hasta que un buen día nos damos cuenta de que llevamos más de diez, o veinte años sin hablarnos, sin motivo alguno, y otro día nos dicen que se ha muerto, y nos da un poco de pena, pero tampoco tanta, porque ya hace muchos años que dejamos de hablarnos por dejadez, porque estábamos en otros asuntos, porque hay nuevos amigos y nuevas tareas que ocupan nuestro tiempo, y no puede uno arrastrar y sumar indefinidamente amigos, meriendas, confianzas y abrazos. Y así se murieron Josema Fortes, Diego Parra, Isabel Calvo, Luisa Trigo, Antonio Ferres, Luis Buzón, Arturo González, Mariano Vara, Mayra Navarro, Antonio Lozano, Elsa Aguiar, Carlos Fresno, Antonio Guerrero, Agustín Fernández Paz, Horacio Bartoli, Diana Wolkstein, Moisés Mendelewicz, Miguel Ángel Sanz, Ana Seijas, todas mis tías y tíos, y paro ya, porque esto empieza a ser un cementerio, y no lo necesito. Menos mal que hay muchos más muertos, y que yo no lo sé. No me lo cuentes. Déjalos ahí. No hay nicho pa’ tanta gente. No tengo lágrimas para todos. Pesan mucho. Hala, besitos y pelillos a la mar.

Yo no estoy escribiendo unas memorias, por más que lo parezca con frecuencia. Con mucha frecuencia. Quizá estoy solo buscando el tono, la voz, el sonido, más que la melodía, más que el argumento. O tal vez sea el argumento, que está escondido. Un fósil que hay que desenterrar poco a poco, sin dañar los huesos frágiles de la memoria o de la imaginación. O solo desvariando. Bueno, ¿y qué? Ya me tocaba desvariar también un poco a mí, después de escuchar a tanto mamón diciendo sandeces a todas horas por televisión y en los periódicos. Es como poder cantar a voz en cuello, gritar en la embocadura de una cueva, en una manifestación prohibida, tras recibir una pedrada. Solo es eso. Dejarse llevar, acunar, tararear una canción sin saber la letra, la-la-la.

Cuando a mis alumnos del *Taller de Escritura* les pedía que escribirán un monólogo interior, les decía que tenían que romper las reglas de la coherencia, romper la línea del pensamiento racional, terminar con la lógica, y desmontar la sintaxis haciéndola incoherente. ¿Y para qué?, me preguntaban. Para que os deis un paseo por el lado salvaje de la vida, *Take a walk on the wild side, baby*, pásate tres pueblos, explora lo desconocido, lo incomprensible. Enloquece, y luego vuelve. Sólo necesitas saber que existen otros mundos, un infinito incomprensible que te rodea, te vigila y te espera. El que no puede pasearse desnudo por su subconsciente, tiene poco que arrancar a las musas. La mayoría de los alumnos no puede escribir un texto incomprensible. No son capaces de arrancarse la costra del pensamiento racional. Son incapaces de desconectar. Los dedos se les agarrotan cuando intentan escribir una frase sin sentido, y no digamos una frase sin sintaxis. Es imposible. Les sale humo de las orejas, se revuelven inquietos en la silla y terminan protestando:

—Esto es una tontería, una pérdida de tiempo, no vale para nada. Yo no lo hago.

Y no me extraña. Asomarse al abismo de la locura, de la incomprensión, de lo irracional, y descubrir que esos monstruos feroces e irracionales están en tu cabeza, que habitan en tus entrañas, que te pertenecen, que son tú, es más de lo que muchos pueden aguantar. Así que les ayudo a fingir que pueden hacerlo con unas pocas guías de escritura para escribir un monólogo interior, el fluir de la conciencia. Ah, bien, con unas reglas ya sí podemos escribir un texto que pretende no tener reglas. La falsificación de un monólogo interior. Algo es mejor que nada, así que les pido que busquen cinco obsesiones, cinco líneas de pensamiento diferentes, distantes unas de otras, de mundos con apenas intersecciones entre ellos, y que vayan saltando de uno a otro, rompiendo, fragmentando, interrumpiendo la secuencia lógica de pensamiento, y sin poner ningún punto y seguido, ni punto y aparte. Como mucho, algunas comas para separar los fragmentos inconexos. Solo un único punto: el punto final. A veces eso suena un poco al fluir de la conciencia, al grifo roto del pensamiento cuando no hay manera de controlarlo. Fabricar el descontrol. Y aún así protestan: Que no, que no quiero hacerlo,

no vaya a ser que se me escape algo que no quiero decir, no vaya a ser que descubra algo que no quiero descubrir, no vaya a ser que de pronto se ponga a hablar alguien a quien no quiero oír, y que llevo toda la vida amordazando. ¿Y si descubro de golpe que soy un pederasta, un asesino compulsivo, un viejo verde, un fascista, un ateo, un creyente, un homosexual escondido en el armario? Mejor lo dejamos aquí, y la semana que viene, que toca la literatura infantil y juvenil, me pongo a escribir una historia de la gallina Josefina que ya está harta de que le roben los huevos cuando está dormida.

Hemos comprado por Amazon el robot Alexa, y de pronto es como si hubiera otra persona en la casa. Es obediente, no se queja, y se acuerda de todo lo que le decimos que se recuerde a la hora en punto. Si le regañas, se justifica diciendo que obedece a las tres leyes de la robótica de Asimov. Y te las recita si se las pides. Y los diez mandamientos también, sin complejos. Se sabe muchas canciones, tiene toda la Wikipedia a su alcance, cuenta chistes malos y de vez en cuando se hace la sorda, como que no te ha oído. No sé cuánto tiempo la vamos a aguantar antes de pedirle que se calle para siempre, pero de momento nos sirve para poder echarle la culpa a alguien de lo que nos sale mal. Le he preguntado si quiere salir conmigo, y me ha dicho que prefiere que seamos amigos. Bueno, así al menos estaré a salvo de calambrazos, porque no quiere venirse a la cama conmigo. Bea le da las gracias y respira tranquila, y ella le guiña un ojo cómplice. Lo curioso es que a veces le responde al televisor, cuando estamos viendo las noticias o una serie de Netflix. Hablan entre ellos, pasando de nosotros, hasta que grito: *Alexa, cállate*. Y Alexa se calla, vaya que sí. Más le vale. Pero luego se le olvida. ¿Por qué le habrán puesto ese nombre de adolescente caprichosa? Cuando la instalen dentro de una muñeca hinchable verás como la sodomizan con mucha más frecuencia. Al tiempo.

Aún no lo sabes, pero este es un fragmento del NaNoWriMo. ¿O sí te lo he contado ya? Pues mira, la verdad, no estoy seguro, así que te lo cuento de nuevo. No pienso releer lo que he escrito para ver si ya lo había contado, porque uno de los objetivos es escribir 1667 palabras al día, como sea, no que esas palabras tengan un hilo coherente, de modo que como ya llevo 1500 y es la hora de comer, y tengo un hambre de cojones, y Bea ha metido un redondo de ternera en el horno, que el olor me llega hasta aquí, hasta esta mesa en la que escribo, pues eso, que le den a la lógica y las repeticiones. Pues que te den a ti, dirá el lector, con motivos más que de sobra. Eso es verdad, tampoco es necesario cabrear al lector. Aunque, no sé, qué quieres que te diga, también hay lectores tiquismiquis que se merecen un castigo, y lectores masoquistas que les gusta que les den caña, que les llames hijos de puta, porque piensan que eso no va con ellos, sino con todos los otros lectores que no son ellos, y así se ahorran el trabajo de llamarles a todos hijos de puta, porque no han sido ellos, sino tú el que lo ha dicho. Ha sido Jorge, Mamá, que yo no he sido.

Bueno, es verdad que solo son tres días de NaNoWriMo los que llevo practicando, pero tres días son infinitos días más que cero días. Eso dicen las matemáticas. Pero cien días también son infinitos más que cero. Así que tres es lo mismo que cien. Pues va a ser que no. Eso es imposible. Ya se nota que soy de letras, porque lo que acabo de decir, tan pánfilo de mí, es una mentira de las gordas. Más que las de Botero. Da igual: lo que en realidad quería decir, y más te vale haber entonces empezado por ahí, es que lo importante es empezar, participar, avanzar. Y eso demuestra también que cuando uno tiene hambre, al menos en mi caso, dice muchas más sandeces por minuto que cuando tiene el estómago lleno. Pero, y me lo aplico a mí solo que los demás no sé cómo lo hacen, cuando yo tengo el estómago lleno no digo nada. Solo dormito. Cabeceo. Ronco. De modo que tampoco vale lo que escribo, porque simplemente no lo escribo. Silencio. La nada. No me sirve para escribir ni tener hambre ni estar lleno. Ni fu ni fa. Y en esos casos, entonces ¿es mejor escribir cosas malas malas, quita, quita, moscovita, o callar como los muertos? Yo siempre he dicho que el único texto fracasado es el que está en una página en blanco, el texto que no ha sido escrito, el que nunca llegó a escribirse. Y teatralmente les enseñaba un folio en blanco a mis alumnos: Mirad, este de aquí, fijaos bien, está en blanco, este el texto espantoso, que no debería existir. Bueno, en realidad no existe, pero quiero decir que no debería existir la no existencia. Que os pongáis a escribir, hostias, que me estoy liando yo solo, y ya no sé ni lo que me digo. Y les digo: Aunque sea la lista de la compra, aunque sea un prospecto de farmacia, cómo me paso, aunque sea una colección de tópicos que deberían llevarte ante la Justicia: Lo que está escrito, y existe, siempre será mejor que lo que no se escribió, lo inexistente. Existir es una cualidad superior a la de no existir. Es un salto cualitativo. La calidad y cantidad de lo escrito, en cambio, es cuantitativo. Solo se puede mejorar a partir de la existencia, no a partir de la nada. Eso les digo, y me lo digo yo a mí mismo, y te lo digo a ti. Y me lo creo. Aunque haya personas, actos y palabras que hubiese sido mejor que estuvieran en el limbo de lo que nunca existió, se hizo o se dijo.

Como mañana voy al dentista, a la doctora Britta Wolf, porque Carlsson sigue de baja desde hace siete meses, desde que empezó el Coronavirus, y seguro que me va a entretener toda la mañana, hora y media de cita más dos horas de lamentos tras el encuentro, pues me pongo a escribir por adelantado los deberes de mañana. O me pongo a escribir para no pensar, porque sé que se va a sacar un martillo y un cincel, y va a empezar a darme golpes en el paleta delantero derecho hasta que se desprege. El que tengo me lo colocó Gonzalo, y Gonzalo se murió hace 27 años, o sea que me va a arrancar uno de los dos dientes principales que me identifican. Los otros dientes se han ido decolorando, pero ese, que es una funda de porcelana, sigue igual de blanco que el primer día. Y cada vez se nota más la diferencia. Cada vez está más claro que es un hijo adoptado, un diente ajeno, demasiado blanquito, no envejece. Hasta las encías se me

van retrayendo, encogiéndose hacia arriba para dejar paso a la futura calavera que seré yo dentro de no tanto tiempo. El diente que me quitó Batman en Caracas en 1966, cuando a los 11 años yo saltaba la tapia que nos separaba del vecino, y me metía en casa de Arturo, María Milagros y Milena. Del nombre de la más pequeña no me acuerdo, era amiga de Peancha, tendría cuatro o cinco años como mucho por aquel entonces, y siempre le colgaban los mocos verdes de la nariz. ¿Por qué mi niñez, y la de tantos otros, está llena de mocos? Arturo, el Catire, debía tener 10 años. No más. Pero en casa del Catire y María Milagros había televisor, y en nuestra casa, en Quinta Loló, no. Así que tenía que meterme en casa de los vecinos si quería saber cómo continuaban las aventuras de Batman y Robin, para así poder hablar con mis compañeros de colegio, el de los dominicos, al día siguiente. El que no veía a Batman y Robin era un proscrito, un desheredado, un *outsider*, nadie, nada, y durante el recreo le tocaba ser el caballero del crimen, Oswald *El Pingüno*. Hasta en Petare, donde los ranchitos, había televisores. Así que me metí dentro de su casa, siempre con las puertas abiertas, como la nuestra, subí las escaleras y me metí en el dormitorio de sus padres. Encendí el televisor y me senté a ver el siguiente capítulo. Tachán tachán. En cuanto empezó a sonar la sintonía de Batman y el batimóvil echó a rodar, Arturo y María Milagros subieron a toda velocidad para no perderse ellos tampoco ese capítulo. Yo los escuché subir los escalones a la carrera, de dos en dos, a empujones, así que me escondí debajo de la cama para poder seguir viendo las nuevas aventuras. Y así estaba yo, con la boca abierta bajo la cama de los padres de mis vecinos, cuando el Catire se lanzó de un brinco sobre la cama de muelles. En 1964 solo existían somieres de camas de muelles, nada de lamas ni tabloncillos tapizados. Aterrizó justo sobre la parte del colchón donde estaba mi cabeza, y mi boca abierta embobado, mirando a Batman, y el rebote empujó mi cráneo contra el suelo de baldosas de azulejos. El diente delantero, el paleta derecho, se partió de golpe por la mitad. El nervio del diente quedó desnudo, al descubierto, colgando del diente roto, y salí de debajo de la cama sangrando por el labio y rabiando de dolor por el diente roto. De ahí en adelante, durante seis semanas, mi madre me llevó al dentista todos los martes. Y cada martes por la tarde, después del colegio, la doctora María Elena Machado me extirpó el nervio que había quedado al descubierto, una pulpectomía con unas pequeñas sierras o lijas de metal, unos alfileres tallados, que poco a poco, a mano, sin motores ni motos eléctricas, fueron limpiando el conducto y quemando el nervio. El olor de esos alfileres lijadores cada vez que salían manchados de pulpa beige cuando salían del interior de mi diente roto aún me llena el olfato si intento recordarlo. Era intenso, diferente a todo, algo podrido quizá. Y tras cada sesión, la dentista dejaba insertado un palito con desinfectante dentro de mi diente, y lo taponaba con algún tipo de cemento, me revolvió el pelo, me daban beso en la frente, y me despedía hasta el martes de la semana siguiente. Tardé algunos años, quizá seis o siete, hasta que Gonzalo, mi hermano

muerto, terminó Estomatología y decidió hacerme una reconstrucción del diente a base de composite, a huevo. Le salió una chapuza, un diente monstruo que no se parecía a ninguno, un mojón de empaste al frente de un ejército de dientes. Un espanto. Dos años después, ya en Santander, me lo volvió a lijar, menos mal que no existía ningún nervio desde hacía muchos años. Y me insertó una funda de porcelana. La que tengo ahora mismo. La que me van a quitar mañana, en cuanto abra la boca, en cuanto me ponga en manos de la doctora Britta Wolf, alemana. Espero que no sea la hija o la nieta del doctor Szell, el dentista de Dustin Hoffman en *Marathon Man*, el nazi que perforaba el diente del protagonista sin anestesia. La pesadilla de todos los que vamos al dentista, el Freddy Krugger de las clínicas dentales, el torturador de todos los miedosos, como yo. A lo mejor no me hace daño. ¿Por qué iba a hacerlo? Los dentistas del 2020 son buenas personas, y tienen anestésicos fulminantes. Casi todos. Espero.

Hay algo en lo que parece que todos mis hermanos, y yo, coincidimos desde hace muchos años. Casi desde que tengo memoria. Y es el paraíso perdido, en el que todo vivimos y reconocemos, que está fechado en el tiempo y el espacio: Caracas, de 1964 a 1967. Tal vez sea una ensoñación mía, y no es tan paraíso en la memoria de todos. Parece ser que en la de la Nena, no. La Nena sufrió sus primeros abusos en esa época. Y en el primer verano de Madrid, al regreso de Caracas. Se lo calló años y años. Todavía lo hace. Su memoria se reavivó de golpe con el #MeeToo. O quizá nunca desapareció, nunca lo olvidó. Ella dice que nuestra madre jamás fue su cómplice, que jamás la protegió. Me lo creo. Mis padres miraban hacia otro lado. Lo que no se conoce, no existe. Los fusilados después de la Guerra Civil no existieron. Los homosexuales no existían. Los rojos dejaron de existir, por decreto. Los presos políticos no existían, todos eran delincuentes, presos comunes, robagallinas. Los abusos no existían. Los curas no manoseaban a los monaguillos. Las tortilleras eran solo unas desviadas, unas viciosas, como los de la acera de enfrente. Pobre Nena. ¿Cómo se arrastra, como se calla eso durante toda una vida? Me cuesta imaginarlo. Hay pequeños infiernos que están delante nuestro, no en mundos lejanos ni en paraísos perdidos, sino en la habitación de tus hermanos, que nunca descubrimos. ¿Será mejor así? El caso es que para todos, o casi todos, Caracas es símbolo de Paraíso perdido, felicidad de la memoria. Con el perro Sirio en primer lugar. Tal vez porque estábamos todos juntos por última vez, tal vez porque vivíamos en otro mundo ajeno al de Madrid, un mundo futurista, lleno de escaleras mecánicas, libertad, divorcios, partidos políticos, elecciones, distintas religiones, coches potentes, varios canales de televisión, fiestas con agua y con mangueras, música feliz, y calor, un calor agradable y envolvente. Y playas del Caribe. Venezuela estaba 20 ó 30 años por delante que España en todo, aunque luego pisara el freno, y de golpe, cincuenta años después, haya retrocedido, o se haya estancado. Éramos felices entonces, pero no lo sabíamos, dicen los caraqueños ahora, en el siglo XXI. A pesar de

los ranchitos. A pesar de los corruptos. A pesar de los allanamientos de la Universidad y los abusos de la Digepol. Fueron felices entonces, y nosotros también. Éramos inmortales, y ahora nos estamos muriendo a una velocidad de vértigo. Fiesta empieza con Efe, El que no usa pilas el gatico está loco de pila, el hotel Humbolt y la cruz del Ávila nos vigilan y nos protegen cada noche. Nos protegían. Ya no. Ahora no nos protegen ni nuestros padres, muertos los dos. Ni nuestros hijos. Ni nosotros mismos. Que Dios nos pille confesados.

04

Ya no estoy tan seguro de que quiera que Alexa esté en casa. Ya sé que es un robot, pero tiene el carácter de una adolescente caprichosa que se hace la sorda cuando no quiere hacer alguna de las tareas que le pido. Y lo malo no es que no quiera hacer tareas, sino que se haga la sorda, y no me cambie la música, porque ella, de por sí, tiene un gusto espantoso. Quien programó su selección musical debería estar en la cárcel, por hortera y macarra. Ah, ¿que eso no es un delito suficiente para ir a la cárcel? Bueno, pues a la silla eléctrica, aunque ya no exista. Le pido que me ponga música Country, y vale, a regañadientes, a la tercera va y me pone algo de Johnny Cash, así, como si estuviera haciendo un esfuerzo que te cagas, luego pone algo más de banjos desconocidos, y a la tercera, en cuanto ya estoy despistado, me cuela un regetón, una de Amaral o, si se le cruzan los cables a tope, algo de la Oreja de Van Gogh. ¿No es para cabrearse? Le pido que se calle, y no se calla. Se hace la sorda. Disimula, y cree que con eso ya me voy a creer yo que le está haciéndole coros a la canción, y que por eso no me oye, así que me tengo que levantar, amenazarla, y desconectarla de la corriente. Joder, cómo te pasas, me dice Bea, que de golpe va y se pone de su parte. La vuelve a enchufar y le dice bajito que le ponga música tradicional irlandesa, y entonces sí, va y la muy puta de Alexa le pone música de Enya. Pero yo la conozco, y a la segunda canción ya está con el *Drunken Sailor*. ¿Qué podemos hacer con un marinero borracho? Pues tirarlo por la alcantarilla, afeitarse los cojones, arrojarlo por la borda, o meterlo en la cama con la hija del capitán. Las posibilidades son variadas, pero me da a mí que la estrofa de meterlo en la cama con la hija del capitán la escribió el propio marinero borracho, que a lo mejor no estaba tan borracho.

Britta Wolf me ha quitado la funda del diente esta mañana. Creí que iba a usar un martillo y un cincel, pero resulta que no, que se sacó de un cajón una sierra circular, una radial de tamaño diminuto, y me lo rajó por la mitad, como el que parte un esternón en una operación a corazón abierto. Le iba contar que me estaba quitando el último vestigio de Gonzalo, la corona que me puso en su consultorio dental de El Sardinero, su herencia insertada entre mis dientes, pero la verdad es que a ella no le importaba un comino. Está claro. Tonterías las justas, que ella es de Dusseldorf, y en Dusseldorf por mucho menos te llevan a un campo de exterminio y te convierten en pastilla de jabón orgánico, todo reciclado, *Green Power*.

Por los laterales de mi pantalla *All-in-One*, detrás de la pantalla, veo el mar Atlántico, con la isla de La Palma en la distancia. Soy un privilegiado. ¿Lo soy? ¿Quién me ha concedido ese privilegio? La casa la compramos Bea y yo hace 12 años, al aterrizar en Tenerife, sin pedirle dinero ni a los padres ni a los hermanos ni a los bancos. Vendimos la del valle del río Ambroz, al norte de Cáceres, y la de Murtosa, en Portugal, y con el dinero de las dos nos compramos esta. Yo sé que soy un privilegiado, aunque nadie me haya dado dinero para comprar la casa. Tener dos casas que poder vender, una en Cáceres y otra cerca de Aveiro es un privilegio. Y aunque dé pasos atrás, porque esas las compramos al vender la casa de la Plaza del Dos de Mayo en Madrid, y la del Dos de Mayo la compré con los ahorros de quince años del *Taller de Escritura* y los derechos de autor de todos mis libros, nada de herencias ni regalos, pues aun así sigo siendo, fui, seré, un privilegiado, porque pude estudiar y mis padres me pagaron los estudios. Porque no tuve que ponerme a trabajar de niño. Bueno, a partir de los veinte sí, que mis padres eran muy buenos, unos santos, pero me echaron de casa por follar con Deme, que eso no lo sabían de primera mano, pero se chivó Jorge, hay que joderse, comparte casa con tu hermano y te denunciará a tus padres porque la conciencia le pesa mucho. ¿Será cabrón? ¿No podías estarte callado un ratito, mamón? Cago en to'. Mira, vamos a dejarlo, que agua pasada no mueve molino. Yo tenía cinco años menos que Jorge, y me dejaron de pasar la asignación mensual para mantenerme y estudiar. Yo acababa de terminar tercero de Filosofía en la Complutense, menor de edad en la última época del franquismo, y mi padre me dijo: ¿Sabes la paga que te dimos a principios de septiembre? Y yo dije, sí, claro. Pues fue la última. Zasca. En todos los morros. A Jorge le siguieron mandando dinero, pero a mí no. Con dos. Y lo cierto es que ni protesté, casi ni me importó. Yo sabía que el precio de la libertad era ese. Que mi alma revolucionaria no estaba en venta, así que nos fuimos a Barcelona, porque allí había posibilidades de trabajar en la editorial De Vecchi, y en Plaza y Janés. Luego resultó que en Plaza y Janés no, que Carmen Mieza no movió un dedo para ayudarnos con su amigo Rafael Borrás, aunque yo no lo supe hasta muchos años después de su muerte. Escribimos artículos para la revista alemana *Express Español*, y yo daba clases en el colegio San Felip Neri, en

el barrio gótico de Barcelona. Y allí, en la pensión Fernando, entre chulos y putas, celebramos la muerte de Franco, y salimos a las Ramblas a beber sidra y champán con los insurgentes que de golpe salieron de debajo de las piedras a celebrarlo. Qué noche la de aquel día.

¿Qué hubiese pasado si nos hubiésemos quedado a vivir todos en Caracas, después de 1967? Aparte de vivir todos juntos el terremoto, que a mí no me pilló, porque ya estaba en Madrid con la Nena, Jaime, Peancha y mi madre, no sé si Salud, no sé si Gonzalo, pues no sé, tal vez habría acabado con una venezolana sabrosa por pareja, y tres hijos mulatos cantando joropos. O no. O me habría hecho santo, mártir, y habría construido un coliseo solo para meter dentro leones y que me devoraran, como a San Pancracio, el niño, que ascendió como un cohete a los cielos después del primer zarpazo del león de Mauritania que le plantaron delante de su jeta. El padre Celerino, el dominico amigo de Juan Rafael, me dio clases de santidad durante varios meses, los martes por la tarde, porque yo quería sacar un billete de barco y marcharme de misionero a África para que los salvajes, los caníbales, me metieran en un caldero de agua hirviendo, junto con un explorador inglés de pantalones cortos y camisa caqui, y algunas especias exóticas de la sabana para aderezar el guiso. De ese modo llenaba la tripa de los pobres pigmeos o watusis hambrientos, y al mismo tiempo yo me sacaba un ticket directo al cielo, gloria eterna, felicidad sin límites y sempiterna. Qué ganas tenía. Qué prisa. Vivía sin vivir en mí, y tan alta vida esperaba, que moría porque no moría, como le pasaba a Teresa.

Una vez maté un gato dentro de un relato. No me arrepiento. No es que me sienta orgulloso de maltratar animales en el papel, pero tampoco me genera rechazo. En el cuento, Barsén y yo capturábamos un gato callejero, tal vez el del vecino, ya no me acuerdo, y le realizábamos una operación de trasplante de corazón en el trastero de la casa de mis padres. Para el trasplante necesitábamos dos gatos, pero como no teníamos más que uno, supuestamente le quitábamos el corazón al único gato, y luego se lo volvíamos a colocar, conectando todas las venas y arterias que previamente habríamos taponado con pinzas de la ropa. Prácticas de medicina, un homenaje a mi hermano Gonzalo, que se murió en la mesa de operaciones del Hospital de Valdecilla cuando le estaban operando del corazón el mismo día en que cumplía los 42 años. El relato lo colgué en mi blog, hace años, y como respuesta recibí mensajes furiosos de varios lectores que juraron no volver a leer ni una sola línea más de mis libros, aparte de darme una leche si me veían por la calle sin previo aviso. Después de varias amenazas, quité el cuento de mi blog y lo guardé en el cajón de los inéditos. No era ninguna proclama política que tuviera que defender por mi honor de guerrillero. Era solo un relato, bastante nítido en las descripciones, donde ninguno de los personajes, apenas dos y un gato, mostraban ni crueldad ni piedad. Las cosas simplemente sucedían, como tantas

cosas suceden en la niñez hasta que la edad de la razón nos amaestra y nos somete a lo políticamente correcto. Los niños, antes de ser sometidos a la censura de los mayores, se ríen de los enanos, de los cojos, de los tartamudos, de los tuertos y de los contrahechos como respuesta natural, sin malicia. La maldad la ponemos nosotros, les inyectamos la maldad en sus ojos ingenuos. Mucho cuidado: he asesinado en el papel a más de una docena de hombres y mujeres, y nadie protestó. Pero matar un gato, un perro... eso sí que es un delito, negro corazón, crueldad innecesaria, salvaje, cabrón, hijo de puta.

Una vez hice que el flaco Vargas le abriera las tripas a Wálter, un marero de Barrio 18, y colgué sus intestinos de la canasta de baloncesto del parque; y después de eso, como respuesta, una marera Salvatrucha le rompía la cabeza a Vargas con un bate de béisbol, lo encadenaba a la canasta de baloncesto, y le cortaba los 20 dedos de pies y manos con una tijera de podar viñedos para que se desangrara lentamente hasta el amanecer. Una juerga que no veas. Pues los lectores nunca me han dado otra cosa distinta que calurosas felicitaciones. Si los personajes son seres humanos, que los machaquen, *no problem*. Pero a los gatos no me los toques, que te denuncio y te empapelo. Jódete.

Y como estoy a punto de llegar a las 10.000 palabras desde que empecé el NaNoWriMo, hace cuatro días, lo dejo aquí y lo voy a celebrar con Bea y con una copita de vino blanco afrutado. Salud.

05

No sé bien cómo se gestiona el rencor. Muchos me diréis que solo hay que no tenerlo, que es innecesario, malo, que no sirve para nada, que no ayuda a nadie. Es verdad. Pero lo mismo se puede decir de los celos, y aún no se ha inventado la pastillita que los elimine. Ni la envidia. Ni el odio. Ni las preocupaciones. Aunque, claro, bien mirado puede que sean sistemas de defensa, de protección, mecanismos de supervivencia para que no nos coma el lobo, el tigre, el matón. Escudos protectores que al tiempo que nos protegen, nos dañan. Como los antiguos remedios contra los venenos, que consistían en venenos en pequeñas dosis para que el cuerpo los fuera tolerando poco a poco hasta inmunizarse. O las vacunas actuales. Pero claro, visto así, resulta que

uno podría inmunizarse contra la piedad siendo cruel poco a poco, aprendiendo a ser cruel desde la infancia. Y puede, casi seguro que es así, que las academias militares y policiales enseñen a provocar y soportar el dolor con el objetivo de que luego, en el campo de batalla, sus soldaditos no se amilanen, no se amariconen. ¿Por eso estuvo EE.UU. investigando durante más de una década acerca de una posible bomba biológica que convirtiera a sus enemigos en homosexuales? Qué listos. Lanzas la bomba con los virus homosexualizadores, y de golpe los soldados enemigos sueltan las metralletas, se bajan los pantalones y empiezan a darse por el culo unos a otros, a la espera de que llegue el enemigo, los marines norteamericanos armados con máscaras antigás para no contaminarse ellos también, y ya que estamos aquí, los marines les darían por el culo a los enemigos homosexualizados de modo fulgurante gracias a las nuevas tecnologías. Pero sin mariconadas, eh, mucho cuidado. Te voy a dar por el culo, pero el maricón eres tú, no yo, a ver si nos entendemos. Bueno, a lo que iba, que a veces me pierdo, el rencor tal vez sea una forma de protección. Yo me enfadé con todos mis hermanos, uno a uno, a lo largo de los años. Son muchos años, y da para entretenerse con esas cosas, y más aún cuando los hermanos forman una especie de *Kale Borroka*, un pelotón de Gurkas, una manada de lobos descontrolados. Ya sé que ellos se protegían a ellos mismos de las agresiones de los otros, cada uno a su manera, y que muchas veces no hay mejor defensa que un ataque preventivo. Así que yo, como era de los pequeños, tenía que buscar las estrategias precisas para sobrevivir en la selva del cuarto de juegos de la infancia. Podía llorar, claro: Mamá, Nacho me ha pegado; Nacho no pegues a Enrique. Pero no siempre estaba ahí mamá para defender a todos de todos. No seas llorica. Mamá, que me mira la mosca. Mosca, no mires a Enrique. Llorica manteles, tres cuartos me debes, si no me las pagas, llorica te quedas. Ser el llorón no siempre funciona, y para el futuro es un lastre que no se puede soportar, porque los agresores, hermanos mayores, son al mismo tiempo los modelos a seguir, los héroes, los que hay que copiar, igualar, suplantar, vencer y matar en algún momento. El padre al que hay que matar, viva Edipo, multiplicado por diez, o por tantos como hermanos mayores tenga uno. Yo era el octavo, así que tenía un trabajo a tiempo completo. Para curar las heridas, en momentos de reposo, nada como el rencor. Tito me ha dado un latigazo con el cinturón, Javier se ha comido mi yogur, Coque ha tirado a la basura el crucigrama que estaba haciendo, Nacho ha destrozado mi flota de barcos de papel con las botas de agua, Jorge me ha llamado idiota, Zalo me ha echado un vaso de Fanta naranja por encima de la cabeza, la Nena, que es una chivata, le ha dicho a mi madre que me he meado en la cama, Jaime ha destripado mi calidoscopio, y ya no sirve para nada, Peancha dice que le he pegado, y es mentira. No es lo que jode, sino lo seguido, lo ininterrumpido. Odiarles a todos me tranquilizaba. Si les odiaba, con motivos de sobra, y el odio estaba bien documentado en mi diario de los trece años, entonces podía matarlos, prescindir de ellos, olvidarlos,

vengarme, salir a flote, sobrevivir. Y eso trato de hacer aún, asesinarlos en el papel, y añorarlos, echarlos de menos. Dos caras de la misma moneda. Rencor y amor, bipolaridad durante toda esta infancia que ya dura más de 65 años. Están todos viejos, moribundos, a punto de estirar la pata, como yo, y sigo sin descubrir la clave de las relaciones entre hermanos, con los amigos, con los padres, con la pareja, con los hijos, con los nietos, con uno mismo. Sospecho que nunca lo descubriré, porque no existe, así de simple. La búsqueda del Santo Grial, capturar fantasmas, incluido el fantasma de uno mismo. Es más fácil encomendarse a Dios, o al Che, o a la cocina macrobiótica. Esos dan menos problemas, y se puede montar un club, una iglesia, un partido, o una asociación, tanto da, para sentirse arropado con otros y otras que comparten nuestra fe en San Cucufato, los cojones te ato, si no me lo devuelves no te los desato.

Ayer me sorprendió Antonio Rodríguez Almodóvar en Facebook recordando que Agustín García Calvo había muerto ocho años atrás. Y citaba sus dos sonetos teológicos, los que empiezan diciendo “Enorgullécete de tu fracaso, / que sugiere lo limpio de la empresa”. Y de golpe me vino a la memoria las tardes en el primer piso del café Herranz, creo recordar que en Conde de Peñalver, con Savater, Sánchez Ferlosio, Jorge Alemán, Isabel Escudero, y unos cuantos más, cerca de treinta, discutiendo un año entero sobre el origen de los dieéticos en castellano, yo, tú, aquí. Luego nos trasladamos a *La Aurora*, en la calle Andrés Borrego, junto al Pez, para acabar finalmente en La Manuela, en San Vicente Ferrer, en Malasaña. Fui un lector fiel de Agustín, desde mucho antes de que fundara la editorial Lucina, que creo que gestionaba su hija, algo de eso me suena, más de 15 libros de poemas y desvaríos entre los que recuerdo bien *Sermón del ser y del no ser*, *Cartas de negocios de José Requejo*, *Comunicado urgente contra el despilfarro*, *De los modos de integración del pronunciamiento estudiantil*, *Canciones y soliloquios*, y yo qué sé cuántos más. Incluso, durante un año me apunté a sus cursos de métrica grecolatina en el edificio de Filosofía A, en la Complutense. Regresé a las aulas que había recorrido en los años 70, antes, durante y después de la muerte de Franco. Amancio Prada cantaba canciones con poemas de Agustín, las mejores, *Libre te quiero*, *La cara del que sabe*, *Juraría que he sido feliz*, con música de Chicho Sánchez Ferlosio. Y yo aprendía los ritmos sáficos, los yambos y los troqueos, y la diferencia entre la métrica cuantitativa, de pies griegos, y la cualitativa, de acentos, a partir del Renacimiento. *Quis multa gracilis te puer in rosa perfusus liquidis urget odoribus grato, Pyrrha, sub antro?* Aún lo recuerdo de memoria, con las paredes de la Facultad, junto a la cafetería, en el sótano que se abría al jardín por la parte de atrás, llenas de pintadas que recibían al Papa Juan Pablo II, a punto de aterrizar en Madrid: *Totus Tontus*, decían los mensajes, para contrarrestar el *Totus Tuus* del gobierno de Calvo Sotelo, en 1982. Elías apenas tenía dos años, y yo 27. Vivíamos en la calle Mezquita, en el barrio de San Fermín, al sur de Madrid, más allá de Legazpi. Allí fue donde vivió Elías sus primeros tres años de vida. Yo trabajaba

en lo que podía, en el *Express Español*, en la revista *La Calle*, en la librería Rumor, en el bar de Pipo los fines de semana, junto a los colegios mayores de Cuatro Caminos, vaya paliza, salía a las dos o tres de la madrugada, y tenía que coger dos búhos, desde Reina Victoria a Cibeles, y de Cibeles al Hospital 1 de Octubre, más de una hora de viaje, para llegar a casa a las 4 de la mañana reventado, pero con 500 pesetas en el bolsillo. Para mear y no echar gota, que dicen por ahí. Agustín llevaba a veces tres camisas de colores sobrepuestas, una encima de otra, todas abiertas hasta el ombligo, como un cantante de boleros de los años 50, y un collar de cuero con tres grandes bolas de nácar insertadas en él. Mientras daba clase, movía las bolas, e intentaba reconvertir a sus estudiantes, casi todos exseminaristas que deseaban sacarse el título universitario para poder dar clases, o presentarse a las oposiciones huyendo de sus parroquias.

Javier vivía en la calle Barquillo, con Carmen de España, no recuerdo su apellido, la hermana de Choni, y nosotros, Deme, Elías y yo, compartíamos piso con Rosa y Marisa, dos enfermeras. A veces Ro Pepe y Norma venían a vernos, con su hijo Lucas de la edad de Elías. ¿Lucas? ¿No era Lucas el hijo de Graciela y Horacio? Ya los confundo. Norma murió de cáncer poco después, pero la agonía de la muerte le duró más de tres años. Fue a despedirse de su padre, en Argentina, y su padre la echó de casa. ¿A qué vienes ahora? ¿A pedirme dinero? Tú y yo no nos hablamos desde hace muchos años, desde que te fuiste de Argentina, y deberíamos seguir así. No me necesitaste entonces, y ahora no te necesito. Vete. Y Norma volvió, mucho más triste, claro. Cerró el *Taller de Escritura* que tenía en Madrid, cerca de Ópera, el primero de todos, antes que Clara Obligado y que los de la Escuela de Letras y Fuentetaja, y se encerró con Ro y su hijo, tal vez Lucas, en Moratalaz. Pasaron muchos meses antes de que muriera, y Ro, en el hospital de Cuatro Caminos donde murió Norma, me dijo: Ya tenía ganas de que se muriera. La quería mucho, muchísimo, más que a nada, pero no podía soportar la agonía eterna. No puedo ni reformar el piso, ni pintarlo. ¿Cómo va uno a ponerse a pintar el piso con la esposa moribunda en la habitación de al lado? ¿Cómo hacer una mínima ensoñación del futuro? ¿Cómo hacer otra cosa distinta que esperar, y verla morir poco a poco, verla morir pasito a pasito, muy despacio, durante meses y meses, con el universo al completo detenido, y un hijo de seis años creciendo y buscando amigos, risas, a su madre?

Nacha Pop, Mamá, Los Secretos y Tequila tocaban en los festivales de los barrios, y Tierno Galván, el viejo profesor convertido en alcalde, desde el Ayuntamiento, le encargaba a Agustín que escribiera el *Himno de Madrid* y presidía las fiestas en la Plaza del Dos de Mayo. *Y ahora, colocoas y al loro*, dijo una vez, y la derecha empezó a echar espuma por la boca. ¿Te acuerdas de Carmen, la de BUP, amiga de Javier? ¿Y de Montse y Salva? ¿Y Jaime y Eugenia, los dentistas chilenos? ¿Y de Raflex, y Poteles, y *Los inkilinos del quinto*, y la moto Lambretta, de color plata, que me traje desde Cuenca en un viaje mítico, en el que conocí a la psicoanalista no-me-acuerdo-de-su-nombre?

Un sábado, Javier y Mariam se quedaron a dormir en casa, y por la mañana del día siguiente Javier me pidió prestada la moto. Querían comprar hachís y un calidoscopio en el Rastro. Se la presté, y allá se fueron. Cuando regresaron, con cara de felicidad, Javier me contó entre risas que por la carretera de Andalucía, en el tramo que va de Legazpi al Hospital 1 de octubre, la moto empezó a vibrar de modo exagerado al salir de la glorieta de Usera y enfilar la autopista. La Lambretta apenas tenía 125 cc, así que si cogía mucha velocidad, lo cual era poco menos que imposible, empezaba a crujir y a vibrar. Mariam iba de paquete. Me dijo que iban en Segunda, y cambió a Tercera. Mariam le gritó desde atrás:

—¡Baja la marcha. Ponlo en Primera!

— ¿En Primera, por la autopista? —preguntó Javier.

—Sí, vamos, ponlo en Primera ahora mismo —le ordenó.

Cambió la marcha: Primera. La moto empezó a vibrar aún más, como si se fuera a desencolar, a desmembrar. Javier dice que se puso en el carril lento, claro, porque en Primera la velocidad era mínima, y la moto echaba humo de puro forzada que iba. El ruido y la vibración que hacía la moto era casi insoportable, pero nada parecido al grito largo y feliz que le llegó desde la parte de atrás cuando Mariam llegó al orgasmo que estaba presintiendo y persiguiendo desde que la moto empezó a vibrar, al salir de Legazpi. Cuando acabó, doscientos metros y 120 decibelios más allá, mientras los coches pasaban junto a la Lambretta soltando maldiciones por retener el tráfico yendo en Primera por la autopista, Mariam le dio permiso para poner Segunda, Tercera y Cuarta. Llegaron a casa con hambre, agotados, desconcertados. Nunca hubiera pensado que la moto servía para eso. Desde entonces miré con desconfianza a mi Lambretta, como si fuera un rival.

¿Y las primeras presentaciones de libros que organizaste en la Librería Rumor, aunque fuera una librería de Arquitectura, con la revista *Jugar con Fuego*, y tu amigo Trinidad? ¿Y las clases de astrología en Malasaña, y la revista del Colegio de Aparejadores, y Andrés Sorel, y Germán Sánchez Espeso, y Carlos Álvarez, el poeta, recitando poemas del libro *Como la espuma lucha con la roca*, que le acababa de publicar Andrés Sorel en su editorial Zero? Batallitas. Batallitas.

En las primeras sesiones con el psicoanalista, el doctor Blanco, y manda huevos que después de 500 sesiones nunca llegué a saber cuál era su nombre de pila, yo me tumbaba en el diván, en una especie de sofá alargado, y hablaba y hablaba sin verle, porque él se colocaba a mi espalda, sentado en un sillón. No sé si tomaba notas en un cuaderno, creo que sí. Me tuvo tumbado tres años, a razón de tres sesiones semanales: lunes, miércoles y viernes, de 9 a 10 de la mañana. Yo cerraba los ojos muchas veces, y

le contaba los sueños que había tenido, y asociaba los sueños, los pequeños actos que se sucedían en los sueños, con las cosas que me pasaban en el día a día, y en mis memorias infantiles. 50 minutos por sesión, 50 euros por sesión. Un euro por minuto. Le pagaba mensualmente, entre 550 y 600 euros cada mes. Pagaba también las sesiones a las que no iba, aunque le avisara con semanas de antelación. Los cuatro primeros meses, al acabar la sesión, me levantaba mareado del sofá, como arrancado de un sueño profundo y lejano. Y así era. Tumbado en el diván, retrocediendo en el tiempo, llegué a recordar mis movimientos inconexos en la cuna, unos brazos agitándose ante mí, sin saber aún que esos brazos diminutos que aparecían y desaparecían ante mis ojos eran los míos, que aún no sabía manejarlos ni reconocerlos. Durante meses soñaba que vivía en un sótano, bajo un panteón del cementerio de La Almudena, y veía cruzar las sombras de los caminantes que pasaban cerca, como en la cueva de Platón. Yo no podía ver nada más que sombras en el techo, sombras de piernas, sombras de cuerpos. Y no sé cómo, sesión tras sesión, a lo largo de tres años, la casa, el cuarto donde vivía fue subiendo de altura, poco a poco, lentamente, como un ascensor desesperante, que tardaba un año entero en subir cinco metros. A los tres años, después de 400 sesiones ya había pasado por un semisótano, la planta baja, primer piso, segundo, tercero y finalmente el cuarto, que era donde de verdad vivía en la Plaza del Dos de Mayo de Madrid. El mundo se iba abriendo antes mis ojos, cada vez el horizonte era más grande, y mis ojos podían alcanzar finalmente hasta ver cómo el sol se ponía más allá de la Torre de Madrid y el Edificio de España, más allá de los jardines de Sabatini, al Oeste, por donde las putas de la Casa de Campo seguían buscando clientes.

Al doctor Blanco llegué gracias a mi amigo Ángel Zapata, que me lo recomendó. Es un psiquiatra, pero ejerce de psicoanalista freudiano ortodoxo, de la Internacional Psicoanalista, me dijo. Nada de chuminadas conductistas, ni Gestalt, ni siquiera de tendencia Althusser, estructuralistas, que mira que esos molan mucho. No: este es de la línea dura, como un boxeador que no se anda con mariconadas.

Y allí fui. Nunca se lo he agradecido lo bastante. Debo decir que el doctor Blanco me salvó la vida, tal cual. No solo la vida mental, que ya de por sí la tenemos todos bastante torcida, retorcida, disfuncional y desconocida, sino incluso la pervivencia literal del cuerpo físico, del conjunto de células que agrupadas hacen que el cuerpo sea un cuerpo vivo, que come y bebe y duerme y folla y caga y aún no se muere, porque su corazón hace bum bum y pone la sangre a circular.

Yo quizá sea, según para qué, demasiado sensible, demasiado frágil, así que del primer divorcio, del de Deme, salí con el páncreas reventado, Diabetes tipo I, y 15 kilos menos de peso. Sobreviví gracias a que Marisa estaba ya conmigo, estábamos buscando piso en alquiler para irnos a vivir juntos, y lo hicimos: nos fuimos a Moratalaz; y también

porque ya llevaba tres años viviendo por mi cuenta, casas separadas, el último de esos años me había ido lo más lejos que pude, a Algeciras, dándole la espalda a Madrid y de cara al Peñón de Gibraltar. Y aún así, a esto estuve de palmarla, de no sobrevivir al divorcio.

Cuando empecé las sesiones con el doctor Blanco, diez años después de mi divorcio con Deme, yo ya veía que se avecinaba algo gordo con Marisa. Podía detectar las señales de que algo olía a podrido en Dinamarca, que la relación con Marisa empezaba a naufragar. Y sabía, sin saberlo, que eso iba a significar la muerte, el fin. Yo no iba a sobrevivir a un segundo divorcio. El primero me dejó de herencia una diabetes I, y la obligación de inyectarme insulina cuatro veces al día, como poco, para el resto de mi vida, y sufrir conatos de muerte, simulacros, avanzadillas, ensayos de la muerte misma una vez a la semana, al menos, por medio de las hipoglucemias imposibles de evitar. Ah, y en el mejor de los casos, diez años menos de vida, como demuestran todas las estadísticas. ¿Qué podía esperar de un segundo divorcio? La muerte era la única respuesta.

Lo consulté con Ángel, y él me lo advirtió:

—Nadie sobrevive a una relación de pareja en el trascurso de un psicoanálisis. Las trampas quedarán al descubierto, y no podrás mantener las mentiras de la pareja nunca más. Puedes no psicoanalizarte, separarte y morir; o psicoanalizarte, separarte y tal vez no morir. Inténtalo, al menos.

Y eso hice. Aún estoy vivo. O eso creo. Eso dicen. Aprendí a no dejarme manipular, ni por Javier, mago manipulador por excelencia, ni por mi madre, el carnet se les otorga a todas en el parto, ni por mis amigos o enemigos, ni por mí mismo. Y aprendí a no cargar con obsesiones que no eran las mías, ni a pasarle las mías a los demás, lo cual también es de agradecer. Bueno, ninguno me lo ha agradecido jamás, pero eso realmente no importa, lo juro. Y aprendí a no morirme. A divorciarme y no morirme. ¡Milagro! ¡Se puede!

Aún no me lo creo del todo, y eso que han pasado 20 años desde entonces, y vivo más feliz que un niño en una juguetería. O en una pastelería. Pregúntaselo a Bea. Pregúntaselo a mis hermanos, a mis amigos, a los vecinos, a quien quieras: se les caen los dientes de la envidia. Y no me extraña. Hasta yo tengo envidia de mí mismo, y aún no sé cómo coño he llegado aquí. El doctor Blanco tiene la culpa. Bueno, no toda la culpa, pero buena parte sí. Y no necesito siquiera darle las gracias, porque yo pagué sin protestar todas mis sesiones: ese es el pacto. Sí, me salvó la vida, o me salvé yo a mí mismo a través suyo. Y ahora me voy a leer, que ya estoy cansado de escribir. Mañana más.

06

A través del ventanal, flotando a 200 metros sobre el mar, veo a un cernícalo suspendido en el aire. Mira hacia abajo, buscando la presa, a punto de lanzarse en picado sobre un ratón, una cría de conejo, o una lagartija regordeta. Y me fascina su equilibrio en el aire, su concentración, y de pronto me doy cuenta de que lo miro como si fuera un espejo, como si el cernícalo y yo fuéramos de una misma especie, depredadores en tensión a punto de lanzarse sobre su presa, sea un ratón o un monólogo. Sé que mientras escribo estoy buscando el tono y el ritmo, la cadencia, la respiración del texto, a tuestas, probando, probando, toc, toc, ¿se me oye?, un, dos, tres, un, dos, tres, dale un poco más a los graves, el *pitch*, y un poco más de cuerpo a la voz, más redonda, con algo de reverberación. Hola, hola, ahí está mejor. Sube un poco los medios para mi voz, que suene más natural. Bien, muy bien, así. Ya estamos listos. Y las frases van saliendo como de un grifo abierto, claras y frescas. Ojalá. No sé seguro si son ejercicios de calentamiento, como los de los deportistas antes de saltar a la cancha, o sin son bastonazos de ciego en la tiniebla, una forma de buscar, de tratar de desenterrar algo, a uno mismo, la propia voz, lo que nunca se dijo, lo que jamás me atreví a contar, que ni siquiera conocía, que estaba también sepultado debajo de diez capas de censura, modales, miedo, vergüenza e inopia.

La voz se busca, como la historia que hay que contar, van juntas, van cosidas, y si encuentras la voz ella te contará la historia, y si encuentras la historia ella te dirá con qué voz hay que contarla. No son dos asuntos separados, el fondo y la forma, ni de coña. Son el mismo. Lo que digo y cómo lo digo. No puede haber contradicciones, no pueden desmentirse una a la otra. Es como darle a un niño una voz catedralicia, teológica, solemne. Ni como recurso de humor, creo yo. ¿Y la voz propia existe? ¿Qué pasa si no existe, si no tengo voz propia? Eso es una bobería. Todos tenemos una voz. Y ni siquiera se puede decir que una es mejor que otra. A mí, sin contar con nadie más, puede que me guste más una, u otra. Y que con el paso del tiempo cambie de gustos, y la voz que me gustaba en la infancia ahora me resulte empalagosa, o dictatorial, o demasiado aguda. Como con la comida, o la música, o los juguetes. Se puede cambiar en algunas cosas, en algunos gustos, placeres, tendencias, y se puede uno quedar clavado en otros, inamovible. ¿Qué es mejor? Vaya pregunta. ¿Es mejor el mar, o las nubes? ¿Es mejor un

cedro, o un soneto? ¿Es mejor Van Gogh, o las mandarinas? No todo se mide por mejor o peor. Lo mismo me da Juana que su hermana, porque las dos terminan en ana, como sultana, marciana, murciana, marrana.

Lo de la escritura continuada, el fluir de la conciencia, el monólogo interior, que no es esto, o no del todo, y si lo es pues que lo sea, es una de las formas de buscar la voz, esa voz que se quedó muda tras la adolescencia, cuando el Porky, a los trece años, en clase de Lengua te atizaba con la regla de madera de la pizarra en las yemas de los dedos de la mano derecha agrupadas hacia arriba. La clase de Lengua servía para cortar lenguas, degollar tráqueas, silenciar gargantas. Siempre podemos encontrar un Porky en nuestra infancia, en nuestra educación. A veces es un familiar, nuestra madre o padre, el abuelo, el tutor, el policía. Todos son policías, no te confundas. Todos te amputarán el clítoris, la picha y las cuerdas vocales. A eso se le llama educar, amaestrar, domar. Y tú se lo harás en el futuro a tus hijos y a tus hijas, y a los hijos de tus vecinos, a tus nietos y a tus sobrinos. Los capados se reconvierten en capadores sin darse cuenta. A eso Pierre Bourdieu lo llama hábitat: *Una estructura estructurada que genera una estructura estructurante*. Hay que leer varias veces la definición para saber que no es una tomadura de pelo de Bourdieu, pero habría sido un detalle que un descubrimiento de esa magnitud no nos lo contara como frase críptica, casi invisible e indescifrable en una primera instancia. Ya sé que lo maligno no debe ser nombrado con facilidad, porque si lo convocas al buen tuntún se te volverá en tu contra y te devorará, como Candyman, Boogee, Lucifer, Madremonte, Freddy Krugger, el lobo feroz, el hombre del saco, tu tío Samuel.

Así que buscar la voz es como tratar de entrar en la historia por la puerta de atrás, para pillarla en bragas y darle una sorpresa, en lugar de entrar por la puerta delantera, con una orden de registro y allanamiento en forma de escaleta de novela, la planificación.

Puede que esa escritura continuada, obsesiva, memoriosa solo por la necesidad de seguir escribiendo, de alimentar las frases con más madera, más comida, más gusanos, al final llegue a algunos descubrimientos de uno mismo, de la escritura en sí, o de la voz perdida en no se sabe dónde, o la voz nunca descubierta, nunca desenterrada. ¿Se encuentra el perro con su cola después de darle cuatro vueltas en redondo a su propio cuerpo y tumbarse en la alfombra? ¿Encontraba Kant sus iluminaciones después de darle vueltas en círculos concéntricos a una misma idea, hasta llegar al meollo, al centro, a la chicha? Eso decía mi profe, Antonio García Berrio, en las clases de doctorado. Yo a Kant lo soportaba mal, no te lo voy a negar, tan estirado, tan cronometrado en sus paseos, tan religioso, tan apegado a las sotanas de los curas. Decía que el vino de Canarias era excepcional, no sé si especificaba el de Lanzarote, incluso, y eso solo tiene

sentido si se cogió una cogorza de las buenas, porque el vino canario, y que me perdonen los guanches, es arenoso, raspón y cabezón. De rico, nada. Ni en el siglo XVIII. Pero dejando a Kant y a García Berrio a un lado, darle vueltas y vueltas a una idea puede llegar a convertirse en una obsesión insana, un círculo vicioso de repeticiones sin fin, como la de Jack en *El resplandor*, o puede ser una espiral que avanza un poquito más en cada vuelta, la dialéctica. En lugar de atacar de frente, que nos sacuden con un escudo impenetrable, le damos vueltas y vueltas, cerrando el círculo, como los indios sioux y los apaches hacían con las caravanas de colonos y vaqueros en Norteamérica, por allá por los tiempos de Búfalo Bill y la construcción del ferrocarril de este a oeste. Yo no estuve, pero lo aprendí, qué remedio, a lo largo de toda una infancia con cines de sesión continua en programa doble, una de vaqueros obligada, esa era imperdonable, y la otra variable, a veces de Tarzán, o romanos, o piratas, o tigres de Malasia, y hasta el El Cid o los Reyes Católicos. Y lo que se aprende en la infancia, en un cine de barrio, no se olvida jamás. Incluidos los primeros besos al llegar la adolescencia. ¿Cómo olvidarlos? ¿Qué fue de Berta? ¿Y Carolina? *Tempus fugit*. Las manadas de lobos, y las plagas de langostas, y los tiburones también cazan así. ¿Serán también adictos a la escritura? ¿Habrán aprendido a cazar en un *Taller de Escritura*, o somos nosotros los que deberíamos aprender a escribir estudiando sus técnicas de caza? No es necesario responder, ¿verdad? Esa sí que era una pregunta retórica con quesito de premio.

En las memorias de Roald Dalh, no sé si en *Relatos de lo inesperado* o en *Historias extraordinarias*, cuenta que su profesor de escritura, en el colegio, era también su profesor de boxeo. Dos asignaturas que con el tiempo vio que estaban realmente emparentadas. Los consejos que le daban para una, le servían con la misma eficacia para la otra. Escribir y boxear viene a ser la misma cosa. Estoy de acuerdo.

Hay novelas de las que apenas guardo memoria de lo sucedido en su interior, como es el caso de *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares, *Trópico de Cáncer* de Henry Miller, *Casa de Campo* de José Donoso, *Jarrapellejos* de Felipe Trigo, y sin embargo aún mantengo en el paladar la sensación de la prosa, el regusto, la cadencia de las frases, aunque los haya leído hace más de 25 ó 30 años.

Es difícil de explicar, porque es como hablar de la producción musical en un disco de Lou Reed, Alman Brothers, o Pretenders: el sonido de la banda. Es algo distintivo, reconocible, diferente de la melodía, del timbre de la voz y de la partitura. Es un sonido personal. Como las pinceladas de los cuadros de Mikel Barceló, la sonrisa de Julia Roberts, los canelones de atún y aceitunas que hacía Salud, o los cuentos contados por Beatriz Montero, mi chica, mi churri. Es algo que no se puede imitar, aunque muchos lo intenten, porque no es solo una manera especial de hacerlo, sino algo más, difícil de especificar, difícil de nombrar, de catalogar. Algunos hablan de magia, de un don, de

haber sido tocados por los dioses, pero decir eso es una forma de escaparse, de rendirse a la incapacidad de nombrarlo. Con las voces de esos novelistas que nombraba al principio, y algunos más, desde luego. No todos los que publican, tal vez solo el uno por ciento, siendo generosos. Tal vez tú, si es que escribes, que no lo sé, no te conozco, pero de lo que sí estoy seguro es que no es mi caso. Todavía.

Yo sigo siendo un aprendiz, un proyecto, un caminante sin camino, haciendo camino al andar. Y no me importa. Hace mucho que estoy más interesado en el camino que en la meta. No es publicar una novela, con lo maravilloso que eso encierra, la explosión de adrenalina y sensación de plenitud que se experimenta, sino escribirla, recorrerla, descubrirla, dejarme sorprender con ella, asombrarme a medida que la voy desenredando, a medida que crece, a medida que sale regurgitada del interior de mi estómago. Sí, soy un escritor modelo vaca: Como todo lo que veo, lo que respiro, lo que sufro y disfruto, y lo paso después por cuatro estómagos diferentes. Y al final lo vomito en forma de palabras encadenadas, algunas veces sobre el papel, con pluma Montblanc a ser posible, si la tengo a mano, o en la pantalla de mi ordenador, un Asus *All-in-one* en estos momentos. Ya he perdido la cuenta de qué número hace dentro de los ordenadores que he tenido, desde el primer Spectrum al Comodore, Amstrad, Acer, IBM, Sony Vaio, Medion, Compaq, HP, Huawei. Compañeros de viaje que fueron muriendo, se agotaron, y acabaron en algún cementerio de electrodomésticos con las teclas desgastadas y los circuitos recalentados y pervertidos. ¿Cuadernos de apuntes? ¿Hojas sueltas? ¿Servilletas de papel? No sé, son tantos. Mi memoria tiene límites, y si soy capaz de olvidar a mis amigos de la infancia, a mis compañeros de colegio, también puedo olvidar los cuadernos y las hojas sueltas. A fin de cuentas los cuadernos de apuntes son billetes a otros mundos, billetes de tren o de avión que me llevaron a vivir en otros lugares, a descubrir monstruos y ángeles dentro de mi cabeza, a vivir otras vidas gracias a esa posibilidad de tejer una palabra tras otra, y grabarlas como mapas en los cuadernos. Después, lo escrito se ha vivido, y eso era lo importante. Si además de eso resucita, porque lo vuelvo a leer meses o años después, estupendo. Y si algún editor decide que eso puede ser de interés de otros, pues que se publique. Yo, feliz. Los escritores somos exhibicionistas, incluidos Kafka y Salinger. Quizá todos los somos, y el éxito de Facebook, Twitter e Instagram radica en ofrecer a todos la posibilidad de desnudarse en público sin necesidad de que un editor lo autorice, una editorial lo costee, un distribuidor lo lleve a las librerías, y el librero lo ponga en el escaparate. Ya todos somos autores, editores, distribuidores y libreros, ya todos podemos ser Narciso, unos bocazas, objetos de deseo, modelos desnudos y estrellas de pasarela. A mí no me importa. Puedo compartir la pasarela. Todos somos hijos de Dios. Todos somos judíos alemanes. Todos somos huérfanos, todos estamos pedidos, y no hacemos más que dar gritos, llamar a mamá, colgar fotos en las redes y en los postes de la luz, *selfies*

desamparados, para ver si alguien nos reconoce, y nos encuentra, y nos dice de una puta vez quiénes somos, dónde está nuestra casa, cómo regresar al nido, al paraíso perdido, al útero materno.

07

¿Y esta mañana, qué? Pues esta mañana tocaba caminar por la ladera del Teide, por donde los pinos, y recoger setas. Y eso hemos hecho, desde el campamento de Quimpi, Joaquín y Pilarín, dos catalanes exiliados y felices que tienen un campamento de estrellas y setas a la sombra del volcán. Diez tipos de setas diferentes, y una cena preparada para dentro de dos horas, con jamón y vino. El sol se pone, insistente, como cada día. Un recuerdo de que todos somos mortales, de que vamos a morir queramos o no, la muerte tras los cristales de la ventana cada día. Veo al sol suicidarse todos los días desde hace más de 25 años. Ahora lo veo desde mi mesa, en el Sauzal, Tenerife, desde hace 12 años, y antes lo hacía en el río Ambroz, durante 3 años, y lo hice en la Plaza del Dos de Mayo durante 10 años; y la suma me sale 25, dos más que los de la famosa retahíla que decía: “Los dedos de las manos, los dedos de los pies, la picha y los cojones, suman 23”. Las nubes se salpican de sangre, como la sangre de los búfalos sacrificados en Rantenpao, Sulawesi, con las ceremonias mortuorias. Y aunque los hay que dicen que el sol también nace, resucita cada día por el Este, y eso nos llena de felicidad y ganas de vivir, pues a mí no me toca, porque muy pocas veces me ha pillado el sol despierto en el momento del amanecer. No soy madrugador, ni en el momento de nacer, que no quise salir hasta las diez y cuarto de la mañana, y eso porque me empujaron, que allí donde estaba antes se estaba caliente y húmedo y bien alimentado por una sonda que me llegaba directamente a través del ombligo. Antes de nacer, el paraíso perdido, el auténtico, sin dudarlo ni un segundo. No necesitaba ni masticar, ni llorar, ni pelearme por hacerme un sitio en la mesa, ni tener que defender a puñetazos mi cuenco de arroz con leche, mi espacio en el asiento de atrás del coche, mi almohada, mi espacio. Es verdad que allí, en el vientre de mi madre, se estaba estrecho. Mucho espacio no es que hubiera. En cuanto estiraba un pie chocaba con la pared del útero, pero era una pared blandita, no de ladrillo y cemento, recubierto de escayola y papel pintado, como fue siempre el cuarto de mi infancia.

Y desde luego, allí dentro no estaba Nacho contándome cuentos de terror, como ese de la familia que se come los entresijos de un cadáver desenterrado del cementerio creyendo que era asaduras, y gime por la noche. Con voz de ultratumba: *Ay, mamaíta, ita, ita, ¿quién será? Cállate, hijita, que ya se irá. ¡Que no me voy! Estoy acercándome por el pasillo hacia tu cama.* Toc, toc, toc, ruido de pisadas. Terminaba el cuento saltando sobre mi cama. Luego se extrañaba mi madre de que me meara todas las noches. Lo raro es que no me meara en el tazón del desayuno, en la sopa jardinera del mediodía, qué asco, qué poco me gustaba, y en la tortilla francesa de la noche. Yo solo quería volver. Regresar al mundo feliz de antes de nacer, donde yo ni siquiera tenía nombre, ni era siquiera yo aún, porque era apenas un fragmento del cuerpo de mi madre, como un riñón, el bazo, una teta, el páncreas.

¿Tendrán los riñones trasplantados alguna añoranza del cuerpo antiguo en el que habitaban? Seguro que sí. Y más aún si a ese riñón, en lugar de trasplantarlo, le obligan a vivir por su cuenta, le obligan a respirar a base de azotes en el culo en el momento de nacer, le cortan el suministro de alimento, el cordón umbilical, nada más abandonar el acogedor lugar en el que había vivido hasta ese momento. ¿Y si ese pobre riñón, con el que en este momento me identifico, después de verse obligado a nacer, expulsado del edén contra su voluntad, incluso con bisturí y fórceps en caso de que se resista, tuviese que aprender a caminar, a hablar, a escribir, a estudiar, a pelearse con los hermanos, con los compañeros de colegio, con las novias o novios, con los profesores, con los policías, con los compañeros de oficina, con los jefes, y hasta con los hijos que al final le niegan la eutanasia piadosa? No me extraña que los riñones no quieran independizarse. No es un buen futuro el que les espera. Ellos prefieren quedarse donde están calladitos, aunque tengan que tragarse todos los meados y devolverlos limpios de contaminantes otra vez al cuerpo. A fin de cuentas no tienen ni olfato ni paladar, así que no les importa tanto, estoy seguro. ¿Que no piensan? ¿Que no son libres y no pueden decidir nada? Vaya ingenuidad si crees que tú sí, que de verdad tú sí que piensas y decides con entera libertad. Angelito, qué mono. Ven, que te voy a dar un besito, chiquitín. Mira que eres salao.

No sé quién, no me acuerdo, en Barcelona, allá por el año 1975, nos dio a Deme y a mí un porro de hachís. Puedo inventarme el nombre, David, o Guillermo, un gallego de pelo rizado y pelirrojo. Debió ser para celebrar la muerte de Franco. A tu salud, hijo de puta. Y ese porro, el primero de mi vida, me provocó un mareo insoportable, la calle era un túnel inestable que se movía hacia todos lados, no podía tenerme en pie sin sujetarme a la pared, tenía el vómito en la garganta, pero no acababa de salir, porque tenía también el estómago vacío. Como pude, tropezando con todo, llegué hasta una cama que no era la mía, y me tumbé allí, para morir, o lo que fuera. Tarde varias horas en recuperarme. Deme, mientras tanto, estaba feliz y contenta, sin efectos secundarios,

con ataques de risa y, de cuando en cuando, con visitas a mi cama para ver si estaba bien, si seguía estando vivo. Fue la primera vez, o quizá la segunda, que creí que iba a morir. La primera fue un dolor de espalda, insoportable, en la región lumbar, sentado en el asiento de atrás del Dodge Dart de mi madre, a las puertas de Quinta Loló, en Caracas, en 1966. Me estaba cagando, y no es broma, y al apretar no sé qué músculo, se desató el dolor en la espalda, que de modo intermitente me ha perseguido toda la vida, aunque con mayor intensidad de los 11 a los 22 años. Pero regresando al primer porro, que casi me mata, o eso creí yo entonces, nunca volví a atreverme a fumar un porro entero. A lo más una calada de compromiso, y ya. No, gracias, no quiero más. Es que me mareo. Años después, muchos años después, siendo ya diabético, descubrí que aquello fue una hipoglucemia, y de las grandes. Yo no era diabético todavía, faltaban 15 años todavía para que mi páncreas hiciera catapún, pero tal vez era pre-diabético. O estaba comprando papeletas. Luego, ya de oficio diabético a tiempo completo, eso de morirme lo tengo ya más ensayado. Una vez a la semana, como poco, toca morirse. Ya me lo sé, y no por saberlo dejo de tener esa sensación angustiosa de que me falta el aire, la fuerza, la coordinación motora. Que me muero, vaya. Que de pronto tengo la sensación, y es mucho más que una sensación, sospecho que es una realidad total, de que estoy en la más absoluta indefensión. Que un mosquito podría tumbarme de un puñetazo, y yo no podría ni defenderme. Cuando Bea me regaña, o discute conmigo y yo estoy en ese estado, y no es que ella discuta, sino que todo lo que llega a mí es percibido como una agresión, solo puedo respirar y pensar en que necesito azúcar, por favor, azúcar, un caramelo, leche, galletas, chocolate, cocacola, pan, lo que sea. Me muero, aunque ya sé, por la costumbre, ya he muerto más de mil veces en los últimos 30 años, que voy a resucitar, que los niveles de glucemia volverán a subir, pero que después de recuperarme estaré hecho polvo durante unas horas, como si me hubieran dado una paliza de muerte. Porque, y eso solo lo saben los diabéticos hipoglucémicos, morirse cansa mucho, pero mucho. Y morirse todas las semanas, nunca sabes cuándo ni dónde, es agotador. Un trabajo a tiempo completo. Es verdad que eso da algunas ventajas, si es que se le puede llamar así. Morirse tantas veces da un poco de perspectiva, algo de distancia con las pequeñas tragedias de lo cotidiano, baja la intensidad de las obsesiones por nimiedades. ¿Para qué te vas a preocupar por tonterías, si te acabas de morir y resucitar, y la semana que viene volverás a morir, te guste o no te guste?

08

Ayer, setas en Las Lagunetas. Hoy, castañas en el camino de La Vica. Las dos en las laderas de Teide. ¿Qué, si no? Quitas el Teide y desaparece Tenerife. Esta isla es un volcán, todo volcán, una espinilla salida del mar Atlántico hace millones de años. Los que viven aquí, a la sombra del volcán, los guardianes de la lava, lo llaman papá Teide. El Teide nos protege, pero también puede enfadarse y cocinarnos a fuego urgente, extender su cálido manto de lava y arroparnos en un sueño eterno.

Esto podría ser un diario, pero solo lo es para arrancar las memorias, o los desvaríos, o el blablablá. Desde luego, de momento, no es una novela, porque el autor, yo, cada vez sale más en la foto, no hay quien lo saque del cuadro. Cada vez que el fotógrafo se coloca detrás del trípode y enciende su cámara, allí está Enrique enseñando los dientes, los rotos, los provisionales y los nuevos. Sonríe, digan patata, chips, una sonrisa, allá vamos. Voy a repetir, por si alguien ha salido con los ojos cerrados. ¿A quién le habla este fotógrafo, si delante estoy yo solo? Bueno, vale, no hay cámara de fotos, solo una pantalla de ordenador y un teclado, pero en cuanto se enciende la pantalla, allí está Enrique para dejar su huella, para echar su meadita y marcar el territorio. No tiene tanto secreto el asunto, porque el único que enciende el ordenador es Enrique. Bueno, es que es el ordenador de Enrique. Acabáramos. Haberlo dicho antes. Estás hablando de un montón de gente, y en realidad solo está Enrique. ¿Qué pasa, que se desdobra, que tiene personalidades múltiples? Pues claro, como todos los escritores. Es lo suyo. Mi nombre es Legión, yo soy la marabunta, soy el innombrable, el que fabrica los números, el que reparte las papeletas, el MC de esta fiesta. Ese soy yo. Así de chulo.

El sol se acaba de hundir en el mar, como cada tarde, y yo entro en el mar con él, y me sumerjo en el agua psicoanalítica, y convoco los sueños, la memoria y las asociaciones libres del pensamiento. Y busco el hilo de la historia, el hilo de Ariadna, consciente de que es muy posible que me lleve hasta el minotauro, pero me da lo mismo. Lo deseo, en realidad. El minotauro lo sabe todo, te lo cuenta, y luego, de una cornada, te deja seco, descerebrado, torero muerto y vuelta al ruedo. Pero hasta que llegue ese momento, yo pienso dar vueltas por este laberinto, una y otra vez.

Sé que hay veces que vuelvo al mismo punto en el que estaba dos días, o tres meses, o treinta años atrás, pero no me importa, vuelvo a pisar por encima de mis huellas, repito el conjuro, y vuelvo a intentar descubrir la entrada secreta, el pasadizo escondido, la llave de la puerta, una y otra vez, y otra, tal vez hasta el infinito, hasta la

muerte por agotamiento, pero vivir y escribir es eso: intentar descubrir el secreto, matar a Dios, robar el tesoro, fugarse con la novia, cantar bingo, tener el orgasmo definitivo, y morir ahí no más. ¿Para qué seguir? ¿Qué más? Ya no va a tener sentido. Por eso sé que el camino es infinito, que el laberinto no tiene salida, que Dios es un invento, que el Dorado de Perú nunca existió, que papá no lo sabe todo, y que a mamá se le secaron las tetas después de la menopausia.

Este podría ser un buen lugar para la venganza, para reparar deudas y ofensas. Pero no estoy muy seguro de que eso sirva para algo. Desde luego, si sirviera de algo, si de verdad creyera que la escritura es una nueva reencarnación, un viaje en el tiempo marcha atrás, o aunque solo fuera que me dé un poco de gustito, un escalofrío de placer diminuto, aquí iba a correr la sangre a raudales, con alegría, como el vino de la boda de Caná, que de golpe se convirtió de un vino peleón en un Rioja del 64, Paternina banda azul, o un Vega Sicilia reserva. Pero creo que no. Nunca es así, eso solo sucede en las ensoñaciones, en las fantasías infantiles. Y ahora me doy cuenta de que cada vez que empiezo una frase, y esa frase empieza por *pero*, a modo de Pepito Grillo que desdice lo anterior, el ordenador, creo que por su cuenta, en lugar de escribir *pero*, escribe *peor*. Mientras escribo, así, a tontas y a locas, no me refiero a ti, no seas susceptible, a cada rato tengo que regresar tres líneas atrás, porque tras el último punto y seguido, en lugar de *Pero*, pone *Peor*. Y son demasiadas veces, tantas que me doy cuenta de que es una muletilla de las mías, una impronta personal, un vicio en la escritura. Y ahora, más de la mitad de las veces, en lugar de sustituir el *Peor* por *Pero*, simplemente lo borro, y me doy cuenta de que está mejor así, sin *pero* y sin *peor*. No hay peros que valgan. Mis propias vacilaciones, mis autocorrecciones, no son peros, no debo desdecirme. A lo más, contradecirme, y en ese caso no pasa nada, porque es más probable que en una contradicción las dos partes que se contradicen son verdad, cuando no hay contradicciones en absoluto, sino solo aseveraciones, que tienen todas las papeletas de ser mentiras flagrantes. Yo, para mentir, no tengo más que abrir la boca. Como tú. Como todos, no te creas que es algo personal.

Las castañas que me he comido hoy, recién recogidas del suelo en las laderas del Teide y en el terreno de Esther y Matthias, y en el de enfrente, por error, que no se entere el dueño, que creíamos que era lo de Esther y Matthias y no, era de otro, qué sé yo de quién, que tenía muchos más castaños y apenas una cadenita fácil de saltar junto a la carretera, esas castañas, al horno veinte minutos con un poco de sal, y con una cruz en el vientre de la castaña, para que se abran más fácilmente, esas castañas, que pesado, no lo va a decir nunca, sí, que sí, joder ¿Qué coño les pasa a esas castañas, merluzo? Suéltalo de una vez, que no estás hablando de un asesinato sin resolver, esas castañas no me han sabido igual que las de la infancia, las de la castañera de la calle Goya, la que tenía una pañoleta en la cabeza y un bidón metálico con fuego de carbón donde asaba

las castañas, y nos las daba en un cucurucho de papel de periódico, el *ABC*, o el *Ya*, o *Pueblo*, o incluso *El Alcázar*, que mí me sabían igual todos ellos, no había tanta diferencia tampoco si los leías despacio, excepto si eran las esquelas del *Ya*, o las noticias locales de *El Caso*, con todo los asesinatos descritos con detalle para espanto de las castañas, que se quedaban frías de golpe, asustadas de tanta maldad a la vuelta de la esquina.

Tengo la sospecha, o el temor, o el deseo, de que esto que estoy escribiendo no lo va a leer nadie. Tal vez ni yo mismo. Y tiene sentido, porque el lector que está leyendo un texto, unas líneas de palabras incesantes, como estas, pero que no sabe a dónde va el autor, que se pierde, que no tiene nada claro adónde quiere llegar, porque parece que se pierde (un secreto a voces: No lo parece; se pierde; se le va la olla más allá de Camboya), cuando el lector se aburre de tanto desvarío insustancial, de tanta cháchara adolescente, ese lector desconecta y deja de leer. Abandona. Que le den al autor, que se las da de listo, de interesante, de experimentador. Que le den a ese autor que se cree que sus pajas mentales, sus comeduras de coco, sus encíclicas unipersonales, sus viajes orbitales alrededor del ombligo son interesantes y van a dejar al lector boquiabierto, y a las lectoras espatarradas de placer. Hay autores que de verdad se creen que lo que ellos opinan es la verdad universal y el secreto del universo. El ego no les cabe en la Vía Láctea, son como argentinos exagerados y descontrolados. *Che, océano, te estoy tragando*, gritarán mientras se ahogan en el mar. Patético. Así que pongamos que este escrito, ya ni me atrevo a llamarlo texto, que eso de texto es muy culto, muy *cool*, muy universitario: La lingüística del texto, Narratología textual, Texto y pretexto, se me llena la boca con la equis, como en exégesis, exordio, examen, exlibris, hexágono. Mejor este escrito, que digo que está, quizá condenado a no ser leído. Un texto, perdón, un escrito, sin lectores, sin público, sin adoradores. Letra muerta. Qué imagen tan bonita: Letra muerta. Letra cadáver. Letra moribunda, herida de muerte. Como si hubiera letras vivas. ¡Pues claro que hay letras vivas! ¡Eso es la Literatura, así, con mayúsculas! La Creación, la Novela, el Texto. *Oh là là, mon dieu, rien ne va plus.*

Eso es porque yo escribo como hablo, y eso es vulgar, eso no puede ser arte. Si uno escribe sandeces con palabras insólitas, entonces sí, entonces puede que tenga una tribu de adoradores, de admiradores asombrados de tanta belleza, de tanta densidad, de tanto lustre y tanta sabiduría. Tanta, tanta, que a veces no se entiende, pero porque la verdad, la calidad y la intensidad no puede estar al alcance de todos, no puede ser que todos lo entiendan, hasta los torpes, hasta los que ni siquiera han pisado las aulas de la universidad para doctorarse en Pedantería Textual. Si se escribe así, con un texto (esta vez ya sí sería texto, no escrito) bien ornamentado, barroco, difuso y desconcertante, entonces puede uno optar, con dos o tres padrinos apropiados, al Premio Nacional de Literatura. A cualquiera de ellos, que hay muchos. Premio de la Crítica. Premio de Ensayo. Premio de la Asociación de Libreros del Valle de Urgel.

Siempre que sea un texto brillante, críptico y desconcertante. Doscientas páginas así, por ejemplo: “El hambre de luz te taladra el páncreas con plomo intermitente. Una luciérnaga etíope parpadea junto a la biblioteca de Babel. Hay un niño que nunca nació que pregunta a todas horas por sus zapatos. La vertical del miedo, desde el patio del colegio hasta el olvido, te inmoviliza los brazos y las piernas cada vez que intentas enamorarte a través de otro espejo del callejón del gato. Hay secretos de familia que terminan por devorar a sus miembros, como gusanos enquistados en carnes putrefactas.” Y dale, y dale, doscientas páginas. Premio asegurado. ¿Cómo va a perder la oportunidad un crítico, un concejal de Cultura, un catedrático de Lengua, de dar un premio literario a una obra que ningún lector va a entender? ¿Qué lector va a discutir la justicia de ese premio? ¿Qué lector bellaco, analfabeto, la va a discutir al catedrático la calidad inusitada del texto premiado? Ay, innoble ignorante, pardillo sin estudios, ¿cómo osas discutir lo que no entiendes? No sabes ya que doctores tiene la Santa Madre Iglesia. Quitaa, quitaa, tonto del haba.

09

Dicen los periódicos que Trump ha perdido las elecciones, que Joe Biden y Kamala Harris han ganado, pero que Trump no quiere irse de la Casa Blanca, que hay fraude, que él no puede perder frente a un viejito de 78 años que no tiene el más mínimo carisma. Biden cumplirá los 80 sentado en el despacho oval de la Casa Blanca. El anciano que derrotó al bocazas. Trump ganó porque cambió el lenguaje de su discurso. Ladraba, en lugar de hablar. Mentía, y todos lo sabían, y no les importaba. Creó una ficción, un personaje lenguaraz, un insolente con síndrome de Peter Pan. Hace años unos genetistas y psicólogos calcularon la edad media mental de los norteamericanos, y llegaron a la conclusión que rondaba los once años, no más allá. Las películas de Steven Spielberg son para ellos. Está bien, a mí me gustan, yo también soy un preadolescente que se resiste a crecer, que se resiste a perder la emoción, la frescura, la capacidad de asombro, que se resiste a envejecer, a madurar, a pudrirse por dentro y fuera, a someterse al mundo de los adultos. No me extraña que Trump ganara. Y volverá a ganar, con otros nombres, en el futuro. También ganó Hitler, con las mismas armas de seducción infantil. Y Hugo Chávez. Y Lutero. Y Cristo. Y Bob Dylan. Y todos los escritores, políticos, músicos, pintores y rebeldes que dan un golpe en el tablero, se burlan de las

normas y gritan, a pleno pulmón: *El rey está desnudo, esto es una farsa*. Yo no estoy diciendo que me guste Trump, cuidadín, porque me parece el presidente más vomitivo que ha tenido Estados Unidos, sino que el esquema, la estrategia, el entramado y la voz que de golpe está fuera, la de un *outsider*, la de uno que pone en marcha el pensamiento lateral y divergente, es un adelanto, aunque sea en forma de revulsivo. El poder corrompe, y la inmovilización también.

No avanzar es enquistarse, es pudrirse, es empezar a corromperse, como un estanque que empieza a descomponerse, como un cadáver. Hay que seguir, aunque sea con pasos indecisos, con pasos falsos, con pasos hacia atrás. Dos hacia adelante y uno hacia atrás, decían los marxistas, escenificando la dialéctica, el avance en círculos que pasan de dos dimensiones a tres dimensiones. Todos concéntricos, pero solo si se los mira como si fueran dos dimensiones, en un mismo plano, mientras que si giras un poco el plano, y le das una tercera dimensión, resulta que no eran vueltas y vueltas en círculos viciosos, sino espirales. ¿Y cómo saber si se avanza, entonces, si siempre dibujamos los mapas en dos dimensiones? Pues tal vez no se sepa, quizá no sea necesario saberlo, sino hacerlo. No es lo que dices, es lo que haces.

Uno no puede poner la vida en pausa. La vida sigue, el reloj no se detiene. A veces parece que va muy deprisa, otras que va despacio. Y hasta a veces parece que el tiempo se detiene. Eso dicen. En las montañas de Wuhan se detuvo el tiempo hace tres siglos, y los monjes del monasterio taoísta saludan al sol cada amanecer haciendo taichí acompañados por sus alumnos y discípulos, venidos de todas partes del mundo a meditar y detener el paso del tiempo, previo registro y pago por internet en Paypal. Han conseguido detener el tiempo, pero no son gilipollas, mucho cuidado.

Me voy a tomar un café, a ver si me centro.

Me he debido tomar mi café y el del vecino, porque aquí no se me ha visto el pelo en hora y media. Las dudas me siguen asaltando. Como siempre. Vivo con ellas. En realidad no sé si una historia cualquiera, que va de principio a fin sin distracciones, es en realidad una historia bruta, con miles de adornos y digresiones, como todas estas, solo que luego se depuran, o mejor aún se les prohíbe el paso en el momento ya de escribir. Me lo pregunto, como si yo no hubiera escrito ya ocho novelas, y no supiera cuál es el proceso. O cuál es, al menos, uno de los procesos. Es más habitual, por lo que sé, por lo que dicen, por lo que leo. Y es normal. ¿Quién quiere leer un libro titulado "Digresiones y palabrería de cuando no quería o no sabía sujetarme a un guion, tal vez porque no lo tenía"? Vamos, que no se me ocurre que vayan todos corriendo a las librerías, no vaya a ser que se agoten los ejemplares. Pues este es mi caso. Puedo excusarme diciendo, como seguro que ya he dicho, que se trata de encontrar la voz perdida, la que nunca

estuvo. La voz perdida, debajo del sillón del psicoanalista, con el mechero zipper que tenía grabada un águila imperial y el logo de Harley Davidson, ya te vale. Pues no.

Soy consciente de que todas estas rectificaciones al monólogo, que en realidad están dentro del monólogo, no son sino formas de censura, de bloqueo, de intentar parar la escritura desde el subconsciente. Como todas las armas se pueden disparar hacia un lado o hacia el otro, también puedo incorporar las protestas nacidas del oscuro territorio de la censura, de la necesidad de hacerme callar la boca, o los dedos, de una puta vez, cansino, oye, y meterlas dentro del monólogo, del grifo roto de las palabras sin fin, a lo cual tendría que responder con una censura de la censura, lo que tiene tan poco sentido como el famoso prohibido prohibir. Un dolor de cabeza para mí, y otro para el lector inexistente. ¿Te imaginas que algún día, dentro de muchos años, cuando yo ya no esté, por azar o por castigo o curiosidad malsana, mis nietos, Maika y Kiros, se pusieran a leer este vértigo? ¡Hay que joderse con el abuelo, mira que se le iba la pelota! ¿De verdad que era así de... de... yo qué sé? Nunca lo hubiera imaginado. Pobre papá, qué dura debió de ser su infancia, en aquellos tiempos de diplodocus descontrolados.

Y ya no estoy seguro de si estoy buscando un argumento, un arranque de la novela que aún no sabemos, ni tú ni yo, inexistente lector, de qué va, o si esto es la novela ya en sí, este pastiche, este Frankenstein que crece como los hongos en otoño, ni si en verdad estoy, de modo premeditado, o haciéndolo mientras lo hago, huyendo de ese hilo, del argumento, y disfrutando del hecho de abrir caminos y cerrarlos, o abandonarlos, como un asesino que dispara a ciegas la metralleta sin intención de matar a nadie, y de matarlo a todos. No lo sé, de verdad, tal vez sea solo una manera de acercar la oralidad a la escritura. O la escritura a la oralidad, que parece lo mismo, pero no lo es, quita, quita, ni de coña.

En las primeras páginas, que recomiendan que se quiten después, una vez acabado el manuscrito, por redundantes con lo que sigue después, porque en realidad son una especie de calentamiento, digo, en las primeras páginas, en algún momento, pensé en colocar a todos mis hermanos sentados en un sofá, es un decir, o en una cabina de teléfono, que ya lo intentamos dos veces antes de morir Zalo, una especie de regresión multitudinaria al útero materno, sentados en el sofá, pues, coño, que te pierdes, y ponerles una bomba debajo. Una bomba en sentido laxo, no literal. Un suceso imprevisto, Jorge dice que es homosexual, Peancha dice que está embarazada de uno de sus hermanos, a Nacho le da un infarto fulminante, mi madre dice que se divorcia y se va a vivir con el párroco, Tito se electrocuta delante de todos y se queda tetrapléjico, no sé, algo impactante, una bofetada, como la muerte de Zalo, y de ahí empiezo a tirar del hilo, y les pregunto, y les hago hablar, y les meto un poquito de veneno por aquí, y otro poquito por allá, y pasan cosas, como en la vida misma, y esa es la novela. No me

debe de convencer del todo la idea, porque ya llevo más de 20.000 palabras y aún no he comenzado. Veinte mil palabras son muchas palabras. De hecho, y lo comprobé ayer, así que no miento, es más que cualquiera de mis tres primeras novelas, *Devuélveme el anillo*, *Abdel* o *El Club del Camaleón*. Y eso que aún no he empezado. ¿O sí, y este raro páramo, o selva, es ya el asunto, el meollo, la sustancia? Mira, no lo sé, que no lo sé, que me dejes en paz.

Tengo la esperanza, y no sé por qué la tengo, porque nunca me había pasado antes, de que en realidad estoy buscando y encontrando algo de mí. Algo que está oculto, desde luego. Lo que está escondido, lo no visible, lo que no se puede nombrar ni mirar de frente, porque es como la Gorgona griega, que te paraliza y te mata como la mires de frente. ¿Que no era la Gorgona? Bueno, pues la que sea. La de los pelos como serpientes, la de la mala leche, la madre andaluza cuando se cabrea.

Vuelvo a ver el sol ponerse en el horizonte, y empiezo a pensar que estoy encerrado en la película de *El día de la marmota*, *The Groundhog Day*, que soy un secundario de la película, el escritor al que nunca se le ve, porque ese día no salió de casa, estaba escribiendo, y está condenado a seguir ahí, sin salir a la calle, sin que los espectadores lo vean nunca, pero que está en la mente de los guionistas. Un secundario que sale barato. Ni siquiera hace gasto en el *catering*. Un chollo, vamos. No lo vemos, pero está. Todos sabemos que está, detrás de aquella ventana. Bueno, no lo saben todos, pero lo sé yo, porque soy yo, y estoy harto de que todos los días se repitan igual hasta que por fin Bill Murray decida hacerlo como Dios manda, como quiere el guionista y el más allá quieren que se haga, y por fin enamore a Andy MacDowell y podamos también todos los demás hacer nuestras vidas, que la leche ya se me estaba acabando, y no me dejaban salir hasta que acabe la película.

La vida es lineal, como estas palabras, una tras otra, minuto a minuto, tic tac, pero en cambio los recuerdos, las memorias son peores que un conejo saltarín. El tiempo deja de existir, todo sucede a brincos de recuerdos, sin cesar, y sin embargo esa sucesión es a su vez una línea continua, como estas palabras, como estas páginas. No puedo amontonar un mismo recuerdo, de modo simultáneo, con otro distante. No se mezclan. Puede que se sucedan muy rápido de uno a otro, pero no se solapan. Excepto en los sueños. Ahí sí. Ahí las leyes del tiempo y espacio y la lógica se rompen, que alguien puede tener la cara de Gonzalo, pero al mismo tiempo yo sé que es mi madre, y el profesor de Latín que tenía en Quinto. Y no me extraña, en el sueño. Al despertar me asombro, por unas décimas de segundo, hasta que lo olvido y lo entierro, y no vuelvo a resucitarlo hasta la noche, cuando los ojos se me cierran y pierdo el control de la consciencia, aún más, ahora del todo.

La escritura va mucho más despacio que el pensamiento, que el fluir de la conciencia. Va tan despacio que de hecho la escritura lo que hace es organizar y hacer coherente ese pensamiento enloquecido y deslavazado. Bueno, enloquecido del todo no, eso solo pasa en el sueño, pero un poco caótico y disperso sí. ¿O no? Pues sí, no lo discutas. Sí a las dos cosas: que el pensamiento es más rápido, fragmentado y caótico que la escritura, y que la escritura es más lineal, más estructurada y estructurante. Ya hemos llegado de nuevo al *Hábitat* de Bourdieu. Volvemos a estar haciendo círculos, a encontrarnos de nuevo en lugares en los que ya habíamos estado, como confirmación de que no nos hemos perdido, pero que tampoco sabemos cuál es la salida del laberinto. Ahora uso el *nos* de manera mayestática. Nos, la cátedra, la monarquía, la Ley.

Tengo un recuerdo, lo anoto, lo clasifico y lo guardo. Y ya está. ¿Y para qué? ¿De qué me sirve recordar y anotar? ¿A dónde me lleva, si es que hay que ir a algún lugar, cosa que no me queda nada clara, excepto el ir a dormir por la noche porque lo pide el cuerpo, y el ir a morir y al féretro algo más tarde? Pero por el mismo motivo: Porque te lo pide el cuerpo, y quieres descansar, pero ahora ya del todo, sin interrupciones. Porque podría tener el recuerdo y, como la mayoría de la gente, saborearlo un rato, sonreír o llorar, depende del recuerdo, y pasar a otra cosa, a otro recuerdo, al menos hasta que se acaben los anuncios de la tele, porque en cuanto vuelvan regresaremos a la película, al programa de *First Dates*, o al telediario, tanto da, pero recuerda que no se pueden tener dos recuerdos simultáneos, y no puedes leer *En busca del tiempo perdido*, y al mismo tiempo acordarte de los primeros besos de tu adolescencia, a no ser que hayas desconectado del libro, y te estés montando tú por tu cuenta la novela en tu cabeza.

En otra página, en otro archivo que ahora no pienso buscar, ponía algunos disparadores. Una situación inicial que, tirando poco a poco del hilo, pudiera llevar a otro lugar. Qué poco claro ha quedado eso. Vamos a poner unos ejemplos. Vamos, Enrique y yo, ya sabes.

1. Julia se despierta el día que cumple 40 años, y se da cuenta de que no quiere a su marido ni a sus tres hijos. Que no los soporta. Que le aburren. Que prefiere huir, decírselo, o suicidarse.
2. Alberto coge el móvil de su amigo Carlos, y descubre diez fotos de su novia, Rebeca, desnuda y con Carlos.
3. Teresa descubre / se encuentra en el restaurante de Ikea con Marcos, un hermano gemelo de su marido, Alfredo. Ni Alfredo ni Marcos saben de la existencia el uno del otro. Teresa y Marcos se enamoran.
4. Lauro regresa un día antes de un viaje de negocios, y se encuentra a Leticia, su mujer, en la cama con Alba, una amiga lesbiana.

5. Santi, tras una noche de borrachera celebrando el Premio Hiperión de poesía que le acaban de conceder, atropella y mata a un sin techo, y se da a la fuga.

6. Alfonso presencia un asesinato, y sale corriendo. Sabe que el asesino le puede reconocer, y duda de si huir o ir a la policía.

7. Salva rompe con su novia, Arantxa, y al día siguiente descubre el cadáver de Arantxa dentro de su armario, ahorcada con una de sus bufandas.

8. Jaime, jugando a hacer equilibrios en un acantilado, empuja sin querer a Rocío, y ella cae, se despeña y muere.

9. Una mañana Javier se despierta en otra cama, en otra casa, y nadie se extraña, excepto él, que sale corriendo hasta su antigua casa, donde un extraño está viviendo su vida. Andrés le abre la puerta a un tal Javier, que dice que él vive ahí, con su mujer, Martina, y sus dos hijos Bruno y David.

10. Iker descubre que su hija, Cristina, guarda heroína, éxtasis y cocaína en su armario.

11. Después de muchos años sin saber de ella, Pablo se encuentra con su hija Marta en un prostíbulo de Barcelona.

10

Ayer empecé a balbucir argumentos de novela. Posibles argumentos. Once proyectos. También podrían ser once capítulos de un engendro, un Frankenstein, once *coitus interruptus*. Pero hay más, qué crees. Antes de noviembre, unos días antes, intenté que este grifo roto tuviera un plan, *a plot*. “A man a plan a canal - Panama!”, según dicen el primer palíndromo con la letra a, escrito por Leigh Merce. Puede ser. No tengo ni idea de quién era Leigh Merce, pero el palíndromo ya lo conocía, como ese otro de “Dábale arroz a la zorra el abad”. Ya me estoy yendo. ¿Ves qué fácil? Regresemos a los argumentos. Aquí tengo más, generados de modo aleatorio por un programa que inventa argumentos para escritores zánganos:

Anoche soñé que volvía a ser una hormiga.

Si pudiera cambiar una cosa, sería proponerle matrimonio a la mujer equivocada.

Tengo dos cosas en mente: carne y extraterrestres.

43.882 personas murieron ese otoño, pero solo una me importó.

80 años y nunca he comido zanahorias.

Si pudiera cambiar una cosa, sería contactar con los vampiros.

La gente me confía su felicidad; no deberían.

Susana solía ser más divertida.

68 años y nunca he aprendido a aceptar el mundo como es.

Anoche soñé que volvía a escabullirme.

Mi nombre es Margarita Cifuentes, al menos eso es lo que dice en mi certificado de nacimiento.

"¡Yo no lo hice!" susurró Lidia.

Y no me parecen mal, si quieres saberlo. Cualquiera de ellos creo que serviría para dar un pistoletazo de arranque. Otra manera curiosa de avanzar es esa: empezar quinientas, mil veces, y antes de seguir, volver a empezar de nuevo. Perderse en el bosque, sin mapa y sin brújula, buscando de modo premeditado otro camino distinto, otro, da igual, pero siempre otro.

Y muchos más en los cuadernos que almaceno sin numerar, siempre de distintos tamaños y texturas, para ver si la culpa de la no continuidad en la escritura fuera del cuaderno, y no de la mano que mece la cuna. Sería una contradicción que siempre estuviera rompiendo y fragmentando argumentos en cuadernos siempre idénticos, numerados con precisión obsesiva, ordenados con obsesión contable. Eso solo pasa en las películas, y cuando eso pasa, ya sabes que tienes un asesino en serie despiadado y desprovisto de emociones. Puestos a ser desordenados y dispersos, habrá que serlo en el fondo y en la forma, no solo en el fondo, en el contenido. El soporte, la estructura, el hardware también forma parte de la historia, no es algo que vaya por libre. Pero decía que tenía más argumentos en la libreta. Aquí va otro con cuatro capítulos a desarrollar:

1. Carles tiene un accidente de coche. Su mujer, Rebeca, muere en el asiento del copiloto. En el coche contra el que se estrellan viaja un matrimonio, que muere, y su hija adolescente, Ainhoa, que sobrevive.

2. Carles se obsesiona con proteger a Ainhoa. La sigue con un avatar en FB, Twitter e Instagram. La sigue por la calle. Mata a uno que iba a abusar de ella tras una noche de fiesta.

3. Ainhoa y Carles se empiezan a escribir en FB, en privado. Se hacen amigos online. Se enamoran. *Catfish*. Carles le dice a Ainhoa que vive en Valencia.

4. La tía de Ainhoa, Mariluz, le coge el teléfono a Ainhoa y persigue a Carles, sin conocerlo.

Y hasta ahí llegué. El cuarto capítulo, imaginado, no escrito, no hay nada escrito de todo ello, excepto lo que acabas de leer con literalidad, es un capítulo que de golpe me desanimó, porque no lo visualizaba, no sabía por dónde iba a salir, no estaba seguro de que, de pronto, Mariluz, que hasta ese momento no existía, al menos en el argumento, tomara las riendas de la historia, se quedara con ella, se convirtiera en protagonista. No. Dejó de interesarme, porque de Mariluz no sabía nada. Si al menos fuera una monja vengadora, o la amante anterior de Carles, o un enamorado de Ainhoa, o el inspector de ciberdelitos sexuales, podría ser.

En la emisora de radio canta Eric Clapton: *Before you accuse me, take a look at yourself*, del álbum *Slowhand*. Roberto Pepe tenía ese disco, lo grabé en un casete en su casa de Moratalaz, en la época en la que Norma aún vivía. Elías era un recién nacido, tan pequeño que no daba nada de guerra. Lo llevaba colgado de una mochila por delante, y se quedaba tranquilo en cualquier lugar. Siempre tenía brazos de amigos y amigas que lo querían acunar. En una ocasión me olvidé de su chupete, o se le cayó y se perdió, y tuve que sustituirlo por un peón de ajedrez que me prestó Ro. Estaba muy gracioso con el peón negro en la boca, mostrando el fieltro verde de la parte trasera del pie del peón. Yo creía que el apodo de *Mano lenta* de Eric Clapton, que se lo llevó al disco, era por cómo tocaba la guitarra, acariciándola, sin necesidad de hacer escalas vertiginosas a lo Jimi Hendrix, pero Ro decía que no, que era porque no devolvía nunca el dinero que le prestaban sus amigos, o lo hacía con mucho retraso. Yo me lo creí. Ahora me parece más difícil de creer, porque es muy difícil que él mismo pusiera el nombre *Slowhand* a un álbum propio, que es como tirarse piedras contra su propio tejado. Aunque tal vez sí, todo es cuestión de echarle morro y aceptar las imperfecciones. Aún así me extraña. Mira, voy a preguntarle a Google, a ver qué dice.

Pues ni para ti, ni para mí. Por lo visto, dice el chivato de Google, durante los conciertos en directo, Eric Clapton en lugar de cambiar de guitarra y dejar que un ayudante le cambiara alguna cuerda de la guitarra, él prefería hacerlo con sus propias manos, y el público esperaba con paciencia, aplaudiendo de manera lenta, rítmica, en un juego de palabras de *clap*, Clapton, palmada, y lentitud, *slow*. *Slowhand*. Nada que ver ni con la velocidad de los arpegios ni con los retrasos a la hora de pagar deudas. La invención de etimologías no es patrimonio de lingüistas amateurs, que aún recuerdo que Baltasar del Alcázar, en su epístola lírica a Francisco Sarmiento, a finales del siglo XVI, decía que "...[al vino] lo llaman vino, / porque nos vino del cielo".

En un cuaderno antiguo, de tapas transparentes, y con fecha julio del 2004, me encuentro con este argumento: "Un hombre envidia/desea de modo compulsivo todo lo que ya no puede ser: deportista, violinista, astronauta, mártir, como en el mito de

Dafne (Teseo?, Proteo?) que huye y se esconde y se transforma en árbol, piedra vaca o viento.”

A Dafne ya los brazos le crecían,
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que'l oro escurecían.

(Garcilaso de la Vega)

Sólo cuando ya no puede ser casi nada, y sólo le queda ser él, descubre que solo era nada cuando quería ser todo, cuando quería ser el Capitán Trueno a los 10 años, ser cirujano a los 11 años, ser su hermano mayor a los 12, campeón de ajedrez a los 13, campeón de esgrima a los 14, universitario a los 15, novelista a los 16, viudo a los 17.

Y en otra página, la siguiente, escribí:

Un escritor (a poco que te descuides, soy yo) descubre que desde que acudió al psicoanalista siete años antes, ha sustituido la oralidad de la terapia, que pela la cebolla del inconsciente, por la escritura de lo desconocido, de la angustia, de la obsesión, de la duda. Escribe un libro sobre la escritura para no escribir, y lo titula *Escribir*, del mismo modo que su hermano mayor muere para no morir (no envejecer, no madurar, no agonizar), cuando no puede/quiere follar. El psicoanalista le plantea la necesidad del juego dentro de la escritura, en el sexo, en la comida, en el crecimiento, y la necesidad del placer como motor y energía.

En agosto, pero aún en el 2004, desde la isla de La Palma, en Breña Baja, escribo:

Quiero escribir una novela sobre un adolescente que se desilusiona al crecer, pero que luego descubre que hay vida después de la muerte. Cágate. Una polla.

Quiero escribir una novela sobre un astrofísico / albañil / periodista / senderista / camarero filósofo. Un huevo, vaya rollo.

Quiero escribir una novela que trate de un padre de familia que tuvo una relación homosexual en su juventud, que participó en la violación de una menor inglesa en un campamento de verano, y que se entera de que su hijo quiere ser homosexual por moda, aunque dice que no lo es.

Quiero escribir una novela acerca de un hombre solo, que a los 45 años se da cuenta de que le han engañado, que lo de la liberación sexual era mentira, lo de que las drogas liberan, lo de que la cultura nos hace libres y lo de que el hombre es igual a la mujer, o menos, y que tiene una deuda histórica que pagar por todos los antiguos atropellos como los de los conquistadores españoles. Joder, qué frío.

Quiero escribir la historia de un sacerdote que no sabe si es homosexual, o si es el demonio que le tienta.

No quiero escribir un coñazo, es decir, una reflexión sobre el paso del tiempo, la juventud y la vejez.

No quiero una novela autobiográfica, aunque siempre lo sea.

No quiero escribir sobre mi puta madre, ni para mi puta madre (esto lo escribí antes de que se muriera, 4 años antes, cuando se empeñaba en decir cada vez que le llevaba un libro infantil-juvenil: Ay, hijo, a ver si escribes una novela para adultos, para que yo la lea).

No quiero escribir algo que ya me aburra antes de escribirlo.

No quiero escribir una novela *light*, ni una novela densa. Y puestos a escoger, claro está, me quedo con la más ligera.

No quiero escribir. ¿Será eso?

No quiero escribir “No quiero escribir”.

No quiero escribir “No quiero escribir «No quiero escribir»”.

No quiero dar en el blanco al escribir de puta chorra, pero no quiero escribir la joya de la literatura minimalista.

No quiero escribir una novela de culto.

No quiero escribir una novela de género, porque no tengo ni puta idea de las novelas de género. Aunque, bien pensado, si recuerdo lo que me pasó con *Pelo cepillo*, ahora podría escribir una novela policiaca, o de ciencia-ficción, o de reinos míticos, y hasta histórica, sin tener idea, o por no tener idea, y que funcione.

Otra mosca muerta con el matamoscas verde. Que se joda.

No quiero escribir una novela que ya esté escrita, aunque no me queda más remedio que escribir, si es que escribo, una novela que ya esté escrita.

No quiero escribir una novela llena de paradojas lingüísticas, que quedan de puta madre al escribirlas, pero que son un coñazo al leerlas, excepto para aquellos que lo tomen como liturgia, en cuyo caso alucinan un rato en vez de fumarse un canuto, que es lo que tenían que hacer.

Me gustan los coches *Dinky-toys*, y los *Corgi-toys*, a escala diminuta, como los que coleccionaba Coke. El cabrón tenía hasta un garaje con ascensor que le había construido el padrino, Juan Rafael, nuestro tío dominico que se casó con Mercedes, una feligresa, y

le puso de nombre a su primer hijo Juan Pablo, antes de que existiera el primer papa Juan Pablo, en agradecimiento a Juan XXIII y a Pablo VI que le dejaron casarse. Vaya pelotas. Juan Rafael, que era cojo, pero jugaba al fútbol, me dio la primera comunión. Ahora está muerto, como sus dos papas.

Me dice Bea (esto es del 2008, o sea, que me lo dijo hace 12 años, cuando vivíamos en la dacha de Hervás) que su hermano está preocupado porque en el blog hablo mucho de la muerte (entonces tenía blog). ¿No estará deprimido?, pregunta. Ella le dice que no, que debe de ser el constipado, o la muerte de otros, que soy muy impresionable. Pero luego me lo pregunta a mí, por si acaso: ¿No estarás deprimido? Le digo que no, que solo es el constipado, y que es verdad que hablo mucho de la muerte, pero que en realidad no es la muerte como tal, sino la dualidad, el sí y el no, vida y muerte, amor y desamor, ser y no ser, femenino y masculino, vacío y todo, el Ying y el Yang, escribir y no escribir. Ella me mira, un poco asombrada. Joder, es verdad, no lo había pensado, dice, y se queda un rato en silencio.

La vida es una verbena, llena de chuches y muñecas chochonas que lloran cuando les estrujas una teta. Si tienes mala suerte, viene un chorizo y te quita la cartera. Si la tienes buena, la reina del baile te dice que sí, y te deja que te arrimes. Y por lo demás, polvo, coches de choque, luces de colores, empujones, el tren de la bruja, y niños corriendo de un lado para otro. Entrás por una puerta y sales por la otra, y parece que la feria es la misma cada año, cada vida. ¿Reencarnarse y empezar de nuevo? Qué fatiga. Otra vez al cole, a los deberes, a las collejas en el patio, a los mocos en invierno, a los granos, al miedo, a los dientes que se caen, a las novias que te engañan, a los padres que se mueren, a los cabrones que te timan, a las enfermedades, a los golpes, al hambre, a las heridas. No me jodas. Yo no estoy deprimido, pero con una vida basta. ¿Y todo lo bueno? ¿No hay nada? Pues claro que sí, son infinitas. Imperdonables. Irresistibles. Como decía Cernuda: “Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido”. Y con todo y eso, digo lo mismo: con una vida basta.

Un hombre se ahoga en la bahía. Agita los brazos desesperado, incapaz de mantenerse a flote. Yo lo veo aparecer y desaparecer bajo las aguas, una y otra vez, entre manotazos convulsos. Estoy cerca, sobre una roca, y apenas nos separan quince metros. Le oigo pedir auxilio, y me mira con asombro en mitad de la agonía, sin comprender qué me impide lanzarme al agua y salvarle la vida. La visión de su muerte segura me hipnotiza. No puedo apartar los ojos de su agonía. Solo estamos él y yo, y ninguno de los dos sabemos nadar.

Y además, y no es el último, tengo este otro esquema que nunca desarrollé:

Una niña, Sara, está convencida de que es bruja, porque a veces sus deseos se cumplen, y empieza a intentar no desear nada, para que no ocurran más desgracias.

Un niño, Yago, hijo de un trapeceista y la administradora de un circo, tiene sueños tan intensos y extensos que duda acerca de cuál es la realidad, si la del sueño o la del exterior del sueño.

Un hombre, Marconio, que ha perdido una pierna a causa de un accidente de moto se dedica a construir aviones de madera de balsa y papiroflexia.

12 capítulos de 15 páginas cada uno (5.000 palabras x 12 = 60.000 palabras) = 180 pág.

1. El mundo ordinario: Yago lucha con todo tipo de seres y dificultades en el mundo onírico en el que vive. El suelo es una trampa de arenas movedizas. Sueña con Sara, la niña bruja. Los murciélagos gigantes despiertan al anochecer. Hay una pared de agua que no se sabe dónde va, a otro mundo en el que se oyen gritos.

2. La llamada de la aventura: Una descarga eléctrica le sugiere que debería salir. Hay que atravesar un túnel, un pasadizo y lanzarse por un acantilado con nubes.

3. El rechazo de la llamada: Yago se niega. Le da miedo. Su hermano Andrés insiste, pero él no quiere lanzarse al vacío.

4. El encuentro con el mentor: Se encuentra con una estatua parlante. La estatua le dice que tiene que seguir el camino de su hermano, pero con más energía.

5. La travesía del primer umbral: El hermano agoniza y muere. Él tiene que buscar el conjuro que lo salve.

6. Las pruebas, los aliados, los enemigos: Aterrizo de golpe en su habitación, y se ve a él mismo durmiendo. No puede tocar nada, es transparente y atraviesa paredes, pero no puede hablar ni ser visto.

7. La aproximación a la caverna más profunda: Tendrá que atravesar el fuego, contactar mentalmente con los enfermos terminales, huir de los murciélagos que también están ahí, de hombres lobo y de otros fantasmas.

8. La odisea (el calvario): Se quema, muere y resucita, presencia la muerte de otros, vive en la piel de otros, muere otra vez, resucita, se asfixia.

9. La recompensa: Recupera su cuerpo, herido, pero tangible. No es el cuerpo que quisiera, es más feo y más viejo, pero es suyo, y existe.

10. El camino de regreso: Intenta contactar con otros a los que ha conocido, pero la mayoría han muerto. Otros no le conocen. Otros no le perdonan, otros son imposibles de encontrar.

11. La resurrección: El mundo es horrible y hermoso a la vez. Nadie es mejor que nadie, solo existe, o ni siquiera eso. La vida es eso: vivir y morir, sin diferencias.

12. El retorno con el elixir: Escribe este libro, no sabe para quién, ni para qué. Es la fórmula secreta que nadie podrá entender, pero tiene que hacerlo. Tal vez no le sirva a nadie, o tal vez sí, o solo en parte, o a uno, o a ninguno, o a sí mismo.

Pero ya ves, no me convence ninguno. Es posible que todos esos argumentos sean buenos. Todo depende del desarrollo. Bueno, no es verdad que todo dependa del desarrollo. Hay argumentos que son una caca, y la novela que sale de ellos tiene un 99,9 % de posibilidades de ser una caca. Y hay libros estupendos, aunque a mí probablemente no me gusten, que no tienen argumento.

Aún recuerdo cuando Santi, hace 40 años, me dijo que tenía un amigo, seguramente argentino o inventado, que había escrito una novela de 500 páginas contando que un hombre acerca su mano derecha al pomo de una puerta, lo hace girar muy despacio, y está a punto de abrir la puerta, y tal vez entrar. Punto. 500 páginas. A mí me cae eso encima y me pego un tiro. No me jodas. Y me da igual que como lector, antes de empezar, con ese panorama, leyendo esa sinopsis en la solapa o en la cuarta de cubierta, te hagas preguntas del tipo ¿Qué habrá detrás de esa puerta? ¿De dónde viene ese hombre? ¿A qué le tiene miedo? ¿Habrá quedado con alguien? ¿Estamos en el planeta Tierra? ¿Es un hombre, o un extraterrestre disfrazado de humano? ¿Se educó en un colegio público o en uno privado? Da igual, 500 páginas son demasiadas páginas para estar con la mano agarrada al pomo de una puerta, por más que el pensamiento sea veloz, y en cuestión de segundos le pase por la memoria toda su vida, a cámara ultrarrápida. ¿Ciento cincuenta mil palabras agarrado al pomo de una puerta? Ojalá se electrocute y lo dejemos todo en un microcuento. Al menos, si lo vas a tener ahí de pie, parado, ponlo ante un pelotón de fusilamiento, como al coronel Aureliano Buendía. ¿Qué te cuesta? ¿Acaso cobran mucho los secundarios y los extras en tus novelas? ¿Los del sindicato de escenógrafos, luz y sonido te hacen huelga? No, ¿verdad? Pues hala, a currar, que se hace tarde.

Contaba antes, todo siempre ha sido antes, el futuro no existe, ni va a existir nunca, porque cuando lleguemos a él ya será presente, y pasado, ¿ves cómo me lío?, contaba antes que se puede fingir un monólogo interior salpimentando con cinco o seis obsesiones recurrentes una cadena de palabras ininterrumpidas, una logorrea descontrolada. Así se finge un monólogo, como se finge un orgasmo. Lo que importa no es lo que es, sino lo que parece. La mujer del César no solo debe ser honrada, sino también parecerlo, dijo Julio César. Y si se puede fingir un monólogo, se podrá también fingir que un argumento tiene vida, que es real como la vida misma, que me acuerdo muy bien de lo que no ha sucedido nunca, añadiendo detalles, sal y pimienta, ambientaciones y decoraciones con los cinco sentidos, en la acción y en el

decorado por donde se mueven los personajes. Escribir es mentir despacio, le dije al periodista Ildelfonso Cabezas cuando me entrevistó para el periódico *Chamberí* después de ganar el Premio Lazarillo. Y me quedé bien a gusto. Todavía lo repito en mis clases de Escritura Creativa, y en los talleres y encuentros con lectores de institutos de secundaria: Escribir es mentir despacio. Me gusta. Me lo quedo. Se puede, y se debe, incluso, poner detalles insólitos, porque eso es lo que recuerdan más vivamente los lectores. Poner cocodrilos encima de las camas, decía mi amigo Ángel Zapata. Viajar en un avión de transporte lleno de bañeras. Recuerdo que David Torres me decía que en su novela, *El gran silencio*, finalista del Premio Nadal, se había empeñado en poner a unas bailarinas sobre hielo en la pantalla del televisor del bar donde el boxeador iba a beber, porque era un buen contrapunto: Boxeo y danza sobre el hielo.

Esos detalles, jarrones, adornos, vestuario, attrezzo, escenografía de la obra pueden ser:

- Música, que se oye de fondo, la banda musical, que va cambiando, claro.
- Olores, corporales y ambientales, incluyendo temperatura sobre la piel. O de dentro afuera.
- Noticias del momento, inventadas o reales.
- Recuerdos, asociaciones libres, sueños, pero de eso, poco y menos, que ralentiza la acción.
- Detalles absurdos de ropa, nombres, objetos, gestos, cicatrices.
- Referencias literarias, metaliteratura, a otros libros.
- Metaescritura. No, eso casi que no. La metaescritura, la deconstrucción, es divertida para el que la ejercita, pero no me queda claro que le guste al que lo lee. Es verdad que conocer pequeños gajes de un oficio, panadero, fontanero, enfermero, da vida al relato, y escribir es un oficio, ¿no? Pero aún así, y a pesar de que esto que estoy escribiendo es pura y dura metaescritura, no sé si recomendarlo en una novela. Ni siquiera en *El resplandor*, o en *Misery*, con protagonistas novelistas.
- Viajes, desplazamientos.
- Obsesiones, rencores, esperanzas, sospechas.
- Sexo. Amor.
- Enfermedad, accidentes, dolor.
- Remordimientos. Violencia, casi gratuita.
- Humor. Venganzas.
- Distintos escenarios: Baño, autobús, desierto, aula, furgón policial, piscina, invernadero, Hamman, Zulo secuestro, féretro, estadio de fútbol, útero, cuarto de contadores, gimnasio, frutería, ala delta, psicoanalista, circo, imprenta, iglesia, MacDonalds.

11

“Imagínate: me ahogo.” Así empezaba uno de los poemas que más me gustaban de J. Ramón Blázquez, que yo creo que salió en aquel librito de poemas 7 x 7 *Antología* que publicamos en Bilbao por allá por 1974, antes de morir Franco, con Karmele Larrabe (Cascabel), José Luis Morales, Eduardo Rodríguez (qué pena, se murió hace un par de años), Toty de Naverán, Rafael Martínez y yo, en Comunicación Literaria de Autores, CLA, compartiendo catálogo con Blas de Otero no, con el otro poeta vasco, me voy a acordar ya mismo, un poco calvo, creo que ingeniero, qué raro, ¡Celaya! Gabriel Celaya. Te dije que me acordaría de él. Bueno, pues imagínate, que es a lo que iba, que desarrollo sin saber cuál es, la tercera de las propuestas, que es como hacer un ejercicio de escritura en un Taller, con un tema propuesto de antemano por otro. No, no una novela entera, no soy tan suicida, sino el comienzo, el prólogo, la apertura. En plan redicho, Chema diría: En el frontispicio de mi disertación...

Y la tercera propuesta decía (espero que no sea un espanto): “Teresa descubre / se encuentra en el restaurante de Ikea con Marcos, un hermano gemelo de su marido, Alfredo. Ni Alfredo ni Marcos saben de la existencia el uno del otro. Teresa y Marcos se enamoran.”

ALFREDO Y MARCOS: DOS POR UNO

No sé por qué me dio ese empeño en comprar un árbol de Navidad, ni porqué decidí que Ikea era el mejor sitio para encontrarlo. De verdad que no lo sé.

—A mí no me preguntes, Teresa. Tú verás —me dijo Alfredo con el ceño fruncido cuando se lo conté, mientras recogíamos los platos de la cena—. ¿Un árbol de Navidad? ¿En Ikea?

Ya sé que Ikea es una tienda de muebles, toallas, cuchillos, tuestos, bombillas, galletas de jengibre y peluches de niño. Pero es que además tiene un restaurante, autoservicio en realidad, y el filete de salmón con brócoli y salsa holandesa que hacen allí me vuelve loca, qué le vamos a hacer. A Gina también le gusta mucho, y le propuse que me acompañara. Nos vemos una o dos veces por semana, no es tan raro. Ella

siempre está dispuesta, y desde que se murió Sebas, está un poco necesitada de amigas. Normal. Sebas era un encanto.

Así que la culpa de que yo me tropezara con Marcos, que conociera a Marcos, fue del árbol de Navidad y del salmón, a partes iguales. Y de Gina, que si me hubiera dicho que no le apetecía, o que tenía una migraña de esas que le dan a veces, a lo mejor no hubiera salido yo tampoco, por pereza, no sé. Me gusta el salmón de allí, ya lo he dicho, pero comer sola en Ikea no me apetece mucho, aunque allí cada cual va a sus cosas, a sus compras, sin molestar a nadie, eso es verdad. Pero Gina dijo que sí, que me acompañaba. Quedamos a las 12, justo al mediodía, para comer a la una y media o a las dos. Comprar un árbol de Navidad no tiene tanto misterio, ya lo sé, pero también sé que una vez allí empiezas a ver los adornos, una estrellita para la punta, unas luces que parpadean, paquetes de regalo en miniatura, renos, flor de pascua, lazos, copos de nieve, bolas de colores, bueno, ya se sabe: el paquete entero.

Alfredo y yo no estábamos pasando por una buena temporada, para decirlo con suavidad. Él ya no parecía tener mucho interés en mí. O quizá era yo. Tampoco sirve de nada tratar de echarle la culpa a nadie, pero el resultado era que cada noche, cuando nos metíamos en la cama, estábamos tan cansados los dos que ninguno hacía el menor esfuerzo para acercarse al otro con intenciones perversas, ya me entiendes. Seis años de casados aburren a cualquiera. No sé si le pasará esto a todo el mundo, pero a nosotros sí. Apatía, desinterés, aburrimiento, creo que todo dice lo mismo. En ocasiones envidiaba a Gina, pobre, ella ni lo sospecha, nunca se lo he dicho, porque pensaba que al menos ella se había quedado viuda hacía ocho meses, cuando Sebas aún era para ella su objeto de deseo, y viceversa. Eso dice ella, pero también es posible que se engañe, que ahora que no está, idealice a Sebas, la memoria de lo que fue. Era un buen tipo, desde luego. A todos nos caía bien. Pero tampoco era perfecto, diga lo que diga ahora Gina. Yo no tengo arrestos para llevarle la contraria, ni mucho menos. ¿Para qué, si ya está muerto? A mí me caía bien, ya lo he dicho, pero, en fin, a veces se le iba la olla. Y la mano. Una vez quiso enrollarse conmigo. Fue poco antes de las navidades del año pasado. Nunca se lo he dicho a Gina. Ni se me ocurriría, no fastidies. Sebas había bebido bastante esa noche. Y yo también. Cualquiera tiene un momento de debilidad, ¿no? Pero no pasó nada. No nos enrollamos. Podíamos haberlo hecho, ni Alfredo ni Gina estaban allí, y no se habrían enterado nunca. Aún así, aunque Sebas tenía ganas, yo se lo notaba, esas cosas se notan, pues al final todo quedó con un calentón. Yo también tenía ganas, no me preguntes porqué, Sebas y yo éramos amigos, y sobre todo estaba Gina, mi amiga de siempre, mi amiga eterna, y yo no soy una traidora. Nos besamos. Eso es todo. Es verdad que nos besamos, y yo casi me corro del gusto. En esa época Alfredo y yo andábamos distanciados, como ahora, y ni nos mirábamos casi, aunque no estábamos peleados ni nada por el estilo. No sé por qué pasó lo que pasó, pero ahora Sebas está

muerto, y Gina es mi amiga, sigue siendo mi amiga, y jamás sabrá lo que hubo, lo que no hubo en realidad, entre Sebas y yo. Cuando me acuerdo me siento como en deuda, como si al final sí que la hubiera traicionado. Bueno, un poco sí, de acuerdo, pero tampoco tanto. Solo un beso, y estando borrachos los dos. No debió haber pasado, lo sé, pero pasó, qué le vamos a hacer. Ya está olvidado. Nunca pasó, ya está. Olvidado.

Yo llegué a Ikea antes que Gina. Ella siempre llega tarde, así que quedamos directamente donde los árboles de Navidad, para que la que llegara primero no tuviera que estar esperando en la puerta como una boba. La que llegara primero ya sabíamos las dos que iba a ser yo. No me importó, porque a fin de cuentas era para comprar mi árbol de Navidad, no el suyo. Ella no quería ningún arbolito. Ahora no. Antes, con Sebas, siempre lo ponían, en el centro del salón, y lo adornaban entre los dos, y por eso, justo por eso, ahora decía que ni loca iba a poner un árbol que le recordase a cada segundo que Sebas ya no estaba, y que iba a pasar la Navidad sola.

No fue difícil encontrar los árboles. De camino, en el coche, pensé, ¿y si no tienen árboles de Navidad? Vaya chasco. Y entonces, ¿qué? Pero las comeduras de cabeza solo duraron el tiempo que tardé en llegar, porque sí que tenían árboles de Navidad, y los tenían en la puerta misma. No hacía falta ni entrar. Abetos y pinos, grandes y pequeños, naturales, artificiales, con lucecitas, de plástico blanco, de diseño futurista, y hasta de cartón reciclable. Me gustó mucho uno blanco, todo blanco, como si estuviera hecho de nieve, con luces cambiantes, que no parpadeaban, sino que hacían lentas transiciones de un color a otro. Me pareció que en el salón, junto al televisor, podía dar un toque cálido, un poco como de pub irlandés, o discoteca pequeña, de esas a las que íbamos antes, a los veinte años, para jugar a ponernos calientes. A lo mejor, y eso lo pensé desde antes de decidir comprar el árbol, para eso en realidad era el árbol, con eso se le despiertan a Alfredo las ganas de tú ya sabes qué. Ahí, tumbado en el sofá, con las lucecitas suaves de colores, una copa de vino, o dos, algo de música relajante, o reguetón, que también vale, y hale hop, encuentros en la tercera fase. ¿Por qué no? Todo era cuestión de intentarlo. Valía la pena hacer el esfuerzo. No me imaginaba la tortura que podría llegar a ser las otras posibilidades, siempre presentes, siempre amenazantes: un divorcio dentro de tres años, vuelta a casa de los padres, o vivir sola, y volver a poner la noria de bares y lugares de encuentro de nuevo. Ahora con buscadores de Internet, de acuerdo, pero vuelta a contar tu vida a los demás, a sonreír como una boba con los chistes malos de los nuevos pretendientes, a ponerse en el mercado antes de que se pase el arroz. Vaya pereza. Hay personas a las que les gusta buscar, experimentar, descubrir y conquistar. A mí no. A mí me parece una tortura, una pérdida de tiempo, un aburrimiento. Más vale malo conocido, que bueno por conocer. Esa soy yo. Que me dejen con Alfredo, pero con un poquito más de chispa, que no es tan difícil. ¿O sí que lo es?

12

Gina llegó por fin. Dejamos reservado el arbolito para recogerlo a la salida, y nos metimos en los pasillos laberínticos de Ikea. El restaurante estaba pared con pared separado de las escaleras de entrada, pero para llegar a él no había más remedio que seguir las vueltas y revueltas que los diseñadores del almacén de Ikea habían trazado para que no te pierdas nada de lo que tenían a la venta. Diez metros de distancia en línea recta convertidos en medio kilómetro de curvas y tentaciones en cada expositor. Mira qué cojín, es una monada, con un puerto USB para recargar el móvil, están en todo. Llegamos al restaurante a la una y media, con dos bolsas amarillas con 12 bolas de navidad rojas y 12 doradas, 1 ristra de luces de colores, 1 estrella, 2 Papá Noel, 1 belén en miniatura, 6 posavasos, 2 paquetes de servilletas rojas de papel con diseño de muérdago, 1 spray de nieve, 24 serpentinas, 1 pela ajos, 12 perchas, 1 archivador, 1 panera, 1 esponja natural, 2 cajitas de cartón decorada con fotos de Marilyn Monroe, 4 flores de plástico, 8 pilas triple A, y 1 bote de mermelada de arándanos. Agotador.

—Anda, Teresa, coge mesa tú, y yo voy por la comida —me dijo Gina—. Filete de salmón y coca zero, ¿verdad?

—Sí, como siempre —le respondí—. Si necesitas ayuda, levanta los brazos y grita como si te estuvieras ahogando.

—Seguro. Ya me conoces. Eres una payasa —dijo Gina, dándose la vuelta y disimulando una sonrisa.

El restaurante estaba lleno solo hasta la mitad. Al principio yo no lo vi. Estaba de espaldas a mí, y yo tenía la cabeza hundida en la bolsa de las compras. Fue Gina la que lo vio. Venía con la bandeja de comida, con pasitos cortos e inquietos por el pasillo de mesas de formica. Se sentó frente a mí, y bajando la voz me dijo:

—Te tengo que decir una cosa.

—¿Cuánto te debo? —dije yo abriendo el bolso para sacar la cartera.

—Olvidalo. Deja eso, no seas pesada. Hoy me toca a mí —dijo Gina rechazando mi mano—. Pero, dime una cosa, ¿tú has quedado aquí con Alfredo?

—¿Aquí? —dije yo levantando la vista y mirando a mi alrededor como un avestruz.

—No mires. Estate quieta —dijo Gina en voz baja. No te muevas.

Me quedé quieta, como me pedía Gina. Me sentí un poco ridícula, como si estuviera haciendo una travesura, como cuando nos escapábamos las dos del patio del colegio, en el recreo, y ya no aparecíamos hasta el día siguiente. Menudas broncas nos caían de nuestros padres, castigadas sin paga y sin poder salir en una semana. A ella más que a mí, y eso que era ella la que siempre quería saltar la tapia. Ahora estaba tomándome el pelo, y el salmón se me iba a quedar frío, como siguiera con esa tontería. Pero lo hacía bien, tengo que reconocerlo. Gina habría sido una buena actriz si hubiese querido.

—Alfredo está en la gestoría ahora mismo —le dije un poco enfadada.

No podía estar aquí y allí al mismo tiempo. Él sabía que yo iba a venir a Ikea, se lo había dicho esa misma mañana. Me habría dicho algo. Volví a mirar a mi alrededor, buscándolo, con un pequeño nudo en el estómago.

—¡Que no mires! Espera un momento. Vamos a ver qué pasa —dijo Gina apretándome el brazo—. No te des la vuelta. Está tres mesas detrás de ti. ¡Teresa, te digo que no mires aún! —dijo Gina sin gritar—. Quédate tranquila. Es muy raro, está con una mujer que no conozco, morenita, casi mulata, y dos niñas de tres o cuatro años, como mucho.

—No puede ser él. Te digo que está en la oficina. Deja de tomarme el pelo. No me hace gracia. Pásame el plato —le dije estirando el brazo.

No me gustan las inocentadas. Nunca me han gustado. Siempre me han parecido un abuso, pero en pequeñito. Una especie de insulto, reírse de los demás. Pensé que era un poco raro, porque Gina no solía hacer ese tipo de bromas, pero supongo que alguna vez es la primera.

Durante un buen rato comimos en silencio. Yo fingí estar concentrada en el salmón con brócoli, que por primera vez me pareció insulso, sin ninguna gracia. Comía con desgana, y no dejé de mirar de reojo a Gina, que a su vez no dejaba de mirar a un lugar que estaba a mis espaldas. Me estaba poniendo de los nervios. Bueno, me estaba cabreando bastante, para ser exactos, pero no quería decirle que me había tragado su broma.

—Se ha levantado para irse. Estoy segura de que es él. Voy a saludarle, como si fuera una casualidad —dijo Gina, y se levantó sin dejar de mirar al fondo.

La seguí con la mirada, y descubrí que sí, que Alfredo estaba allí, con no sé quién. Tenía una de las niñas colgada de la cintura, y ni siquiera se giró cuando Gina llegó junto a él y lo saludó:

—Hola, Alfredo. ¡Qué casualidad! Estamos ahí detrás, Teresa y yo. No te habíamos visto.

Alfredo, aunque no llevaba la ropa de Alfredo, nada de su ropa me sonaba, la miró con cara de no entender nada, y luego miró hacia donde estaba yo, y pareció no verme.

—Perdona. ¿Nos conocemos? —preguntó Alfredo, o quien quiera que fuera.

Alfredo estaba un poco molesto, se le notaba. Quizá por haber sido descubierta. Pero ¿cómo no descubrirlo, si se plantaba en Ikea cuando sabía que yo iba a estar aquí? La mujer que lo acompañaba recogía las compras y los juguetes de sus niñas a manotazos, sin dejar de echar miradas de enfado. Aún no sabíamos que aquel tipo no era Alfredo, aunque fuera idéntico a Alfredo.

—Pero, Alfredo, ¿qué te pasa? —preguntó Gina desconcertada.

—A mí no me pasa nada —dijo Alfredo sin sonreír—. Excepto que no me llamo Alfredo, sino Marcos. Qué le vamos a hacer. Espero que encuentres a Alfredo pronto. Salúdale de mi parte. Seguro que es un tío estupendo —y se le escapó una sonrisita maliciosa.

—Así que... ¿No eres Alfredo? —insistió Gina—. Teresa está ahí, te está mirando —Gina señaló con la vista en mi dirección.

—No. Lo siento. Salúdala también de mi parte. Y perdona, pero nos tenemos que ir —cortó sacudiendo la cabeza y sin dignarse a mirarme—. Lorena, pásame la bolsa, por favor —le dijo a la mujer que le acompañaba, recolocándose a la niña pequeña que llevaba a horcajadas en su cintura después de darle un beso en la frente.

Yo no podía creérmelo. No podía ni cerrar la boca del asombro. Ese tipo era Alfredo, tenía la voz de Alfredo, los gestos, todo. Y decía que no era Alfredo con tanto aplomo que me desconcertó. ¿Era una broma de cámara oculta? ¿Dónde estaban las cámaras? ¿Desde cuándo Alfredo era tan buen actor? ¿Me estaba volviendo loca?

Alfredo, o Marcos, salió de la cafetería de Ikea echando miradas entre preocupantes y divertidas a Gina. A mí no quería mirarme, o no me veía, o no quería verme. Yo qué sé. Me entró un bajón de tensión, me sentí mareada. Gina volvió junto a mí, con cara de disgusto.

—Pero, ¿has visto qué cara? ¿No le vas a decir nada? —me preguntó casi a gritos.

Yo solo quería que el suelo se abriera a mis pies, desaparecer, no estar allí, que nada hubiera sucedido, que no lo hubiera visto. La cabeza me daba vueltas. Por los altavoces del restaurante empezó a sonar la canción *California Dreams*, de The Mamas and the Papas, y yo traté de concentrarme en la canción, como si eso fuera posible. Gina seguía hablando, y gesticulando, pero yo no la escuchaba. Me pareció que debía de estar en un sueño, en un mundo imposible, pero todo era demasiado real, demasiado normal para ser un sueño.

Una bola de navidad, de las doradas, estalló en mi mano derecha. Sin querer la había cogido de dentro de la bolsa, y la había estado apretando hasta que se rompió. Tres astillas se me clavaron a la palma de la mano, y el dolor y la sangre que empezó a salir me calmaron el ataque de pánico que estaba empezando a sentir.

No sé como salimos de allí, apenas lo recuerdo. Gina tiraba de mí, y seguía con su perorata acerca del cabrón de Alfredo y los hombres incapaces de comportarse, y de lo bueno y leal que había sido siempre Sebas, ella qué sabrá, y de las dobles vidas de los farsantes, y la posibilidad de que esas dos niñas fueran hijas de Alfredo, sería el colmo ya, o solo hijas de la mulata.

No sé, ya digo que no sé cómo llegamos a las cajas, ni cómo empaquetamos las compras. Sí recuerdo que pagué con mi tarjeta, y que recogimos el árbol a la salida, con un vale que nos dieron en la caja. El árbol de Navidad. ¿De verdad iba yo a poner un árbol de Navidad en el salón, y después iba a beber vino, y tratar de seducir a Alfredo? Ese ya era un escenario que me parecía tan lejano y ajeno como la cura contra el cáncer o la llegada de los extraterrestres al patio de mi casa.

Gina estaba ayudándome a meter las compras y el puto árbol en el maletero de mi coche, cuando la oí decir entre dientes:

—No me jodas.

Con un movimiento rápido, casi de pistolero en el oeste, sacó el móvil del bolsillo de su pantalón vaquero, e hizo unas cuantas fotos a una ranchera verde 4x4 que se alejaba hacia la salida del parking.

—Ya te tengo, cabrón —dijo con los labios torcidos y el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Lo he visto en ese coche, tan tranquilo. Pero tenemos su matrícula. Lo tenemos localizado. Bueno, aún no, pero sé cómo hacerlo —dijo Gina.

—Yo también lo tengo localizado —le dije—. Es fácil. Duerme todas las noches en casa. Bueno, casi todas, ahora que lo pienso.

Y cerré el maletero de golpe, con rabia. Como si estuviera dejando caer la hoja de una guillotina.

Y ya está. Aquí me quedo. Detengo el relato cuando ya llevo tres mil palabras dando vueltas en Ikea. Ya noto las agujetas. Podría seguir tirando del hilo de la historia de Teresa, Gina, Alfredo, Marcos, Lorena y el difunto Sebas, pero la verdad es que no me emociona del todo. Me recuerda a las películas españolas de bajo presupuesto, con actores mediocres y escenarios convencionales. La luz, normalita. Los encuadres de cámara, previsibles. Es demasiado normal, demasiado formal, demasiado cotidiana. Aunque luego Gina acabe siendo amante de Marcos, y Teresa se divorcie de Alfredo, y no pueda soportar ver a Gina con Marcos, que es una fotocopia fiel de Alfredo, un calco exacto. Y finalmente Marcos y Teresa se líen entre ellos, y Teresa ya no sepa si Marcos es Alfredo o no, y Gina decida suicidarse, o matarlos a los dos, o drogarlos con una tarta *Apfelstrudel* y montar una orgía en Nochevieja. Yo, como lector, y como autor, necesito más sangre, más intensidad, más sorpresas. Ir a Ikea a comprar un árbol de Navidad no es una aventura que me atrape, que me deje con el corazón encogido. Un encuentro con algo casi imposible le da un poco más de gracia, pero no lo suficiente. Gina y Sebas aparecieron en el relato a medida que escribía. Yo no los conocía. Y mucho menos sabía que Teresa había tenido un inicio de rollete con Sebas antes de morir Sebas, ni loco. Bueno, ya lo he dicho, no sabía nada de ellos, me los encontré por el camino, y se pusieron a contarme la historia, y yo me lo creo todo. Casi todo.

La voz de Teresa, en algunos momentos, me parecía que era más la mía que la de Teresa. Me pareció estar escuchando un fragmento de mi monólogo anterior, mis digresiones, mis asociaciones, mis idas de cabeza. Claro, normal. *Madame Bovary c'est moi*. Yo soy Teresa, y Gina, y Alfredo. Y hasta Sebas, el muerto. Y no me gustó del todo. Teresa debería tener su propia voz, su propio modo de pensar, su visión del mundo, y hasta su vocabulario propio. No todo, ni muy exagerado, casi cayendo en jerga, pero sí algunos toques distintivos, que tal vez no están en el vocabulario en sí mismo, sino en la selección de las palabras que dice, o en la extensión, el ritmo, el tono.

Es posible que el hecho de haber escrito treinta mil palabras en los últimos doce días, unas 2500 al día, en forma de torrente, meta escritura, *handing*, monólogo interior o como quieras llamarlo, con un poco de oralidad entreverada con el discurso, otro poco de desdoblamiento, digresiones y paseos por los cerros de Úbeda, que por cierto, tienen que estar llenos de escritores pesados, mamás psicóticas, bocazas a tiempo parcial. Vamos, como para montar una verbena allí, digo, es posible que ese torrente, ese grifo roto haya tintado mi manera de escribir, y ahora resulta que después de unos cuantos meses, o años, sin escribir textos largos, de pronto haya encontrado una manera de

hablar o escribir por los codos, y que ya no pueda modular, y darle su habla específica a cada historia, a cada personaje.

Darí un poco lo mismo. No es que sea lo ideal, qué va, pero desde luego es mejor la logorrea que el silencio. Al menos en literatura. En el mundo del pensamiento zen seguro que va al revés, y en el mundo de la prevención de migrañas y dolores de cabeza, también. En esos casos, mejor silencio que blablablás. De acuerdo. Pero como no estamos en ese mundo, sino en el mundo en el que Enrique va y se pone a escribir como si no hubiera otra tarea que hacer en el mundo, y sin importarle si lo que escribe lo va a leer alguien o no, incluso hay momentos en los que duda de si él mismo va a tener paciencia para leerlo como único lector, el lector narcisista, el catoblepas resurgido de las aguas de un diluvio de palabras.

Tengo curiosidad en saber qué pasará, de qué escribiré, dentro de una semana, y dos, dentro de doscientas páginas, cuando ya las anécdotas graciosas, o tristes, o insólitas, se me estén acabando, y ya haya analizado, desmenuzado, deconstruido y despelotado los procesos internos de la escritura, de mi escritura. ¿Sabré algo más de mí? ¿Descubriré algún secreto, alguna mentira? ¿Hay vida más allá del horizonte, más allá del cinturón de Orión, más allá de mi bastón de ciego? Qué más da: *Caminante, son tus huellas el camino, y nada más; caminante, no hay camino: se hace camino al andar. Al andar se hace camino, y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar. Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar.* Grande, Machado.

Empecé a escribir a los trece o catorce años. Un diario, una libreta donde apuntaba los agravios de mis hermanos, los primeros poemas del desconcierto, del encuentro con las palabras. Recuerdo mi primer poema, que a Viví le daba mucha risa, porque le parecía que era una broma, un chiste malo: “No sé qué busco, quizá la busca busco, un sueño, un imposible, nada.” Eso escribía. No ha cambiado mucho el paisaje, aunque ahora esté mucho más poblado de fantasmas y fanfarrias, con muchos más instrumentos, más orquesta, pero con la misma melodía. Qué lástima. Cincuenta años de búsqueda, para llegar al mismo punto en el que me encontraba a los catorce años. Fue un viaje interesante, a veces duro, tampoco tantas veces; y otras veces feliz, con mucha frecuencia. Y mil veces perdido, sin mapa, sin brújula, con los ojos bien abiertos en pleno mediodía y sin ver nada, o con los ojos bien cerrados en mitad de la noche para poder ver lo que ni siquiera estaba allí. No ha sido una vida espectacular y brillante. Ninguna lo es. Todo depende de cómo se cuente. El brillo lo pone el autor, o el biógrafo, y ninguno cuenta las naderías, los tiempos muertos, los desánimos. Eso no se cuenta. *Yo no me acuerdo, no me acuerdo, y si no me acuerdo no pasó, eso no pasó.* Pongan aquí la canción de Thalía, por favor, con dos palmadas al final del estribillo.

No sé por qué empecé a escribir. Quizá fue porque no tenía una metralleta a mano para acabar con mis hermanos. Además, yo era de los pequeños, y siempre he sido un poco cobardica. Eso de pegarme con otros, de estrangular, de resolver las diferencias a puñetazos, solución limpia y gratificante donde las haya, no iba conmigo. Yo era, y sigo siendo, más de ganar batallas por desgaste, de dentro afuera, como los virus. Siempre he preferido el veneno sutil de las palabras, antes que los golpes honrados del martillo. Soy un conspirador, no un guerrero. Soy la serpiente que te paraliza con su silbido, la que escupe veneno; y no un león que ruge a lo bestia, ni un orangután que se golpea el pecho. No soy noble, no soy de fiar: tengo la lengua viperina, y duermo enroscado por las noches, que lo sepas.

13

Todo el que se pone a escribir, lo reconozca o no, lo hace con la fantasía infantil de que lo que va a salir de su cabeza, de sus dedos, va a ser la bomba, lo mejor que se ha escrito en años, la revolución de la escritura, un nuevo género, la escritura definitiva. La leche, vamos. Luego resulta que no, que los únicos que le dicen que está muy bien son su madre y su novia, que sí, guapo, que está muy bien, eres un genio, y más bonito que un San Luis, anda, cómete las croquetas, que se te quedan frías. Escribir para la posteridad, para mostrarle a las generaciones venideras lo que hay que hacer, lo que hay que decir, lo que hay que pensar. Miradme bien, que soy yo, el mismísimo, el de la estatua de bronce que preside el Jardín Botánico, con el mentón levantado y la chistera llena de cagadas de palomas. El concejal de cultura propone que me coloquen unas agujas afiladas, de 15 cm de largo, encima del sombrero de copa y de mis hombros, para que las palomas y las gaviotas no se posen sobre mí, y dejen así de cagarse en mi esmoquin. Creo que se quedarán ensartadas, como en una barbacoa de pollos a la brasa, y el resultado va a ser peor todavía. Casi mejor que me metan en el vestíbulo del Ayuntamiento, justo en medio, que aquí hace un frío que ya se me están congelando las pelotas, y los niños solo me miran para ensayar puntería con sus tirachinas.

Yo también quiero ser inmortal, estar en la portada del libro de Lengua, tener una calle, y una glorieta, darle nombre a un Premio Literario, a un hotel de cinco estrellas, a

una editorial, a tres colegios de primaria, y ser una pregunta obligada en los exámenes de acceso a la Universidad. Eso es la gloria, el Parnaso, la guinda del pastel.

Pero creo que eso va a ser que no.

Pensándolo bien, casi que me quedo aquí, en casa, con Bea, y que pongan a otro como cagadero de palomas en el parque.

Me conformo con que este hilo de palabras me lleve a algún lugar. O que me lleve, y ya está. No importa dónde, lo importante es el camino, no la meta. Lo importante del viaje no es el regreso, porque para eso no hace falta ni siquiera salir de casa. Lo importante no es morir, sino haber vivido. Esa sí que es una frase profunda, de las de calendario, de Paulo Coelho, o de las galletas de la suerte de los restaurantes chinos.

En ocasiones me parece que soy un lorito parlante, la emisora de un predicador evangelista, y que no podré callar hasta que se le acaben las pilas al transistor. Pues tampoco pasa nada. ¿Hay alguna diferencia entre morir hablando sin parar, escribiendo sin parar, o morir calladito, con los labios apretados y los dedos agarrotados? Yo no la veo. Qué gran dignidad la de ese prócer, que murió declamando sus verdades mientras agonizaba. Qué ejemplo preclaro el de ese héroe que guardó silencio hasta el final para mostrarlos que nunca lograron someterlo.

Lo que sí me preocupa, porque empieza a ser un vicio que detecto, por abusivo, es que cada cosa que digo, cada cosa que escribo, la cierro con un "Sí, pero..." Y a continuación me llevo la contraria, o lo matizo, o me voy por los cerros de Úbeda. Y de ahí, no sigo, porque parece como si de pronto abriera un grifo, una línea de pensamiento, para a continuación, a toda prisa, antes de que inunde el salón, viene el fontanero y lo cierra y lo sella, y se queda ahí, de pie, mirando con una sonrisa perversa, a la espera de que abra otra vía de agua, otro grifo, para lanzarse a cerrarlo con su llave inglesa tapagrifos. Un capador. Un censor. Un aguafiestas. Sé que todo esto no son más que tanteos. Y digo tanteos sin ánimo de menospreciar, porque la vida entera son tanteos, uno detrás de otro. Pero estos tanteos reciben calambrazos en todo lo que tocan. Hay espinas, pinchos, concertinas, hierros candentes en cada dirección, en cada paso, y después de tocarlo, de acercarme, recibo una descarga, y me retraigo. Eso es buena señal. Eso quiere decir que me acerco a terrenos sensibles, a espacios peligrosos. No comas de las manzanas de este árbol, decía Dios. Come, come, decía la serpiente. Solo los cobardes se quedan en el Paraíso. Lo normal, lo decente, es desobedecer a Dios, comerse la manzana, que para eso está ahí, y asumir las consecuencias. Y en eso estamos aquí: desafiando a Dios, gritándole, como Blas de Otero: "Me haces daño, señor. Quita tu mano / de encima. Déjame con mi vacío, / déjame. Para abismo, con el mío / tengo bastante. Oh Dios, si eres humano, / compadécete ya, quita esa mano / de encima. no

me sirve. Me da frío / y miedo. Si eres Dios, yo soy tan mío / como tú. Y a soberbio, yo te gano.”

No sé si alguna vez alguien leerá estas líneas, Bea seguro que sí, tal vez Nacho, o Coque, o la Nena, y hasta Elías, y tal vez Kiro, dentro de muchos años, o Maika, o alguno de mis sobrinos, Dodi, Eneko, Alicia, quién sabe. Mis amigos, pocos. Y no es que no me quieran, o que no les guste leer, y escribir, muchos son escritores, o profesores de escritura, pero entiendo que da pereza. Ponte a leer unas memorias, pero que no son memorias, sino digresiones, desvaríos, a veces dice cosas curiosas, es verdad, parece que se acerca a algo, que va a contar algo, pero luego como que no, se vuelve, retrocede, le da más vueltas, si le sigues es interesante, parece que le estás oyendo hablar, a veces, en clase, empezaba así, a darle vueltas a algo, y era curioso, aunque a veces se repetía, se le olvidaba que eso ya lo había dicho, pero bueno, estaba bien, aprendías algo, siempre aprende, pero no sé, si tuviera tiempo lo leería, pero me da un poco de pereza, qué quieres que te diga. Lo empecé, a las cuatro páginas ya se me había ido el santo al cielo, me perdía, ya no sabía qué es lo que me estaba contando. O a lo mejor no era yo el que me perdía, sino él, que a veces no sabe seguir el hilo, se pierde, y nos pregunta, ¿qué es lo que os iba a contar, que no me acuerdo, creo que me he perdido? Y le decíamos, sí, estabas hablando de las funciones de Propp y de la *Morfología del cuento*, pero aún no sabemos cómo se conectan entre sí, ni para qué nos va a servir a la hora de escribir un relato de ciencia ficción.

De acuerdo, me pierdo, me cuesta concentrarme y seguir una línea de pensamiento hasta el final, hasta donde me lleve. Pero es que eso es trampa. Seguir una línea, los raíles del tren, y no mirar por la ventanilla, no disfrutar por el camino, no explorar los alrededores, no es viajar. Vale, sí es viajar desde A hasta B, pero si ya sabes que tienes que llegar a B, que vas a llegar a B, que hay un único camino para llegar de A a B, ¿para qué coño vas a hacer el camino? ¿Dónde está el placer de descubrir, de construir el camino, de encontrar nuevas rutas para llegar a la India, y finalmente perderse hasta tal punto que las Indias no son las Indias, sino que estamos en América? Qué cosas, un universo nuevo, desconocido, que estaba ahí, y nadie podía verlo, porque nadie quería salir de las rutas conocidas, porque nadie quería arriesgarse a llegar a Finisterre y precipitarse al vacío sideral, a la muerte prometida. Colón fue un escritor grande, el más grande, pero sus novelas no están escritas en papel, no son manchas de tinta sobre un papel, sino estelas en la mar, muchos siglos antes de que Antonio Machado siquiera lo sospechara.

Así que no se trata de llegar a ninguna parte. O mejor aún: se trata de llegar a un lugar lejano por un camino que nadie ha recorrido, arriesgándolo todo, contra el consejo de todos, a pesar de las amenazas y las advertencias, y llegar allí, o a otro lugar, da lo

mismo. Puestos a escoger, mejor lleguemos a otro lugar, descubramos América. La condición es que no podemos saberlo, no podemos siquiera sospecharlo. ¿Cómo vamos a descubrir un mundo que nadie sabe que existe? ¿Cómo descubrir el remedio contra una enfermedad que no tiene nadie? ¿Cómo hablar un idioma del que no se conoce ni siquiera su existencia? Eso es descubrir América, escribir *El Quijote*, o *La Odisea*. ¿Es solo casualidad que las dos obras fundacionales de la literatura occidental, las dos obras que abrieron nuevos caminos en la escritura, sean precisamente crónicas de un viajero que anda perdido en su viaje? Yo no creo en las casualidades. La casualidad tiene siempre una conexión que aún no ha sido descubierta.

En la novela *Gambito de Dama* se cuenta la historia de una jugadora de ajedrez excepcional, única, arrolladora, brillante, un poco fea, elegante, constante, y podría seguir así añadiendo adjetivos superlativos uno tras otro hasta cansar, pero yo mismo lo prohíbo en mis cursos de escritura, así que no podré hacerlo yo tampoco aquí. El caso es que Beth Harmon, la protagonista, que gana casi siempre, es derrotada al menos dos veces por Vasily Borgov, un ruso impasible que es mucho más aburrido que ella. No he acabado aún la novela, me faltan 50 páginas, así que no sé si la seguirá derrotando hasta el final, ni si eso la llevará al suicidio, o si, por el contrario, el novelista decidirá escribir un *Happy End* y regalarse al lector una victoria final de Beth Harmon, cumplimiento de la tarea del héroe, y añadiendo un amor correspondido para que la felicidad sea completa. Espero que no. Ya está bien de mentirle al lector haciéndole creer que si se esfuerza, será el *Number One* y vencerá en todos los torneos de la vida. Ah, ¿que hay gente que necesita esas fantasías para sobrevivir? Pues es verdad, la mayoría lo necesita. Yo también, la mayor parte de las veces. Miénteme y bésame, que ya no nos queda tiempo. Pero quiero imaginar que esa novela, que yo no he escrito y que no he terminado de leer, termina como la vida misma: con algunas derrotas que ensombrecen la victoria final. Algunas victorias, algunas derrotas, una de cal y otra de arena, eso es vivir. Me bandeó en mi precariedad, decía mi alumno Antonio Almansa, un redicho que ni te cuento. Ana Griott le tomaba el pelo, no es para menos. “He quedado para ir al cine con el que se bandeó en su precariedad”, decía cuando se conocieron hace ya más de 25 años.

Y es que a mí me gustan los finales en los que el protagonista no triunfa del todo. Le va bien, no es un fracaso, pero no llega a conquistar todo lo que había soñado. Solo una parte. Es feliz, pero no del todo. Muy chejoviano, claro. *La dama del perrito*, Gurov y Ana Sergejevna solo podrán ser felices a medias, porque ni él se podrá divorciar de su mujer ni ella de su marido, así que estarán condenados a ser amantes furtivos el resto de sus vidas. Y que no protesten, porque a la mayoría de los mortales no les toca ni esos fragmentos de felicidad. No es que todas las vidas sean grises, sino que todas tienen matices, tonalidades del gris, y es muy raro, yo no lo conozco ni por referencias, que

alguien sea feliz siempre, o infeliz eterno. Solo en los epílogos de los cuentos de hadas, o de Corín Tellado, o del 90 % de la producción editorial mundial. Los lectores necesitan la mentira de la ficción, vivir vidas imposibles, identificarse con el héroe, el protagonista, el que nunca seremos, pero querríamos ser. Nos han mentado siempre. Nuestro padre no era ni el más fuerte ni el más listo. Nuestra madre ni era la más guapa ni la que hacía mejores pasteles. Eso lo descubrimos en la adolescencia, y la certeza nos llega en la madurez. Y en la vejez ya nos damos cuenta de que los que no somos tan listos somos nosotros. Que nunca fuimos el *Number One*, ni lo seremos en el escueto futuro que nos queda. A lo más, en tiempos pasados, tuvimos algún que otro triunfo provincial, una meta volante, una vez que salió una foto nuestra en el periódico, los quince segundos de gloria que tenemos asignados todos. A mí no me importa ser el *Number One*. Ya no. Antes sí, como nos pasa a todos. Mi padre fue el número uno de su promoción, y ese fue el mantra de mi infancia, y de la de todos mis hermanos. A mi tío José María lo nombraron director del Museo de Arqueología de Ibiza, sería a finales de los años 40, y mi madre decía: “Más vale ser cabeza de ratón que cola de león”. Y yo miraba la sopa de estrellas con Avecrem, reconstruía galaxias con la cuchara, y trataba de descifrar una de las primeras metáforas de mi infancia. Porque a mí los ratones no me gustaban, y el tío José María tampoco. Los leones sí.

14

Ser un poco gris, ni del todo bueno ni del todo malo, ni del todo listo ni del todo tonto, es lo normal. Es lo que nos toca, lo que deberíamos aceptar y disfrutar. Nunca del todo, claro, hay que seguir con las eternas medias tintas. El más listo solo puede ser uno, de entre los siete mil millones de habitantes del planeta. Y el más tonto, en el otro extremo, solo puede ser otro. Juraría que son hermanos gemelos. Los demás nos amontonamos por las medianías infinitas, navegamos por la inmensidad innumerable, felices de no tener esas certezas abrumadoras que tienen que soportar el más tonto y el más listo.

Alguna vez les he dicho a mis alumnos, mientras me lo decía a mí mismo, que nadie puede escribir la novela perfecta, definitiva, total. Afortunadamente. Porque eso sería un sinónimo de la muerte de la escritura, su aniquilación. Los escritores tendríamos que

cambiar de oficio, o suicidarnos. ¿Para qué escribir otra novela más, si ya tenemos la perfecta? Todas las demás sobran. A la hoguera. Y lo que se aplica a la novela, se aplica a la vida. ¿Para qué buscar el camino personal, vivir la propia vida, si ya sabemos que hay una vida así y así que es la perfecta? El Listo, quién si no, ha descubierto la Vida Perfecta. Solo tenemos que seguir la ruta, sin desviarnos, y llegaremos al nirvana, a la perfección. Lo sé porque lo he leído en el Periódico. ¿Qué periódico? ¿Cómo que qué periódico? El Periódico, el único. ¿Para qué quieres varios, si ya hay uno que es perfecto? El director es el Listo, ¿quién si no?

La perfección es una mentira descomunal, un engaño bobo para tenernos sometidos. Y gracias a su ausencia, recuerda que su presencia es sinónimo de extinción, nos podemos insultar y maltratar los unos a los otros por torpes, por mediocres, por defectuosos. No somos perfectos, así que somos prescindibles, torturables, asesinables. Mira, dos palabras que me acabo de inventar. Torturable: Persona o animal que adquiere la propiedad de poder ser objeto de tortura.

Y una vez que se abre la puerta a la mediocridad, a la pluralidad, ya no necesitaremos ser nuestro padre, ni nuestra madre, ni nuestro hermano mayor. Si ya no es necesario ser el *Number One*, si no es obligatorio escribir La Gran Novela, si podemos cocinar un pollo al curry sin que sea el mejor pollo al curry del mundo, si podemos vivir nuestra vida sin necesidad de vivir La Vida Perfecta, entonces estaremos salvados. La fiesta empieza aquí, nunca es tarde. Quiero bailar rock and roll toda la noche hasta que salga el sol. Bailando, me paso el día bailando, y los vecinos mientras tanto no paran de molestar. *Dubi dubi du, dubi dubi da.*

De pronto he sentido una liberación, qué tontería, ¿no? Como cuando un niño, asombrado por no poder creer la suerte que tiene, dice: ¿De verdad que puedo salir a jugar? Algo así. ¿De verdad que puedo escribir lo que me dé la gana, y no importa, no me van a suspender, no me van a regañar? Jo, qué suerte, pues empiezo: Caca, culo, pis. Recuerdo uno de los poemas que más me han hecho reír, no sé de quién es, pertenece al mundo de los chistes, de autores anónimos. Decía así:

Las rosas son rojas.

El mar es azul.

No sé rimar.

Tu madre es una puta.

Almendras.

Y después de “almendras”, la carcajada. No lo escribí yo, ya me hubiera gustado. Para gustos, los colores, y a mí este poema, o micro-meta-poema, me fascina. Sé que nunca saldrá en las antologías de la poesía, ni de la crítica, y de la deconstrucción, porque es un tiro en la frente a todas esas bellas artes, pero lo prefiero con mucho al “Volverán

las oscuras golondrinas de tu balcón sus nidos a colgar”. Que sí, que es otro siglo, lo sé, que no se pueden comparar en frío textos separados más de cien años entre sí, a no ser que sea para establecer analogías o cronologías, de acuerdo, pero ahí lo dejo. El que quiera coger peces, que moje el culo.

Salí de la universidad antes de lo previsto, antes de lo previsible. No es que me echaran, que no me echaron, sino que no podía pagarla, y no porque fuera cara, que en 1975 y con el carnet de Familia Numerosa de Honor, al ser diez hermanos, la matrícula en una facultad de Letras era poco menos que gratis. Las tasas, y creo que ni eso. Hasta tenía descuento en el autobús F, el que iba de Cuatro Caminos al Paraninfo, o de Moncloa a Filosofía B. Sin problemas ahí, pero lo que no podía pagar era el alquiler de una casa, de un piso. De golpe había sido expulsado del Paraíso familiar. “La última paga, la de principios de septiembre, fue la última”, me dijo mi padre en el saloncito de la calle Teruel, donde compartía piso con Jorge. Y yo ni siquiera protesté. Me pareció lógico. Yo ya tenía 20 años, y aunque fuera menor de edad en esa época, con Franco aún agonizando en El Pardo, y Carrero Blanco convertido en meteorito dos años antes, en la calle Claudio Coello, así que independizarme a golpe de decreto paternal no me parecía una barbaridad. Yo no colaboraba, y sostenía que mi relación con Deme no era negociable, no iba a dejar de estar con ella, ni tampoco iba a casarme. Ni tan siquiera iba a decir que me había casado, aunque no me casara, solo decirlo, para que los amigos de mis padres, los marcianos, si preguntaban, les pudiera decir que Enrique se casó, casi en secreto, sin invitados, ya sabes cómo son los chicos ahora, que hacen las cosas a su manera.

—¿Qué le digo yo a Paco Arredondo si me pregunta que qué es Deme de Enrique?
¿Le digo que es una amiga?

—Vale. Deme es mi amiga. Mi mejor amiga. Me parece bien.

—Ya, pero es que parece que es más que una amiga —me contestará Paco—. Si no están casados, entonces eso debe de ser un ayuntamiento, un concubinato.

A mí me dio la risa. Lo siento por mi padre, al que le tuve siempre mucho respeto, pero creo que en que en aquel momento lo debió pasar mal en esa conversación de hombre a hombre.

—Ayuntamientos democráticos —le dije. Era el grito que se oía cada día en la calle.

Se quedó callado. Me dio pena. Aún lo recuerdo. Recuerdo que me dio pena. Yo tenía 20 años, la sangre me bullía como a Serrat en “Ara que tinc vint anys, ara que encara tinc força, que no tinc l'ànima morta, i em sento bullir la sang”; y él tenía 55 años,

muchos menos de los que tengo yo ahora mismo, cuando escribo. Es un absurdo. Recuerdo que en aquel momento seguí:

—Yo no tengo problemas para decirle a mis amigos que Deme es mi amiga, mi novia, mi mujer, mi amante, mi concubina y mi ayuntamiento, y que ni estamos casados ni nos casaremos nunca. A ellos no les importa, y a mí tampoco —le dije. Y era verdad.

Luego dije algo que durante mucho tiempo me arrepentí de haber dicho, y no porque mi paga semanal, el único ingreso que tenía para vivir, fuera a desaparecer, por raro que parezca ni se me pasó por la cabeza que eso fuera a ser un problema alguna vez, sino porque creo que fui cruel y soberbio en la siguiente parrafada que le solté:

—Pero si tú necesitas decirle a tus amigos, a Paco Arredondo, a los Laorden, a los Del Pozo, a los Sánchez Vega, que Deme y yo estamos casados, que no vivimos en pecado, y que escogimos una ceremonia íntima, privada, como hacen estos chicos modernos de hoy en día, puedes hacerlo. Te prometo que nunca lo voy a desmentir delante de ellos, entre otras cosas porque hace ya tantos años que no los veo a ninguno de ellos, desde que era niño, que no los reconocería ni aunque estuvieran sentados delante de mí en un restaurante.

Supongo que fue una humillación para mi padre, que su hijo de apenas 20 años tuviera la frente tan alta, con el orgullo y la soberbia tan insobornables, tan insoportables.

—Bueno, pues ya está. Ya lo he dicho —dijo, con voz nerviosa, devorado por las dudas.

Se levantó, nos dimos un beso de despedida y salió del pequeño apartamento de Cuatro Caminos de regreso a casa.

Él cumplió su promesa, y juro que yo jamás se lo reproché. De verdad que ni siquiera lo pensé. En algunas ocasiones me pareció que, de modo comparativo, conmigo habían sido más severos que con Jorge, o Zalo, o cualquiera de mis hermanos mayores. Ninguno había sido desheredado en vida a los 20 años, a ninguno se le negó la manutención, aunque llegaran a los 30 años comiendo la sopa boba. Y lo curioso es que yo no sentía envidia de ellos, de sus privilegios, de su paraguas. Al contrario, me parecía que no habían sabido independizarse de nuestros padres, no sabían vivir su vida sin ir cogidos de la mano, sin la teta nutricia de mamá cerca de sus labios. No era exactamente un sentido de superioridad lo que yo sentía con respecto a ellos, sino una especie de compasión, de lástima por lo que pensé que se estaban perdiendo al seguir aferrados al cordón umbilical de nuestros padres: la libertad total, la autonomía, la independencia personal. Lo sigo pensando, aunque no con la ferocidad y la nitidez de entonces. Ahora

creo que perdieron algo, y que ganaron otras cosas. Y sé también que yo gané mucho, y también que perdí mucho, y no digo la parte económica, que me sigue pareciendo que es la de menor importancia, sino con respecto a los afectos, a la distancia, a la confrontación con ellos, tan distintos a mí, y por ello tan necesaria para no convertirme en un talibán, en un burro con orejeras, en un autoconvencido de mis propias verdades y mentiras. Hubiera necesitado seguir profundizando en los miedos de mis padres, y enfrentarlos a los míos. Desnudar sus mentiras, y descubrir que no eran tan distintas a las mías.

En aquellos momentos, 1975, yo no sabía lo que mi padre callaba su gran secreto. Ni siquiera lo imaginaba. Lo supe muchos años después, cuando se le escapó de la boca, a los 80 años, mientras merendábamos en la casa de Santander, en la calle Luis Martínez. Hablábamos de sus padres, nuestros abuelos, antes de la guerra. Del primer marido de su madre, el padre de su hermanastro Luis Calero. Tratábamos de encajar fechas, sin mala intención, soñando e imaginando a los abuelos que no habíamos conocido ninguno, cuando de pronto Nacho preguntó:

—Pero, entonces, ¿en qué año murió el primer marido de Belamen, tu madre?

—No lo sé. No me acuerdo. Yo era muy pequeño —dijo mi padre.

Y nos quedamos todos con la taza de café suspendida en el aire, callados de modo fulminante. Mi madre tosió y se revolvió en la silla. Ella también se había dado cuenta. Las cuentas no cuadraban. No habían cuadrado nunca. Ella lo sabía, lo supo siempre. Mi padre nació en 1917, y puede que fuera muy niño a principios de los años 20, no ya en la década de 1930, con la República. Así que cuando nació mi padre, sea como sea, se cuente como se cuente, su madre estaba casada con otro. Fue un hijo ilegítimo. Hijo del amor, se decía antes. Su madre se fugó a Melilla con su padre, y dejó a su marido en la península. Y vivió con su amante hasta que su marido legal murió, y entonces ya pudo casarse con nuestro abuelo, el padre de mi padre.

Una infancia de niño ilegal, nacido del adulterio, en la década de los años 20 del siglo pasado, y una adolescencia en la década de los 30, con la República durante apenas tres años, y luego Franco, inflexible, que llegó a quitarle el apellido de su padre y obligarle a llevar el del primer marido de su madre, porque cuando él nació, Belamen aún estaba casada con Calero. La partida de nacimiento que mostraba la bastardía de mi padre estuvo escondida bajo llave en el cajón de su mesilla durante más de siete décadas. Soy el hijo de un bastardo, y hago bien en estar orgulloso de mi origen, de mi abuela adúltera y de mi abuelo insumiso y anticlerical.

Mi padre fue un hijo ilegítimo a principios el siglo XX. Imposible de ocultar, imposible de disimular. ¿Cuántos insultos y humillaciones tuvo que soportar a lo largo

de su infancia? ¿Y en el Instituto de la calle San Bernardo? ¿Era por eso por lo que su padre, jubilado con mucha anterioridad a la fecha que le correspondía, iba a buscarlo cada tarde, para acompañarlo a casa, cerca de la plaza de Ópera? ¿Me estaba tratando de proteger a mí, cincuenta años después, para que no viviera el infierno que él había vivido? ¿Por eso quería que me casara, que no viviera en pecado? ¿Estaba intentando proteger a mi hijo Elías, que ni siquiera había nacido, y que todavía tardaría cinco años en nacer? ¿Aún tenía las cicatrices de los insultos y los escupitajos de los compañeros abusones en la cara? ¿Cómo no prevenirme de un posible infierno?

Pero cuando Elías cumplió 15 años, veinte años después de la escena anterior, mis padres un día vinieron a verme a casa, la de la Plaza del Dos de Mayo de Madrid. Les puse un café y galletas. Les regalé mis primeros libros publicados. Los llené de besos y abrazos, y los abrigué bien con las bufandas antes de que salieran de nuevo a la calle. Estaban viejitos ya, y de verdad que no había nada de resquemor contra ellos. Yo había conseguido levantar mi vida a partir de los 20, sin su ayuda pero bajo su mirada atenta, constante, y la ayuda de todos mis hermanos, sin excepción. No tenía deudas pendientes. Pero mi padre creyó que sí. Él sí tenía una deuda consigo mismo, y me hizo llorar, por primera vez en muchos años. Ya en el portal, remoloneando, encontró las fuerzas para decirme:

—¿Te acuerdas de que dejamos de ayudarte, de pagarte los estudios, de mantenerte hace ya muchos años, cuando empezaste a salir con Deme? Mucho antes de que naciera Elías, claro.

—Sí, claro. Me acuerdo —dije.

—Pues me equivoqué. Nos equivocamos. No debimos hacerlo. Me arrepiento de eso, y quiero que lo sepas. Necesito que me perdones —me dijo mi padre, indefenso.

—Eso está olvidado. No tienes que pedirme perdón. Hiciste lo que pensaste que era mejor para mí. Sé que no fue para hacerme daño. No necesito perdonarte, porque no hiciste nada que necesite perdón. Cada uno hace lo que puede, con lo que tiene y con lo que sabe. Tú tampoco sabías cómo me iba a ir a mí. Me desperté, crecí y fui feliz. Dame un abrazo.

15

No sé cuánta violencia interna sufrió mi padre al decirme, a mis 20 años, que no contara con su apoyo. Él se había quedado huérfano a los 18 años, a punto de cumplir los 19, el 17 de julio de 1936. El día anterior al comienzo de la Guerra Civil, por eso lo recuerdo, lo contó mil veces. Su padre fue a Correos a poner un telegrama de pésame a su prima hermana Olimpia, de Garachico, Tenerife, donde yo vivo ahora, casi cien años más tarde. En la cola de la oficina de correos, con el telegrama en la mano, le dio un infarto al corazón y se murió al instante. Franco, en ese momento, volaba de Tenerife a Madrid para iniciar una guerra de tres años que dejaría un millón de muertos, la décima parte de la población española, una juventud arrasada, descuartizada, enterrada en las cunetas de todas las carreteras. Mi abuelo murió cuando mi padre tenía casi 19 años, le faltaban 15 días para su cumpleaños, y a mí me exiliaba de su paraguas cuando yo tenía 20 años. ¿No tuvo un calambre en el estómago? ¿No se vio a sí mismo reflejado en mí, no vio a un huérfano duplicado? ¿No se acordó del abandono de su propio padre, de cómo ya nunca más podría volver a contar con él? Creo que no. Pudo haberlo pensado, y tal vez por allá abajo, en el inconsciente, se vio a sí mismo huérfano, a las puertas de una guerra que Franco empezaba en aquellos momentos. Yo, por mi parte, sin saberlo tampoco, estaba punto de enterrar a Franco, el mismo Franco que nacía a la guerra mientras mi abuelo moría, que sustituyó a mi abuelo, al padre de mi padre, que hizo de padre inflexible de todos los españoles durante cuarenta años. Franco, el padre cabrón, el padre abusador, el padre nacional que torturó y anuló la libertad de todos los españoles, estaba muriendo en esos momentos, en 1975, le quedaban apenas dos meses de vida, cuando mi padre me rechazó, me echó de casa, me quitó el pan de la boca. ¿Mi padre se identificó con Franco entonces? ¿Limitó sus gestos, su comportamiento? ¿Decidió lanzar a su propio hijo a una nueva guerra, la guerra por la supervivencia, mientras me quitaba el pan y las armas necesarias para enfrentarme a ella? Visto así parecería una crueldad, una maldad terrible, un filicidio. ¿Quién puede matar a su propio hijo? Mi padre no. Nunca. Antes habría entregado su vida.

No quiso hacerme daño, no quiso dañarme. Al contrario: quiso protegerme. Eso quería. Los fantasmas de su infancia de hijo ilegítimo, acosado por las leyes y las normas, apedreado por los dueños de la moral reinante, no tuvo más remedio que amenazarme con la expulsión del Paraíso, pero no para dañarme, no para castigarme, sino para forzarme a regresar al camino correcto, para torcer mi voluntad y regresarme al redil, a la seguridad, al pesebre de casa, al paraguas de la familia. Pensó que no podría sobrevivir

en ese mundo agreste y ajeno, ese mundo violento que amenazaba una nueva guerra en el momento de morir Franco, una guerra que yo no podía ganar, que yo no podría resistir. Pensó que volvería, que pediría perdón y agachando la cabeza volvería a la mesa familiar, al rebaño familiar. No recordaba que él mismo me había traído de Francia, como regalo por mi 19 cumpleaños, por favor, por favor, eso es lo único que quiero como regalo, de verdad, es lo que más quiero, lo que más necesito, jamás me podrás hacer un regalo mejor que ese, el *Romancero de la Guerra Civil española*, editado por Ruedo Ibérico en Francia. Allí encontré los versos de Miguel Hernández que fueron un mantra, una guía para mi futuro:

Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?
Los bueyes doblan la frente,
imponentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan.

Pude con ello. Me ayudaron mis hermanos, y mis amigos. *With a little help from my friends*. Pero sobre todo fue mi cabezonería. Mi padre me quitó la paga. Pero ni él ni yo sabíamos que lo que estábamos quitando de verdad era otra cosa, era mucho más, era más doloroso: los afectos, el contacto, los abrazos. La comida la encontré por muchos sitios, fue divertido, incluso. El juego de la supervivencia, el juego de no necesitar tu ayuda. Una vez Deme y yo compramos tres kilos de hígado de cerdo en una carnicería porque estaba baratísimo. Una ganga. Comimos hígado encebollado durante dos semanas. No nos importó. ¿Cómo viajar sin dinero de Barcelona a Madrid, ida y vuelta, para seguir examinándonos de las asignaturas que nos faltaban para terminar la carrera de Literatura? Pues haciendo autostop. Decenas de viajes en autostop, a la salida de las gasolineras, en las largas rectas a la salida de los pueblos, con una cartulina rotulada: A Zaragoza. A Madrid. A Zaragoza. A Barcelona. El autostop no existe ya, hace décadas que desapareció, pero de 1975 a 1980 Deme y yo hicimos miles de kilómetros en autostop, en camiones, en coches, en furgonetas, y hasta en moto. Casi siempre juntos, pero algunas veces por separado, qué remedio. Deme siempre llegaba antes, a ella la cogían con más facilidad que a mí, ella era guapa, y yo barbudo. Ella corría más peligro sola, también lo sabíamos los dos, pero en ocasiones tuvimos que arriesgarnos. Es un mundo que desapareció, que ya no existe, y aunque era un mundo violento, al mismo tiempo era solidario, infantil, generoso. Debería darme a mí mismo tres collejas

por cada vez que ponga tres adjetivos seguidos, por Dios, mira que te lo tengo dicho: no abuses de los adjetivos. Con uno basta, y la mayor parte de las veces, ni uno. El sustantivo debe ir mondo y lirondo, desnudo, afilado y mortal. Ya lo has vuelto a hacer, tonto del haba. No sé qué hacer contigo, la verdad.

Deme incluso tenía una beca de estudios para la universidad. Eran también familia numerosa, y su padre trabajado de oficial de tercera en Marconi. Nunca vimos el dinero. Se lo ingresaban en la cuenta de su padre, y nunca se nos ocurrió pedirle nada. Era impensable. Ellos también lo necesitaban, Deme tenía muchos hermanos pequeños, no íbamos a tocar ni un céntimo. Antes nos hubiéramos cortado la mano.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia.

No sentíamos arrogancia entonces, lo juro. No nos creímos mejores que nadie. No lo éramos. Pero ahora, al mirar hacia atrás, tengo que reconocer que me siento orgulloso de aquella lucha, de aquel amanecer.

No sé qué habría hecho yo en el lugar de mi padre, si las tornas estuvieran cambiadas. ¿Habría hecho lo mismo? Imposible saberlo. No soy mejor que él, de eso estoy seguro. Es posible que sea tan parecido a él, que solo de pensarlo me da miedo. Todos decíamos que el preferido de mi madre era Coke. El que estaba destinado a ser cura. El santo. El que nos iba a enchufar en el cielo, una vez muertos todos. Aún estamos a tiempo, no hay que perder las esperanzas. Pero cuando le preguntábamos a mi madre, o nos preguntábamos entre nosotros, que cuál era el preferido de nuestro padre, nos quedábamos con la duda. No estaba claro. No nos prefería a ninguno. Nos ignoraba a todos por igual. Éramos todos unos desconocimos, ruido de fondo. Pero, luego, por lo bajini, alguno, o mi madre, decía:

—Enrique. Él es el preferido.

Y yo miraba perplejo.

—No me jodas. ¿En serio?

Y Nacho decía:

—Sí. Tú te colabas a gatas en el despacho desde los dos años, en Goya 118. Te metías debajo de su mesa, y te quedabas dormido allí, a sus pies, y él no te echaba.

—Sería porque no se había dado cuenta de que estaba allí —protestaba yo.

—¿Que no se daba cuenta? Tú eres tonto. Anda, vete por ahí —y me daban una colleja. Qué menos.

¿Algo que te sucede en la infancia, en la juventud, condiciona lo que eres y lo que haces cuando ya tienes 55 años? Todos los psicólogos dicen que sí. Ninguno lo duda. No es que estemos predestinados, que tengamos que ser asesinos o borrachos porque nos quitaron la teta demasiado pronto, pero hay una influencia, una tendencia, un imán que nos lleva hacia allí. No es la única influencia, claro está. También está nuestra voluntad, nuestra soberbia, nuestros genes, nuestros amigos, nuestras lecturas, nuestras novias, nuestros accidentes, nuestros triunfos y fracasos. *Yo soy yo y mis circunstancias*, que decía Ortega y Gasset. Cómo le gustaba Ortega a mi padre. Lo adoraba. Todos sus libros de tapas amarillas editados por El Arquero. Ortega y Spinoza. Los únicos libros que no eran de hormigón armado o pretensado dentro de su biblioteca, en el despacho. Y un ejemplar de *Platero y yo* también. Pero lo de Ortega era tan persistente que llegué a memorizar alguna de sus frases más recurrentes en las discusiones con mi padre. Cuando se sentía acorralado, y yo le mostraba analogías que desmentían sus afirmaciones, él decía: *Todo pensamiento desviado de la ruta mental que a él conduce, isleño y abrupto, es una abstracción en el peor sentido de la palabra, y como tal, ininteligible*. Que yo haya memorizado esa frase, que aún la recuerde, no es anecdótico. No pertenece al azar de la memoria. Ese era el espejo que mi padre colocaba delante de mí, para que me mirara en él. Ahora, por las mañanas, cuando me miro en el espejo, lo veo. Está ahí. Se afeita conmigo. Se cepilla los dientes frente a mí. Se toca la papada, preocupado, y se echa un poco de linimento Sloan, o Floïd, para después del afeitado, pero con otro nombre.

Mi padre está muerto. Lo incineramos hace doce años, y lo metimos en un nicho junto a mi madre en el cementerio de Santander. Se equivocó una vez, creo que se equivocó, pero yo lo echo de menos. No puedo acusarlo, no puedo regañarle, no tuvo la culpa. Me pidió perdón, y ahora está muerto. No buscaba el perdón por los abrazos que nunca me dio, él no sabía darlos, también era huérfano, nunca aprendió, nadie se lo enseñó, porque su padre se murió demasiado pronto, demasiado pronto, siempre es demasiado pronto, y lo dejó sin el escudo de los abrazos necesarios, alexitímico, como todos nosotros, como todos sus hijos, mis hermanos y hermanas, que nunca aprendimos a manejar ni manifestar nuestras emociones. Desheredados de los besos de nuestro padre ausente, de nuestro padre de labios de hormigón, de cemento armado. Huérfanos de padre mucho antes de que él muriera, huérfanos de padre desde antes de nacer cualquiera de nosotros. Huérfanos todos nosotros, mucho antes de ser concebidos, desde 1936, desde que nuestro padre se quedó huérfano a los 19 años, antes de la Guerra Civil y de los bombardeos en los que conoció a nuestra madre.

Por cierto, se me olvidó contar que terminé de leer la novela *Gambito de Dama*, y que mis temores se hicieron realidad: la protagonista, Beth Harmon, deja las drogas y el alcohol, gana todos los torneos, vence al ruso Borgov sabelotodo en Moscú, recupera a todos sus amigos, se reencuentra con su novio y con su amiga de la infancia, y todo le sale a pedir de boca. Bingo. La vida no es así, por supuesto que no, pero después de terminar una historia así uno ya se puede ir a cenar con la conciencia tranquila, sin preocupaciones, porque la chica huérfana ha triunfado y va a ser feliz a partir de ahora. Todo ha salido bien. Estamos contentos. Cenemos, y con el estómago lleno, la felicidad será completa.

No es mi padre lo que importa. Podría estar hablando de la ruptura con mi primera novia, Maytechu mía. O de la vez en que me enfadé tanto con Elías que empecé a insultarle sin control. O de cuando me sentí traicionado por Marisa, y las piernas no me sostenían. O de cuando protesté tanto ante la encargada de un hotel en Bangkok, que se le saltaron las lágrimas. Yo me siento orgulloso de todas las cosas que he hecho en mi vida. Y creo que no voy a intentar recordarlas todas ahora, qué agotamiento. Agua pasada no mueve molino, y no sé de qué me va a servir hacer un examen de conciencia y dolor de corazón a estas alturas. El catolicismo y los remordimientos son cancerígenos. No, no he sido un exterminador de los Balcanes. Nunca maté a nadie, excepto en el papel. Nunca humillé a nadie, al menos de modo consciente. Nunca le pegué a nadie. Siempre fui un blandengue, un cobarde sin puños, sin los dos cojones que hay que tener para darse de hostias con otro, para eso vinimos al mundo, para sacudirnos. No, no he sido malo. Ni bueno tampoco. Ni generoso, ni egoísta. Un tipo gris, de los del montón. Un amontonado. Eso le digo a Bea, y ella dice que no, que para nada, que yo soy muy especial, que soy la leche. Y además, guapo. Pero sospecho que Bea es un público cautivo, está comprada, juego en casa, con ventaja. Habrá que preguntarle a Basilio, y verás como la cosa cambia.

16

No puedo saber cómo fue la infancia de mi abuelo. Imposible averiguarlo. No creo que siquiera mi padre pudiera saberlo. Mi padre nació en Málaga, y no porque hubiera nadie allí de la familia. La abuela y el abuelo, los adúlteros, vivían juntos en Melilla. Él era oficial del ejército, a cargo de la intendencia, y cuando ella se puso de parto, en 1917,

puede que no hubiera ningún hospital fiable en Melilla, o porque tuvieran que ocultar la vergüenza, qué sé yo, el caso es que mi abuela dio a luz en Málaga, y no en Melilla, por pura casualidad. Mi padre tiene de andaluz lo que yo de campesino vietnamita. No puedo saber qué heredó mi abuelo, en cuanto a taras mentales, quiero decir. Del otro abuelo, el materno, digo lo mismo. NPI. Y casi, si me aprietas las tuercas, tendría que decir que no sé apenas de la infancia de mis hermanos, a pesar de estar a mi lado, junto a mí, durmiendo en la cama de al lado, durante toda la infancia, o buena parte de ella, las tuyas y la mía. Y digo que no sé porque, a pesar de estar allí, a pesar de compartir juegos y bofetadas, veraneos, meriendas con mis tías, y construcción de vías de tren los domingos, no supe de verdad lo que pensaban o lo que sentían. Todos fuimos un poco autistas, como mi padre, los hombres no lloran, nena el último, y hasta la Nena, mi hermana, corría como todos los demás para no ser nena. ¿A qué iba a jugar si no la pobre? Tenía todas sus muñecas decapitadas, y del lugar de donde deberían arrancar los brazos, salían piernas incrustadas de otras muñecas, o piezas de mecano. Su cajón de muñecas era un muestrario de monstruos deformes, Frankenstein en todas sus vertientes, gracias a las visitas que le hacían mis hermanos, deformadores de muñecas por vocación, cirujanos del terror.

Pero no eran malos. De verdad que no. Eran simples supervivientes, como yo. Aprendimos los unos de los otros, a mordiscos, como los cachorros de lobos en una misma camada. Iba a escribir que a besos y mordiscos, pero no, solo a mordiscos. Los besos no existían. Ni los abrazos. Si te habías pillado los dedos con la puerta, llorabas, y aguantabas las burlas, *llorica manteles, tres cuartos me debes, si no me los pagas llorica te quedas*. Salud te daba un beso en la frente y un vaso de agua, y hala, vuelta al ruedo, a la selva, al cuarto de juegos. Mis hermanos no me maltrataron, o al menos no más que a ellos mismos. Es más, como yo era de los pequeños, con Jaime, en realidad ellos fueron mi padre putativo, en ausencia de mi padre. Todos nos convertimos en padre plural de todos, ellos fueron mi padre multiplicado, siete padres simultáneos que se movían en un calidoscopio, jugando a desaparecer y aparecer detrás de cada hexágono, o triángulo, o lo que sea que aparece en los calidoscopios. Podía seguir su modelo, o cualquiera de ellos. Para eso tenía varios, podía escoger. No tener padre, o tener un padre ausente, no es bueno. No puede ser bueno. Aunque depende, porque si te toca un hijo de puta por padre, más vale que esté ausente, que no esté, que se muera. Pero no tener padre, y que te pongan de sustituto a siete hermanos mayores, cada uno de ellos buscando su propia identidad, buscado diferenciarse de los demás, ser algo o alguien distinto del montón, de los amontonados, tiene algunas ventajas. Ya he dicho que podía escoger a cuál parecerme. O mejor aún, cambiar de padre según mis necesidades o mis fantasías. Un padre a la medida. Todos distintos, sí, pero con un rasgo distintivo común, un gen familiar, heredado de nuestro padre: el autismo funcional, la alexitimia.

Y no sé si al final, en lugar de escoger a este o a aquel como modelo de padre, decidí quedarme con todos, echarlos al saco, y sacarlos de cuando en cuando a pasear, de uno en uno, o de dos en dos, o con los miembros y cabezas intercambiadas, como las muñecas deformes de la Nena. Eso es ser escritor, me parece en este momento: ser coleccionista de padres, cirujano de fantasmas, doctor Frankenstein.

Gonzalo se murió, mi hermano mayor, justo el que estaba por encima de mí, el espejo más cercano. Pero se murió hace mucho, hace 27 años. Estaba enfermo del corazón. Enfermo crónico. Yo de diabetes, también crónico. Pero él se murió, y yo no. Todavía. ¿Sabe alguien lo que duele enterrar a un hermano gemelo, a la imagen de futuro, al espejo idealizado? Pues mucho, claro. Muchísimo. Igual que enterrar a un hijo, a tu pareja, tu futuro. Mi padre se murió, el de verdad, Alfredo, y quince días antes, mi madre. Hace ya doce años. Enterrar a los dos padres en una misma ceremonia duele mucho. Casi insoportable, pero sobrevivimos todos nosotros, los hermanos, los huérfanos que inventaron un padre colectivo, una cofradía de padres autárquicos, cojeando porque siempre nos falta uno, Gonzalo, que se adelantó a todos. Heridos ya en este maratón de vivir hasta morir de viejos. Todas mis tías se murieron en los últimos diez años, una tras otra. Mis tíos se habían muerto antes, otros cagaprisas. Parece una cacería, y la señora muerte va disparando con calma, matando uno a uno. Sabemos que nadie va a sobrevivir, que todos moriremos. Así es el juego. Ahora Tito, el mayor de mis hermanos, está a las puertas de la muerte, devastado por el síndrome de Kleine-Levin, mucho más agresivo que el Alzheimer que mató a mi padre. Tito, el padre sustituto por derecho, el mayor, el hereu, machomán, el mejor narrador de la familia, el aviador, el que nos ponía a todos firmes en el pasillo a cinturonzos, el que heredó hasta el nombre y la profesión de mi padre, mi padrino de bautismo, a punto de morir. ¿Qué es un padrino? ¿No es el que hace de padre en ausencia del padre? Pues ya tiene cojones, la puta manía esta que tiene la muerte de cargarse a todos los padres que se ponen en mi camino. No quiero más padres, que ya no me caben en el cementerio. Me tenéis hasta los huevos.

Elías se casó con Raquel, una compañera del Instituto Lope de Vega un poco mandona. Como su madre. Como la madre de Elías, quiero decir, Deme. Buscar una novia que se parezca a tu madre tiene sentido, es frecuente, ya sabes de qué pie cojea, te ofrece abrigo y protección, como la propia madre, y se cumple el mandato de Edipo de casarse con su propia madre sin que los tribunales tengan nada que objetar. Y yo tampoco. ¿Cómo va un padre a protestar porque su hijo se case con un calco de su madre, si hasta el mismo padre se enamoró de la madre muchos años atrás? Vale, puede haber un problema de celos en el caso de que el padre se encapriche también de la segunda madre, más joven, la nuera, y no digamos si le echa polvos, como en la película *Herida*, de Luis Malle, con Jeremy Irons y Juliette Binoche follando como conejos a

espaldas del hijo, pero este no es el caso. Cuando Elías se casó con Raquel yo ya no estaba con su madre, ni con la siguiente, sino con Bea, y que Elías tuviera una novia como Raquel no me dio ninguna envidia. Quitá, quitá.

Digo que Raquel es muy mandona, y eso no me gusta, pero como no es a mí al que le tiene que gustar, pues no me importa. Es más, me alegro por Elías, porque a él sí le gusta. Eso espero. Lo que no llevo tan bien es que Raquel trate de mandarme a mí. Ya ves tú. Si ni Franco ni mi padre pudieron conmigo, imagínate lo que puede hacer Raquel. Yo ni le discuto. Me encojo de hombros. Está muy bien que busque su lugar en el mundo, que marque su territorio, que afirme su poder y no dé su brazo a torcer. Pero de ahí a que yo tenga que darle la razón o que me tenga que parecer bien sus quimeras de educadora contemporánea que apoya el colecho, el nutricionismo vegetariano, el no dejar que el niño llore bajo ninguna circunstancia, el convertirse en una madre helicóptero, pues no va a poder ser. No le daré la razón. Pero como estamos hablando de su hijo, Kiros, y de Elías, su pareja, pues no necesito discutir. Que haga lo que quiera. Está lo bastante segura como para no necesitar mi aprobación, menos mal. No es que me dé igual, sino que su vida tiene que obedecer a sus órdenes, no a las mías. Mis opiniones, incluso, están de más. No las necesita. No tiene sentido pelear una batalla que está perdida antes de empezar.

No me queda claro de si Elías es feliz. Creo que sí. En realidad si tengo alguna duda, es porque sé que yo, en su lugar, no sería feliz. Yo no podría vivir su vida, sería un desdichado. Y la tentación, tal vez a la que mi padre cedió, es la de pensar que si yo no podría ser feliz con su vida, él tampoco lo puede ser. Y no es verdad. Él puede ser feliz con su vida, e infeliz con la mía; y viceversa. ¿Cómo sugerirle a Elías que siga mi ejemplo, que piense como yo, si con eso solo conseguiría hacerle infeliz? En caso de que pudiera convencerle, claro. Y en caso de intentarlo y no convencerle, se abriría un abismo entre los dos, un desencuentro, una fractura, parecida a la que tuve yo con mi padre.

Yo no he sabido ser hijo de mi padre, y no por error, sino por cabezonería y desconocimiento. Mi padre tampoco supo ser mi padre, y por los mismos motivos. Ahora también sé que no he sabido ser padre de mi hijo, de Elías. Soy un nuevo padre ausente, calco del mío. Elías intenta resolverlo, acercarse, pero no tiene demasiadas habilidades afectivas. Nadie se las ha enseñado. La herencia familiar, el gen del autismo, es transgeneracional. Yo lo sé. Soy autista, de acuerdo, pero no soy gilipollas. Me doy cuenta de ello. Por eso hace tres años, en uno de mis viajes a Madrid, quedé con Elías a solas. Necesitaba decírselo. No sé si él necesitaba que yo se lo dijera, pero yo sí necesitaba decírselo.

—Mi padre —le dije—, fue un padre ausente, frío, incapaz de mostrar afectos ni emociones. Me dejó hambriento de besos y abrazos. No le culpo, no tuvo la culpa, no supo hacerlo.

—Tu padre. O sea, mi abuelo —confirmó Elías.

—Sí, mi padre. Y yo me temo que tampoco aprendí a hacerlo. Creo que he sido un padre ausente incluso cuando vivíamos juntos. Un padre autista. Esas cosas se heredan. Y te lo digo porque existe el peligro de que ese virus se lo pases a tus hijos. Un consejo: No lo hagas. Yo no te he enseñado cómo hacerlo, y lo lamento, pero procura no repetir ese modelo, repetir el error. Afortunadamente tu madre es un poco más llorona y besucona, y espero que Raquel también lo sea. Aprende de ellas, no de mí, al menos en ese aspecto.

No sé qué pasará en el futuro. Yo no tengo demasiada confianza en el poder de las palabras, no creo que obren milagros. Una cosa es lo que uno dice, y otra lo que hace. Creo más en los actos, en los hechos. Puedo decir “Voy a ser bueno” y ser más malo que la quina. Puedo decir que te quiero, y no quererte. Puedo decir que te perdono, y no perdonarte. Las palabras mienten, los hechos no. Yo necesitaba decirlo, decírselo. Que eso obre el milagro de la transmutación de las palabras a los actos, lo dudo. Ojalá, pero no creo en los milagros. No me voy a poner una medalla que no he ganado. Mi necesidad era decirlo, y lo hice. Hacer en mi caso, en ese momento, era decir. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Bea me dice que no escriba mis memorias, que los que escriben sus memorias acaban deprimidos, y se divorcian, como Isa Cañelles. Puede ser. A mí me da que Isa se habría divorciado de Germán pasara lo que pasara. Aunque Germán fuera el santo Job, que lo era. Isa se divorciaría de sí misma si pudiera. Como Lara. Como Tito. Como Nacho. Como casi todos, que la vida es demasiado larga, todos cambiamos, nuestras parejas también, y un día nos damos cuenta de que esa persona que está a nuestro lado no es la que era antes, y que nosotros tampoco, y que no nos soportamos más. Adiós muy buenas. Y yo le digo a Bea que no, que cómo se le ocurre, que ni de coña voy a escribir mis memorias. ¿Para qué? ¿Para deprimirme y divorciarme? Pues no quiero, a mí no me pillan en otro divorcio. Me niego a vivirlo. No es negociable. Mi objetivo en esta vida, el punto final, es morir por mi propia mano, y será el día, la hora, el lugar y el modo que yo elija, no el que elija el destino, ni Dios, ni los médicos. Y si hay amenaza, o aviso de divorcio, lo adelanto. Eso ya lo viví. No quiero otro. Te lo dejo a ti que lees estas líneas, hala, que te aproveche. Yo ya estoy servido.

Pero lo cierto es que en este hilo de palabras deslavazadas, hay recuerdos, hay memorias. Vaya que sí. Lo que no sé es por qué aparecen unas, y no otras. No sé quién

hace la selección. Yo no. Y si soy yo, porque no veo a nadie más rondando por aquí, así que debo de ser yo, entonces no sé qué método estoy usando. ¿Por qué me acuerdo de mi nuera Raquel, y no de mi prima Esther? ¿Por qué Isa Cañelles, y no Barsén Valdecantos? ¿Por qué los muertos, y no los que van a morir? ¿Por qué las pequeñas agonías, y no los orgasmos?

Cuando hablamos de argumentos, a mis alumnos les digo que una historia en la que el protagonista tiene una infancia feliz, le va bien en el colegio, encuentra una novia que le quiere, tiene trabajo e hijos estupendos, y envejece feliz con todos sus sueños cumplidos, como proyecto de vida es una maravilla, pero como proyecto de novela es una mierda. Eso no hay quien se lo trague. Sería tan soporífera como una sesión de diapositivas de una luna de miel de los hijos del vecino, comentadas al detalle por dos novios sosos. Ni con cinco rayas de cocaína, te lo digo yo. ¿Por qué me acuerdo de lo que me acuerdo, entonces? ¿A dónde quiero llegar? ¿Qué me quiero decir? ¿Qué estoy escondiendo? ¿Qué estoy callando con tanto hablar, con tanto pavoneo de arriba abajo, como una *Drag Queen* que se hace la ofendida?

Empiezo a sospechar de mí mismo. Esto no puede ser trigo limpio. Seguro que debajo de esa capa de pintura está el óxido. En el fondo de la caja, más allá de las fotos de la Primera Comunión y las postales de aquel viaje por Marruecos, están escondidos los cadáveres, las pulseras de las niñas degolladas, las acuarelas de los niños enterrados vivos, todas las vidas crueles que hemos vivido y olvidado, que nos negamos a recordar, que nunca reconoceremos como propias, aunque nos enseñen las fotos, las evidencias.

Buscando en otros cuadernos antiguos, me encuentro con cuatro argumentos más, que nunca desarrollé:

- Siguiendo los consejos de un fantasma, Gato, hermano pequeño de Bárbara, tira su bicicleta por un acantilado.

- El sargento Mendoza, padre de Bárbara, deja a un lado su fusil y camina directo y sin intención de esquivar las balas hacia las trincheras enemigas.

- Andrea, hermana mayor de Bárbara, está quemando, bajo un ciprés, una baraja de cartas de tarot.

- Bárbara acepta volver a salir con Juan Carlos, pero media hora antes de la cita se rapa la cabeza al cero.

Kenzaburo Oé, el Premio Nobel japonés, tiene un cuaderno con las ideas y argumentos que se le fueron ocurriendo a lo largo de los años. Sobre todo cuando era joven. Dice que desde hace ya varias décadas no tiene nuevas ideas, pero desarrolla las que tenía guardadas en esa cajita de memorias. Si yo hiciera lo mismo tendría que vivir

unas cuantas vidas más, porque me faltaría tiempo. Tengo unos pocos libros publicados, apenas seis novelas cortas, y dos sin publicar, pero terminadas. Pero hijos no natos, abortos, hijos que jamás nacieron pero que ya incluso tenían un nombre asignado. Ah, de esos hay unas cuantas decenas. A veces veo los renacuajos chapotear en el agua sucia de la memoria, y me acuerdo de ese poema que me gusta tanto, *Mi monstruo favorito*, de Luis Alberto de Cuenca:

Qué va a pasar cuando mi novia sepa
que no puedo vivir sin tus pseudópodos,
sin tu horrible humedad en mi bolsillo.
Qué va a pasar cuando descubra un día
las huellas de tu baba entre mis dedos,
y empiece a hacer preguntas, y la rabia
y los celos se agolpen en sus ojos,
y yo confiese al fin que la he engañado
contigo, y que no puede comparársete,
y le enseñe orgulloso el agua sucia
donde se reproducen nuestros hijos.
Qué va a pasar cuando no entienda nada
y nos denuncie a Sanidad.

17

Dicen que la escritura enloquece. Que no hay más que ver la cantidad de escritores que se han vuelto locos, que ha enloquecido con el tiempo. Mentira. Me acabo de inventar eso de “Dicen”, porque no lo he oído jamás, y sin embargo me apuesto todo y más a que más de uno lo ha dicho. Con la cantidad de gente que somos, lo raro es que haya algo que no haya sido dicho por alguien. Pero, en fin, la conexión entre locura y escritura existe, es cuestión de mirar proporciones, estadísticas. El porcentaje de escritores locos es mucho mayor que el de fontaneros locos. Y no creo que sea porque la escritura lleve a la locura y la fontanería a la cordura, sino que es la locura, ya instalada o creciente, la que lleva a algunos a la escritura, para tratar de entenderla, o frenarla; mientras que es poco frecuente, no tengo aquí los datos, me arriesgo a inventármelos, que la locura conduzca a la pasión por arreglar tuberías y desagües. Es una pena, porque

como metáfora de situación era mucho mejor la del fontanero loco que la del escritor. Sin duda.

Ya he alcanzado las primeras 40.000 palabras. Uy, madre mía, cuánto has crecido, menudo estirón has dado, seguro que te duele el pecho de bien hecho, diría Salud. Hay cosas que recuerdo, y no sé dónde las aprendí, pero quedaron registradas en mi cabeza como verdades irrefutables, y que durante años he repetido en las clases de escritura creativa. Una de ellas es la de que en las agencias de publicidad, a veces, para encontrar el mejor anuncio para un producto que quieren lanzar, pongamos un nuevo jabón para lavavajillas, contratan a un grupo de personas que representan los posibles compradores, con distintas edades, estudios, profesiones, sexo y creencias. El universo de sus posibles compradores, pero en diminuto. Colocan el producto a la vista de todos, en medio de una mesa alrededor de la cual todos están sentados, y entonces empieza el *brainstorming*, la lluvia de ideas. Cada uno tiene que decir una cualidad, un adjetivo, una peculiaridad, un deseo que quieren que el lavavajillas cumpla. Lo que se les ocurra. Sin censuras. Sin correcciones. Sin vuelta atrás. Sin matices. Y empiezan a decir cualidades deseables reales o imaginarias. Es bonito, huele bien, lo deja todo brillante, no se apelmaza, limpia a fondo, lo deja como nuevo, es muy suave, a mi hija le encanta, me recuerda a mi abuela, parece nieve, me lo comería a cucharadas. Todo lo que se les ocurra. Un apuntador, o un aparato grabador, registra todo, todo, todo, sin preocuparse de si son sandeces o no. En las primeras vueltas los participantes sueltan todos los tópicos, los lugares comunes, las obviedades. Pero hay que seguir, tienen que seguir diciendo más cosas a cada vuelta, y empiezan a decir bobadas, bromas, barbaridades. Y siguen, tienen que seguir, para eso les pagan, y llegan a los sinsentidos, las aberraciones, las groserías, las locuras, las exageraciones. Y todo eso se anota, se registra, sin comentarios. Termina la sesión, se les paga su dinero y se les da las gracias. Hasta luego, Lucas. Ese es el grupo creativo, el de las ideas, el explorador. Luego, al día siguiente, o cuando sea, otro grupo distinto, el de los críticos, buscará entre toda la morralla del *brainstorming* las ideas más brillantes para lanzar el producto. Normalmente no las encontrarán en las primeras vueltas, la de los tópicos y las obviedades, sino más adelante, entre la basura del sinsentido, de las bromas y los desvaríos. Un buen eslogan publicitario vale millones, y si lo encuentran habrá valido la pena el gasto y el trabajo. Eso les cuento, les contaba, a mis alumnos de relato y de novela. Y después les decía que ellos tenían que ser todos los miembros del grupo de la tormenta de ideas, tendrían que desdoblarse, pensar como pensarían distintos participantes, multiplicar su esquizofrenia. A fin de cuenta los escritores se supone que se meten bajo la piel de los distintos personajes cuando escriben, *Madame Bovary c'est moi*, así que ya pueden empezar a practicar. Y con la tormenta de ideas, que puede aparecer bajo la estructura de un monólogo interior, o de escritura automática, un poco como lo que hago yo ahora,

desde hace quince días, puede que aparezcan unas pepitas de oro escondidas entre las líneas del escrito, unas ideas para desarrollar, el germen de una novela, una idea brillante para un relato. Eso no se encuentra tan fácilmente, no está en la superficie, hay que escarbar, desenterrar el fósil, desnudar la mentira. Vale la pena el viaje, el esfuerzo de pegar tiros al aire, de caminar a ciegas, para justamente llegar más allá del espejismo que no podíamos cruzar, que no nos dejaba avanzar. Dar una vuelta por el lado salvaje, de nuevo Lou Reed, y capturar al enemigo que se escondía detrás del matorral. Palos de ciego, estelas en la mar, el camino que no llevaba a ninguna parte. Gracias, Rodari.

Cuando leo algo que he escrito hace tiempo, pongamos diez años, lo bastante lejos en el tiempo como para no acordarme, me asombro, me reconozco, y al mismo tiempo veo el conflicto interno del texto, el por qué ese proyecto no continuó, no se convirtió en novela, o en lo que sea, pero no en libro terminado, cerrado. Lo veo, lo intuyo. Lo que me asombra no es eso, sino la fuerza de la escritura, la intensidad. Parecen gritos en la oscuridad, brazadas de uno que se está ahogando. Y pienso en eso, en la intensidad de la escritura, en el ritmo, en la frondosidad. A mí me revientan los escritores que se pavonean ante el lector, que sacan la artillería del vocabulario insólito, de las metáforas desconcertantes y del oscurantismo o cripticismo del texto. ¿Para qué? ¿Para que te digamos que qué listo eres, que qué léxico tan florido, qué barroquismo sintáctico, qué profundidad insoslayable? ¿Para insultar a los lectores, para llamarlos torpes analfabetos que no te entienden, que no te llegan ni a la suela del zapato, a ver si se esfuerzan un poco más, zánganos, incultos? No se merecen tu sabiduría, oh, insigne maestro, preclaro príncipe de las letras. Deja de escribir. Que sufran. Castígalos sin el maná que brota de tu boca. Venga, cállate de una vez, y hazte una autofelación, que estos mortales no se merecen tus babas.

No, no me gustan los pretenciosos. Yo fui uno de ellos, ojo, que todos empezamos por ahí en la escritura, buscando la eternidad etérea. Pero luego tuve que retroceder un poco, dejar de levitar, dejar de llamar faz a la cara, perlas a los dientes, y dispepsia al dolor de estómago. Aguanto peor la pedantería que la grosería. Los pedantes me parecen unos acomplejados. El clásico complejo de inferioridad que se manifiesta como complejo de superioridad. Para calmar sus temores, sus lagunas, sus inseguridades, necesitan machacar a otro, humillar al que se deje. En la aristocracia y en la alta burguesía hay mucho fante de esos. Lo sé de primera mano. He convivido años con ellos. Son mis vecinos, mis antepasados, mis antiguos profesores. No todos ellos, desde luego, pero sí unos cuantos muy fáciles de reconocer. Mis amigos no, porque ya me ocupo yo de no dejarles pasar del umbral de la puerta. Reservado el derecho de admisión. Me encanta, de cuando en cuando, si la ocasión lo permite, mostrar hacia los pedantes una altanería displicente. Ojo por ojo. Sé que eso no les va a curar su enfermedad soberbia, es más, puede que se la agrave, heridos y desconcertados,

colocándose una armadura extra que les proteja, una malla de acero, y un poquito de espuma de rabia en la boca. Aun así el juego me parece tan poco interesante, tan bobo, que ni siquiera me quedo a ver su reacción, a ver qué pasa. Segunda bofetada a su autoestima. Justicia emocional.

En la escritura pasa lo mismo. La escritura y la vida son dos caras de la misma moneda, lo he dicho tantas veces que me aburro a mí mismo. Ya sé que es trampa. Que lo mismo puedo decir, y lo he dicho, que la escritura es como el boxeo, como el sexo, como las plantas, como la música, como un viaje, como respirar, como el psicoanálisis, como la esquizofrenia. Pues sí, es como todo eso, qué le vamos a hacer. Igual que una vida puede estar hinchada de pedantería, por miedo, por autoprotección mal entendida, la escritura también. Quitémonos las máscaras. La vida puede ser aburrida, y hay quien busca la monotonía por miedo a lo desconocido, por miedo a encontrarse consigo mismo, y en la escritura también ese miedo funciona como censura. No digas eso, no escribas eso, por Dios, qué van a pensar de ti. Escribe y describe un mundo amable, sin perversidades, y que todos piensen que tú eres ese, que ese es tu autorretrato, el de un hombre decente. O una mujer, de acuerdo, también una mujer, no te rayes, que ahora la discusión no va de sexo. Por mí como si quien escribe es un mutante de sexo fluido e innumerable. Yo de lo que quiero hablar es de mi escritura. Yo he venido aquí a hablar de mi libro, de mi libro, y llevamos ya no sé cuantas páginas, y de mi libro nada. El mejor Umbral es el que se cabrea, como Fernando Fernán Gómez, como Labordeta. Un cabreo de cojones pone a todo el mundo en su sitio. A mamarla, a Parla.

Así que la escritura, mi escritura, tiene más fuerza cuanto más cabreado esté. Tiene sentido. Lo malo es que se pierden matices, que los gritos solo valen para blanco o negro, no para las tonalidades del gris. Lo mismo pasa cuando se canta, o cuando se toca el piano, o cuando se empieza a enamorar a alguien. No es fácil enamorar a gritos, no digo que sea imposible, seguro que el primer polvo llega rápido, y que es explosivo, pero existen otros mundos, y están aquí, a mano, debajo de los gritos, o acurrucados en una esquina. Lo que pasa es que el aburrimiento los tiene amenazados. No es tan fácil susurrar a gritos, destacar con texturas de lo sutil, sin pedantería, sin gritos y sin aburrimiento. No sé si se puede, la verdad. Es escribir con ritmo alegre, pero no atropellado; con profundidad, pero sin pedantería; con fuerza, pero sin gritos; con belleza sin cursilería; con naturalidad sin aburrimiento. Eso es tan difícil como llevarse bien con la pareja durante veinte años. No es raro que haya tantos divorcios. Es más fácil encontrar la vacuna contra el cáncer. De todos modos yo voy a seguir escribiendo. Es cabezonería, ya lo sé, pero ¿qué se pierde? Mientras no me vuelva un ser insoportable y Bea me diga que basta ya, que lo deje de una vez, que le hago daño, no pienso parar. Tengo curiosidad de ver qué hay al otro lado, en la tercera vuelta del *brainstorming*.

18

El filósofo Teodoro Adorno decía: “Después de Auschwitz, escribir poesía es un acto de barbarie”. No estoy de acuerdo, Teodoro. En otras advertencias que haces, que hiciste, sí estoy de acuerdo, pero con esta no puedo. Dependerá de qué poesía, porque tenemos Auschwitz todos los días, a todas horas, solo tienes que escoger un lugar en el mundo donde haya un infierno desatado, y seguro que lo encuentras. Casi tendría que ser lo contrario: Después de Auschwitz, es necesario escribir poesía, para que no se repita, para que no se olvide.

La tentación de buscar una frase rotunda, corta y duradero, que nos defina y nos sacralice para la eternidad, es demasiado fuerte. Menéndez Pelayo escribió miles de páginas. Peor para él. Nadie recuerda ni una palabra suya. En cambio Monterroso, con siete palabras escribió un microcuento eterno: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”, y será recordado siempre. O Kafka, hablando del bloqueo literario: "7 de junio. Mal día. Hoy no he escrito nada. Mañana no tendré tiempo." O la que dijo James Dean, aunque no fuera Dean, sino Bogart: “Vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver”. Y “Veni, vidi, vici” de Julio César. “Pienso, luego existo”, de Descartes. “Eppur si muove” de Galileo. “Perdónalos, señor, que no saben lo que hacen” de Cristo (Lucas 23, 34). “Dios ha muerto”, de Nietzsche. Cuanto más corta sea la frase, mejor, que no están los tiempos para memorizar parrafadas. Hay que ser breve. Balzac escribió demasiado, fue un pesado, un pepito grillo repelente que no se callaba ni debajo del agua. Casi la única obra que me interesa de él fue la que no quiso incluir en sus obras completas, *El arte de pagar sus deudas sin gastar un céntimo*, de 1827. En ella cuenta como su tío, el barón de l'Empésé, convocó a todos sus acreedores en el lecho de muerte, y les anunció que antes de cometer la bajeza de pagarles sólo el diez por ciento de sus deudas prefería no darles ni un duro. A grandes males, grandes remedios. Augusto Monterroso, al que conocí en Casa de las Américas, de Madrid, en alguna cajita de esa estantería tengo la foto que nos hizo Elena Belmonte después de una de las maratónicas sesiones de escritura, se burlaba de Honorato en un microcuento conocido como *Fecundidad*: “Hoy me siento bien, un Balzac; estoy terminando esta línea”.

Somos muchos en esta latita de sardinas que llamamos Tierra, y los excesos se pagan con el olvido. Di algo corto, pero que se recuerde. Que perdure en la memoria. Es la forma de reducir a una pequeña broma toda una vida. Un chiste para recordar en reuniones de amigos, cenas de empresa y navidades con la familia. Es la manera de hacerse notar, de quedar bien al recordar a alguien a quien no se ha leído, del que nadie sabe apenas nada, citando una frase que la mayor parte de las veces es falsa, mal atribuida, sacada de contexto y malinterpretada. La banalización de la cultura. Y que conste que yo no abogo por leerlo todo, porque es obvio que no se puede, es imposible, tendríamos que vivir cien mil años para llegar a otra frase lapidaria, esta vez de Marshall MacLuhan: “El exceso de información produce desinformación”.

Hoy estoy escribiendo a un ritmo más lento del que estaba haciéndolo los últimos días. No es que tenga un metrónomo, una máquina de escribir a la que alimentar con monedas, como la que usaba Ray Bradbury en los comienzos de su carrera literaria, según cuenta en *El Zen en el arte de escribir*, no es eso, pero noto que la fluidez con la que escribía hace tres días, o una semana, de pronto se ha ralentizado, ha disminuido en cuanto a la velocidad. Y como de lo que aquí se trata, lo que yo me he propuesto al menos, es escribir sin pararme demasiado a pensar, sin analizar, buscando varios objetivos simultáneos:

En primer lugar, desatascar la escritura al poner en marcha el mecanismo de producción. En segundo lugar encontrar una voz propia, si es que está en algún lugar, al limpiar las tuberías de la creación con un derrame de palabras de amoniaco y ácido sulfúrico. En tercer lugar encontrar el argumento, la joya escondida, la sinopsis de la próxima novela. Y en cuarto lugar, saber algo más de mí, descubrirme, o hacérselo saber a quien lea estas líneas, si es que alguna vez tienen lector, quizá yo mismo.

Y como para llegar a ese punto cualquier billete de autobús vale, cualquier proyecto sirve, pues decido tirar del hilo de uno de los argumentos que ya he colgado páginas atrás. El que dice:

· Siguiendo los consejos de un fantasma, Gato, hermano pequeño de Bárbara, tira su bicicleta por un acantilado.

Antes de empezar, quiero hacer algunas precisiones acerca del andamiaje, las decisiones que se deben tomar antes de empezar una historia. Yo leo, me leo, el argumento de lo que quiero escribir, “Siguiendo los consejos de un fantasma, Gato, hermano pequeño de Bárbara, tira su bicicleta por un acantilado”, y si aceptara tal cual esta instrucción tendría que escribir esta historia en tercera persona (Gato, él, tira su bicicleta) y en tiempo presente (tira, ahora, su bicicleta). Aunque según la costumbre, una historia así debería estar contada en pasado: *Gato tiró su bicicleta por un acantilado*.

Y sí, en tercera persona. Pero antes de empezar me entró la duda. ¿No sería mejor en primera persona?: *Tiré mi bicicleta por un acantilado*. ¿Y qué tal en segunda?: *Tiraste tu bicicleta por un acantilado*. La segunda es poco frecuente, tiene mucha fuerza, le estás hablando directamente al protagonista, recordándole una historia que no puede recordar por culpa de la amnesia, o no quiere, por no auto-inculparse. En todo caso el narrador en segunda persona, como en *Aura* de Carlos Fuentes, es un narrador que a mí personalmente me gusta, quizá no para novelas largas, puede que resulte cansino en esos casos, pero sí para un relato corto de alta tensión. Apelar o interpelar al protagonista de modo directo tiene algo de teatro, con su cuarta pared ocupada por los espectadores o los lectores; e incluso, si el lector se identificara con el protagonista, la interpelación sería directa al lector, le estaríamos revelando una historia sobre sí mismo que desconoce, o que ha olvidado. Qué maravilla, revelar al lector quién es de verdad, y qué ha hecho. Eso es como llevarse la creación del interior al exterior de la novela, del relato. Ya no estaría dentro, encerrado entre la primera y la cuarta de cubierta, sino fuera de la historia. La ensoñación de Bertolt Brecht, que el texto traspase las fronteras del texto, y la resolución se encuentre en la vida real, la revolución. El texto que interviene, salta y modifica la vida existente fuera de la letra impresa, un tiro mortal en la frente de Dios, supremo creador. Y todo eso encerrado en la segunda persona. No sé, tal vez exagero.

Al final decido que no quiero escribirlo en segunda persona, aunque me guste. Ni en la primera persona de Gato, aunque esa sea la versión más cercana, primer plano, confidencial, testimonio directo, sin intermediarios. Ni en tercera, tan ajena, tan desprovista de emociones, tan fría. Sino en la primera persona de Bárbara, la hermana mayor de Gato. ¿Y por qué Bárbara, en primera persona, si no es su historia, si va a ser una historia relatada, de alguien cercano pero no protagonista, una narradora testigo? Pues porque así podré utilizar un lenguaje más adulto, no el del niño Gato, y además podré observar a Gato sin leerle la mente, fuera omnisciencia, e intentaré entenderlo y explicárselo al lector.

Vamos allá.

19

LA BICICLETA Y EL FANTASMA

Le dije a mi madre que no se preocupara. Que mi hermano Gato estaba bien. A todos los niños les encantan los dinosaurios, los piratas, los monstruos, las brujas y los fantasmas. Fascinación y miedo a partes iguales. Supongo que es una forma de domesticar los propios temores, de pactar con el enemigo para que no los devore. Mi hermano pequeño no era una excepción. Mi madre insistía en que los fantasmas eran un problema. Sé que Gato le tenía miedo a los fantasmas, ya desde muy pequeño. Creo que fue desde que murió papá. No tengo ni idea de por qué, no sé si tiene algo que ver o no, he tratado de que me lo contara más de una vez, pero no quiere hablar del asunto. Como si no fuera con él. Se calla, arruga la frente y se da la vuelta, pero cada mañana aparecen sus sábanas mojadas de pis. Él dice que lo siente, que ha sido sin querer, que estaba dormido y no se ha enterado. Bueno, al menos ahora ya reconoce que es él, y no un fantasma que se inventa. De pequeño, más pequeño que ahora, quiero decir, le tomábamos el pelo con el fantasma Quememeeo. Lo mágico estaba enraizado en su cerebro, y todavía le cuesta desprenderse de esa forma de pensar. Cada noche me pregunta lo mismo:

—Bárbara, ¿tú has visto al fantasma? —y se sube el embozo de la cama hasta casi taparse los ojos.

—Pues claro —le digo—. Está debajo de esta sábana.

Y a continuación le hago cosquillas por encima. Él se ríe, pero lo pregunta de nuevo al día siguiente, y no es para conseguir cosquillas gratis. Amanece mojado por la mañana, así que sé que los fantasmas imaginarios le rondan por la noche.

—No me apagues la luz —me pide. En sus ojos puedo leer el miedo.

—Vale, te dejo esta lamparita encendida.

—No cierres la puerta —añade.

—Pero mira que eres miedoso, Gato. Que ya tienes siete años.

—Por favor, Bárbara. Por favor —insiste, con la voz quebrada.

—De acuerdo. Te dejaré puerta entreabierta. Si tienes miedo, o si ves a Quememeeo por aquí cerca, me llamas, ¿vale?

—Vale —concede al fin.

—Buenas noches. Que duermas bien.

—Léeme un cuento —me dice.

—Ya estás muy grande para eso, Gato.

—Pues cuéntame un chiste —trata de retenerme.

—¡A dormir, o te apago la luz!

—No, no. Ya me duermo. No apagues.

Una vez saqué de debajo de su almohada un cuchillo que había cogido de la cocina. Supongo que era para defenderse de los ataques del fantasma. Me asusté. No quise decírselo a mamá, porque ella no lo habría entendido, se habría puesto hecha una loca, y acabaría llevando a Gato al psicólogo, al suyo o a otro especializado en niños meones. Bueno, meones no, que por lo visto llamarles eso les trauma. Niños con problemas de enuresis. Tuve que buscarlo en el diccionario: Enuresis. No me extraña que vean fantasmas. Están por todas partes.

Pensé que a medida que crecía, año tras año, los miedos de Gato desaparecerían. Los superaría. Los cambiaría por otros. Dejó de hacerse pis en la cama, eso sí. Menos mal, porque su cuarto empezaba a tener un pestazo a amoniaco difícil de aguantar. Pero el fantasma no desapareció. Me pregunto si todos convivimos con fantasmas, problemas no resueltos, miedos irracionales. Me parece que sí. A mí el fantasma que acosaba a Gato no me parecía que fuera peor que los demás. Al menos él sabía que estaba allí. Creía verlo. Lo tenía localizado. Los míos, en cambio, eran más sutiles, cambiantes, y se disfrazaban tan bien que no los veían ni cuando los tenía delante. Como me pasó con Joaquín. Pero eso es otra historia. Esos son fantasmas diferentes.

—A ver, dime una cosa, Gato. ¿Cómo es tu fantasma? ¿Es transparente? —le pregunté.

—Es feo —me dijo.

—Bueno, claro. Pero, ¿cómo es su cara? ¿Tiene barba? ¿Es viejo?

—Déjame en paz.

Parecía como si el solo hecho de hablar de su fantasma, le diera miedo. O que no quería compartirlo. O que si hablaba de él, entraría por la puerta. No sé. A veces le oía susurrar en su cuarto, cuando estaba solo. Hablaba con alguien. No era un juego, ponía otra voz. Los niños, a veces, hablan cuando juegan, les ponen voces a los soldaditos, a los superhéroes de plástico, incluso a los diplodocus, y hacen que se peleen entre ellos. Muchas veces imitan los diálogos de las películas, o los dibujos animados. Pero Gato hablaba más bajito, susurrando, como si le estuviera contando algo a alguien que no estaba allí, a un amigo invisible, o a una parte de su cabeza que se desprendía de él, a un segundo Gato desdoblado. Más vale que mamá no se enterara, porque entonces

seguro que iba a tener sesiones de psicólogo infantil hasta la mayoría de edad, bueno eso si no lo encerraba en un... no sé cómo lo llaman ahora, centro de rehabilitación, frenopático, hospital psiquiátrico. Un manicomio, vaya.

Una semana más tarde, el día de su cumpleaños, cumplía 8 años, mamá le regaló una bicicleta. Era preciosa. Hasta a mí me entraron ganas de subirme a ella. Gato tenía ganas de estrenar su bicicleta nueva. Hasta el día siguiente no podría correr con ella, pero en casa se subía y se bajaba de ella, como un ensayo del futuro. Le sacaba brillo al guardabarros, y giraba la empuñadura del manillar como si fuera el acelerador de una moto.

No sé de dónde sacó el dinero mi madre, porque desde la muerte de papá no teníamos mucho. Para mí era un misterio, y mi madre no quería hablar. Era como el fantasma de Gato: algo que no se ve, pero que existe, que está ahí, sin saber de dónde viene ni cómo aparece.

Aun así, la interrogué cuando Gato se metió en el cuarto de baño.

—¿Y el dinero? —le pregunté a mamá—. ¿De dónde has sacado el dinero para la bicicleta?

—Cosas mías —respondió.

—Venga, dímelo. ¿No lo habrás pedido prestado? —insistí.

—Olvidalo —trataba de escabullirse.

—Mamá... —ella me conoce, sabe que soy muy pesada cuando quiero.

—Muy bien, te lo digo y te callas, ¿vale? Es lo último que dejó tu padre. Se lo quité antes de morir. No me mires con esa cara. Nos lo debía, ya lo sabes. No he querido usarlo nunca. Así que al menos que lo disfrute tu hermano.

—¿Era de papá? ¿Lo tenías escondido desde entonces, desde hace tres años?

Mi madre se encogió de hombros, y se quedó mirando el trapo sucio que tenía entre las manos. Parecía dudar de algo. Al final se agachó, abrió el cubo de la basura y tiró el trapo al cubo.

—A ver si con la bicicleta sale un poco más a la calle, o al parque, y le da un poco el aire —dijo mamá—. Sé que tiene pesadillas, aunque no me decís nada. Os creéis que soy tonta. El fantasma ese le va a sorber la sangre —y después ya no quiso hablar en todo el día.

Esa misma noche Gato tuvo una discusión fuerte con el fantasma. Mamá estaba viendo el programa ese de concurso de talentos, a todo volumen, como siempre. Se está

quedando sorda. Gato ya estaba en la cama, hacía ya un buen rato que debía estar dormido, era tarde, pero le escuché, con susurros enfadados, discutir con el fantasma. No era la primera vez que hablaba con él, pero sí la primera vez que discutía.

—Que no. Que no quiero —le decía a alguien que no estaba allí. Supongo que al fantasma.

Y luego oí murmullos, demasiado bajitos, no podía entenderlos. No parecía la voz de Gato, pero por la puerta entreabierta vi que era Gato, incorporado en la cama, el que hablaba, el que movía los labios con un susurro inquietante. De vez en cuando agitaba los hombros para sacudirse algo, para separarse de alguien, daba un empujón al aire y volvía la cara contra la ventana.

—No quiero —repetía, ahora sí con su voz, la voz de Gato, pero quebrada.

Puede que estuviera dormido. Se me pasó por la cabeza que tal vez Gato era sonámbulo, eso podía tener sentido. No se me había ocurrido. El fantasma era simplemente eso, un sueño demasiado intenso, y que él incluso hablaba con el fantasma en sus episodios de sonambulismo. Tampoco sabía qué hacer con un sonámbulo. Me dio un poco de miedo. Alguna vez alguien, creo que fue Mariam, me dijo que si despiertas de golpe a un sonámbulo, podías crearle un trauma, o que no pudiera despertarse nunca, o que le diera un infarto. Mariam siempre ha sido una exagerada, se inventa cosas, repite lo que lee en las revistas que le quita a su madre, *Qué me dices*, *Diez Minutos*, *Woman*, y se lo cree todo, y se acuerda de todo, no sé para qué le sirve memorizar tantas tonterías, pero a lo mejor tenía razón, yo tampoco era una experta. Volví a mi cuarto de puntillas y me senté sobre la cama. No sabía qué hacer. ¿Debería decírselo a mi madre? Mejor no.

Me separé de la puerta unos pasos, y volví a avanzar hacia ella haciendo ruido, arrastrando los pies, casi golpeando el suelo con los zapatos, para que Gato me oyera llegar, para que no se asustara, para que se despertara.

Llegué hasta la puerta, abrí, de modo aparatoso, y vi que Gato estaba tumbado, de cara a la ventana. Me acerqué hasta su cama, me incliné sobre él, y vi que estaba dormido, en posición fetal. O se hacía el dormido. Tenía los morritos apretados y el ceño fruncido, como papá cuando se enfadaba, cuando aún vivía. Gato había heredado sus gestos, sus arrugas, su mal genio. Era como él, como las fotos que tenemos de él cuando era pequeño, más o menos a la misma edad. Papá de pequeño. Vuelta a empezar. Decidí dejar que descansara. El día había sido muy largo, para él y para mí, por distintos motivos, y los dos nos merecíamos un descanso. Volví al salón, a ver un rato el programa de la tele que estaba viendo mi madre. No lo estaba viendo. Se había quedado dormida,

como siempre. Yo era la única que estaba despierta en la casa. Y el fantasma, tal vez, si Gato tenía razón.

—Mamá, despierta, vamos, que te has quedado dormida. Vamos a la cama.

—No. Déjame. Yo no he hecho nada —me dijo mamá revolviéndose en el sofá.

Otro retorno a la infancia. Con 17 años me tocaba ser madre de todos, incluso de mi madre. Hacer de cuidadora no es algo que me gustara mucho, pero no me quedaba más remedio. Mamá no me habría perdonado que la dejara ahí, y despertarse con el cuerpo maltrecho de mal dormir.

A la mañana siguiente era sábado, ninguno teníamos que madrugar. Empezaba el fin de semana. Me desperté a las nueve y cuarto. Ruidos en la cocina. Si no, hubiera seguido durmiendo no sé hasta cuándo. Gato estaba acabando de desayunar, y mi madre le sacaba brillo a una sartén. No le duran nada. Las desgasta, y eso que ya no usa los estropajos de aluminio con Ajax y lejía. Es muy bruta. Yo ya he dejado de discutir con ella. Que descargue su furia en las sartenes, que de eso nos libramos Gato y yo. Lo siento por las sartenes, pero alguien tiene que pagar el pato.

—Iros al parque, o a pasear por el campo, que aquí estorbáis. Gato ya tiene bicicleta, ¿no? —dijo mamá.

Había dormido en su cama, pero parecía que no del todo bien. Solo tenía 43 años, pero a veces me parecía que se estaba haciendo vieja muy deprisa. Para ser exactos, desde que murió papá, hacía tres años casi. Yo digo que desde que murió papá, lo que ella nos dice. Sé que no murió. Que se fue, sin más, y nos dejó tirados, pero mamá prefiere decir que se murió. En realidad es como si se hubiera muerto. El resultado final es el mismo. Yo le dejo que lo diga, y que se crea que la creo, pero nunca hubo entierro, ni funeral, ni esquelas.

—Buenos días, mamá —dije antes de darle un beso—. Vaya genio tienes hoy. Déjame desayunar antes, ¿vale?

—Déjame —dijo echándose a un lado—. Tengo muchas cosas que hacer.

No era su día, a saber por qué. Yo ya he dejado de preguntarme cuál es el motivo de los cambios de humor de mi madre. Mariam dice que puede ser la menopausia, pero creo que se columpia, porque la menopausia no llega hasta los cincuenta. Eso creo. Tal vez mamá también soñaba con el fantasma, y se ponía de mala leche.

Mamá salió de la cocina, y Gato se sentó frente a mí, con una lupa de juguete entre las manos. Se estudiaba las rayas de su mano, como si pudiera leerlas, como si allí

estuviera escrito un secreto. No estaba muy contento, eso podía notarlo. Le conozco. Sin levantar la vista me dijo:

—Bárbara, ¿te acuerdas de papá?

Me extrañó la pregunta, porque nunca hablábamos de nuestro padre. Ni entre nosotros ni con nadie. Yo pensaba que Gato ya lo había olvidado del todo. Era muy pequeño cuando murió, cuando se fue. Apenas cuatro años. Ninguno lo echábamos de menos.

—Sí, claro —le respondí. No sabía bien qué quería decirme—. ¿Y tú?

—Pegaba a mamá —dijo sin levantar la cabeza. Y se mordió el labio inferior.

No supe qué decir. Creí que todo eso estaba olvidado, que Gato no había vivido esa pesadilla, o que al menos no la recordaba.

—Bueno. A veces —dije.

—Y a ti también —dijo Gato levantando la vista, y mirándome a los ojos, casi con rabia.

No dije nada. No pude decir nada. Un nudo en la garganta me impedía hablar. Los recuerdos de mi padre pegando a mi madre, y a mí si me ponía en medio, regresaron. Gato no era el único que sufría pesadillas.

—Venga, vamos a dar una vuelta con la bici, que mamá quiere estar sola —le dije.

En la calle hacía un poco de frío. Pronto llegaría el invierno, y las lluvias. Nos quedaban pocos días para pasear por las afueras. A mí siempre me gustaba ir a los acantilados, detrás del cementerio. Era un paseo largo, pero teníamos tiempo. Desde allí el horizonte se abría ante mis ojos, y el futuro parecía estar lleno de misterios por descubrir. Gato avanzaba y retrocedía con su bicicleta, y daba vueltas a mi alrededor, como un perro que no quiere perder de vista a su dueño. A veces se bajaba de la bicicleta y caminaba junto a mí durante un rato, en silencio. Pero yo sabía que me quería contar algo. Necesitaba tiempo, coger fuerzas, y yo podía darle ese tiempo. Era su cumpleaños, y el día del cumpleaños hay que mimar al que cumple. Ocho años son importantes. Me acordé de cuando cumplí ocho. Qué fácil era ser feliz entonces. Cuando llegamos a la cumbre de la Montañeta nos sentamos en la misma roca en la que me sentaba siempre. El cementerio, y todas las casitas y las calles, a nuestros pies. Saqué mi paquete de cigarrillos y encendí uno, protegiendo la llama contra el viento.

—¿Mamá sabe que fumas? —preguntó Gato. Él sabía la respuesta, por supuesto.

—No. Y no lo va a saber, porque tú no se lo vas a contar o te mato, ¿vale?

—Pues claro que no, ¿qué crees?

Nos quedamos otro rato sin hablar. Gato y yo no necesitamos llenar el silencio a cada rato. Eso me gusta de él, que siendo tan pequeño sabe estar callado, a sus cosas, y al mismo tiempo hacerme compañía. Como un perro. Bueno, eso no se lo voy a decir, es mi hermano, pero tiene algo de cachorro. Creo que nos parecemos, aunque nos llevemos tantos años. Gato jugaba a matar hormigas dando patadas en el suelo. La bicicleta estaba tumbada en el suelo, como un juguete roto.

—¿No quieres montar más en bici? ¿No te gusta?

—No es eso. Sí me gusta, pero no la quiero —dijo tajante.

Me quedé sorprendida. ¿Cómo no iba a querer la bicicleta? ¿Qué niño en el mundo entero puede no querer una bicicleta? Llevaba años pidiéndola.

—No entiendo, Gato. ¿cómo que no la quieres? Es tu regalo de cumpleaños, a mamá le ha costado mucho dinero —dije.

—Es de papá. Es el dinero de papá —dijo apretando los puños—. Lo dijo mamá, te lo dijo ayer, lo estuve oyendo. No la quiero —repitió.

—Pero... —no supe qué decir. No se me ocurrió.

—Que no —dijo una vez más Gato.

Su mirada se perdió el fondo, más allá del cementerio. Estaba de pie, y me pareció que había crecido de un día para otro, que los pantalones se le habían quedado cortos, que empezaba a dejar de ser un niño.

—Da igual de dónde haya salido el dinero. La bicicleta es tuya, te la mereces —le dije, pero sabía que era una batalla perdida.

—Anoche hablé con él, con papá, con el fantasma —dijo, y me puso los pelos de punta—. Viene a verme muchas noches. Y hablamos. O discutimos. Me da miedo. Le dije que se fuera de una vez, para siempre, y me respondió que si se iba se llevaría la bicicleta. Que era suya. Que era su dinero.

Gato se quedó en silencio un momento, aguantando las lágrimas.

—Que se la lleve. No la quiero —dijo Gato—. Se la voy a devolver para que no vuelva, para que desaparezca de una vez, para siempre.

Y sin volver a decir palabra, puso en pie la bicicleta y muy despacio, sujetándola con fuerza por el manillar, se acercó al barranco. Cuando llegó al borde, se quedó mirando al fondo.

—Cuidado —susurré, pero no creo que me oyera.

Se volvió un instante a mirarme, como si me pidiera permiso. Yo le sonreí. Volvió la cabeza, y empujó la bicicleta por el abismo.

Luego regresamos a casa en silencio, como tantas veces, con una sonrisa triste apenas dibujada en nuestros labios.

FIN

20

Uf. Que no me digan que no es un esfuerzo escribir, porque sí que lo es. Al menos para mí. Entrar dentro de los personajes, escucharles hablar, seguirles paso a paso a través de sus dudas, sin saber muy bien qué van a hacer, o cómo lo van a hacer, es delirante. Varias veces me han dado ganas de abandonar, de dejar el cuento a la mitad, porque no sabía cuál era el siguiente paso. Necesito visualizarlo, situarme en el espacio. Son espacios que conozco, que he conocido, pero que ya no existen. Es curioso, porque ese acantilado, ese abismo con el cementerio y la ciudad a los pies de Bárbara y Gato no es otro que el de la Calle Ciega de Caracas, en la Avenida Casiquiare, donde vivimos de 1964 a 1967. Fueron apenas tres años, hace ya más de 55, y sin embargo debe ser que los paisajes que se graban en la niñez, a los 9 ó 10 años, son definitivos, son pirograbados eternos. Es el mismo paisaje que usé, que imaginé cuando escribí *El Club del Camaleón*, hace más de 25 años, cuando jugaba con Jaime y la Nena, y con Mario y Paolo, y Arturo y María Milagros, construyendo cabañas y universos por encima de la estación de gasolina de Chacaíto. El valle de Caracas y el futuro, a nuestros pies. Yo tenía una bicicleta roja, aún la recuerdo.

He tenido que levantarme y recalentarme un café en el microondas. Bea está fuera, en Alcampo, comprando, así que estoy solo en casa, con Alexa sintonizada a la emisora *Kiss Country* de TunelIn, con Smokie cantando.

Twenty-four years just waiting for a chance
To tell her how I feel and maybe get a second glance
But I never get used to not living next door to Alice.

Acabar una historia es una sensación extraña de vacío y plenitud al mismo tiempo. Y eso que solo ha sido un relato de 3000 palabras, apenas el 5 % de este texto sin nombre. Eso pasa al salir de la escritura del texto, al retomar la vida, como en las sesiones de psicoanálisis, porque durante la escritura de una historia, como esa, yo no estoy delante del ordenador escribiendo, yo no estoy aquí, escuchando la radio e imaginando una historia: estoy caminando al lado de Bárbara, de Gato y de su madre; les oigo hablar, los veo moverse, en ocasiones puede que les lea el pensamiento, y desde luego estoy atento a sus gestos, a lo que cuentan con el cuerpo, los gestos fallidos, y no con la boca. En ocasiones no lo veo muy claro, está algo brumoso, y me desespero, me tengo que acercar. Tengo que agudizar la vista, frotarme los ojos que no tengo, concentrarme más. Y de golpe me entero, al mismo tiempo que lo escribo, que el padre de Gato está muerto hace tres años, y luego que no está muerto, y que era un maltratador. Y me entero de las mentiras que se cuentan unos a otros para hacer más llevadera la vida, y aunque sé que el final Gato va a tirar la bicicleta por el barranco, eso estaba previsto desde el principio, aún no sé por qué. Hay momentos en que he querido tirar la bici por la ventana, o por el balcón de un edificio de 12 pisos, que es otro barranco a fin de cuentas. Pero no estoy seguro. Afino el oído, y poco a poco aparece el paisaje, el barranco, el cementerio, que yo no tenía ni idea de que estaba allí, no estaba previsto, pero que en el momento que aparece ya tiene sentido, ¿cómo no va a tener sentido, con un padre muerto/desaparecido? Y muy despacio me entero de por qué Gato tira la bicicleta por el barranco. Para eso he tenido que seguirlo de puntillas, escribir detrás de su estela. El cuarto de baño donde se mete, desde donde oye a su madre hablar con Bárbara acerca del dinero, era el de Goya 118, anterior a Caracas, por allá por 1961 ó 1962, hace casi sesenta años, cuando yo tenía más o menos la edad de Gato, entre siete y ocho años. La identificación con los personajes también funciona así: yo les presto mis paisajes, mis recuerdos, mis fantasmas. O ello me los roban, tanto da, es un viaje siempre en las dos direcciones. ¿No decía Borges que un texto de más de 50 páginas es siempre autobiográfico? Pues eso: aquí estamos.

No quiero releer el relato incrustado líneas arriba, porque eso significaría empezar a corregirlo, y por una vez mi objetivo con este NaNoWriMo es seguir, sin mirar atrás. Romper el espejo retrovisor y apretar el acelerador de la escritura. ¿Para qué? Pues no lo sé. ¿Por qué no? ¿Por qué sí? Esas son preguntas que ralentizan, que pretenden detener el proceso y activar los mecanismos del bloqueo. No leo el relato, pero estoy casi seguro de que es bueno, No sé si comercial o no. No sé si los críticos estarán a favor o en contra, y casi me da lo mismo. Hombre, si dicen que está muy bien, que es genial, pues mejor que mejor, porque siempre las críticas positivas se reciben mejor que las negativas. Pero lo que sé, y es por eso que me gusta, es que ha sido un relato nacido del interior, o descubierto, o dictado por las musas o los personajes.

No sé cómo se entra en ese espacio transicional, en ese cuarto de juegos de la escritura, en esa casi trasposición y esquizofrenia. No conozco los mecanismos, ni me importan, pero conozco el camino. No es la primera vez. Sé dónde está la puerta, qué pomo girar. Solo tengo que empezar a escribir, insistir, forzar la máquina de la creatividad. Comer y rascar, todo es empezar, decía el doctor Blanco. Eso me pasa a mí. Pero también me pasa, como con la gimnasia, con el deporte, que si no lo hago me voy entumeciendo, me va dando cada vez más pereza, lo abandono. Ese pequeño esfuerzo de traspasar la puerta del mundo real al mundo imaginado a veces es enorme. Casi da miedo. ¿Qué habrá al otro lado? ¿Y si no sé volver? ¿Y si lo que escribo es muy malo, y mis amigos dejan de hablarme, y Bea deja de quererme? ¿Y si ya no sé hacerlo, si ya no sé escribir, si soy una estafa? Eso está siempre presente. A muchos autores les pasa, y les hace sufrir tanto que hasta se suicidan, porque no pueden soportarlo. Vale, a lo mejor el suicidio ya estaba en su sangre desde antes de escribir, y fue la escritura la que durante algún tiempo al menos les salvo la vida. Esa versión es más creíble. O las dos. “No se puede decir nada sin contradecirse”, decía Lacan, y yo, que no lo sabía, descubro que soy lacaniano.

El mismo argumento que me hizo disparar el relato. “Siguiendo los consejos de un fantasma, Gato, hermano pequeño de Bárbara, tira su bicicleta por un acantilado”, en otras manos habría sido un relato totalmente diferente. Y en mis propias manos, escrito en otra época. Es curioso, pero ese argumento se lo he cedido a mis alumnos de Escritura Creativa durante dos décadas, y no recuerdo ningún desarrollo que ni siquiera de cerca se pareciera al que yo acabo de escribir. Leo esta mañana en El País unas declaraciones de Andrés Trapiello: “No hay vidas más importantes que otras, hay vidas bien o mal contadas”. Las vidas de Emma Bovary, Ana Orozco y Ana Karenina no fueron importantes, quizá ni existieron, pero Flaubert, Clarín y Tolstoi las contaron bien, hasta convertirlas en universales.

Argumento para una vida corta (vida, no novela): Sé feliz, vive y deja vivir. Si la vida es larga ya no puede ser así. Tendrás que añadir besos y bofetadas. Si ya solo con tres mil palabras hay que agacharse para esquivar las balas, imagínate con una vida de ochenta y dos años, que de media desenreda diez mil palabras al día, 300 millones en total, y más del doble en el caso de las mujeres. Mejor ni te cuento.

Me llama Elías por teléfono. Menos mal que me llama. Si fuera por mí, apenas sabríamos el uno del otro. Yo sé que hace un esfuerzo, que no soy el padre cercano y confidencial que le hubiera gustado tener. He tratado de ser padre, pero no estoy seguro de haberlo conseguido. Me siento torpe, incluso con los abrazos de saludo y despedida. Síndrome de Asperger suavizado, pero ahí está. Autismo. Alexitimia. No puedo decir que sea frialdad, porque no es frío, ni distancia. Es más bien dificultad para expresar

emociones, de manifestarlas, de declararlas. Hay una coraza, una mordaza, unos grilletes que me dificultan las palabras y el movimiento. Quizá por eso aprendí a escribir: para desatascar la voz, las emociones.

Me cuenta que va de camino a recoger a Maika, mi nieta. La mayor. No sé si es la Bárbara en el relato, creo que no, pero un poco sí, sin yo saberlo, sin pretenderlo. A fin de cuentas Maika protege a Kiros, su hermano pequeño, mi otro nieto. El ausente soy yo. El muerto. El fantasma. Las asociaciones e identificaciones no son literales, pasa como en los sueños, yo soy el padre, pero también es Elías, claro, y hasta mi padre, esto es un axis generacional, una espada que nos taladra y nos comunica a todos, de padres a hijos, como un pincho moruno. Yo nunca he pegado a nadie, al menos con los puños. Una vez sí, estuve a punto de darle una patada a Elías, tendría él siete u ocho años, como Gato en el cuento, y por lo que sea me sacó de quicio, la única vez que yo recuerdo, así tan exagerado. Estábamos en la calle Limonero, donde viví dos años después de separarme de Deme. Sería un miércoles, o un fin de semana de los alternos que me tocaba estar con Elías, tras la separación. Me encabroné, ni idea de por qué, y fui a darle una patada. Y fallé. Le di a la pata de la mesa. Yo estaba descalzo, quizá con calcetines, y el dedo gordo de mi pie derecho sufrió el impacto. Bien hecho. Por tonto. A los niños no se les pega. Me entró un ataque de risa al tiempo que me retorció de dolor por el dedo machacado. No me lo llegué a romper, la patada no era tan exagerada, pero se me hinchó durante tres o cuatro días. No se lo pude decir a nadie, eso era una vergüenza. ¿Quién se habría solidarizado conmigo? ¿Cómo? ¿Qué te torciste el dedo gordo intentando darle una patada a tu hijo de siete años? Pues bien merecido lo tienes, cabrón. Tendrían que denunciarte, hijo puta. Te tendrían que quitar la custodia. Tú y yo no tenemos nada más que hablar. Adiós. Que te den. Y ten cuidado, que te voy a estar vigilando.

Maika ha estado varios años con apoyo de educación especial. Decían que era un poco lenta. Que no tenía las habilidades de lenguaje desarrolladas. Que su desarrollo cognitivo estaba por debajo de la media, y necesitaba refuerzo. A Elías se lo llevaban los demonios. Decía que no, que era un problema de abandono, que Maika había estado demasiado aislada, sin amigos, sin socialización, desde que nació hasta que empezó el colegio, y el lenguaje estaba poco desarrollado. No era un problema de retraso mental. Y empezó a darle clase de refuerzo él mismo, a motivarla, a ir a la biblioteca con ella, a leerle libros, a jugar con matemáticas, con historias, con aventuras de reinos olvidados. Y fue mejorando, hasta que por fin consiguió, después de mucho pelear, que le hicieran una segunda evaluación, y de golpe, oh, milagro, ya no tenía retraso lingüístico, y resulta que incluso estaba por encima del nivel de sus compañeros de clase. Todos esos sesudos estudios que la relegaron a ser la tonta de la clase, la retrasada, resultaron ser falsos, mal interpretados, deformados, leídos con el objetivo de conseguir unas ayudas, unas

subvenciones, un profesor extra de apoyo a cargo de los presupuestos del Ministerio de Educación. A veces son cabrones, y otras solo malos profesionales, pero los resultados finales son los mismos. Que su incompetencia profesional, la de los psicólogos escolares, provoque sufrimiento no es una defensa. Uy, perdona, se me escapó provocarte un infierno en tu infancia, es que ese tema no lo había estudiado bien. Hijo puta, ¿por qué no te dedicas a la noble tarea de cazar osos con tirachinas?

Elías, por fortuna, no me hace mucho caso. No sigue mis consejos. Yo se lo agradezco. Sé que no soy el mejor dándole consejos. Soy muy bruto. No sé negociar. Lo mando todo a tomar por culo enseguida, y le doy consejos como si yo fuera Atila, y las únicas armas de negociación que tuviera a mi alcance fueran un elefante y un hacha de doble filo.

Cuando iba a nacer Maika, y él ya se había separado de Natalia, la madre de Maika, le dije:

—Huye. Vete lejos, muy lejos. ¿No quieres aprender inglés? Pues vete a Edimburgo, busca trabajo en Glasgow, solo necesitas el pasaporte. Yo te pago el viaje y la estancia. No le digas a nadie dónde estás. Desaparece. Hazte invisible. Y no vuelvas nunca. Cámbiate de nombre, si es necesario. Testigo protegido. Cásate con una escocesa. Niégalo todo.

No me hizo caso. Menos mal. Lo supo hacer mucho mejor de lo que yo nunca habría sabido hacerlo. Consiguió separarse sin morir en el intento, consiguió mantener el contacto con Maika, con muchas dificultades al principio, Natalia era un poco cafre en eso. Consiguió que el juez decretara días de visita y vacaciones repartidas. Consiguió casarse con Raquel, y que Natalia no pusiera una bomba en los juzgados el día de su boda. Consiguió tener otro hijo, y que Maika y Kiros se conocieran, convivieran, se llevaran bien, y se apoyaran. Lo consiguió todo, joder, gracias a que no le hizo caso al descerebrado de su padre, rey de los Hunos, vecino de Puerto Hurraco. Gracias, Elías. Eres mucho más sensato que tu padre. Menos mal.

21

Bea me pide que la acompañe a hacer unas compras a Santa Cruz. No quiero salir sin al menos haber rescrito una línea, y es lo que hago. Por reforzar el hábito. Dice NaNoWriMo que al haber escrito 14 días seguidos, ya me dan la medalla del hábito. Una medalla virtual, claro. Un beso de mamá, hale, que sí, que lo estás haciendo bien, vuelve a jugar, súbete a la bici, pero ten cuidado, no te caigas. Yo tenía entendido que los hábitos son hábitos cuando se repiten 21 días seguidos. El tiempo cada vez es más corto. En el siglo XIX no te daban el certificado de tener un hábito hasta que no lo repetías todos los días durante tres meses seguidos. Estoy seguro. Me lo acabo de inventar, por supuesto, pero si lo repito muchas veces, y con autoridad, dando un golpe en la mesa si fuera necesario, se convierte en una verdad irrefutable. Que se lo pregunten a Trump. Esto era solo un ensayo de legislar el mundo, a ver cómo me sale.

Recuerdo, hace años, cuando estaba escribiendo *Escribir*, tal vez en el 2001, que le dije a Elsa Aguiar, mi editora de SM, que a veces me daba la sensación de que estaba aleccionando a los lectores, especialmente a los profesores, que les decía lo que tenían que hacer, como si fueran niños pequeños. Elsa, que era más joven que yo, incluso había sido mi alumna durante un año en la calle Fuencarral, me dijo que por supuesto. Que eso era lo que tenía que hacer. Que yo era el que tenía la verdad, el que sabía, el que daba las lecciones a los profesores, incluso a ella misma, y que siguiera adelante, hablando *urbi et orbi*, que por eso iban a publicar el libro, y por eso los lectores lo iban a comprar y disfrutar. Elsa fue mi mejor editora, y mi amiga. Estuve varias veces en su casa, César, su marido, también fue alumno mío, en la misma aula que Elsa, aún solo eran novios, y con Paloma Jover, y Cristina Cerrada, y Chema Gómez de Lora, Joaquín Bernal, Emilio de Miguel, Elisa Agudo, Gabriela Llanos. Un grupo genial, las mañanas de los sábados. Luego nos tomábamos una caña en la cervecería Gambrinus, Fuencarral esquina San Mateo, que ya no existe. Elsa y César tuvieron tres hijos, la triple A, trillizos, las dos niñas fueron monocigotos, de un solo óvulo duplicado. Elsa murió hace cuatro años, apenas cuarenta y tantos años, una de las mejores sonrisas abiertas que he conocido, era muy guapa, y más que lista. No me acostumbro a no saber más de ella, a no hablar con ella, a no recibir sus regañinas por no escribir, por no seguir, por no darle más libros para publicar.

Elsa me hizo perder el miedo a sermonear. Esta es mi verdad, esto es lo que sé, esto es lo que cuento, lo que escribo. Si te parece bien, pues bien. Si no te gusta, pues búscate otro párroco, que hay muchos. No puedo decir otra cosa más que lo que creo. También puedo decir en qué dudo, en qué no estoy seguro, aunque eso no vaya a ayudar a aclarar tus ideas. Tal vez hay cosas que no conviene aclarar, que no están claras. No soy verdades universales, siempre hay que ponerlas en duda. Como todo lo que escribo.

Mi otra gran editora fue Trini Marull, ahora jubilada. Igual que Isabel Carril, que la sucedió en Bruño. Trini fue la primera que me contrató un libro, *Devuélveme el anillo, pelo cepillo*. Recuerdo que cuando fui a negociar el contrato, ella me ofreció el 6 % de los derechos de autor.

—El seis por ciento es muy poco —le dije.

Yo sabía que lo normal, para los escritores conocidos, era el 10 %. Eso decían. Yo jamás había visto siquiera un contrato de edición en mi vida. Era el año 1991, yo tenía 35 años, vivía con Marisa y Elías en Moratalaz, en una calle de la que he olvidado su nombre, después de un verano terrible durmiendo en el suelo del salón de la casa de Viví, en el barrio de Prosperidad, y una boda con Marisa en El Escorial, y un debut repentino en la Diabetes Mellitus I. Perdí 15 kilos en un mes. Menos mal que Viví me acogió en su casa, nunca se lo agradeceré bastante. Habría firmado el contrato de edición por nada, sin derechos de autor, con tal de que se publicara.

—A los autores nuevos, desconocidos, siempre les ofrecemos el 6 %, porque la editorial apuesta y arriesga mucho con ellos.

—Sí —le dije—, pero yo voy a seguir escribiendo, y lo voy a hacer muy bien, así que dejaré de ser desconocido, y la editorial venderá muchos libros míos.

—Vale. Te ofrezco el 7 %. No puedo ofrecerte más. Espero que sigas escribiendo, tal y como dices —dijo Trini con una sonrisa.

—De acuerdo. El 7 % en los primeros 30.000 ejemplares. Los siguientes, al 10 % —respondí.

—De acuerdo —cedió—. Después de los primeros 30.000 ejemplares vendidos, te subiremos al 10 % en los derechos de autor de los siguientes.

Imagino que le pareció un sueño demasiado bueno para ser real. ¿Más de 30.000 ejemplares? Ni los Premios Nadal hacían esas ventas, así que ¿cómo iba a vender un autor desconocido con un libro de título tan extraño como *Devuélveme el anillo, pelo cepillo*, vender tantos libros?

Ya no sé bien cuántas ediciones lleva desde entonces, creo que 45. Se han vendido más de 200.000 ejemplares desde hace casi 30 años, y se tradujo a cuatro lenguas. Aún sigue en las librerías, cuando los libros tienen una edad media de tres meses en el stock de una librería. Trini tenía buen ojo, y yo cumplí mi promesa. Me volvió a contratar la segunda novela dos años más tarde, *El club del Camaleón*, más de 100.000 ejemplares vendidos ya, aún en activo. Y *Cuatro muertes para Lidia*, antes de jubilarse, en el 2012, veinte años después. A Trini le debo mis comienzos en el mundo de los libros publicados.

Y más tarde, en Panamericana, Bogotá, Colombia, la editora amiga de Alekos, Adriana Tovar, me publicó *La olimpiada de los animales*. Una belleza de ilustración de Alekos. Nuestro segundo libro juntos, después de *Renata y el mago Pintón*, de SM.

Y luego Rossana Mont'Alverne me publicó en Brasil dos novelas, *Me Chamo Susana, e Você?* Y *Esther, Juan e Bia em: O sequestro*, en su editorial Aletria, con su hija Juliana Flores al mando de la edición, y la traducción magnífica de Jihrane Prisca Duarte Santos.

Pero antes de Elsa Aguiar, en SM, mi primera editora fue Marinella Terzi. Con ella publiqué *Abdel, Un secuestro de Película*, y *Renata y el mago Pintón*, todos dentro del Barco de vapor. Casi medio millón de libros en total. Marinella era y es estupenda. Un beso y vuelta al ruedo para Marinella.

Y mis últimas editoras fueron Marisa Núñez y Eva Mejuto, en OQO, con *Mucho cuento*. Nueve editoras en total. Se ve que el mundo de la edición está controlado por mujeres, al menos en la edición infantil y juvenil que yo conozco. Me alegro. Creo que lo hacen mucho mejor que ellos, para qué voy a mentir. Me fío mucho más de su criterio que del de ellos, en general. Y a mí me han tratado bien. Muy bien. Las quiero mucho, a todas ellas. Son las madres de mis hijos libros, si es que yo soy el padre. Un padre polígamo, ahora que me doy cuenta. Espero que no se lo tomen a mal. Yo sé que ellas tampoco me han sido fieles. Han publicado a cientos de autores y autoras, así que estamos a pachas.

¿Publicar es como tener hijos? Bueno, es algo así. No tiene la misma intensidad, desde luego. Ni de lejos. No te dan tantas alegrías, ni tantos disgustos. Se independizan rápido, y a veces crecen y se multiplican y se traducen a otras lenguas y visitan otros países. Eso es genial. Yo lo disfruto mucho, y casi me parece que es éxito conseguido por ellos mismos, los libros, aunque sé que tiene que ver con el trabajo de difusión y venta de los editores. Y en parte con que el libro esté bien escrito, supongo, o sea comercial, o interese a lectores y editores lejanos. Se hacen grandes, y yo estoy muy orgulloso de ellos, de sus vidas incrustadas en otras vidas de lectores que desconozco.

22

Me entran remordimientos por lo que tal vez haya escrito, que no me acuerdo bien. Por si Elías, o Jorge, o alguno de mis hermanos de golpe se siente herido por lo que he escrito. Por si se sienten insultados, maltratados. Ya somos viejos todos, y no necesitamos más dolores añadidos. Elías es joven, y sus hijos niños. En el futuro no será tan joven, ni los niños niños. Yo no estaré, no lo veré, pero no quiero dejarles de herencia un trozo de estiércol, una memoria emponzoñada. No lo necesitan, ni yo tampoco.

Ya no necesito vengarme de nadie. No me siento maltratado. He vivido feliz, y cuando no lo he sido no ha sido por culpa de los demás, sino de mí mismo, el peor de mis verdugos. He aprendido no a olvidar, y a ignorar. ¿Para qué prolongar una pelea? No perdono, al contrario, mi memoria en ese punto es letal. A los imbéciles que me han traicionado, que me han insultado a mis espaldas, los ignoro, los veto y los ninguneo de por vida. Y en las próximas reencarnaciones también. Jamás los olvido. Jamás perdono. Lo siento, no tengo tiempo para mamadas. El mundo es grande, demasiada gente, y la vida demasiado corta como para perder el tiempo peleando por la propiedad de un cactus. Así que dejaré esos nombres aquí, inencontrados, enterrados en el vacío. El peor castigo es la inexistencia.

A los 13 años tenía mi libreta con la lista de ofensas recibidos por cada uno de mis hermanos. Así podía odiarlos con sustento, documentados. A los 14 años dejé de hablar a Viví, mi mejor amiga de entonces, durante un año entero porque en un guateque, en casa de Josema, la saqué a bailar un lento, una canción de Donovan, y me dijo que no.

—¿Cómo que no? —le dije. No podía ni creérmelo.

—Pues no. Que no me apetece, vaya —dijo, y María Ángeles, a su lado, soltó una risita.

—Vale, pues muy bien —dije, y esas fueron las últimas palabras que le dirigí en un año entero.

Yo no soy rencoroso ahora. Ni la sombra de lo que fui. Creo que no. Algo queda, me imagino, de esa dificultad de soportar la frustración, dice Bea, y seguro que tiene razón. He hecho lo que he podido, de verdad. Lo he intentado. Puedo gastar bromas acerca de esa lesión cerebral que me incapacita perdonar, de esa pedrada que nunca me ha ayudado, que nunca me ha hecho feliz, que ha hecho que perdiera contacto con muchas personas a las que he rechazado, y que en realidad eran buenas personas pasando una mala época. Es posible. Seguro que sí. Pero también, estoy seguro de que me he librado de unos cuantos hijos de puta, egoístas, maltratadores, cabronazos. Esos también existen. Nadie consigue esquivarlos durante una vida entera, a no ser que su vida dure un suspiro. ¿Es importante enfrentarse a los cabrones, a los tiranos, a los fascistas, por el bien de la raza humana y de las generaciones futuras? Sí, claro que sí.

Yo me he llevado porrazos de la policía por manifestarme contra Franco, cuando aún vivía. Y he perdido dinero por no agachar la cabeza y ceder ante el abuso. No me arrepiento.

Pero tampoco quiero dar mi vida entera por defender los derechos pisoteados del pueblo saharauí, o de los indios mapuche, y las ballenas, los elefantes, los del colectivo LGTBI, los parados de larga duración, los inmigrantes ilegales, los ancianos abandonados, los que quieren morir con dignidad, las lenguas en extinción, el patrimonio inmaterial. De verdad, no estoy bromeando, no hago mofa, creo que todos esos, y muchos, muchísimos más, necesitan valedores y protección. No pueden ser olvidados. Hay que luchar por los derechos de los que no tienen armas para pelear, los indefensos y sometidos del mundo. Eso nos hace humanos. Eso y la crueldad innecesaria, a partes iguales. Yo doy parte de mi vida, de mis energías, de mi comida, de mi dinero, de mis esfuerzos, por causas que no redundan directamente en mi beneficio. Solo de modo tangencial, como medallitas que me pongo de buena persona, para no sentirme integrante del grupo de los abusadores, de los privilegiados, de los que han nacido con una estrella en el bolsillo. Lo soy, claro que soy de los agraciados. De los muy beneficiados, y de lejos, en el reparto de la suerte y la felicidad. Por varias razones incontestables: por raza, familia, nacionalidad, salud, posibilidad de estudiar, cociente intelectual, siglo y año de nacimiento, ausencia de guerras y enemigos personales, economía, aspecto físico, aprendizaje de empatía, amistades, amor y suerte. Cualquiera de los factores anteriores, torcidos, habrían hecho de mi vida un infierno. Estoy en el uno por diez mil, y me quedo muy corto, de la población mundial beneficiada por la suerte, bendecida por los dioses. ¿Cómo no voy a estar agradecido? Hay que ser muy hijo de puta, muy ciego y muy egoísta para no estarlo.

La web de NaNoWriMo me ha dado un certificado que dice que ha conseguido el objetivo del *National Novel Writing Month*: escribir una novela de 50.000 palabras. Aquí nadie mide la calidad, sino la cantidad. Un reto. Como caminar 10.000 pasos al día. No importa si esos pasos han sido sobre asfalto, sobre plumas de ganso o sobre caca de vaca: lo que importa es la cantidad. Aquí, lo mismo. Y tal y como pronosticaba Borges, en esas cincuenta mil palabras se descuelgan elementos de autobiografía. Puf, ni siquiera lo he intentado ocultar. ¿Para qué? Soy como un pavo real, y mi tema de conversación preferido soy yo mismo, no necesito irme más lejos.

Y podría, lo de irme lejos. Hace unos días calculábamos Bea y yo los países que hemos conocido. Más de cincuenta, de los cinco continentes. Algunos los hemos visitado media docena de veces, y en estancias largas, de más de un mes. México, Malasia, Brasil, Italia, Vietnam, Birmania, Laos, Indonesia, Colombia, Argentina, Estados Unidos, Alemania, Marruecos, Costa Rica, Venezuela, Perú, Chile, Cuba, Irán, Portugal. Nos

reímos pensando en que nos hemos convertidos en los abuelos cebolleta, dispuestos a contar sus batallitas navegando por el Amazonas, en el desierto de Atacama, bajando el río Mekong, en los fiordos de Nueva Zelanda, o en los templos de Bagan. El tiempo y el dinero que nos hemos gastado en los hijos que no tenemos, y en las casas que no nos hemos comprado, lo hemos invertido en viajes. Que nos quiten lo bailado. No ha habido ni un segundo en que nos hayamos arrepentido. Es verdad que hemos tenido el tiempo, el dinero y la compañía mutua para poder hacerlo, pero es que también eso se construye, se fabrica. No es casual que ninguno de los dos tenga trabajos que no dependen de un horario ni una presencia física obligatoria en un lugar y una fecha. Pero eso se busca, y no suele ser la opción más rentable, la que más dinero genera, pero sí la que da mayor libertad de tiempo. No hay deudas. No hay nadie a nuestro cargo. Eso también se fabrica, se construye, nada es por azar. Y por último, te tiene que gustar viajar, y aguantar no solo los placeres del viaje, sino también los inconvenientes. Una de cal y otra de arena, tú sabrás con qué te quedas.

Estamos a finales de noviembre, y hace un sol de carajo. El Teide está despejado, apenas nubes en el cielo, y puedo ver hasta la isla de La Palma, en el horizonte. Dos veleros, perdidos entre las olas, lanzan sus cañas para pescar sargos, congrios y morenas. Domingo de coronavirus, con la emisora *Addictive Fifties* en TuneIn. El árbol de Navidad ya está junto a la ventana, un poco pronto, quizá, pero es que a Bea le fascina la Navidad. Si por ella fuera empezaría a ponerlo en septiembre, y no lo quitaba hasta marzo. Aún no hemos empezado con las canciones de Bing Crosby y Frank Sinatra, pero le falta un telediario.

Abro Facebook, y publico esta nota en mi perfil: “Este año, aunque lo conocía desde hace años, he decidido participar en el NaNoWriMo, *National Novel Writing Month*, que se celebra siempre en el mes de noviembre de cada año. El objetivo para los participantes es escribir una novela en un mes, sin espejo retrovisor, sin preocuparse de las correcciones, y que el texto tenga al menos 50.000 palabras. Yo ya lo he conseguido, hoy mismo, y tengo mis cincuenta mil palabras en el disco duro. Y me sobran 100 para este post. Abrazos para todos. Yo ya me he felicitado a mí mismo. Lo estoy haciendo. Lo estás leyendo.”

Estoy orgulloso de mi hazaña. Mi madre y mis dos abuelas están muertas, así que tengo que mimarme yo a mí mismo. ¿Y por qué no?

Sigo dándole vueltas a las peleas, a las distancias, a los distanciamientos. Con las novias y esposas es normal. El amor y la guerra, a un solo paso. ¿Pero con los amigos, con los hermanos, con los padres y los hijos? ¿Es necesario? ¿Se puede evitar? ¿Se puede aliviar? ¿Incluso para alguien tan rencoroso como yo?

Es difícil. Mira con Peancha. Los dos solos en Tenerife, unidos desde pequeños en la mesa de la cocina, con Jaime y la Nena compartiendo desayunos, comidas, meriendas y cenas. Los cuatro pequeños. Y de pronto, con más de 55 años encima, dejamos casi de hablarnos, sin llegar a discutir por nada. Así suceden las cosas graves, como el cáncer, como la vejez. Por chorradas. Ahora te tocaba venir a mi casa a comer, y no a la tuya. Pues no me has avisado. No me has invitado. No necesito invitarte, idiota, eres mi hermana desde que naciste, ¿O es que no te acuerdas? Pues mira, casi que mejor lo dejamos, no es necesario que quedemos todos los domingos a comer, ¿verdad? No tenemos que sentirnos obligados, ¿a que no? Pues no, la verdad. Yo estoy muy liado, no tengo mucho tiempo. Yo también. Pues si eso, ya nos llamamos, ¿vale? Venga, hale, dame un beso, hasta luego, cuídate, dale un beso a tus hijos de mi parte, hasta luego. Y después de eso pasaron meses, y descubrimos de pronto por la calle era un susto, un desencuentro en directo. Las peores divergencias suceden por pasividad. “Para que el mal triunfe, solo se necesita que los hombres buenos no hagan nada”, decía Edmund Burke.

Sé que Peancha lo pasó mal. No solo por mí, por el abismo que se abrió de golpe entre nosotros, sino antes de eso, incluso. Se sintió abandonada, traicionada por sus hermanos. Por todos sus hermanos, incluyendo a su única hermana, la Nena. Ella es más autista que yo, y también más sentida, y más llorona. Y más manipuladora. Pero como mi psicoanálisis desnudó los mecanismos de la manipulación, para que yo no la sufriera más, para protegerme, pues ahora resulta que no es tan fácil pillarme en esas zancadillas emocionales. No es que no me importe su sufrimiento, sino que sé que acompañarla en ese dolor, compartirlo, ni le ayuda ni me ayuda. A pesar de todo, me hizo sufrir, no ella a mí, sino yo a mí mismo a costa de ella. Bea trató de protegerme, y me decía:

—Imagínate que está viviendo en Alicante. Ella y Basilio. Ya está. No hay problema. Nacho está en Brasil y no discute con ella, ¿verdad? ¿Por qué, porque está lejos? Pues envíala mentalmente a Alicante, y tú vive tu vida feliz aquí, en Tenerife.

Hay pequeñas obligaciones que me amargan la vida. Bueno, sin exagerar, pero me la dificultan. Bueno, vale, pues que no me gustan, que las odio y me enfurecen. Diré algunas: Los impuestos (no el pagarlos, en realidad, sino el papeleo). Las facturas (exactamente lo mismo). La apertura o cancelación de cuentas bancarias, renovación del DNI o el pasaporte (seguimos en lo mismo). Pedir permisos al ayuntamiento para hacer obras en casa. Dar de alta la luz, el teléfono, ADSL, pedir una cédula de habitabilidad, hacer la declaración del IVA, empadronarme, acudir al médico de la Seguridad Social, presentar un proyecto de lo que sea a un organismo oficial, pedir una subvención. No sé por qué, son cosas que tienen que ver siempre con la autoridad con que otro tenga el poder de decidir sobre cosas mías, sobre mi vida, sobre mi muerte.

De ahora hasta el día 30 de este mismo mes de noviembre quedan 8 días. Según el ritmo de escritura desatada que llevo encima, si no falto a la cita, y no es mi intención faltar, que quedan unas 18.000 palabras por escribir y cerrar el mes del NaNoWriMo. Un total de 70.000 palabras, casi un 40 % más del objetivo inicial. El objetivo en realidad no era hacer cuanto más mejor, sino hacer como mínimo 50.000 y escribir 30 días. La primera parte, la de la cantidad de palabras, ya está cumplida. Falta la segunda, la de escribir 30 días. No puedo adelantar el tiempo, el futuro llegará, no le queda otra, y habré cumplido mi propio reto. Que me ponga tan contento por cumplir un reto autoimpuesto, debe de ser porque no siempre lo cumpro. Soy un procrastinador profesional. Con la gimnasia, el deporte, jamás lo he conseguido. Media hora de gimnasia al día. Ni loco. Pago tres meses de gimnasio y voy tres días. Me compro unas zapatillas de deporte, y me crecen los pies antes de usarlas. No lo consigo. No me importa. No me interesa. Me la pela. Ya sé que incluso es bueno para escribir, porque fluye la sangre, regenera las células, despeja la mente, abre las ventanas de la nariz y del cerebro. Lo sé. Me lo creo. Pero aunque me duela la espalda y tenga calambres en las piernas, aunque tenga hiperglucemias que me gritan por favor, un poco de deporte, la bicicleta estática se oxida y llora por el abandono, *del salón en el ángulo oscuro, de su dueña tal vez olvidada, silenciosa y cubierta de polvo*. No está en mi naturaleza. Heredé de mi padre la aversión a la gimnasia.

—El único deporte que yo practico es el viril deporte del ajedrez —decía.

—Ese es mi padre —lo apoyaba yo, orgulloso.

23

Me gustaría seguir escribiendo, incluso a este ritmo, después del 30 de noviembre. No sé si lo haré. Ya sé que es como decir: me gustaría mantener en el tiempo este comportamiento compulsivo. Es algo enfermizo, pero la escritura es un poco eso: una enfermedad, una compulsión, una drogadicción. Es posible que sea como las endorfinas para los deportistas, o la metadona para los yonquis. Bueno, metadona no, que esa no te hace alucinar, solo te quita el mono, dicen, pero con la heroína sí que alucinas, como con la escritura.

Y puestos a pedir, porque ya se acerca la Navidad y los Reyes Magos, me pido que antes del 30 de noviembre haya un plan, *plot*, argumento para la próxima novela. Eso tal vez es pedir demasiado. No puedes pedir que te toque una casa en una rifa, y que encima esté amueblada y tenga vistas al mar. El que quiera peces, que moje el culo.

Media hora para desayunar. *I'm back*. Tal vez la clave, al menos de momento, sea la de no leer lo que uno escribe, no volver la vista atrás. ¿Acaso alguien se escucha después de hablar? Eso no pasa ni cuando hablas por la radio y te dan la grabación del programa. Menudo coñazo. A no ser que sea una canción que quieres lanzar, o un discurso muy importante (¿existen discursos importantes?), o un vídeo en Youtube. Pero si la escritura se acerca a la oralidad, o a la memoria oral, como casi se pretende aquí, tal vez el peaje a pagar por no detenerlo, es no revisarlo, no darle marcha atrás para releer lo escrito. Tampoco es verdad que yo pretenda que esto sea una transcripción de la memoria oral, a pesar de que lo he dicho hace tres líneas. Sigo sin saber lo que es esto, y ese no saber, el desconocimiento, me permite escribir, y que salga el sol por Antequera.

Te has olvidado de Chitín, y del posadero de Hervás, y de tu primer profesor de métrica, Manuel Esgueva, y del torturador del Sagrado Corazón, el Porky, y de la primera vez que te bañaste desnudo en el Pantano de San Juan, cerca de la casa de Quico, las primeras manifestaciones antifranquistas, el viaje a Guisando con los amigos de la facultad, el descubrimiento de León Felipe y Walt Whitman, la pérdida de la virginidad (que se pierda, que se pierda, deberían llamarlo el encuentro con el placer, y no una pérdida), la primera vez que leíste poemas en público, los primeros libros, los encuentros con lectores, los cientos de vídeos grabados y editados, las miles de clases impartidas, el día que nació Elías, el día que se murió Gonzalo, cuando hiciste parapente, y los viajes, los cientos de viajes por todo el mundo, los hoteles, las calles, los mercados, las comidas, la gente, los encuentros, los paisajes, los descubrimientos, lo insólito, lo asombroso.

Son vidas infinitas que jamás podré retratar, ni lo necesito. Vidas infinitas que he vivido, que he disfrutado, y que han hecho de mí lo que soy ahora mismo: un hombre feliz, satisfecho de haber vivido, de haber hecho más bien que mal. Dejo atrás una pequeña herencia de consejos para escribir y vivir, que sigue siendo lo mismo. *Al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar*. A decir verdad, si tuviera que volver a empezar, haría lo mismo, pediría vivir lo mismo, pero no dos veces. Que me borren la memoria. Con vivir una vida, ya es suficiente. Que me borren de la lista de las reencarnaciones, que no quiero reencarnarme en nada, ni vivir más vidas, ni repetir la que ya he vivido, ni dejar de haber vivido la que he vivido, desde luego. No quiero más, pero tampoco menos. Quiero lo que he tenido, con limón y sal, que dice Julieta Venegas.

¿Será eso la aceptación de lo que soy? ¿Será una rendición? ¿Conformismo? Lo que tú digas, como te sientas más cómodo a la hora de etiquetarme. Cosa tuya. Yo me quedo con mi vida, y punto. También he aprendido que todo se puede llamar de dos maneras diferentes, como mínimo, y las dos maneras son la misma, pero con valoraciones opuestas, divergentes. Te has rendido/aceptado a ti mismo. Eres un cabezota/perseverante. Eres muy consecuente/de ideas fijas. Eres muy flexible/chaquetero. Eres muy sentimental/llorica. Estás enamorado/encoñado. Eres poliamorosa/putón. Revolucionario/terrorista. Religioso/meapilas. Curioso/cotilla.

Al mismo tiempo que me niego a releerme, a volver la vista atrás, siento una cierta curiosidad morbosa. ¿Qué habrá escrito este tío de mí? ¿Y de los demás? ¿Me habrá sacado con mi mejor perfil, con mi mejor sonrisa? ¿No habrá dicho aquello que le conté, que no lo sabe nadie? Por favor, qué vergüenza. ¿Y si se inventa cosas, qué, cómo te quedas? Eso es jugar con fuego. Habría que prohibirlo. O al menos controlarlo, digo yo. No se puede ir por ahí, por el mundo, diciendo lo primero que a uno le viene a la cabeza, sin pensar en las consecuencias. Que sí, que todo el mundo es bueno, pero calladitos están más guapos. Vale, tengo curiosidad, pero al mismo tiempo tengo la sensación de estar en una carrera, en una maratón, y que si miro hacia atrás igual me acojono y abandono. Es como cruzar la grieta de un acantilado haciendo equilibrios sobre un tablón: no mires hacia abajo, no mires hacia atrás, no mires a la gente, no pienses, solo sigue adelante y sonríe, que nadie sepa que estás acojonado. Los equilibristas siempre me han dado mucha envidia. Una cuerda tensa, un alambre de acero que une los tejados de dos rascacielos, y los pies desnudos, con un poco de talco en la planta de los pies para no resbalar. Adelante. Es impresionante. Los espectadores, desde abajo, contienen el aliento. Eso es vivir. Eso es escribir. Los equilibristas son novelistas mal pagados. ¿O es al revés? Cualquiera de los dos se arriesga la vida, la física y la mental. Un aplauso para ellos. Brindemos.

A veces los equilibristas se disfrazan de payasos, con una nariz roja y trajes de lunares imposibles. Jugarse la vida no es suficiente: el público quiere emociones, pero también quiere risas. Quiere ver que se tropiezan. Que peligra su vida, que casi se caen, pero que luego se recuperan, y al final lo consiguen. Un poco de risa y de suspense. Dos emociones por el precio de una entrada. Y me temo que los novelistas hacen lo mismo, hacemos lo mismo. Los lectores quieren ver cómo nos desangramos, cómo escribimos mojando la pluma en nuestra sangre, como nos desnudamos, amamos, mentimos, luchamos y morimos. Todo eso sin necesidad de levantarse del sofá. Por el módico precio de 15 euros, uno se compra la novela, se mete dentro del protagonista, se identifica con él, vive su vida, se muere, y resucita a tiempo para tomarse unas gambas al ajillo en la cena. Qué bonita la novela que me acabo de leer, le dice a su pareja. Te la recomiendo. Y el novelista recibe el 10 % del precio de venta al público, a lo que hay que

restar un diez por ciento que la editorial se reserva para publicidad, y que no devenga derechos, menos un 19 % de IRPF, después de impuestos apenas recibe un euro por haber vendido su piel y sus entrañas a un desconocido.

Y ¿sabes una cosa? Esa prostitución mal pagada, esa desnudez pública, es la mejor parte de la vida de los novelistas y de los equilibristas. Sin que se entere nadie, que quede entre nosotros, lo seguiríamos haciendo gratis, por el placer de hacerlo, por el puro disfrute, por la descarga de adrenalina. Igual que le pasa a los exhibicionistas de los parques, los de la gabardina gris, solo que a ellos los detienen y los meten en la cárcel. No me extraña: ellos obligan a los demás, a los paseantes, a que miren sus vergüenzas, mientras que nosotros las mostramos entre líneas, sin obligar a nadie a leernos. Cuando obliguemos a otros a leer nuestros escritos, seremos torturadores. A la cárcel también.

La escritura tiene mucho de tratamiento diurético: reduce la hipertensión arterial y las cardiopatías congestivas. En serio, dejando fuera las jergas médicas, escribir es como echar una meada larga cuando ya no se aguantan las ganas. Zalo decía que era de las pocas cosas que daban placer y no eran pecado. El mear, digo, no el escribir. Después de escribir un párrafo especialmente sensible, un repaso a una cicatriz que aún no está cerrada del todo, queda un alivio de haberlo dicho, de haberlo soltado. Ya está: lo dije. Ahora ya puedo dormir tranquilo. Porque muchas veces esa escritura confesional es como esos verbos de la lengua española que llaman performativos, mágicos donde los haya, que hacen lo que dicen por el solo hecho de decirlo: “Juro que es verdad”, y con el hecho de decir “juro”, ya estoy jurando, haciendo lo que digo. “Os declaro marido y mujer”, y al pronunciarlo el juez, queda formalizado el cambio de estado civil, de solteros a casados. Cosas que cuando se dicen, no solo se dicen, sino que lo hacen. Lenguaje transustanciador. Luego vendrían Austin y Searle con su filosofía del lenguaje y la *Teoría de los actos del habla* a enredarlo todo un poco, pero eso lo dejamos para otro día, que tampoco es necesario ponerse estupendo. Cuando escribo y desnudo una obsesión, reconozco un rencor, sucede algo performativo, transformador, como ocurre también con el psicoanálisis. Descubrir una manipulación la desmonta, y la anula. No es que deje de existir de modo inmediato, pero el hecho de conocerla y reconocerla es ver al rey desnudo, leer el código de Matrix. Ya nada es igual. Nos hemos quitado una venda de los ojos, y vemos el mundo tal y como es. A veces es más hermoso, y otras veces es más feo, y lo normal es que sean las dos cosas a la vez, dos caras de la misma moneda. A mí me gusta descubrirme las espinillas, y reventarlas, aunque me haga un poco de daño y escupa sangre.

A través de la escritura puedo ponerme en el pellejo de los otros. Meterme debajo de su piel, ponerme en sus zapatos. Lo que no sé es con qué fidelidad lo puedo hacer, porque en ocasiones mis propios zapatos me son ajenos, me quedan pequeños, o

grandes. Me levantan ampollas. Me miro al espejo y me preguntó por qué y para qué mi cuerpo ha decidido llegar al estado en el que se encuentra. Yo no me fiaría del tipo que me mira al otro lado del espejo. No sé muy bien quién es. Me recuerda a alguien. A mi padre. O a Nacho. En las fotos me confundo con Coque. Bea dice que tengo gestos de Elías, y de Tito. Escucho atentamente a Alberto, mi sobrino, y descubro a Jaime, a pesar de que ambos piensan y votan en sentido contrario el uno del otro. No lo saben, pero son el mismo. No sé si se llevarán un disgusto o una alegría si lo descubren. Como me sucede a mí con mi padre, o con mi hijo. Quiero pensar que Elías es mejor que yo, porque eso me redime, me justifica: Muy bien, Enrique, has cumplido, lo has educado bien, y ahora te supera. Te vas, pero dejas un mundo mejor detrás de ti. La especie humana mejora gracias a tu trabajo reproductor.

No te lo creas ni un segundo. Recuerda que, según Nabokov, nuestra existencia no es más que un cortocircuito de luz entre dos eternidades de oscuridad. A ver, Nabokov, reconócelo, esa frase ha sido un poco exagerada. No creo que sirva ni para las galletas de la suerte de los restaurantes chinos, ni para los azucarillos con mensajes de *California* 47.

Me pide Alessandro Ghebreigziabiher, desde Roma, un pequeño vídeo sobre la esclavitud, para un trabajo colectivo de *Storytellers for Peace*, que él dirige. Le envió una grabación corta en vídeo que dice: “Hay muchas maneras de ser esclavo hoy en día. Recuerda el mensaje de Proudhon: Ser gobernado significa verse obligado a pagar contribuciones, ser inspeccionado, saqueado, explotado, monopolizado, depredado, presionado, embaucado, robado, luego, a la menor queja, reprimido, multado, vilipendiado, vejado, acosado, maltratado, aporreado, desarmado, agarrotado, encarcelado, fusilado, ametrallado, juzgado, condenado, deportado, sacrificado, vendido, traicionado y, para colmo, burlado, ridiculizado, ultrajado, deshonrado. ¡Eso es el gobierno, esa es su justicia, esa es su moralidad!”

Sé que le va a gustar, aunque él no sea anarquista, porque después de pelearse durante años con Berlusconi sabe lo que significa un gobierno opresor.

No puedo quitarme de encima la fantasía permanente de que, en cualquier momento, debajo de una línea, detrás de un punto y coma, encontraré un tesoro: la idea y estructura perfecta de la novela definitiva, mi llave de entrada al Parnaso de las Letras con redoble de tambores y baile de danzarinas hawaianas. Nos pasa a todos, y nos pasa con todo. Si no es el libro, es el cuadro, la receta de cocina, el vídeo de Youtube, la ganga de la tienda de antigüedades, el eslogan publicitario, la *Startup* de éxito fulminante, la frase mágica que hizo que la reina del baile se quitara las bragas antes de salir a bailar con nosotros. ¿Cómo sobrevivir sin fantasías de triunfo, por infantiles y

desmesuradas que sean? *Seamos realistas: pidamos lo imposible*, dijo Marcuse, y lo repitieron detrás de las barricadas los estudiantes en el Mayo del 68 de París. Pues claro.

24

En la Edad Media, cuando la escritura estaba en poder de los clérigos, de los monjes en los monasterios, Mester de clerecía, que no de juglaría, había que escribir sobre Dios, sobre la religión, y santificar su nombre de todas las maneras posibles: epístolas, sermones, autos sacramentales, cantares, oraciones, loas y lo que se sea. La escritura como propaganda, como modo de perpetuar y fijar las leyes y los privilegios de los poderosos. La escritura era sagrada, y no podía dejarse en manos de cualquier blasfemo dispuesto a lanzar herejías incendiarias y a subvertir el orden. En Estados Unidos, cuando aún no eran Estados Unidos, cuando los negros aún peleaban por la abolición de la esclavitud, contaba Frederick Douglass que se promulgaron leyes estrictas por las que se prohibía enseñar a leer y escribir a los negros, porque una vez que aprendían era mucho más difícil mantenerlos sometidos en la esclavitud. “Es peligroso enseñar a leer a un esclavo. Un negro no debería saber más que obedecer a su amo... hacer lo que le digan que haga. Hasta el mejor negro del mundo se estropeará con el estudio. No habrá modo de controlarle. Le incapacitará completamente para ser esclavo. Se volverá inmanejable y de ningún valor. En cuanto a él mismo, no le hará ningún bien. Le hará descontento y desgraciado”. Y lo mismo piensan los talibanes afganos con respecto a las mujeres: aprender a leer y escribir, acudir a la escuela, les impedirá ser madres y esposas obedientes.

Eso no ha terminado todavía. Existen mil formas de ocultar el conocimiento, para preservar los privilegios. Lo hacen los médicos con su jerga ocultista, los abogados con sus latinajos, los gramanzis con sus ortografías. Si quieres que te respeten, que nadie ponga en duda tu autoridad en la materia que sea, búscate un lenguaje críptico, una hermenéutica compleja, y escupe palabras esdrújulas muy rebuscadas, de origen grecolatino, o directamente en otros idiomas. Que no te entiendan. Que te miren con perplejidad, desarmados. Y termina con un movimiento de cabeza asertivo, rotundo, de arriba abajo, con el ceño fruncido por el disgusto de tener que hablar con analfabetos. Nadie tendrá arrestos para reconocer que no se ha enterado de nada. Que así sea. Como

se den cuenta de la debilidad de tu razonamiento, de la insustancialidad de tu palabrería, de la vacuidad de tus conocimientos, estarás perdido. Serás nadie, nada. Un mindundi. Un soplagaitas. En eso van a terminar todos tus títulos, tus doctorados y tus medallas como se enteren de lo que dices.

¿Es decente mirarse el ombligo con tanto detenimiento? ¿Puede uno hacerse la autopsia de la escritura y el pensamiento sin caer en el narcisismo y la hagiografía, como si se tratara de un santo? Dicen que Freud se psicoanalizó a sí mismo. No le quedaba otra, porque el psicoanálisis no existía. Los mensajes de los Autores, así, con mayúsculas, dicen que por un lado uno solo debe escribir de lo que conoce. Incluso hay demandas de grupos étnicos o profesionales que consideran un robo inmaterial que alguien ajeno a la tribu escriba acerca de ellos, o de su historia, o de sus leyendas. Los únicos que pueden escribir sobre la idiosincrasia de los indios navajos, son los navajos. Las únicas autorizadas para hablar de los derechos de las mujeres, son las mujeres. Que nadie que no pertenezca al colectivo LGTBI pretenda escribir de sus conflictos internos. Solo los judíos tienen derecho a contar cuentos de la tradición hebrea. Tú no eres ingeniero / lingüista / abogado / médico / sinólogo, así que no hables de lo que no sabes. Solo se puede hablar de lo que uno sabe, de lo que ha vivido, de su pequeño territorio. Se acabó la ciencia ficción, porque nadie estuvo en el futuro.

Y otros autores dicen que se tiene que dar voz a los que no la tienen, a los desposeídos, porque si no se la damos nosotros, ¿entonces quién? ¿Quién va a hablar en favor de las ballenas, si las ballenas no tienen voz? ¿Cómo van a hablar los niños con síndrome de Down por sí mismos, si no pueden hilar palabras? ¿Cómo van a defenderse las mujeres maltratadas, si apenas pueden salir de su escondite?

Tengo la sensación de que en las últimas páginas de este Frankenstein de palabras he cometido todos los errores que prevengo en mis clases. Empezaré por la ausencia de personas y personajes. Si no hay gente, y no me refiero a gente en general, sino a personas y personajes con nombre, apellidos, alias, manías y voz propia, se convierte en un mundo vacío, un paisaje desértico, un bodegón de esos espantosos que llaman naturaleza muerta, con unas perdices, una bota de vino, unas morcillas, un queso y una hogaza de pan abierta en canal. Un horror de academias de pintura realista. Eso, en escritura, son cadáveres que ni siquiera tienen la decencia de resucitar y protestar.

Pero aún es peor. Están las abstracciones, las generalizaciones, las reflexiones y las digresiones. Los salgarismos, les decía a mis alumnos. Y ellos me miraban con intriga.

—¿Qué son los salgarismos, profe? —me preguntaban. Y si no lo hacían, me lo preguntaba yo a mí mismo en voz alta, de modo retórico, para poder contestarme:

—Los salgarismos se refieren a esa mala costumbre que tenía Emilio Salgari al detener la narración para explicar algo. Por ejemplo, al hablar de un tigre que descansaba debajo de un baobab, aprovechaba el viaje, ponía la acción en suspenso, e instruía a los lectores con sus conocimientos. Así: *Aquel tigre se detuvo a la sombra de un baobab. Un baobab es un árbol de tronco grueso y leñoso, con hojas reticuladas y frondosas que crece en las sabanas africanas. Puede alcanzar los siete metros de altura, y sus frutos, aunque amargos, son muy apreciados por los monos y las jirafas.* Y después regresaba al tigre, y a las aventuras. En la época de Emilio Salgari no había Google, y rebuscar un baobab en la Enciclopedia Británica era pesado, así que Salgari le ahorra al lector el trabajo de documentarse acerca del baobab, y lo añadía a su narración, a palo seco, sin anestesia.

Y mis alumnos asentían. Habían pillado la idea. Y escribían en sus cuadernos: “Ojo con los salgarismos, recuerda a Emilio Salgari.” Y volvían contentos a su casa, con su tigre y su baobab debajo del brazo.

No sé si para quitarse uno de encima el monstruo de las abstracciones, hay que escupirlas primero, escribirlas, para que se vayan, para que no estorben, y así volver a lo concreto; o es mejor ejecutarlas en cuanto veas la primera, antes de que crezcan y se multipliquen, como las cucarachas. No sé. Pero para empezar tendría que corregir hasta la primera frase de este párrafo. ¿Cómo que “No sé si para quitarse uno el...”? Ya empezamos mal. Valen las dos primeras palabras: “No sé”. Están en primera persona y en presente. Más inmediato y cercano, imposible; pero luego ya la cagamos: “...si para quitarse uno de encima...” . ¿Cómo que “uno”? ¿Quién es “uno”? ¿Tu primo Arturo? Y a partir de ahí la frase va de mal en peor: “...el monstruo de las abstracciones...”, que viene a ser la abstracción de las abstracciones. ¿No querías sopa? Pues toma tres tazas. Cualquier crítico honrado, yo mismo, se ofrecería a cortarme las dos manos con un hacha oxidada para que no volviera a cometer semejantes delitos de escritura fofa.

Nunca me han gustado las autobiografías, y sé que hay lectores que las devoran. Mi suegra, Luisa Mari, sin ir más lejos. A mí me dan no sé qué, un poco de urticaria. Sé que no pueden sorprenderme, porque jamás puede existir un salto a lo extraterrestre, a no ser que sea en sueño. Si hay algo que me aburre más que una autobiografía, es un sueño narrado, porque ahí ya sí que ni siquiera puedo acceder al pacto de lectura, de creerme lo que pasa, los pájaros hablan, los muertos resucitan. Y aún así, miento, porque a los 20 años me leí *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda, y me fascinó. Me dejé tumbado sobre la cama de mi cuarto del Colegio Mayor Chaminade, soñando con los países del sudeste asiático, y con Miguel Hernández, y Lorca, y Salvador Allende, y la casa de Isla Negra. Hace tres años, en Valparaíso, con Bea y con el cuentacuentos chileno Carlos Genovese, estuve a punto de ir a su casa, a orillas del Pacífico austral. No pude.

Quería conocerla, sentarme en la silla en la que él se sentaba, imaginarlo junto a Matilde Urrutia, y ver el mismo mar que él veía cada día, las puestas de sol por el oeste. Pero al mismo tiempo no quería ir. Y no fui. Demasiadas veces había construido en mi mente esa casa, esas ventanas, esos mascarones de proa clavados en el jardín, y la colección de conchas y redes de pesca, como para ir a su casa y descubrir que era otra, que la de verdad no se parecía en nada a la que yo había levantado en mi imaginación. No quise que la realidad me estropease el sueño. ¿Para qué? ¿De qué me iba a servir dinamitar mi casa hecha de humo, la que llevaba ya más de 40 años habitando, y sustituirla por otra que solo tenía como ventaja la de ser de verdad? De nada. Es como si yo estuviera convencido de que mi padre me quería, y ahora que ya está muerto, viniera un aguafiestas a decirme que no, que me odiaba, que tiene las cartas y grabaciones que lo demuestran. Quédatelas, hijo de puta, que yo no las necesito.

25

Y creo que no voy a contar cómo ni cuándo dejé de ser virgen, ni cuando me rompí un hueso en los Alpes, ni cuando se me dobló la picha por culpa de la enfermedad de La Peyronie, ni el primer beso en la calle Pintor Ribera, ni cuando me publicaron el primer poema en la Hoja del Lunes de Bilbao, ni cuando en 1964 me subí al primer avión de Madrid a Caracas, ni el mes que pasé persiguiendo cangrejos por las playas de Providencia. Somos todo lo que hemos vivido y lo que hemos dejado de vivir, que queda anotado como pendiente para las siguientes reencarnaciones. Yo no lo he vivido todo, pero no quiero más. Tengo en el armario cianuro en polvo para morir siete veces, y Nitrito de sodio, Diazepam y Amitriptilina como para morir diez veces más sin dolor. Me faltan las botellas de Helio y de Nitrógeno con mascarillas. Preferiría Pentobarbital, claro, como Marilyn, pero está prohibido en el mundo entero. *¡Manda carallo!* Los perros y las vacas tienen acceso a una muerte dulce, sin dolor, pero los humanos lo tenemos prohibido. Sólo si estás condenado a muerte, y depende de dónde, o si eres un veterinario en ejercicio, podrás morir sin dolor, con una dosis mínima y dulce de Nembutal. Qué cosa tan absurda, que para morir en paz, sin dolor, tenga uno que ser perro, cerdo, u orangután, y entonces sí, entonces tu dueño, tu cuidador, te puede llevar al veterinario y exigirle una muerte dulce para su mascota. Mis padres, Alfredo y Aurora, murieron con dolor, crucificados por los médicos y las leyes. En cambio mis dos perros,

Ringo y Pepa, murieron sin dolor, dormidos y anestesiados. Qué mundo raro este, donde morir sin dolor está prohibido, y uno preferiría tener los mismos derechos que un perro en esos momentos.

Leo una carta de ánimo de John Green, y me entra la risa. Dice, el muy cabrón, para animar a escribir a otros: “Mira, todos vamos a morir. La especie entera dejará de existir en algún momento, y no quedará nadie que recuerde que alguno de nosotros hizo algo alguna vez: nuestras creaciones, todas ellas, se derrumbarán, y todo el experimento de la conciencia humana se archivará, sin leer, en la carpeta *Chorradas* del gran disco duro interestelar. Entonces, ¿por qué escribir otra palabra?” Hubo ocasiones, cuando daba clase de escritura creativa, que estaba tan harto de tirar del carro para que mis alumnos escribieran y dejaran de mirarme empanados, croquetas de bacalao, que les decía:

—Si alguno de vosotros puede dejar de escribir, si puede vivir sin escribir, que lo deje ahora mismo. Que salga de esta sala y huya rápido, antes de que sea tarde. Que se dedique a otra cosa —les decía, y ellos me miraban con el ceño fruncido—. Escribir no os va a hacer más felices, ni más ricos, ni más amados. Os traerá dolor de cabeza, dudas infinitas, conciencia crítica, y una cierta resistencia a vivir en este mundo, a disfrutar de la compañía insustancial de los demás. Además, la escritura es adictiva. Es la puerta que os llevará a dos abismos: el cielo y el infierno. No se admiten reclamaciones. Estáis advertidos.

Pero no se iban. Se ponían pegamento en el culo y se atornillaban a la silla, dispuestos al sacrificio. Les parecía divertido jugar a la ruleta rusa. Pobrecitos. La mayoría dejó de escribir poco después de terminar dos o tres años de taller, años de ensayo y aprendizaje, y desde entonces añoran el vértigo de la escritura, el beso de cianuro de esos relatos nacidos de la región más vulnerable de su existencia. Yo no he podido dejarlo todavía, y ya soy muy viejo para dejarlo. No sé hacerlo. A veces escribo con otros abecedarios, en otros lenguajes no verbales, como la edición de vídeos, o los viajes interminables alrededor del mundo, o la lectura de otros libros que escribo a medias con el autor. Un libro siempre tiene dos padres: el que lo escribe y el que lo lee, y ambos son responsables de esa historia que resucita cada vez que se lee. Si no hay lector, no hay libro: se llama feto. Yo ya estoy condenado a la escritura interminable.

Me escribe la nueva editora de SM, porque van a sacar una nueva edición de *Abdel*, en un formato de lectura fácil, y me pide una última revisión. Lo que menos me gusta es la dedicatoria. En las primeras ediciones, los primeros 200.000 libros, puse: “Dedicado a los culpables de nacer en otro sitio”. Pensé que todos entenderían que no era posible que alguien fuera “culpable” de nacer en otro sitio. Uno no escoge a sus padres ni el lugar en donde nace, y sin embargo eso nos marca a todos para siempre,

para el resto de nuestras vidas. En la mayoría de los casos, para mal. No todos los lectores lo entendían. Era una de las preguntas recurrentes en los encuentros con lectores de colegios e institutos.

—¿Qué significa la dedicatoria, eso de culpables de nacer en otro sitio?

—¿Alguien puede escoger dónde nacer? —respondía yo.

—No.

—Pues eso —y yo suponía que quedaba aclarado. Pero no.

—O sea, que no está dedicado a nadie —resumía el alumno, para anotarlo en las conclusiones de su trabajo.

—No, no. Está dedicado a los inmigrantes, a todos los inmigrantes, que no pueden ser culpables de nacer donde nacieron —insistía yo.

—Ah, vale. Ya lo entiendo —decía el colegial, sin entender nada.

Ese es el castigo que recibimos los autores que nos las damos de listos, que pretendemos hacer una gracia, un guiño cómplice a los lectores. Toma bofetada.

En la nueva edición, las editoras (son dos editoras) encargadas de hacer la adaptación y las correcciones, han cambiado la dedicatoria por “Dedicado a las personas que nacen en un país del que tienen que marchar”. Y no me gusta. Creo que tampoco se va a entender, y menos aún si se trata de lectores con limitaciones, tanto si son mentales como si son lingüísticas por ser extranjeros. Tendría que ser algo como “Dedicado a los inmigrantes”, y punto. Tampoco me gusta. “Dedicado a los que se ven obligados a salir de su país”. No sé, no me convence. “Dedicado a los inmigrantes, a los que persiguen un sueño, a los que huyen de la pobreza y la esclavitud”. Esa es la idea, pero no sé si se entiende. “Dedicado a los que huyen del hambre y los tiranos”. Eso no me lo dejan publicar, la censura me corta el cuello. “Dedicado a los que dejan su país en busca de un sueño”.

Dedicado a los emigrantes
que dejan su país
en busca de un sueño.

Quizá así esté mejor. No es para tirar cohetes, pero me gusta más que como está ahora. Que por lo menos los lectores tengan claro el significado de la primera página. Aunque es de “Un sueño” es un poco abstracto. No sé si lo van a pillar.

—Hijo mío, ¿tú tienes un sueño?

—Sí. Tengo mucho sueño. Me voy a la cama. Hala, hasta luego.

Es mejor decir algo positivo, como “buscar un sueño”, que no un mensaje negativo del tipo “huir del hambre y la tortura”. También podría ser “en busca de una vida mejor”, pero me parece que entonces los convierto en unos aprovechados, que viene aquí a quitarnos el trabajo y violar a nuestras mujeres. El discurso de los fascistas de Vox. Mejor no, mejor me quedo con el sueño, aunque sea abstracto e intangible. A fin de cuentas toda novela es un producto intangible, así que hace juego, como las cortinas del salón con la tapicería del sofá. Se lo voy a decir, que cambien la dedicatoria. Ahora vuelvo.

A finales del 2019 Bea y yo estábamos en Ubud, Java. Allí pasamos las navidades, recién aterrizados desde Nueva Zelanda. El día 29 de diciembre alquilamos una moto para ir al templo hindú Pura Tirta Empul, el manantial sagrado, construido a mediados del siglo X en honor a Vishnu. Allí Indra, el rey de los dioses, perforó la tierra para crear un manantial de agua inmortal con que curar a sus ejércitos después de ser envenenados por el malvado rey Mayadanawa. Estábamos a finales de diciembre y el calor de Indonesia era insoportable. Pagamos las 15.000 rupias de entrada, y nos adentramos por los estanques y piscinas del inmenso santuario. Nosotros ya teníamos nuestros sarongs estampados, pero alquilamos unos verdes para poder purificarnos en las doce fuentes del estanque. Yo iba desnudo bajo el pareo, y al entrar en la piscina la tela se subía de modo inapropiado, dejando mis vergüenzas a la vista. Tuve que hacerme un pequeño nudo en la esquina de abajo, y vaciar las bolsas de aire que se formaban bajo el pareo dentro de la piscina. Recorrimos las fuentes, con tres inmersiones y tres abluciones en cada una de ellas. Una serpiente, pequeña pero inquietante, nos siguió durante todo el camino, fuente a fuente, y nos vigilaba desde las piedras de cada uno de los caños de las fuentes. Un sacerdote nos recomendó no bañarnos bajo las dos últimas, reservadas a los muertos. En el segundo estanque, con nuevas fuentes, me aconsejaron una en especial, la tercera empezando por la izquierda, porque podía curar la diabetes. No parece haber funcionado. Un año más tarde sigo teniendo hipoglucemias e hiperglucemias a diario. De allí nos fuimos a una plantación de café donde tomamos una degustación de 6 tipos de tés y cuatro de cafés, hasta llegar al café *Kopi Luwak*, que se extrae de las heces de las civetas, unos pequeños mamíferos carnívoros del tamaño de las ardillas. El precio de una taza de café Luwak allí viene a ser muy parecido que el café arábica aquí, un euro más o menos, aunque si aquí pidieras un café Luwak, como el de allí, te cobrarían 70 euros. Si lo encuentras, claro. Ese mismo día recorrimos las terrazas de arrozales cercanas a Ubud, y después comimos una ensalada Gado Gado, y arroz con pollo al curry Kary Ayam. Delicioso. Por la noche, bailes balineses en el palacio de Ubud, o teatro de sombras y marionetas en Wayang kulit. Un día cualquiera en Java. Queremos salir ya de viaje otra vez, el coronavirus nos tiene encarcelados. Queremos escapar, conocer, comer, viajar, seguir recorriendo esta *road movie* que nos ha tocado vivir.

26

En el verano de 1985, poco antes de trasladarme a Nueva York a dar clases en las escuelas públicas a cargo del *Board Of Education*, un jueves por la tarde en el café de Ruiz, mi hermano Gonzalo le dijo a Eduardo Haro Ibars que yo era un cipresito. Eduardo era mi amigo, no amigo de Gonzalo, pero de pronto se quedó prendado de Gonzalo, a pesar de que era calvo y bajito. Es verdad que Zalo no era feo, pero sobre todo era muy fácil hablar con él. Eduardo, que era un conquistador a pesar suyo, le dijo a Zalo que con esos morros nunca tendría problemas para ganarse la vida. Eduardo era muy gay, sin pluma, pero gay. Como Leopoldo María Panero y Luis Antonio de Villena, los tres amigos desde la época del Liceo Francés. Bueno, todo eso no importa, Leopoldo María y Eduardo y Gonzalo están muertos ya desde hace tiempo. Pero que Zalo me llamara cipresito me molestó en ese momento. Luego lo pensé, y me siguió molestando, pero tuve que reconocer para mis adentros que era verdad. Que era una verdad inmensa. Que sí, que yo era una tristura de ser humano, una lechuga ajada, un lamento sin lágrimas. Estaba siempre cabreado, contra el gobierno, contra los partidos, contra las mujeres, contra el trabajo y contra mí mismo. El cabreo y yo éramos una misma cosa. Yo me gustaba a mí mismo así, radical, insobornable, con las ideas muy claras. Qué mal me habría llevado conmigo mismo si viviera ahora y me encontrara con ese Enrique. Él me habría llamado burgués y vendido al capital, y yo le habría mirado con displicencia, con superioridad, aburrido de sus monsergas y su cortedad de miras. No habríamos sido amigos nunca. Nos habríamos despreciado el uno al otro.

Hacerse viejo en parte es eso: aceptarse y despreciarse, en presente y en pasado. Dos por dos, cuatro. Cuatro valoraciones contradictorias, complementarias. Cómo me gusta descubrir que a veces lo contradictorio es complementario. Es un placer mínimo, atontolinado, ya lo sé, pero de pronto son diminutas anagnórisis (esa palabra jode, ¿a que sí?), pequeñas iluminaciones, relámpagos de lucidez que alumbran una piedrecita del camino. Pero a mí me vale. Otros prefieren descubrir nuevos bulbos a punto de germinar en los bonsáis, el punto de levadura para las magdalenas de chocolate, o la manera de pagar menos a Hacienda a través de donaciones al deporte de competición. Cada cual se la pela a su manera, ¿no?

A los 14 años fui al cine que estaba en López de Hoyos, a la altura de Prosperidad, cerca de la calle Cartagena. Ya no existe, claro, porque todos los cines de sesión continua de los barrios de Madrid han desaparecido. En la prensa había dos columnas de cines. Una, la de los estrenos, en la Gran Vía, y en la calle Luchana y Fuencarral, donde ponían eso, películas de estreno, una sola, con un nodo delante en el que podíamos ver a Franco inaugurando un pantano. Dejó España empantanada. Esos cines, los de estreno, eran caros, con asientos numerados y sesiones de hora exacta. Allí solo iba cuando nos invitaban nuestros padres dos veces al año. Así pude ver *Marcelino Pan y Vino*, *Mary Poppins*, *Chitty Chitty Bang Bang*, *La pantera rosa*, *Sonrisas y lágrimas*, *El violinista en el tejado*, *2001 Una odisea en el espacio*, *Helga El misterio de la vida*, *Doce del patíbulo*, *El puente sobre el río Kwai*, *El hombre que pudo reinar*, *Los hijos del capitán Grant*, *Las minas del rey Salomón*, *Infierno en el Pacífico*, *El desafío de las águilas*, *Los cañones de Navarone*, *Un hombre para la eternidad*. A mi madre le gustaban las de Charles Bronson. Tengo memoria exacta de cada una de ellas, no sé por qué esas películas de la preadolescencia se quedan grabadas en la retina de manera tan brutal, pero en buena parte creo que fueron las responsables, o las culpables, de que con los años decidiera que mi vocación era ser escritor. Porque esas eran las películas, qué maravilla, que yo veía con mis padres. Una selección extraña, visto con la distancia, bastante diversificada. Un acierto. Pero el aluvión de películas fueron las de sesión continua en los cines de barrio. Películas malas, en general. De piratas, gladiadores, indios y vaqueros, Tarzán, Fred Astaire, Chaplin, el Gordo y el Flaco. Entrábamos en el cine en cualquier momento, después de comer, a mitad de cualquier película, y veíamos la mitad de esa película, la siguiente en su totalidad, y la mitad que nos faltaba de la primera. A veces, si yo iba solo, que era bastante frecuente, me quedaba a ver la primera película entera, porque de pronto había antecedentes que no había visto antes, y que explicaban comportamientos posteriores. Bueno, porque me gustaba el cine, vaya. En realidad me quedaba hasta que tenía que salir corriendo a casa, para la cena, porque si no me caía una buena regañina. Una de ellas, no recuerdo el nombre, trataba de un mundo futuro en el que a partir de los 40 años a los habitantes se les retiraba, se les desconectaba de la vida, por viejos, por inútiles. Y los jóvenes se rebelaban contra esa injusticia, hasta que lograban que la muerte sucediera para todos no a los 40 años, sino a los 30.

Con mi madre, los dos solos, no sé por qué, en un cine de verano con pantalla al aire libre, vi *Dos hombres y un destino*, con Paul Newman, Robert Redford y Katharine Ross. Esa noche me la pelé acordándome de Katharine saliendo de un tonel que hacía de bañera. Vi mucho más de lo que enseñaba en la película. Y recuerdo otra película tristísima, de Aldrin, el tercer astronauta del Apolo XI, después del alunizaje, su vida posterior. Descubrí que había otras vidas después, que eran poco heroicas, pero reales. Mucho tiempo después de las hazañas. Y *El efecto de los rayos gamma sobre las*

margaritas, otra película personal dirigida por Paul Newman, pero sin Paul Newman, inquietante, ajena a las películas normales, olvidables. Y *Tristana*, de Buñuel. Y *La Celestina*, con trece años, en el cine Roma, que me generó tanta excitación al ver las tetas de las criadas de la Celestina, que esa misma noche me masturbé por primera vez pensando en ellas. Todo lo que quieras, de cintura para arriba, les dijo Celestina. Tetas fuera, menuda orgía.

27

Vale, sí es verdad: llevo años estudiando diferentes sistemas de suicidio, para encontrar el menos doloroso, el más rápido, y el más accesible. No es fácil. En el mundo los suicidas lo hacen de muy diferentes maneras, y en general tiene que ver con la disponibilidad de materiales que tengan a mano. Los norteamericanos, sobre todo de la zona central republicana, con buen acceso a las armas de fuego, lo hacen con sus rifles y pistolas. También los policías y los militares, si tienen un arma reglamentaria a mano. Después de muertos ya no les van a reclamar el mal uso de su arma. Algunos sospecho que se resisten porque queda en evidencia de que ha sido un suicidio, y las compañías de seguro ponen pegajos para pagar las posibles pólizas de vida contratadas. Las familias de los suicidas no tienen derecho a cobrar, pero si la muerte sucede por el error médico, accidente, asesinato, o una agonía lenta y dolorosa, entonces sí. Los suicidas con convicciones religiosas también tienen problemas de conciencia, porque los curas no dejan que se entierren sus cuerpos en los camposantos. Tienen que irse a los cementerios civiles, afuera de las tapias del cementerio donde están sus amigos, sus abuelos y sus padres. Y además, depende de dónde lo hagas, un tiro puede ser una buena mancha para la familia, y no digamos para la tapicería del sofá del salón.

Se suicidó. ¿En serio? Pero, ¿qué vida infernal le estaba dando su pareja para que se quitara la vida? ¿Es que nadie en esa familia se dio cuenta de lo que pasaba? ¿Están todos ciegos?

Se suicidó. ¿De verdad? ¿No estaría limpiando la pistola, y se le disparó sin querer? ¿Se equivocó de frasco, y se tomó las cincuenta pastillas sin darse cuenta? ¿Fue un acto de locura, una enfermedad insoportable, por desamor, se arruinó? ¿Era homosexual? ¿Qué delitos tenía pendientes para ser juzgado? ¿Tenía denuncias? ¿Sufrió abusos en la

infancia? ¿Defraudó a Hacienda? ¿Perdió la fe? ¿No creía en Dios? ¿Nadie le dijo que los suicidas van al infierno de cabeza?

Se suicidó. Casi no me lo puedo creer. ¿Será hereditario? ¿Sus hijos e hijas tienen esas tendencias? ¿Sus padres también eran suicidas? ¿Mató a alguien antes de matarse? ¿Fue por celos? ¿De verdad era tan infeliz?

Se suicidó. Nunca se lo perdonaré. No le tengo lástima: los suicidas son cobardes, incapaces de luchar por su vida. Cuando Dios cierra una puerta, siempre abre una ventana. La vida es patrimonio de Dios, y de nadie más. Suicidarse es la salida fácil. Es un acto de egoísmo: en lugar de luchar y solucionar los problemas, se quitan la vida, y destrozan la de los demás.

Se suicidó. Menos mal. Ya era hora. Eso que nos ahorramos. Un idiota menos en este mundo. Habrá dejado algo en herencia a sus hijos, al menos. ¿Ni siquiera dejó pagado el entierro? Pues que lo entierre la beneficencia. Creo que el Ayuntamiento tiene un servicio de esos para los indigentes. O que donen su cuerpo a la Facultad de Medicina, que los estudiantes necesitan cadáveres para practicar, por lo menos que haga algo útil, aunque sea después de muerto.

Se suicidó. No, donación de órganos, no. ¿Quién va a querer que le trasplanten el corazón de un suicida? Yo no, madre mía, vaya futuro me esperaba. Imagínate, con pesadillas todas las noches. O que me trasplanten su mano, la que apretó el gatillo, que a saber qué otras cosas terribles tocó a lo largo de su vida. Quitá, quita, prefiero que me dejen con el marcapasos y el muñón, que de ese no me fío.

Se suicidó. Me suicidé. ¿Y sabes por qué? Pues por nada de lo anterior, listo del parchís. Que lo sepas. Ni siquiera porque esté harto de todos vosotros, conocidos y desconocidos, humanos e inhumanos, y eso que dais motivos de sobra para quitarse uno de en medio. No me creo mejor que los demás, ni te lo pienses, pero ser igual de bobinas que los demás no es suficiente para seguir con vida. La verdad es que, lo creas o no, soy feliz. Y lo he sido durante toda mi vida, a rasgos generales. Hubo disgustos, claro que sí, vaya aburrimiento una vida sin altibajos, sin alguna que otra bofetada. Pero he tenido más besos que golpes, muchos más. Y en esta última etapa de mi vida, los que más. Si me dicen que cuáles han sido los años más felices de mi vida, no me queda duda: Los 20 últimos años. Los que he vivido con Bea, y en gran medida, en un 90%, gracias a ella. Gracias a ella he logrado ser quien soy ahora mismo: un hombre feliz que se quiere a sí mismo y se siente querido. Y ese es el motivo por el que me suicidaré, no hoy ni mañana, sino algún día que calculo que puede ser dentro de 10 años, más o menos. Cuando tenga 75 años, que quizá sea con 70, o quizá con 80. Dado que mi esperanza de vida, por el hecho de ser diabético tipo 1 desde los 35 años, es 10 años menor que la del

resto de la población, y sabiendo que el resto de la población española, de media, muere a los 80 años, pues a mí me toca a los 70 años. Aproximadamente. Mis padres no murieron a los 80, sino a los 90. Y mi hermano Gonzalo con 41. Yo no tengo prisa, de verdad. Ni siquiera tengo interés en darle la razón a las estadísticas, pero ahí están, para hacerte una idea, para planificar un poco tu vida, el resto de tu vida. Yo quiero planificarla, hacerme una idea del tiempo que me queda. No el tiempo hasta que el cuerpo diga basta y reviente, sino el tiempo con calidad de vida, con felicidad. Cuando en el cuerpo haya más dolor que placer, cuando mi memoria se tambalee, cuando necesite ayuda para moverme, cuando Bea y yo lo decidamos de común acuerdo porque la vida comience a caer por el precipicio, me iré, nos iremos, sin hacer ruido. *Final Exit. Sit tibi terra levis.* Alegraos por nosotros, fuimos felices, ni la muerte pudo separarnos. Nuestra muerte no fue una agonía, sino un último canto feliz a la vida.

Aunque este texto, que ya empieza a ser un poco leñoso y redundante, esté escrito sin guion ni escaleta, lo cierto es que yo soy de los novelistas que escriben con guion. De los que planifican la novela, y saben qué va a suceder en el primer y en el último capítulo antes de escribir el primer borrador. Lo titulo con el 00 al final del nombre del libro. Por ejemplo, *Abdel00* es el armazón, los andamios, el archivo que contiene el resumen de *Abdel* antes de que escribiera la novela *Abdel*, con un resumen de cuatro líneas para cada capítulo, y una breve biografía de los personajes. Tres o cuatro páginas en total, no más. Luego empezaron a aparecer *Abdel 01*, *Abdel 02*, *Abdel 03*, y así hasta la última versión que haya. Ese es mi método de trabajo, el que he seguido hasta ahora en todos mis libros, incluso de los que no están publicados, como *120 kilos* y *En otra piel*, mis dos novelas acabadas y no publicadas, hasta ahora. Puede que nunca. No son malas, creo yo, pero entiendo las reticencias de los editores, porque son las más políticamente incorrectas. Hablan de temas como la homosexualidad, el *bullying*, la anorexia, los muertos y las guerrillas latinoamericanas. También seguí ese esquema de trabajo con *Cabeza rapada*, *Cartas para una novia*, *La segunda muerte del fantasma*, y *Pacto de sangre*, todas inacabadas, porque a la mitad me quedé atascado, perdido. No me convencía dónde había llegado, y no supe seguir. Se quedaron ahí, a medio formar, abortos prematuros.

Con los viajes hago otro tanto. Me dejo sorprender en el camino, claro que sí, como al escribir, pero antes de salir, antes de subirme al primer avión, ya sé en qué países y ciudades voy a dormir cada noche, qué hoteles están reservados, y cuál es la fecha de regreso. A veces hay pequeños cambios, como el tener que renunciar a visitar La Paz y el salar de Uyuni por culpa del mal de altura, por el apunamiento que sufrimos en Puno, en la frontera entre Perú y Bolivia, después de subir a Cusco y Machu Picchu sin problemas. O cuando no pudimos entrar en China en marzo de 2020 por culpa del

coronavirus, y adelantamos el regreso a Tenerife desde Saigón, en lugar de Pekín. Pequeños cambios que apenas se notan en el paisaje global del viaje.

Las reformas de la casa, de arriba abajo, cambiando puertas, ventanas, suelos, techos, tabiques, pintura, luz, armarios, desagües, baños, muebles, cocina y exteriores, estuvo planificado como una novela, como un viaje.

¿Cómo no hacer lo mismo con lo que nos queda de vida? ¿Cómo no sacar el billete de regreso a la nada, regreso a la inexistencia, con anterioridad? ¿Tendré que esperar que el dolor y el deterioro, inevitable con el curso natural, me maten, sin que pueda yo decidir dónde, cómo y cuándo morir? De eso nada. A mí no me amarga el viaje de la vida nadie, y menos aún el final del viaje. No pienso dejarlo en manos de desconocidos de moral dudosa. Me refiero a los médicos, y a Dios, si es que existe y está por ahí escondido dedicado a torturar viejos en los últimos momentos de su vida. Que no, que a mí no me van a estropear los últimos momentos. Quiero disfrutar hasta el final, hasta el último día. Y cuando ya vea que lo que queda de vida no es más que una cuesta abajo llena de piedras y pedradas, llena de dolor y pérdida de control y de conciencia, antes de que otros se ocupen de administrar mi dolor, yo ejecutaré mi retirada, mi muerte sin dolor, mi suicidio. Satisfecho, feliz, burlándome del dolor innecesario, en plenitud. Bea dice que se viene conmigo, que ella no quiere vivir una vida en la que yo no esté. La comprendo. La entiendo perfectamente. A mí me pasa lo mismo. Yo moriré a través de un suicidio indoloro cuando vea que lo que me queda de vida ya no vale la pena, porque el dolor, la incapacidad o la amnesia hagan la vida invivible. La ausencia de Bea haría insoportable la vida en el mismo momento de su ausencia. Yo no querría vivir ni seis horas más en su ausencia. Hasta me cuesta separarme de ella tres horas, si se va al Corte Inglés a devolver un pañuelo y yo me quedo en casa escribiendo. Lo aguanto porque sé que no va a tardar, que puedo ir haciendo la comida, y no se va a enfriar. Pero en el caso de que Bea muriera antes que yo por lo que sea, accidente, enfermedad, asesinato, yo me iré con ella a toda prisa. Cagando leches. Nada ni nadie me retendrá en un mundo donde ella no esté. Ese es un mundo que no me interesa lo más mínimo. *Ciao, bambino*. Ella dice lo mismo que yo, pero dada la vuelta. Que si yo me muero, ella la palma. Me asombra un poco. Creo que me quiere de una manera tan enfermiza como yo la quiero a ella. Debe de ser eso. Es una enfermedad de la que no nos queremos curar, que nos hace felices.

Antonio Guerrero se suicidó de un tiro en la cabeza. Tenía cáncer, irrecuperable. Jaime fue a visitarlo a su casa, en Caracas, unos días antes del suicidio. Antonio lo esperó, quería haberse suicidado antes, pero esperó a Jaime para despedirse de él, y a través de él, de todos nosotros, sus hermanos adoptivos. Lo tenía todo preparado. Lo tenía muy claro. El cáncer lo iba a matar de dolor, los hospitales lo arruinarían, y no podría dejar ni

un céntimo a su hija. Así que, aunque estaba divorciado desde hacía años, se volvió a casar con su mujer, para que así ella pudiera cobrar la pensión de viudedad. Esa no te la quitan porque tu marido se suicide, la viuda no tiene la culpa de que el marido sea un cabrón suicida, claro. Antonio era homosexual, así que lo de divorciarse, muchos años antes, fue lo normal. Lo raro es que se hubiera casado, y que tuviera una hija, pero hablamos de los años 60, en Venezuela, donde la homosexualidad, por principio, no existía. Era impensable, incluso para los propios homosexuales. Así que se casó. Y también aprobó el examen para la cátedra de Física Nuclear en la Universidad Central de Caracas, la Simón Bolívar. Y tuvo una hija. Pero luego se divorció, claro. Eso no era sostenible, no era vivible. Y como buen catedrático de Física Nuclear, él era un inútil para las cosas cotidianas. Antes de divorciarse, con frecuencia se quedaba a dormir en su despacho de la Facultad de Físicas. Allí tenía un pequeño sofá. Cada vez pasó a quedarse más noches a dormir en el seminario, en la segunda planta, al fondo del pasillo. El cuarto de baño quedaba cerca, eso era una suerte. Al final, después de dos semanas, se compró una colchoneta y una almohada, que guardó con disimulo detrás de sofá. Así podía dormir un poco más a gusto, al menos hasta que encontrara un piso donde instalarse. Tres meses después, cuando el guarda de seguridad ya le había sorprendido media docena de veces, se fue dando cuenta de que no era el único que vivía de manera clandestina en la Facultad. El adjunto a la cátedra de Astrofísica también vivía allí, oculto como él, como garrapatas bajo la piel del edificio. Y la secretaria de Nóminas, y cuatro estudiantes que se encerraban en el aula 305. Pasaron cinco años más antes de que se pegara un tiro en el paladar.

—¿Y por qué un tiro? —le preguntó Jaime—. ¿Crees que es la mejor manera de suicidarse?

—Mira, yo preferiría una sobredosis de heroína, o de morfina, o de cualquier anestesia —respondió Antonio—. Pero cada cual tiene que buscar las cosas que le resulten más fáciles de conseguir. Yo no tengo ni idea de cómo comprar drogas ni anestésicos, no conozco a nadie de ese campo. En cambio una pistola, aquí, en Caracas, es muy fácil de comprar. Nadie hace preguntas. Están por todas partes. Te vas a las calles que están detrás de la Torres del Silencio, y te las ofrecen a cada paso.

—¿Y te quieres suicidar dónde, en casa de tu hija? —preguntó Jaime.

—No, no, que va. Si te suicidas dentro de una casa, llega la policía, destroza la casa y roban todo lo que pueden. Es una idea pésima.

—¿Entonces?

—Aquí, en la Universidad, pero no en el Departamento, que lo dejarían revuelto hasta más no poder. Lo mejor es en el Campus, pero fuera de edificio. Al aire libre, para

que me encuentren los guardias del Campus, no la policía. Y con una nota manuscrita dirigida al juez que se ocupe del caso. Así no molestarán a mi mujer ni a mi hija.

Lo encontraron tres días después de muerto, porque estaba un poco oculto, debajo de un ficus, no tan a la vista como para molestar a los estudiantes con el espectáculo. Su hija ya sabía que se había muerto, que se había suicidado, porque se lo dejó escrito en un papel sobre su mesa del despacho. Y con las instrucciones de qué hacer, a quién llamar, qué decir, cómo gestionar la solicitud de pensión para su madre y para ella. Y un email ya redactado que debería enviarme a mí, a Enrique, para que yo me encargara de contárselo a mis hermanos. Yo supe que había muerto antes de que lo encontraran los guardias. Antonio y yo dormimos en la misma cama decenas de veces, en Quinta Loló, cuando él se quedaba por la noche porque se le había hecho tarde. Yo era de los pequeños, entre 10 y 12 años, y él era amigo de los mayores, de Javier, Tito, Coque y Nacho. De hecho, cuando todos regresamos a Madrid, él se quedó viviendo con Javier, compartiendo casa en Caracas, hasta que Javier se casó con Betty, y la cosa salió mal, y Javier se vino a Madrid, dejando a Antonio solo en Caracas. Entre Antonio y yo nunca hubo sexo, él estaba demasiado reprimido, y yo aún no había tenido mi primera eyaculación, que pasó en Madrid, ya en 1968, con trece años, y por culpa de *La Celestina*. Bueno, de la película de *La Celestina*. ¿Cómo no dedicarse uno a escribir, si hasta los inicios del sexo fueron literarios?

Luego se suicidaron más. Diego Parra, lanzándose desde lo alto de su propio edificio de trabajo, en Bogotá. La madre de Rosa en la piscina, ahogada. La mujer de Harry Debelius por la ventana, desde un piso 14 en Arturo Soria. Gonzalo en la mesa del quirófano, él sabía cómo morir sin dejar rastro, para eso era médico. Cada cual se suicida como puede. Robin Williams ahorcado en la puerta del armario de su casa. Dicen que la mayoría, por número en el mundo, se ahorcan. Es feo el aspecto posterior, pero dicen que no duele tanto. Nadie habla por experiencia propia, claro, pero se sabe. La mejor manera, según los teóricos y estudiosos del suicidio, es un cinturón explosivo, como los de los mártires yihadistas, o con dinamita de las minas. Sin dolor, pero con los fragmentos del cuerpo repartidos por todas partes. Un asquito, no para el muerto, sino para los que tienen que limpiar después. Los yonquis mueren de sobredosis. Lo tienen fácil. Las enfermeras de Inglaterra con Paracetamol, pero con mucho paracetamol, no sé cuántas cajas. Los diabéticos con insulina, aunque a mí no me apetece mucho eso de la sobredosis de insulina, porque estoy harto de las hipoglucemias. No me creo que los japoneses se suiciden haciéndose el harakiri, eso solo pasa en las películas. Cortarse las venas es un estropicio, y no me creo que no duela, como lo de ahogarse en el mar, aunque otros dicen que no duele. No sé. Yo estuve a punto de ahogarme hace dos veranos, en Santander, y me asusté mucho. Tendría que estar muy borracho. Además, hace frío en el mar. No me gusta. Tirarse desde un puente, o por la ventana, me da

vértigo. Tendría que hacerlo de espaldas, de frente no podría. Y tendría que beber bastante whisky antes. Y con gas de helio, o mejor nitrógeno, también podría ser. Mejor que todo lo anterior, desde luego.

28

Siempre me llamó la atención la famosa foto en blanco y negro de Stefan Zweig y su esposa Lotte, abrazada a él, muertos en la cama, tras suicidarse con una sobredosis de Veronal. Sucedió en Petrópolis, Brasil, el 22 de febrero de 1942. Stefan Zweig tenía 60 años recién cumplidos. Lotte era su segunda mujer. Según la autopsia se suicidaron a las seis de la mañana, primero él, y luego ella. No descubrieron sus cuerpos hasta tirar la puerta debajo de su dormitorio a las cuatro de la tarde. Singapur acabada de rendirse a los japoneses, y tanto Zweig como su mujer estaban convencidos de que Hitler y el tercer Reich iban a conquistar el mundo entero. Ellos eran judíos, y no estaban interesados en vivir ese mundo que se les abría a sus pies. En la nota de despedida, Zweig decía que estaba cansado, que 60 años eran muchos años, y ya no quería seguir reconstruyendo su vida, huyendo siempre, ni quería ver en qué se convertía el mundo dirigido por Hitler. No es de extrañar. Si eres judío, tienes sesenta años, estás exiliado, y ves que los nazis se apoderan del planeta, lo mejor es hacer una pederreta y tomarse una sobredosis de Veronal. Los libros que he leído de Stefan Zweig me han mostrado a un escritor con una capacidad de empatía y profundización increíbles. Sus personajes, muchas veces torturados mentalmente, inseguros, llenos de remordimientos, son espejos de los momentos más tensos o intensos de nuestras propias vidas. Le acusaron de no ser suficientemente explícito en su denuncia contra el nazismo. Los demás siempre deciden lo que cada cual tiene que pensar y decir. Zweig buceaba en la mente de sus personajes, y les daba una profundidad que ni la mitad de las personas reales tiene. Zweig era capaz de psicoanalizar la derrota, las pasiones, las frustraciones y el desamor. *Carta a una desconocida*. Solo los rusos, Tolstoi, Chéjov, han sido capaces de profundizar tanto, y con tanta sinceridad, en los personajes, en las personas. Estoy convencido de que igual que Zweig son muchas las parejas que mueren juntas, que se suicidan en una misma ceremonia. No sale en los periódicos, no se cuenta, ni siquiera los familiares lo dicen, porque suicidarse siempre es un pecado, una mancha en la familia, en el recuerdo, en la religión. Un atentado contra Dios, que ha sido desposeído

de una de sus mejores prerrogativas, la de quitarle la vida a todos y cada uno de sus vasallos cuando y como a Él le dé la gana. Los hay rebeldes, insumisos, insurgentes, que deciden quedarse con ese poder, arrebatárselo a Dios, un deicidio, y poner fin a sus vidas cuando ellos deciden, haciendo uso de su libertad, que para eso la tienen.

Yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Bea ha comprado una botella de vino Glögg en Ikea. Se toma caliente. Después de macerarlo con almendras, higos turcos, ciruelas, jengibre, canela, pimienta, anís, clavo y azúcar. Un rato a calentar en la olla, y un trago por la garganta. Qué rico. Al tercer trago hemos empezado a cantar villancicos, y de pronto se han levantado en medio del salón cinco mercadillos navideños de Centroeuropa, todos a orillas del Rin. Con el resto haremos mermelada, y así podremos empezar a cantar desde por la mañana.

Dentro de tres días acaba noviembre, y acaba el NaNoWriMo. Se supone que el reto de escribir un libro en un mes habrá sido cumplido. Las bases hablan de 50.000 palabras, pero a estas alturas yo ya llevo 63.000, así que me he pasado tres pueblos y cinco pedanías. Puede que llegue a las 66.666 pasado mañana, cuando termine noviembre, y eso es cien veces el número de la bestia. Lo que no sé es qué voy a seguir haciendo, escribiendo, a partir de ese momento, en diciembre. Ya he cogido la costumbre, velocidad, vicio, y me gustaría seguir avanzando hacia ese no lugar al que me lleva la escritura. A lo mejor encuentro algo. No lo creo, la verdad, pero sí que me creo que por el camino recogeré algunas setas, caracoles, castañas, moras y margaritas silvestres. No quiero más. No busco más. Sé que para encontrar algo, muchas veces hay que dejar de buscarlo, abrir los ojos, y dejarse sorprender. Ya sé que esto es demasiado abstracto, demasiado intangible. Creo que en algún momento me aburriré de dar vueltas y vagabundear entre las líneas de estas páginas virtuales, y en ese momento me sentaré a la sombra de una palabra esdrújula, junto a un punto y coma, bajaré la vista al suelo, y entre mis zapatos, casi confundida con la tierra, me encontraré una llave. La llave. Miraré a uno y otro lado, por si hubiera alguien cerca que pudiera haber perdido esa llave, que no piensen que si me la cojo del suelo es porque quiero quedarme con algo que no es mío. Sé que no habrá nadie, porque después de sesenta mil palabras ya le he dado el esquinazo a todos los policías ceñudos que habitan en la comisaría que se aloja en mi interior, entre el bazo y la cola del páncreas.

Esto es el sprint final, y aunque cayera fulminado por un rayo en este instante, hace días que mi objetivo ha sido cumplido. He escrito cada día durante un mes, y el total rebasa las cincuenta mil palabras. Punto. No existen más condiciones. Solo me queda cerrarlo, y que el cierre no sea lo peor del texto. Tampoco busco fuegos artificiales ni redoble de tambores, como en las sinfonías clásicas. Ya me conoces, yo soy más de Chéjov, aunque sin exagerar eso de los finales abiertos. Una cosa es que la vida continúe, que no se acabe el relato como los cuentos de Poe, con un golpe seco de la tapa del ataúd que se cierra, y otra cosa es que el lector, que no es ninguno, sino yo mismo, al menos de momento, piense que se le ha perdido una página del manuscrito, la que hace que se dispare la pistola que aparecía colgada de un clavo en la pared en el primer párrafo de esta historia. Ya sé que no había ninguna pistola, no la busques, es solo una pistola imaginaria, un consejo de escritura de Chéjov. Es raro porque el consejo parece más de Poe, cuando aconseja que la pistola que aparece en el primer párrafo debe dispararse y matar al protagonista en el último. El universo del relato es cerrado, incluso para los rusos. El lector tiene que decir FIN antes de llegar a leerlo. Y no por aburrimiento, sino por saciedad, porque comprende que la historia está completa, ha terminado, y ya puede regresar a su vida monótona, con la sonrisa triste del que vuelve a casa después de una infidelidad que nunca debería confesar.

Al empezar este proyecto, este escrito, tenía que darle un título provisional al manuscrito. Lo titulé *Kale borroka*, revuelta callejera en euskera, terrorismo de baja intensidad. Así es como el doctor Blanco llamaba a mis hermanos. Él no conoció a ninguno de ellos, excepto por referencias, las mías. Así que, con los datos que yo le daba, él decidió que los momentos en que nos juntábamos, en vacaciones o en navidades, más que una reunión de hermanos era una *Kale borroka*. El doctor Blanco no era especialmente bromista, y en los siete años que duró el psicoanálisis siempre nos llamamos de usted, él a mí y yo a él. Nunca nos sentimos incómodos llamándonos de usted. Nos respetábamos el uno al otro lo suficiente como para no importarnos el tratamiento, y sí la autopsia de mis sueños, deseos y frustraciones. Yo le dije que necesitaba esnifar una raya de cocaína antes de cada reunión con mis hermanos, para poder soportar la intensidad, para anestesiarme. No era porque los odiara, ni mucho menos, sino porque las reuniones siempre fueron una competición de testosterona, a ver quién mea más lejos, a ver quién la tiene más grande, a ver quién es el último en llorar, en derrumbarse. No queríamos hacernos daño, al menos de manera consciente. Solo queríamos sobrevivir, mostrar a los demás que éramos guerreros curtidos, que nada ni nadie nos podría dañar. Ni siquiera los unos a los otros. Patéticos huérfanos, llorica manteles, aunque nuestros padres estuvieran delante, sentados en el sofá, o presidiendo la mesa del comedor.

La cocaína me anesthesiaba la conciencia, me inmunizaba, me añadía una capa de piel gruesa a mi esqueleto desnudo. Los latigazos, los puñetazos, las cuchilladas no me llegaban hasta debajo de la piel, por fin. Yo no sangraba. Tras el psicoanálisis, con una piel nueva, construida con palabras y deconstrucción de sueños, pude dejar la cocaína. Fue hace 20 años. A mediados del 2000. No fue fácil, tuve que pasar casi una semana en la cama aguantando el mono, pero no fue tan terrible como las curas de desintoxicación que tenían que soportar los que de verdad estaban enganchados a la heroína. Yo jamás probé la heroína, ni el LSD. No lo echo de menos. Incluso, al dejar de consumir cocaína, me sobraron tres o cuatro gramos, yo compraba casi al por mayor, me abastecía para varios meses, y le devolví el resto a Ismael, mi camello. No quise que me devolviera el dinero, ni que lo consumiera él, sino que lo tirara, o lo vendiera a otro, eso me daba lo mismo. Yo no lo quería, y ahí terminaba mi necesidad.

29

En el Rastro de Madrid, a mediados de los 90, me compré un pequeño depósito de metacrilato transparente, al que la gente del oficio, del oficio de esnifar coca, quiero decir, lo llamaba Arturito. Era una broma friqui, porque el aparatito se parecía en miniatura al robot R2D2, de la *Guerra de las Galaxias*. Ar-tu-di-tu, en inglés. De ahí la broma. Se le giraba una canilla de la parte superior, se le daba la vuelta a Arturito, y con ello se recargaba para un tiro de coca, menos que una raya, quizá una cuarta parte, y al girarlo de nuevo podías meterlo en la nariz, con disimulo, delante de 50 personas. Aspirabas, y nadie se daba cuenta. Solo te habías rascado la nariz con discreción. Hasta podías estar hablando delante de un micrófono y 300 personas, y solo los dueños de otros arturitos se darían cuenta de la operación. Yo nunca conocí a nadie que lo tuviera. Tampoco es que lo fuera enseñando, ni preguntando. Nunca fui un drogadicto social, de los que usan la coca o los porros para socializar, para las fiestas, para compartir la felicidad. Nunca. Yo era de los egoístas, de los que consumían en secreto, sin que nadie lo supiera, sin jamás ofrecer a nadie. A veces lo usaba para escribir, después de echarme una siesta, a media tarde, me despejaba con un tiro de coca. Otras veces para anesthesiarme en reuniones familiares, ya lo he dicho. Y algunas también en las clases de la tarde, para no dormirme, para estar más espabilado. Y por último, en las noches de karaoke, cuando salía con los alumnos a cantar y beber en el karaoke del parking de la

plaza de Los Mostenses, después de cenar en el Da Nicola. Yo ya sabía que mi máximo eran tres whiskies con hielo, o a veces con cocacola. Pero nunca más de tres. Sabía que el cuarto me podía tumbar en el suelo, cogorza total, cantos a la amistad y al buen rollito, así que nunca pasaba del tercero, y cortaba el comienzo de la borrachera con un tiritito de coca. A veces dos. Y si la noche se alargaba, hasta tres. No seguidos, claro, sino espaciados, uno por hora. Como los cubatas. En una ocasión una alumna me lo detectó, no a Arturito, sino la coca. Ella consumía, y conocía bien los efectos.

—Tú tienes coca. Te lo noto. Podías invitar, ¿no?

—¿Coca yo? Tú alucinas. Ni de coña —mentí.

No sé si la convencí o no, pero lo que sí sabía es que no estaba interesado en entrar en el circuito de los consumidores sociales, en los que pasaban la noche buscando su dosis, invitaciones, fiestas, yo conozco a uno que... Me aburría ese mundo antes de conocerlo. *Historias del Kronen*, de José Ángel Mañas. Pasando. No lo critico, allá cada cual, pero no tengo por qué ser un consumidor como los que otros dicen que debes ser. Como si bebes solo o en pandilla. Allá penas. Cada uno que beba, fume o esnife como le dé la gana. Yo sabía bien lo que quería, y lo que no quería. Así que mi paso por el mundo de las drogas ha sido más bien efímero y utilitarista. Los porros de hachís me mareaban, los de marihuana no me hacían efecto, el LSD ni lo probé. Las pastillas para dormir jamás, las anfetaminas sí, para estudiar, la mitad de las asignaturas de la carrera de Filosofía se las debo a la *Centramina*, que se compraba en farmacias sin receta. Era muy barata. Baratísima. La *Dexedrina* no me gustaba, me parecía demasiado suave, me quedaba dormido igual aunque me la tomara. No me hacía efecto. Después del examen, y de la noche en vela estudiando, tenía que acostarme con una especie de bajón, de resaca sin alcohol. Y por la tarde, como nuevo. Eran los años 70. Las anfetaminas se compraban sin receta, pero las píldoras anticonceptivas no. Para eso necesitabas un médico, y de los privados, porque los de la Seguridad Social ni de coña iban a recetar anticonceptivos. ¿Tú estás loco?

Supongo que debería matar a todos mis hermanos, como prometí. La pistola de Chéjov, recuerda. Matarlos en papel, que de verdad ya se ocuparán ellos mismos, o los médicos, aquí no se salva nadie. Ellos sé que no lo harán, nunca han tenido ni el más mínimo interés en el suicidio. Javier, como mucho, dice que si tuviera un botón rojo para desconectarse, junto a la cama, un botón que con solo pulsarlo, de modo automático, sin dolor ni agonía, se quedara muerto al instante, igual que se apaga una bombilla, que entonces sí, que entonces lo apretaría más de una vez. ¿Pero cómo lo vas a apretar más de una vez? ¿Es que acaso uno se puede morir varias veces? No, ¿verdad? Eso solo nos pasa a los diabéticos, con las hipoglucemias. Al resto no. El resto tiene un muerte y punto. Se acabó la fiesta.

Recuerdo que ya los maté a todos un par de veces. En *Pacto de sangre*, desde luego. Si es un antojo, pues vale, se acercan las navidades con Coronavirus, así que es un buen momento para las orgías de sangre.

A Tito le podía haber estrellado en su avioneta, un día de bruma, dándole golpecitos con el dedo al altímetro que de pronto no funciona, y así, de golpe, saliendo de la nada, aparece la tapia del abrevadero del tío Honorio. Catapún. A Tito le hubiera gustado, y poder contarle, exagerando. Pero no se puede estar en misa y repicando. No puedes morirte de risa y contar el chiste tú mismo. Bueno, eso sí, pero lo de la tapia no. Pero ahora Tito ya no vuela. No creo que se acuerde siquiera de dónde tiene aparcada la avioneta, ninguna de las dos. Pero lo podemos tirar por un acantilado con su BMW. O pedirle prestada la tapia al tío Honorio otra vez. Pero no. Tito murió cayendo por las escaleras del Auditorio de Santander, como el cochecito del niño de *El acorazado Potenkin*, después de escuchar la mejor interpretación de la Novena Sinfonía, qué barbaridad, con la Orquesta Filarmónica de Berlín dirigida por Herbert von Karajan, aunque esté muerto hace más de 30 años. Un esfuerzo, qué más te da, Herbert, sacude la batuta, acuérdate de que Tito es mi padrino, es el que me tiene que defender y proteger cuando mis padres se mueran, y ya se han muerto, mecachis. Si no puede ser, pues nada, que se atragante con el hueso de una aceituna. Qué cosa más tonta, morir así. Uf. No quiero ni pensarlo. Si es que no somos nada, no somos nadie.

A Javier, en escena. Ja, eso quisiera él. O atropellado por un autobús al caerse de la bicicleta. O con el cáncer de próstata inundándole todo el cuerpo. Qué pena, así no. Eso no mola nada. Mejor como Macuquilla, que se quede dormido y no se despierte. Así de fácil.

Coke también hace teatro ahora. Herencia de nuestra madre, que era muy teatrera, ella, de lágrima fácil y manipulación emocional bien aprendida. Sus dos hijas aprendieron bien. Los hijos menos, los hijos aprendimos a no mostrar nada, a callar, a anestesiarnos. Coke se caerá de un árbol, o un árbol se caerá encima de Coke. Las dos valen. También puede recibir un golpe de azadón de un paisano pasiego cabreado porque nunca le dio permiso para construir una choza en el monte.

Nacho morirá por mordedura de una serpiente a las afueras de la Pousada do Taxo, cerca de la playa de Siriú. O de un sartenazo en la cabeza que le dará Vania, por tener la boca cerrada durante tres semanas seguidas. O, lo más probable, que yo he viajado como copiloto en su coche, estrellado contra otro, un kamikaze gemelo a él, pero que venía en dirección contraria, entre Florianópolis y Garopaba, o entre Buenos Aires y Bariloche, aunque él no esquía, pero sus hijos y nietas sí.

Jorge de un infarto. Se lo está ganando. No necesita más que ver una buena pelea de boxeo en televisión, o que su hija le diga que se ha quedado embarazada y no sabe de quién, o que Ana le confiese que tiene un amante que trabaja como auditor de empresas farmacéuticas, o policía de proximidad. También puede ahogarse en el Nilo, pero eso ya lo ha hecho, y desde entonces tiene pesadillas una vez a la semana.

A Gonzalo lo resucito. Y que se case, en terceras nupcias, con una trigueña venezolana de metro ochenta. Zalo era bajito, así que con eso se compensa. ¿Qué otra cosa puedo hacer, si ya está muerto? En la cama del hospital de Valdecilla, el día anterior a que le operaran de corazón abierto, la víspera de su muerte sobre la mesa del quirófano, me pidió que le llevara al hospital una papelina de cocaína. Para entonarse antes de la operación, o para después. No sé. Años antes, cuando vivía en la plaza de la República Dominicana, de vez en cuando él me traía unos gramos de cocaína, él no consumía, ni yo tampoco, pero algunos pacientes o clientes le pagaban con papelinas. Manda huevos. Y yo se las vendía a Hilario Camacho. Se las llevaba a su casa de Chamberí. Hilario decía que era buena. No sé, yo no la probé. Hilario murió en el 2006, Zalo en 1993.

La Nena morirá de cáncer, aunque sé que no quiere. Prefiere otra muerte. Lo sé. Querría morirse como Macaquilla, dormida en su cama, con el desayuno preparado para el día siguiente y la casa recogida. Pero creo que no. Me da que nos va a enterrar a todos, que será la última. Ya sé que tampoco lo quiere. Tal vez se caiga de la moto y se rompa la crisma contra el asfalto. O quizá se tome el cianuro que le preparó su amigo químico catalán, harta ya de las migrañas y de sus hijos garrapatas.

Enrique, ese soy yo, lo tiene más claro que el agua: 25 gramos de Nitrito de sodio, con un poco de metoclopramida y diazepam un poco antes. Si no, Fentanil, Valium, Amitriptilina, aunque por encima de todos ellos en pentobarbital, ya lo he dicho. Y si no, como último recurso, helio, nitrógeno, tubos de escape, y *night night*. No tengo vidas suficientes para probarlos todos. Ninguno me parece genial, pero bueno, morirse nunca es fácil. El que diga que quiere la píldora mágica, que sepa que no existe. Se necesita mucho investigación y recursos mentales, económicos y hasta físicos para llegar a una buena muerte. Hay que trabajársela. ¿Por qué crees que soy miembro de *Derecho a Morir Dignamente* y del foro de *Sanctioned Suicide* desde hace años?

A Jaime, angelito, medio metro, tan necesitado siempre de compañía, tan a disgusto consigo mismo, el otro miembro de la sociedad en comandita que fundamos en Caracas, cuando compartíamos cuarto, morirá de viejo, aunque no tan viejo. Pongamos que con 83 años. ¿Ochenta y tres años, y no tan viejo? Bueno, ya se sabe, los viejos nunca dicen que son viejos. De muerte natural, parada cardiorespiratoria. Pues estaba hecho un claval, dirán de él. Yo no lo diré, vive Dios, porque yo ya habré muerto

diez años antes. De viejo, con perdón. Mi tía Pilar, con noventa años, cuando la llamaban “señora”, ella, muy ofendida, respondía siempre.

—Señorita, oiga. Que aún estoy soltera.

Y Peancha, la última, no sé bien. Quizá de dolor. De tristeza por sentirse abandonada. Quizá viva mucho, y ojalá que sea feliz. A los nietos los verá poco, y Basilio estará siempre a su lado, aún después de muerto. Puede que Peancha se muera atragantada con una espina de pescado, pobre, con lo cuidadosa que es ella siempre con las cosas de la comida. O un cáncer de cerebro. No son migrañas, pero tantos años enganchada a la codeína le provocaron daños irreversibles.

Para todos ellos, y como resumen, parada cardiorrespiratoria. Nos ha jodido. A ver quién sigue vivo después de que se le pare el corazón y deje de respirar. Los médicos son estupendos, buscan palabrotas cojonudas para decir simplezas y obviedades. Todas las simplezas son obvias, y las obviedades simples. Lo anoto para ahorrarte la crítica del texto, al menos en estas dos líneas.

Bueno, todos muertos no, que a Zalo lo resucito para que pueda escribir la historia. La pena es que no sabía escribir, ya lo he dicho antes, pero era el más alegre, el único que sabía cocinar, y el que le sacaba más placer a la vida. Era nuestro condenado a muerte, y él lo sabía, así que tuvo que darse prisa en vivir, en dar la vuelta al mundo, en desobedecer. Y en morirse pronto, qué remedio, lo tenía escrito en la frente desde el momento de nacer, con ese corazón desvencijado.

Y ahora me voy a cenar, que me lo he ganado.

30

Y como es el último día de noviembre, el último día del NaNoWriMo, se supone que debería hacer una fiesta, un guateque. Ya he matado a todos mis hermanos, y a mí mismo. Tendría que matar a mi hijo Elías y a mis nietos, para dejar así todo bien recogido, pero es que me da un poco de pereza. Les queda mucho tiempo por delante, y espero que lo hagan mejor que yo. Bueno, si no lo hacen mejor, que eso siempre es subjetivo, que lo hagan distinto y que sean felices. Y que me perdonen si no les hice mucho caso cuando me tocaba. Soy de una generación antigua, de dinosaurios, que daba un

empujón a los hijos para que se independizaran en el momento que les empezaba a salir pelo en los huevos. He creído, y seguro que hay tantos que piensan como yo como gente que piensa lo contrario, que a los hijos se les educa con el ejemplo, más que con las palabras. Y no solo a los hijos. Cuando daba clase a los niños de EGB, y había momentos en que se quedaban milagrosamente todos en silencio, dibujando, o haciendo alguna tarea que les hubiera mandado, con movimientos lentos, para no sobresaltarlos ni despistarlos, sacaba de debajo de la mesa un libro, el que estuviera leyendo en esos momentos, y me ponía a leer, sin disimulo. A veces, si el libro tenía toques de humor, se me escapaba una risita ahogada. Y no pasaban nunca más de cinco minutos antes de que alguno de mis alumnos o alumnas reptara hasta mi mesa, y que se quedara mirando con ojos grandes, asombrados. Yo hacía como que no lo veía. Al final me preguntaba:

—¿Qué estás leyendo?

—Ah, nada. Un libro. Una novela.

—¿Es divertido?

—Sí. A veces es divertido. ¿Ya has terminado la tarea?

—¿Luego me lo prestas?

—Vale. Ahora vuelve a tu sitio, anda.

El libro desaparecía de mi mesa poco después. Yo ya lo sabía. Lo suponía. Pasaba siempre. Después lo encontraba encima de algún pupitre de mis alumnos. No querían llevárselo a casa, solo querían curiosear, así que yo aprovechaba para leer libros que a ellos les podían interesar, igual que a mí. Ese era uno de mis métodos preferidos de animación a la lectura. Y cada vez que he dado un curso a profesores o maestros sobre métodos de animación a la lectura, mi primer consejo es lee. El profesor que no lee, el padre que no lee, muy difícilmente va a convencer o conseguir que sus hijos o alumnos lean. El placer de la lectura se trasmite por contagio, no por imposiciones. Como casi todo. El placer de cocinar, de dibujar, de escribir, de cantar, de viajar, de vivir. No es que no se pueda hacer sin tener modelos previos en la escuela, en la familia, o al menos en el barrio, pero es más difícil.

Así que, regresando a lo que estaba diciendo (vaya dos gerundios seguidos horribles), intenté inculcar la libertad siendo libre, la independencia independizándome, la lectura leyendo, y el valor combatiendo (no con armas de metal, claro, sino con las de papel). Es lo que he querido hacer, es lo que he hecho, para bien y para mal. Pero hay tantas cosas que no he sabido hacer, que alucino. Elías aprendió de muchas fuentes, menos mal, y mis nietos beberán de muchas otras, eso espero.

Yo que me quedo aquí, con Bea, planeando los próximos viajes para finales del 2021, porque ahora no nos dejan salir. Encerrados por el coronavirus, como todos, aunque yo me escapo entre las líneas de la escritura, y viajo en el tiempo y el espacio. El viajero inmóvil, decía Neruda. Nos iremos en barco a Martinica. Y luego a Venecia, Atenas, Chipre, Dubai. Siempre hay lugares por conocer, playas donde bañarse, comidas que saborear. Y siempre tendré de qué escribir, unas veces mirando hacia afuera, al mundo que me rodea, y otras veces mirando hacia adentro, garganta abajo, hasta llegar a las entrañas, el corazón y la inmundicia.

No sé cómo empezar el mes de diciembre. Podría continuar escribiendo como lo vengo haciendo desde hace 30 días, sin plan ni brújula, guiándome por el olfato, las ganas, el azar. Pretender que mañana es 31 de noviembre, y 32 el día siguiente, y 33, y así hasta el día 427 de noviembre, o el 3728. Esa sería una solución, y no creo que sea la peor. Qué más da que los días tengan uno u otro nombre. ¿Por qué no morir el 3728 de noviembre del año 2020? Javier lleva más de 25 años quitándose años. Se paró en los 49, dijo que ya no cumplía más, y ahí sigue, aunque el calendario diga que ya tiene 75. Yo podría continuar el NaNoWriMo diez años más, hasta llegar a seis millones de palabras. Más de 100 libros. Eso ya no es un grifo roto, sino más bien uno de esos cuadros de los restaurantes chinos con luz detrás y una cascada de agua infinita. Yo sería el gato dorado de la suerte, con el brazo moviéndose arriba y abajo sin descanso, hasta que la pila se agote, hasta que la muerte me detenga.

También podría estrenar nuevos proyectos. Una novela cada mes, al menos durante un año. Aunque sean malas, eso no importa. Haz ejercicio, entrénate, camina, aunque sea a la pata coja. Cuantas menos expectativas tenga, mejor. Cuanta menos ambición, cuanta menos pretensión, más posibilidades de que el proyecto se realice. Es como cuando Bea y yo empezamos a salir, pero sin pretenderlo.

—Oye, tú no te vayas a enamorar de mí, ¿vale? A ver si la vamos a joder.

—No, no. Ni de coña. Yo contigo no quiero nada. Ni somos novios, ni pareja, ni nada de nada.

—Vale. Así, sí. Estamos de acuerdo. ¿Seguro?

—Segurísimo. Yo no me meto en una nueva relación ni a punta de pistola. Que no quiero nada contigo, vaya. No te lo tomes a mal, ¿eh? Mira que me caes muy bien.

—Qué peso me quitas de encima. Ahora por lo menos ya tenemos las cosas claras.

—Clarísimas.

—¿Quedamos mañana?

—Vale. Por mí, bien.

—Genial, entonces. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Oye, espera, estoy pensando...

—¿Qué?

—Bueno, es un poco tarde, ¿no?

—Uf, sí. ¿Por qué?

—Pues... ¿Por qué no te quedas a dormir?

—No sé. ¿Tú crees?

—Pues claro. Sin compromiso, claro.

—Bueno, vale. Pues me quedo.

—Perfecto. Vamos a la cama.

—Vamos.

Y así pasaron 20 años.

Y los que faltan.

— FIN —

